



Una
melodía
para cada
amor

Lory Squire

Una melodía
para
cada amor

Serie Bay Town

Lory Squire

Noviembre 2018

2018 © Lorena Escudero

Diseño de Portada: Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

*Para Marco, uno de los dos grandes éxitos de mi vida
y mi pequeño gran campeón*

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 1

Beverly Hills, Los Ángeles

Febrero de 2012

Lillie McFly no sabía que en un solo día, o más bien en el transcurso de unas pocas horas, cabía la posibilidad de experimentar todo un abanico de sentimientos extremos: se podía alcanzar la más pura y divina felicidad —esa en la que parece haberte subido a una esponjosa nube de colores pastel tras haberte puesto ciego de sustancias ilegales— para caer tras unas horas en un oscuro y asqueroso pozo sin fondo repleto de odio, tristeza y traición.

Cabe destacar, llegados a este punto, que Lillie no estaba loca. En absoluto.

Aunque podría estarlo, dadas las circunstancias y la vida que había llevado hasta ese momento... Y sin embargo, estaba de lo más cuerda. Dentro de lo que cabe esperar de una mujer que ha sido el centro de atención del mundo entero durante años, por supuesto.

Para que no os perdáis, pongámonos en situación: Lillie McFly era una de las cantantes más famosas del momento. Qué digo una, la *más* famosa. Llevaba años en lo más alto y había conseguido mantenerse ahí desde que fuera descubierta cuando contaba tan solo con la tierna edad de dieciséis años. Y es que ella siempre había soñado con ser artista, con vivir los focos, sentir el clamor de la gente, disfrutar de la música, el baile, el arte en general. Y además, era preciosa, para qué negarlo. Era tan guapa, elegante y admirada que se había ganado el merecido sobrenombre de Lady Lillie McFly.

Y todo eso se lo había ganado a pulso. Cuando era pequeña, y para mantener ocupados a sus padres y evitar así sus continuas discusiones, Lillie se ponía delante de ambos con la luz del televisor de fondo y cantaba y bailaba fingiendo sostener un micrófono entre las manos. Aquella niñita de cabello rubio, lacio y largo se movía como las estrellas de la televisión y su padre, un ávido buscador de fortunas que se ganaba la vida gracias a todo tipo de trapicheos, vio en ella la pepita de oro que había estado buscando.

A su madre, por supuesto, la idea de que su niña fuera artista le encantaba... Y es que no había nada mejor que presumir delante de todas las mujeres —y por tanto rivales— del pueblo de hija perfecta: guapa, carismática, con gran talento, y además lista. En resumen, todo lo que ella siempre quiso ser y no pudo.

Maggie Sanders —mamá McFly— culpaba a su marido de todas sus desgracias: ella era la belleza del colegio, la reina del baile, la chica que todos querían conseguir y que

tenía el mundo a sus pies y, sin embargo, se dejó engañar por la labia y el carisma del quarterback del equipo de fútbol, Josh McFly, quien, a su vez, también parecía preparado para convertirse en el dueño del mundo... y ni siquiera llegó a serlo en su propio hogar. De no ser por él, se convencía Maggie día a día, ella habría estudiado, habría hecho algo de su vida. De no ser por él no se habría quedado embarazada con tan solo quince años y no habría tenido a una niña cuando ella no era más que otra niña que ni siquiera sabía cuidar de sí misma.

De no ser por él, en definitiva, Maggie Sanders habría llegado a ser algo en la vida, y no la camarera de bar de carretera en que se había convertido para poder pagar las facturas de las que su marido era incapaz de encargarse.

Lillie McFly fue, pues, el producto del tópico americano más común, la hija de los dos reyes del baile: él, quarterback, ella, jefa de animadoras. Dos estrellas estrelladas antes de tiempo.

Así que cuando Josh se empeñó en que la niña podía triunfar, Maggie pensó que, quizá, era la única cosa en que ambos habían estado de acuerdo en toda su vida. Su hija Lillie llegaría donde ella nunca pudo llegar. Vaya si lo haría. Ya se encargaría ella de eso.

Cada vez que en Rockport —el pequeño pueblo de Arkansas de algo más de setecientos habitantes en que nació— se organizaba un baile, Lillie actuaba como estrella principal y ella se sentía feliz porque, durante esos escasos minutos de gloria, Maggie y Josh no cesaban de sonreír.

Y todo el mundo estaba contento.

Nadie sabía lo que había hecho Maggie por conseguirle actuaciones a su hija. Nadie conocía tampoco los tejemanejes de Josh para conseguir gastarse lo poco que ganaba la niña. Y aun así, con solo dieciséis años y en una de esas noches en que Lillie disfrutaba de sus veinte minutos de fama cantando versiones country al más puro estilo pop y enfundada en unas minifaldas que tan solo cubrían unos pocos centímetros de trasero, la fortuna le sonrió: había nacido una estrella.

Desde el momento en que fue descubierta, todo su mundo giró como en una espiral: fue abducida, literalmente, por publicistas, agentes, managers, productores, estilistas, profesores de canto y de baile y guardaespaldas. Le hicieron canciones a su medida y crearon looks, álbumes, personalidades y personajes vendibles. Porque ser una estrella tenía un precio, y Lillie había dejado de ser ella misma de cara al público para convertirse en la reina del pop, un producto que debía explotarse para poder venderse.

E hizo muy bien su trabajo, y con ellos todos estaban satisfechos. O al menos, deberían haberlo estado...

Pero pronto descubrió que su carrera sacó lo peor de ambos progenitores. Cada uno de ellos exigía sus derechos a un trozo del pastel de la niña, y cada uno de ellos gritaba más fuerte que el otro creyéndose causante de la suerte de Lillie. Con el tiempo, las peleas empeoraron y nada de lo que ella hiciera podía resolverlo, ni siquiera separándoles por miles de millas de distancia y entregándoles un sueldo a cada uno con la esperanza de apaciguar el ambiente. La batalla campal no había hecho más que comenzar cuando les llegó el divorcio.

El único instante en que ella disfrutaba de paz y tranquilidad era frente al público, donde realmente se sentía querida, cuidada y mimada. Era lo único auténtico, el único remanso de paz que encontraba en su turbulenta vida. Y se refugió en él mientras las demandas volaban de una punta a otra del país, mientras la descuartizaban con su amor condicional, mientras sentía cómo se desangraba por dentro y su corazón se hacía añicos y se perdía en una marea de disputas interesadas. Cualquier cosa que hiciera por intervenir era mal considerada por la otra parte: si intercedía por Maggie ante Josh, este la tildaba de estúpida y ciega y le decía sin ningún tipo de pudor si es que no se daba cuenta de que su madre era una puta que se había acostado con todos para conseguir que alguien le hiciera caso a su hija. Si, por el contrario, intentaba hablar con su madre para que dejara de hablar ante la prensa sobre las noches de juego y desenfreno de su padre, esta se cerraba en banda y, con una copa en la mano, le decía que para ser una estrella había que comportarse como tal de cara a los medios, o todo el mundo acabaría olvidándose de ella en dos días.

Muchas veces Lillie se preguntaba qué demonios sabía su madre de lo que era ser una estrella, pero no se lo reprochaba. Estaba tan harta de peleas y discusiones que, sencillamente, había aprendido a guardarse para sí misma sus propias opiniones con tal de no echar más leña al fuego.

En ese ambiente envenenado y opresivo la niña del pop fue creciendo, evolucionando, ganando algo de carácter —incluso a pesar de las circunstancias— y, finalmente, se enamoró. Y cuando Lillie McFly hacía las cosas, las hacía a lo grande, así que no fue un enamoramiento común y corriente, no. Se volvió loca y ciega de amor.

El elegido fue Jason Dunbar, la gran estrella, su *alter ego* masculino. Otro chico salido de la nada, de los barrios más bajos de Chicago, que fascinaba a las mujeres con su mirada airada, su cuerpo lleno de tatuajes a los que él llamaba «marcas de guerra» y la sempiterna mueca de sus labios.

Los críticos decían que el chico no tenía talento, y sin embargo, ahí estaba, arriba del todo, el eterno número uno hiciera lo que hiciera. Tenía carisma, tenía personalidad, atraía a las masas... Fuera lo que fuese, con talento o sin él, Jason era el mejor. Y quería a la mejor chica, aunque a veces no lo hubiera tenido tan claro.

A pesar de todo, y aunque hubieran dado mil vueltas a su relación, al fin él parecía tenerlo completamente claro. Lillie había luchado mucho por esa relación, y durante muchos años. Lo había dado todo por ellos, no siempre con éxito, pero pensaba que merecía ser feliz y que no podía ser de otra manera.

Ahora las cosas entre ellos marchaban como tenían que marchar. Estaban juntos, eran dos personas maduras —ella ya había cumplido los veintiocho años y él treinta y uno—, estaban tranquilos. Hasta compartían casa, algo que nunca habían llegado a hacer a pesar de haber estado años juntos, entre idas y venidas. Ella siempre se decía que no era fácil estar en la piel de ambos, que lo más lógico era que los dos encontraran de lo más complicado llevar una vida normal y mantenerse cuerdo, y por lo tanto había cosas en las que uno siempre tenía que ceder.

Por ese mismo motivo le había perdonado a Jason infinidad de cosas: a principios de su relación él vivía en una fiesta continua, saliendo noche tras noche, emborrachándose, bañándose en dinero, drogas y mujeres. La quería, ella lo sabía, pero era demasiado joven,

inmaduro e incapaz de renunciar a los placeres que la vida recién le brindaba. Salían, se peleaban, discutían, volvían a salir, volvían a pelearse... La relación entre ellos había sido un ir y venir de discusiones y reconciliaciones que siempre terminaban por hacerse públicas, de una manera u otra.

Hubo un tiempo en que incluso Lillie se hartó y puso punto y final a aquel absurdo. Después de todo, él tenía mil aventuras y ella nunca se había dignado a salir con nadie más salvo para comparecer ante los medios y aparentar que no era una estúpida. Pensó que su vida era un error tras otro y decidió darle la oportunidad a alguien a quien siempre había considerado un buen chico: Tanner Adams.

Oh, Tanner...

Tanner era un músico de talento y con un encanto especial que se había pasado años tras ella, insistiendo, invitándola a cenar, enzarzándose en riñas absurdas con Jason detrás de los focos para llamar la atención de Lillie. Ambos chicos eran polos opuestos: el uno, emocional e impulsivo; el otro, encantador y reflexivo. Y ella había llegado al punto de inflexión en su vida en que se preguntaba si es que no era ella la inmadura, si es que algo no andaba bien en su interior... Porque, de otro modo, ¿cómo podía uno explicarse que siguiera recurriendo a Jason una y otra vez?

Así que, finalmente, lo intentó con Tanner. Puso todo de su parte, le dio todo su amor, sacó lo mejor de sí para que aquello funcionara. Y adivinad qué ocurrió: una vez que estuvo seguro de que la tenía, Tanner le dio la patada. ¡Así de fácil!

Habría estado más cabreada si realmente le hubiera querido de verdad, pero por suerte, nunca llegó a quererle tanto como había querido a Jason. Se sintió humillada, mucho, porque de nuevo todo el mundo sabía lo que le había ocurrido a la «pobre Lillie», y durante un tiempo no pudo creer que tuvieran tan mala suerte.

El fracaso de aquella relación le hizo ver que no se podía luchar contra la naturaleza humana: ella amaba a Jason y siempre le amaría, fuera él quien fuese. Le quería con sus virtudes y sus defectos, y cualquier cosa que intentara para olvidarse de ello no haría más que provocarle más daño.

Pero, por suerte, su fugaz relación con Tanner Adams trajo algo bueno: Jason se dio cuenta de cuánto la amaba en cuanto creyó que iba a perderla y pasó meses intentando demostrárselo. Lo hizo de todas las formas posibles: dejó de salir, la cortejó, le envió flores, regalos, e incluso cerró salas de cine para ellos solos. Comenzaron a salir de nuevo como si fueran dos adolescentes que acabaran de conocerse, y ella cayó y cayó y volvió a caer en el más profundo y ardiente amor por el chico malo del pop.

La relación fluyó y fue viento en popa: él, al fin, había cambiado.

¡Sí!

Parecía otra persona: un hombre hecho y derecho, con inquietudes verdaderas, con un propósito en la vida, con el deseo de crear una vida junto a ella. Cuando le pidió que se mudara con él, a Lillie le faltó tiempo para hacer las maletas y decorar la masculina casa con su excéntrico toque femenino. En el fondo, tenía que reconocer que sentía un poco de miedo a que él se echara atrás, pero no había sido así.

Se sentía tan feliz. *Era* tan feliz. Por primera vez en su vida había sentido en cada uno de los poros de su piel lo que era la auténtica felicidad: pura, verdadera, sin resquicio alguno de tristeza. Ni sus padres empañaban aquel maravilloso momento.

Esa misma mañana, Jason y ella se habían despertado y comenzado la rutina diaria que habían establecido desde hacía unos meses, cuando comenzaron a compartir sus vidas por completo. Se levantaron, ella puso la cafetera, se ducharon juntos, rieron y jugaron desnudos, él se marchó después al estudio de grabación que tenían en casa y ella salió a correr. Todas las mañanas, ella salía a correr un poco, luego acudía al exclusivo gimnasio con entrenadores personales, spa, masajistas y esteticistas al que solo tenían el privilegio de acceder las estrellas más prestigiosas, y después volvía a casa como un pincel, como si no hubiera practicado deporte alguno.

Pero no fue así ese día. Y no fue así porque, nada más llegar al gimnasio después de la carrera matutina, su entrenador personal la había puesto a dar volteretas hacia adelante y hacia atrás y ella se mareó. Si hubiera sido cualquier otra persona lo habría asumido como algo normal, pero ella nunca se mareaba, ella era un portento de la danza y el deporte. Hacía con su cuerpo lo que quería, era un don de la naturaleza del que pocas personas disfrutaban.

—¡Oh, Dios mío, Lillie! —había gritado la voz afeminada de Brad, su entrenador personal—. Dime que estás bien, cariño, ¡oh Dios mío! —gritaba una y otra vez mientras le hacía aire con una mano y le levantaba las piernas hacia arriba para que la sangre le volviera a la cabeza.

Ella cabeceó y sintió un acceso de náuseas horrible, que logró reprimir a duras penas. Nadie podía verla así, ni siquiera en el gimnasio, porque allí acudían las personalidades más perfectas del mundo entero, incluida Sylvia Banks, la famosa presentadora del programa de entrevistas de las seis y a quien odiaba porque había flirteado de manera descarada con Jason en una entrevista. La maldita zorra se lo quiso quitar, pero no, a Lillie ya no le robarían el novio nunca más, lo tenía bien atado.

—Estoy... bien... —susurró, intentando tragar toda la saliva en exceso que amenazaba con caerle por la barbilla—. Agua. Agua...

Brad le soltó las piernas de golpe y ella sintió como si se le fuera a partir la cintura.

—¡Ouch! —gimió.

—¡Oh! ¡Lo siento! ¡Perdón, cariño! Anda, toma un poquito de agua cielo, pero bebe despacio, ¿ok?

Brad le levantó la cabeza un poco y ella bebió un sorbito sin abrir los ojos. Todo daba vueltas.

Cuando hubo bebido varios sorbos y el mundo pareció tranquilizarse al final, Lillie abrió los ojos y miró a Brad.

—Nunca me había pasado nada parecido —después desvió la mirada y se dio cuenta de que varias personas la miraban de reojo desde sus puestos de entrenamiento, aunque no podían prestarle demasiada atención porque sus entrenadores les gritaban sin piedad para que no perdieran la concentración. La zorra de Sylvia no estaba allí.

Qué gran alivio.

Se incorporó.

—¿Comes bien, cariño? —le preguntó Brad.

—Depende de a qué te refieras con bien.

Él le miró entornando los ojos.

—Ya sabes a qué me refiero: cero grasas, alimentos ricos en proteínas y batidos, complementos vitamínicos... Hemos hablado sobre eso muchas veces.

—Y alguna que otra hamburguesa también, no te preocupes —respondió ella con una mueca.

—¡Oh, sacrilegio! ¿Cómo puedes comer esa basura? Me sorprende que mantengas el tipo. Si se enteran las otras chicas a las que entreno podrían contratar a un matón para quitarte de en medio por zorra asquerosa, ¿lo sabías?

Ella rió.

—Cuento con tu discreción, por supuesto. Además, solo son esas diminutas que venden tipo gourmet, son tan pequeñas como un garbanzo.

—Claro, claro, por supuesto mi amor. Ya me conoces. Soy todo discreción. Pero volvamos al asunto: ¿te has hecho análisis? No puedo entrenar a gente que se me desmaya en el local, ya sabes que mi reputación se iría a pique, ¿verdad? No quiero que nadie me acuse de ser un ogro que obliga a sus chicas a no comer nada, aunque ya quisiera yo cerrarle la boca a más de una.

—Venga ya, Brad, sabes que si la gente se entera de que los clientes se te desmayan tendrías solicitudes de ingreso a montones.

Él emitió una larga carcajada como de gallina.

—Aparte de guapa, eres graciosa. ¡Si es que lo tienes todo, Lillie, lo tienes todo! Anda, ahora vamos a que te reconozca el médico.

Diez minutos después y después de haberla reconocido y obligado a hacer pipí en una tirita de papel para descartar infecciones, el médico le anunciaba que estaba embarazada.

Embarazada.

¡Estaba esperando un niño!

Ella, la gran Lady Lillie McFly, que se había criado sin hermanos y con unos primos como mínimo quince años más jóvenes que ella y de los que nunca pudo disfrutar, iba a formar una familia junto al hombre que amaba, su destino.

Oh, Dios mío.

Se sintió tan feliz.

No se duchó ni se arregló. No podía esperar a volver a casa para decírselo a Jason. ¡Iban a ser papás! Iban a formar un hogar de verdad, ellos dos, ¡e iban a tener a los niños más guapos del universo! Estaba deseando ver su cara, ver lo feliz que le hacía ser padre.

Quería decírselo y comérselo a besos, y poner una foto en Facebook con un lacito para que todo el mundo supiera lo feliz que era. ¡Quería gritar su felicidad a los cuatro vientos!

Llegó a casa a toda pastilla en su pequeño mini rosa. Primero fue al estudio, pero Jason no estaba allí. Iba sudada y con el chándal todavía, aunque eso no le importaba en absoluto. En ese momento lo que menos le preocupaba era estar perfecta. Solo quería ver su sonrisa.

Le buscó por toda la casa, gritó, pero nadie contestó.

—¡Jason, cari! ¿Dónde estás? ¡Caaariiiiiiii....!

Subió a la primera planta y entonces escuchó música. Sonrió. Seguramente estaría duchándose de nuevo en la habitación con la música a toda pastilla. Le encantaba ducharse. A lo mejor había hecho deporte y había vuelto para ducharse otra vez y oler bien para ella. Lo hacía muchas veces al día. Concretamente, siempre que salía o volvía a casa. Era un chico muy limpio.

Llegó a la habitación. La puerta estaba entornada y la abrió de golpe, con todo el ímpetu que pudo reunir, y la madera hizo un ruido sordo al chocar contra la pared de lo fuerte que le hacía dado.

Y entonces se quedó allí, parada, con la boca abierta e incapaz de moverse o parpadear.

La música de la última canción de Jason, *Hard and sexy* —Duro y sexy— seguía sonando a toda pastilla.

You're so sexy babe... You're so sexy, sexy... Give it to me, give it to me, give to me babe... Hard and sexy, yeah!^[1]

El pegadizo estribillo sonaba una y otra vez, la voz susurrada de Jason tiñendo una melodía bastante porno e insulsa. Pero la pareja que yacía sobre la cama ni se detuvo. Seguramente ni se habían enterado del golpe de la puerta contra la pared, de lo embebidos que estaban en su propia lujuria.

La morena cabalgaba a su novio y gritaba con las manos en alto, portando un látigo que blandía en círculos una y otra vez. Llevaba un atuendo de cuero, y Jason tenía las manos atadas a la cama por otras tiras del mismo material y los ojos cubiertos por un antifaz. El cuerpo diminuto de la chica saltaba y saltaba encima de él, introduciéndose el pene del padre de su hijo como una perra en celo. Los gritos extasiados de Jason sonaban amortiguados por la música.

Entonces Lillie despertó. Parpadeó varias veces, intentó asimilar la escena y, al fin, explotó.

CAPÍTULO 2

Se abalanzó sobre la melena de la guarra que se estaba ventilando a su novio y la tiró de la cama al tiempo que gritaba como una posesa y le restregaba la cabeza por el suelo como si fuera una fregona. La había agarrado con tal fuerza que retorció el pene de Jason al sacárselo de su interior de manera tan brusca y este chilló de dolor. Siguió chillando en la cama, incapaz de moverse debido a las ataduras y sin saber qué ocurría, porque nadie podía quitarle el antifaz de encima.

—¡Ahhhh! ¡Déjame, puta, déjame! ¡Me vas a matar! —gritaba la enana morena.

—¡Hija de la gran puta! ¡Cerde! —gritaba Lillie mientras seguía tirándole del pelo y arrastrando a la chica por el suelo.

Desafortunadamente, aquella chica menuda no tenía nada que hacer contra Lillie, una mujer alta, fuerte y curtida en el gimnasio cuya fuerza se había multiplicado por diez debido a la adrenalina del cabreo monumental que llevaba encima.

—¡Cabrón! ¡Hijo de puta! ¡Cómo puedes haberme hecho esto! —seguía gritando.

Nunca había perdido los papeles de aquella manera. Lillie jamás se había enfurecido tanto, ni había sentido tanto daño ni tanta frustración como en ese momento. Era una pesadilla. Una puñetera pesadilla, y ella quería acabar con aquellos dos asquerosos, hacerlos trocitos y después tirárselos a los putos medios de comunicación para que todo el mundo viera quién era el asqueroso de su novio.

En un instante en que pareció volver en sí, soltó a la chica, que corrió hacia una esquina de la habitación agarrándose la cabeza y cogiendo los mechones de pelo negro que Lillie le había arrancado. Se quedó allí, sollozando como una maldita cobarde de mierda mientras ella se giraba furiosa hacia Jason.

—Hijo de puta —escupió—. Hijo de la gran puta.

Se acercó al equipo de música. Lo apagó. Se volvió de nuevo hacia él.

El muy cabrón seguía sudando y respiraba con dificultad, con la boca abierta por la impresión.

—Lillie, Lillie, ¿eres tú? Lillie, cariño, lo siento... Ella me ha obligado. Me ha obligado, ¿lo ves? Me ha drogado y me ha atado y después me he despertado y pensaba que eras tú. ¡Te lo juro! ¿Es que no lo ves? ¡Si no veía nada!

Lillie entrecerró los ojos. Se acercó a él con lentitud y miró su cuerpo desnudo bañado en sudor. Ese sudor no se lograba en un minuto. Seguramente llevaba horas follando. Echando el polvo que no le había echado a ella esa mañana porque decía que cantaba peor si sus testículos estaban vacíos de esperma.

El muy hijo de la gran perra.

Sin volverse a mirar a la mujer, espetó:

—Fuera de aquí, puta.

La chica se escapó de la habitación arrastrándose por el suelo y maldiciendo por lo bajo. Ella siguió mirando a Jason.

Él seguía llevando la venda, pero a ella la suya se le había venido abajo de repente.

—No has cambiado nada —le dijo, algo más tranquila—. Todo este tiempo no has cambiado nada, ¿verdad?

Él cerró la boca y comenzó a respirar con mayor normalidad. Ella le arrancó el antifaz de golpe. El muy capullo pestañeó varias veces intentando adaptarse a la brillante luz matutina.

—Lillie, cariño...

—¡No me llames cariño!

El guantazo que acompañó a sus palabras resonó en la habitación, ahora silenciosa. El impacto le había girado la cara a Jason, que se quedó quieto un instante y luego la giró de nuevo para volver a mirarla.

—No es lo que tú crees... Yo te quiero a ti. Te lo juro. ¿Es que no lo ves? ¡He cambiado! Ya no soy el de antes, ella me ha engañado...

—Oh, sí, te ha engañado muy convenientemente metiéndose tu polla en su coño. Pobrecito mío. Dime, ¿quién es ella? ¿Cuántas más ha habido durante todo este tiempo?

Él suspiró.

—Suéltame, por favor, y déjame que te explique...

—¿Que te suelte? ¡Ja!

Se dio la vuelta y se dirigió al ventanal, pensando. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Qué demonios se suponía que debía hacer con él? ¿Le cortaba la polla a trocitos? ¿Le decía que no pasaba nada, que le perdonaba y que, además, estaba embarazada? No podía hacerlo. Había llegado al límite de la estupidez. Se sentía más humillada y estúpida que nunca.

—Te juro que te he sido fiel, Lillie, te he sido fiel hasta esta mañana. Pero ella, es la chica que trae los cafés, sabes, y vino y trajo esa píldora azul que no había probado y yo... soy un idiota, Lillie, de verdad. Perdóname, por favor. Suéltame y déjame compensarte, sabes que lo haré, te lo prometo.

Ella no se movió. Siguió observando el paisaje, los árboles que daban sombra a la piscina, los tejados de las casas de los vecinos, a quienes nunca había visto. ¿Serían felices? ¿Serían familias con niños cuyos padres se querían y respetaban, o serían ejecutivos solitarios sin familia ni perspectivas de tener tiempo para formar una? ¿Habría alguien allí, en esos momentos, que estuviera sonriendo y contando qué tal le había ido el día mientras un niño jugaba con su trenecito?

¿Sería ella la única cuyo mundo se estaba viniendo abajo de forma definitiva? Siempre

había creído que, a pesar de no haber formado parte de una familia feliz, ella podría crearla. Se había creído capaz de hacerlo, sí, pero todo eso se estaba yendo al garete.

A su espalda, Jason comenzó a ponerse nervioso.

—Lillie, por favor, no hagas esto más difícil... Déjame explicarme, de verdad. Suéltame, por favor, y hablemos.

Ella no contestó y siguió mirando al infinito. Estaba pensando. Tenía ganas de vomitar. No sabía de cuánto tiempo estaba embarazada, el médico le había dicho que debía ir al ginecólogo para que le hiciera una ecografía y así poder hacer el cálculo y comprobar que todo estuviera bien.

—Lillie... —su voz comenzó a sonar impaciente—. Suéltame ya. Me duelen los brazos. Suéltame y hablemos.

Ella apretó los labios. ¿Cuándo fue la última vez que le bajó la regla? ¿Cuántas veces lo habían hecho últimamente? Se puso a pensar en el último mes: la verdad es que no le había dado demasiadas vueltas, pero era cierto que llevaban unos pocos meses reduciendo el ritmo sexual porque él decía que estaba grabando y su voz se veía perjudicada con tanto sexo. Como si tuviera una voz prodigiosa, pensó ella con ironía.

—Lillie, maldita sea, ¡suéltame ya!

Escuchó cómo forcejeaba con las ataduras, pero no estaba por la labor de darse la vuelta y enfrentarse a su cara. Si lo hacía, vomitaría. Cerró los ojos con fuerza porque la imagen de la chiquilla cabalgando sobre él le había acudido de nuevo a la mente como un flash.

Entonces vomitó sobre el suelo. Vomitó y vomitó hasta que no le quedó nada en el estómago.

—Joder... —se quejó él desde la cama—. Joder, Lillie, qué asco, qué mal huele. Suéltame, tengo que salir de aquí. Anda, ven aquí y suéltame.

Él siguió rogándole que le soltara, en ocasiones con mayor premura, en otras con más suavidad. Pero no se dejó engañar. Miró el vómito del suelo y pensó que aquella sería la mejor forma de castigarle.

Con su indiferencia.

Se acabó.

Se había acabado.

Sintió cómo un alivio inundaba su cuerpo y le recorría de la cabeza a los pies. Todo lo malo había salido de su cuerpo junto con el vómito, y se iba a quedar allí, sobre aquella moqueta.

Se dio la vuelta y se dirigió al vestidor.

—¡Lillie! Lillie no te vayas, ¿no ves que esto es una locura? Tienes que soltarme. Tenemos que hablarlo, no puedes...

Ella intentó hacer caso omiso de sus ladridos. Sacó su enorme maleta y comenzó a echar cosas dentro, pero los gritos de Jason la estaban taladrando como un martillo. Salió

de nuevo a la habitación y se dirigió por primera vez a la cama. Se detuvo delante de él y le observó. Jason se calló y la miró con unos enormes ojos de corderito degollado.

—Oh, Lillie, cariño, sabía que atenderías a razones. En cuanto me sueltes y me dejes darme una ducha y cambiarme te voy a llevar a un sitio que... Lillie, ¿qué haces? ¿Qué coño estás haciendo? ¿Estás loca? ¡Sabía que estabas loca de remate! ¡Joder, eres una jodida bruja loca!

Jason la observaba incrédulo, intentando parecer amenazador desde su postura de cabrón embustero con las manos atadas a los postes de la cama. Su cama. La cama que ella había comprado y elegido para los dos, en acabados románticos y con el tallado de una sirena ocupando el cabecero de punta a punta.

Se había quitado los deportivos que todavía llevaba puestos. Se había sentado en el suelo para hacerlo y no dejó de mirarle con los ojos entrecerrados, calculadores, mientras se quitaba los calcetines mojados por el deporte matinal y cierto tufo a queso revenido. Los estrujó entre las manos.

Bien, estaban lo suficientemente mojados y asquerosos.

Él seguía gritando que era una puta loca que no se lo merecía.

Ella se levantó, convirtió uno de los calcetines en una pequeña bola que casi rezumaba transpiración, la observó con aire crítico y, cuando estuvo convencida de que era realmente asquerosa, y se la metió en la boca a Jason.

Hasta adentro.

—A ver si así te callas de una puta vez, maldito bastardo infiel.

Contempló durante unos instantes cómo la cara de él se ponía colorada como un tomate, cómo se le dilataban las fosas nasales intentando respirar para no ahogarse y cómo los ojos casi se le salían de las órbitas.

—Te crees muy guapo, ¿verdad? —continuó con su diatriba ahora que tenía la oportunidad. Las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas y se las restregó con rabia—. Pero no eres más que un estúpido engreído. Ni siquiera sabes cantar, joder. Y ya puestos, tampoco sabes follar. Eres un maldito egoísta en la cama, siempre te quedas dormido cuando te corres, sin esperar a que yo lo haya hecho —desvió la mirada hacia su pene, ahora flácido—. Y encima, la mayoría de las veces finjo tenerlo para no herirte, pero ahora ya lo sabes. En la cama eres horrible, Jason. Tanner era mucho mejor que tú. Es mucho mejor que tú. En todo —volvió a restregarse las lágrimas y las gotas que le caían de la nariz—. Hasta la tiene mejor y más grande, y siempre se aseguraba de que yo tuviera al menos dos orgasmos antes de correrse. ¡Dos! ¿Desde cuándo he tenido yo dos orgasmos contigo, eh? ¡Tú ni siquiera sabes lo que es eso, imbécil! —Jason estaba ahora hiperventilando y moviéndose frenéticamente hacia los lados para intentar soltarse a la fuerza, pero ella le agarró la cara y le obligó a mirarla—. Quédate con tus putas. A ellas nunca tendrás que satisfacerlas con esa mini picha que tienes. Les basta con tu dinero y estarán encantadas de lamerte ese culo tatuado que tienes para que se lo des.

Salió de nuevo hacia el vestidor, se puso unas chanclas de goma —que aunque fueran las horribles *flip-flops* le habían costado doscientos pavos— y salió de la habitación

arrastrando el maletón rosa decorado con tachuelas y *animal print* de vaca.

No sabía dónde iría. No sabía siquiera qué iba a hacer... Pero lo que sí tenía claro era que no quería que el hijo que llevaba dentro creciera bajo la influencia de ese padre.

A ser posible, esperaba que no sacara de él más que el cromosoma obligatorio que determinara su sexo.

El Rolls de Jason estaba aparcado en el garaje, con Paul —el chófer— echándose una siestecita dentro. Lillie, que ganaba lo mismo o incluso más que su novio, nunca había tenido chófer. Pero claro, tampoco solía salir de fiesta noche sí y noche también para emborracharse y ponerse hasta las cejas de estupefacientes, así que entendía que en la vida de él era algo indispensable.

Ahora era libre de pensar que, si no le había despedido, era porque además era un vago. Se tocó la barriga con cariño y susurró:

—No te preocupes, chiquitín, que mamá te enseñará a trabajar duro.

Después, se acercó al Rolls y despertó a Paul, que se irguió sobresaltado.

—¿En qué puedo ayudarle, señorita?

—¿Puedes por favor subir la maleta a mi coche? —Ahora que estaba embarazada no quería correr riesgos. Tampoco es que hubiera podido subir ella sola esa enorme maleta cuando no lo estaba, pero ahora tenía una buena excusa para no hacerlo, claro.

El chófer asintió de buena gana y embutió la maleta a empujones en el asiento trasero, porque el pequeño maletero del mini no habría dado ni para el equipaje de cabina.

—¿Quiere que la lleve yo, señorita McFly?

Ella le miró y sonrió. Todavía sentía los ojos hinchados de llorar, pero no le importaba.

—Tranquilo, Paul, solo voy a casa de mi madre durante un par de días. Y por favor, no permitas que entre nadie en casa hasta mañana. Jason está agotado y me ha dicho que iba a dormir la mona por lo menos tres días seguidos, y ya sabes cómo se pone cuando le molestan.

—Por supuesto, no se preocupe. Yo se lo diré al resto de empleados.

El rostro del chófer ni se inmutó.

Ella se montó en su pequeño automóvil y desapareció por el camino de acceso derrapando contra el asfalto y dejando tras de sí una densa nube de polvo.

Esperaba que cuando al fin descubrieran al maldito traidor se muriera de vergüenza. Se acercaba su hora de ir al baño, y era como un reloj, debía hacerlo justo cuando le tocaba porque, además, estaba bajo tratamiento regulador del tránsito intestinal para que no se le formara ni una gota de tripita.

Darían cualquier cosa por poder echar una foto al gran Jason Dunbar en el momento en que le encontraran atado a la cama, con el calcetín apestoso de Lillie en la boca y nadando en mierda.

Sí, en ese momento estaba en posición de afirmar que en un mismo día se podían sentir

todo tipo de emociones.

CAPÍTULO 3

Dos días.

Había pasado solo dos días en Rockport, su pueblo natal, y ya no aguantaba ni un minuto más. Si se quedaba allí más tiempo acabaría asesinando a su propia madre, y ni siquiera ella, que tenía dinero para comprar al pueblo entero, podría ser capaz de encubrir un crimen de tal calibre.

—¿Por qué le has dejado? ¿Por qué no vuelves? ¡Qué más da el amor! El amor es solo un cuento de niños, Lillie. El amor no existe en la vida adulta. Por interés todo se logra: ¿quieres una familia? Búscate un hombre rico, tranquilo y mayor. ¿Quieres ser madre? Búscate a un padre que esté ahogado en millones. Y créeme que no encontrarás a nadie mejor que a Jason, porque no es que tenga los millones ahora, sino que además ese hijo traerá los signos del dólar en los ojos al nacer. ¡Tienes que volver a casa!

Lillie se tapó los oídos y salió al balcón. Estaba en su antigua casa, la casa que le vio crecer, la casa que su madre había heredado de su abuela al morir esta tres años atrás. Para ella, ese lugar había sido siempre un remanso de paz, pero en ese momento, con Maggie enterada de sus circunstancias y dándole la brasa constantemente al oído, aquello se había convertido en un infierno.

Sabía que no podía quedarse allí. Además, no podía ir siquiera a la pequeña tienda de ultramarinos que había a la vuelta de la esquina porque todo el mundo se volvía hacia ella y le preguntaba una y otra vez qué tal estaba y qué era lo que la había hecho volver a casa. Y ella no quería responder a ninguna pregunta y mucho menos conversar con personas que, siendo una niña, ni siquiera se habían dignado a mirarla —que su madre se quedara embarazada siendo tan joven era un estigma para la familia— y ahora que era famosa fingían ser sus mejores amigos.

Estaba hecha polvo.

Cuando la primera oleada de indignación se había calmado, fue como si toda esa furia se deshiciera hasta convertirse en un dolor denso y asfixiante. Se sentía decepcionada, y no solo con Jason, sino también con ella misma. ¿Por qué no era capaz de entender que un hombre así nunca cambia? Los capullos nacen capullos y no se convierten en mariposas. Siguen siendo unos malditos capullos durante toda su vida. Y ella se había dejado hacer un hijo nada más y nada menos que por el capullo más grande de todos.

Ahora no solo provendría de una familia desestructurada, sino que ella misma sería la culpable de crear otra. Lo que nunca había deseado. Y todo por su maldita estupidez.

Pero al cabo de solo esos dos días, se dio cuenta de que, en efecto, sí estaba sola. Nadie la apoyaba en su decisión de ser madre soltera y tampoco deseaba que Maggie ejerciera

influencia alguna en el pequeño o pequeña. No es que hubiera sido una mala madre en realidad, pero era evidente que su progenitora se había dejado arrastrar mucho más que ella por los placeres del dinero y la fama.

Sin embargo, ella podía hacer las cosas diferentes: quizá pudiera criar a su hijo lejos de todo. Quizá pudiera apartarse un tiempo, quitarse de en medio, tomarse unas vacaciones y aislarse del mundo.

Nunca había cogido vacaciones. A lo sumo, unos días en cualquier isla perdida del Caribe, pero no hasta el punto de poder desconectar del todo. Se consideraba afortunada, por supuesto... ¿Quién podía permitirse el lujo de alquilar una vivienda para ella sola con todo el servicio y la seguridad que ella necesitaba? Lillie lo sabía, y por eso nunca se quejaba.

Pero ahora estaba harta de todo eso. Aunque hubiera podido convencer a su manager de que necesitaba unos días de descanso «para pensar», no podía quitarse de encima al séquito de guardias de seguridad que se apostaban fuera de su casa en todo momento. Y ahora había dos, aparcados en la polvorienta carretera de acceso, como si fueran dos sabuesos vigilando a un delincuente.

¿A quién podía recurrir? ¿Quién podría ayudarla a huir de todo aquello?

Su manager no servía: estaba todavía más obsesionada que Lillie con la formalidad y la perfección, claro que ese era precisamente el motivo por el que la había contratado.

—Una cosa es que te olvides por un tiempo de tu asistente personal —le había dicho después de que ella le anunciara que había dado vacaciones a Rosie—, y otra que te vayas absolutamente sola a un pueblo en el que sabe Dios qué cosas pueden hacerte. Ni hablar, Lillie. Necesitas tu seguridad, y eso no es negociable.

Maggie se había sentado cómodamente en el antiguo sofá de flores que todavía no habían sustituido por una pieza más moderna, y se había quedado observándola con el ceño fruncido. Últimamente siempre estaba así, molesta. Desde que llegó a Rockport no había hecho más que quejarse por la actitud infantil de su niña mientras Lillie hacía muecas por la ironía de la situación.

—Oye, Lillie —le dijo tras girarse hacia la ventana y retirar un poco las cortinas. Su ceño se había disuelto y ahora observaba el exterior de la vivienda con hambre canina—. Ese guardia de seguridad que hay ahí fuera... El moreno, el de los ojos azules... ¿Sabes si está casado?

Maggie tenía cuarenta y cuatro años, se mantenía a la perfección gracias a las clases de yoga, pilates y danza del vientre a las que acudía y no tenía ni una arruga en la cara merced del bótox que se hacía inyectar puntualmente por el mejor cirujano de Los Ángeles.

—Lleva anillo de casado —le respondió ella, desesperada por verse envuelta en la misma situación una y otra vez.

—Como si eso hubiera sido un problema para tu padre.

«Ni para ti», pensó ella. Pero no tenía intención alguna de entrar en esa sucia guerra de nuevo.

Dos días. Dos días llevaba allí y no lo soportaba más.

Se refugió de nuevo en la habitación, cogió el móvil secreto que guardaba para casos de emergencia y marcó el número.

—¿Diga? —el bostezo que se escuchó al otro lado de la línea sonó distante.

—Hola, Tanner.

—¿Lillie? —respondió él al otro lado de la línea.

Parecía sorprendido de verdad. Ella también lo estaría, pensó. El llanto de un bebé llegó lejano desde el auricular.

—Vaya, lo siento Tan, ¿os he despertado? Es que no sabía... No me he dado cuenta...

—No te preocupes, Lillie, espera un segundo.

Se escucharon unos ruidos, como si Tanner estuviera cubriendo el teléfono, y el sonido amortiguado de una conversación ininteligible.

—Ya está, puedes hablar tranquila, ya no estoy con el bebé.

—¿Qué tal está Paulie?

Tanner había tenido una niña que ahora tendría pocos meses y que había llamado Paulie en recuerdo de su padre fallecido. Se había casado con Yellow, la chica por la que la abandonó a ella, una camarera de habitaciones del hotel que ella misma tuvo el dudoso placer de conocer una vez que fueron de visita a Scarborough, el pueblo inglés en el que nació Tanner. Cada vez que lo recordaba, Lillie se hacía más pequeña.

—Oh, está perfectamente. Es toda una guerrera... No nos deja dormir demasiado a su madre y a mí, pero afortunadamente tiene dos abuelas que están encantadas de ayudar.

—Me alegro. Me alegro de que seas tan feliz, de verdad —dijo con sinceridad.

Tanner captó el tono triste al instante.

—¿Qué ha ocurrido, Lillie? ¿Estás bien?

Ella suspiró para aguantar el llanto. No podía ponerse melodramática otra vez con él. Al final, iba a terminar por creer que estaba loca, y ya tenía suficiente con que su propio novio la hubiera insultado así.

—Estoy... Estoy metida en un lío y no sabía a quién acudir. Siento molestarte, pero me preguntaba... si no podrías hacerme un favor.

La peluca le picaba horrores, las gafas de sol de gasolinera hacían que además le

escocieran los ojos —y posiblemente le provocaran hasta una úlcera— y la almohada que se había puesto en la barriga para simular un embarazo avanzado le estaba dando un calor de infarto.

«¡Menuda aventura!», pensó. Salir de Rockport a escondidas habría sido lo más divertido que hiciera en años, aunque se sentía como una verdadera delincuente y eso hacía que se le removiera el estómago mucho más y que, a su vez, temiera por el bebé. Pero debía hacerlo, debía marcharse y visitar a un ginecólogo, y debía hacerlo además de manera que su fotografía saliendo de la clínica elegida no saliera en las portadas de todas las revistas al día siguiente.

Aquella mañana temprano había entrado en la cafetería de Jerry como Lillie McFly y salido de ella como Peggy Anne Walters, caracterizada con una peluca pelirroja y pomposa, un vestido de flores enorme que nunca se habría puesto ni aun estando de ocho meses de embarazo, y unas bailarinas negras que había encontrado tiradas al lado de un contenedor de basura. Estaba nerviosa, pero el truco funcionó: nadie se dio cuenta de que la señora en avanzado estado de gestación que salía del baño era la misma que había entrado. Salió por la puerta con las manos y las piernas temblorosas: su guardaespaldas seguía sentado en la barra, con una taza de café entre las manos y la mirada perdida entre la televisión y el baño.

Si conseguía llegar al coche alquilado que la propia compañía le había dejado en el aparcamiento previo pago de una cuantiosa suma ya no habría vuelta atrás.

Sacó las llaves que había recogido del buzón, se tocó la tripa para disimular un poco y que no se notara demasiado la prisa por subirse al vehículo, e intentó no mirar hacia los lados como una vulgar delincuente mientras abría y se ponía frente al volante.

Una vez sentada, el corazón le dio un brinco de alegría. Arrancó, apretó el acelerador y sonrió:

—Vale. Vale. Tranquila. Vamos allá.

Cuando llegó al aeropuerto entró al baño más cercano, se quitó el disfraz y pasó por la puerta de embarque como un rayo. Su único equipaje era un bolso de mano —aunque tamaño elefante— que contenía sus cosméticos más básicos, un cepillo de dientes, ropa interior, dos conjuntos que usaba para entrenar y que ocupaban un mínimo espacio, unos deportivos y un suéter por si hacía frío cuando aterrizará.

Los guardas de seguridad observaron su pasaporte y el billete que llevaba impreso y parecieron no reconocerla o, simplemente, se dedicaron a hacer su trabajo de la manera más profesional posible. Ella lo agradeció, aunque no podía evitar girar la cabeza de vez en cuando para comprobar si la habían seguido.

Cuando logró subir a aquel avión y se acomodó en la zona turista, entre una señora mayor y un hombre que le aplastaba el muslo, sintió por primera vez que era invisible. Se alegró de haber comprado el billete en una categoría inferior incluso aunque tuviera que pasar horas de incomodidad, porque esa era la única manera de que la gente no creyera que ella era Lillie McFly.

—Cariño, ¿te ha dicho alguien que te pareces muchísimo a la cantante esa famosa que sale por la tele? —le dijo la señora mayor nada más despegar.

Ella sonrió. Si hubiera sabido que resultaba tan obvia, se habría comprado el billete en primera...

—Muchas veces, señora —le contestó ella con fingido acento británico—, pero he de confesar que ya me gustaría a mí tener el dinero que tiene esa cantante, ¿verdad? ¡Así podríamos evitarnos ir embutidos en esta caja de zapatos!

La señora le dio la razón y ella se relajó de nuevo. Pidió una almohada a la azafata y por primera vez en días, incluso a pesar de la incomodidad del asiento, pudo dormir en paz.

Al cabo de cuatro horas se despertó con un dolor horrible en el cuello y totalmente arrepentida por su elección. ¿Cómo demonios se le había pasado por la cabeza viajar en turista? Ella no estaba acostumbrada a esas estrecheces, ¡y además embarazada! ¿Y si le pasaba algo al niño por estar tan incómoda? ¿Cómo podía haber sido tan irresponsable?

Estuvo tentada a llamar a la azafata para cambiar su asiento, y de hecho lo hizo en dos ocasiones, pero luego se echó atrás y le pidió una bebida y algo de comer. No podía llamar la atención. Tenía que pasar desapercibida el máximo tiempo posible, solo para despistar, y después podría volver a sentirse cómoda.

Solo unas horas más.

Cuando al fin aterrizaron nunca se alegró más de no tener que esperar a recoger una maleta, porque sentía todos los músculos del cuerpo duros como un garrote. Nunca más, nunca más viajaría en clase turista.

¡Por encima de su cadáver!

Tuvo que hacer una escala todavía, pero la hora y media del vuelo se le hizo muy corta en comparación con el largo viaje que había tenido que hacer. Además, se había aseado, lavado los dientes y tomado una ensalada un poco sosa, así que su cuerpo estaba recuperado y alegre.

Lo había conseguido.

Cuando bajó del segundo avión, se dirigió a la salida y buscó al chófer que debía esperarla con un cartel que decía: «Bienvenida, tía Lil».

Le pareció bastante adecuado, dadas las circunstancias.

Se detuvo entre las escasas personas que provenían del mismo avión, y ese aeropuerto le pareció un oasis de paz en comparación con el de Heathrow.

—¡Lil! —gritó alguien a su izquierda.

Ella se giró y vio a la muchacha que la estaba llamando. La chica, obviamente, estaba bastante nerviosa, pero hizo bien su papel.

—Hola, Lil —la saludó con cierto temblor en la voz al acercarse a ella—. Soy Anne Mayers, la hermana de Linda Adams.

Lillie sonrió.

Sí, al fin estaba a salvo.

Había conseguido escapar.

CAPÍTULO 4

La oleada de alivio que había sentido en un principio se convirtió pronto en confusión.

Linda Adams... Linda Adams... ¿Quién era Linda Adams?

Ay, joder, ¡sí! Linda Adams, claro.

La camarera de habitaciones con la que se había casado Tanner y a la que llamaban Yellow.

Joder. Qué humillación.

Pero bueno, estaba allí pidiendo ayuda, al fin y al cabo, así que ahora no tenía más remedio que conformarse con lo que le dieran.

La chica siguió observándola con la cara colorada. Ya conocía esa expresión de antes. La había visto en miles —millones, en realidad— de chicas que esperaban que se comportara como una lunática con ellas solo por ser quien era.

—Sí, soy yo, soy eh... Lil —ese era el nombre que había acordado con Tanner para pasar desapercibida.

Le dedicó una suave sonrisa de desgana a la chica, y no porque estuviera aburrída de fans, sino porque se sentía muy, pero que muy incómoda en presencia de la hermana de la mujer que había podido conquistar a un exnovio suyo.

Porque no importaba cuán perfecta fuera, no importaba cuán alta, guapa, delgada, atractiva y sexy fuera: siempre había alguien que te ganaba en algo. Siempre había alguien que la hacía parecer poca cosa. Y esa había sido, en su caso, Linda Adams. La chica había adoptado el apellido de su marido y por eso en un principio no había caído en quién era.

En fin, suspiró, sin rencores. De todas formas, ella bien sabía que nunca estuvo realmente enamorada de Tanner. Debía olvidar el asunto y seguir adelante. Ahora sentía un dolor mucho más profundo, algo peor que aquella historia del pasado en que el chico bueno había abandonado a la chica perfecta para marcharse con el patito feo.

Anne le devolvió la sonrisa con timidez, pero seguía visiblemente nerviosa.

—Esto... espero que no te importe viajar en mi coche. Es lo único que tenemos disponible por el momento y Tanner pensó que serviría de tapadera. Ya sabes, para despistar y eso.

Cuando terminó la frase comenzó a respirar agitada, como si hubiera corrido una maratón. Lillie casi estuvo a punto de reír. Pobre niña. Estaba acostumbrada a causar esa reacción en muchas chiquillas, pero Anne parecía rondar los veinte años y le sorprendió que todavía fuera tan influenciable.

—No importa, no nací rica, ¿sabes? Recuerdo que cuando era pequeña teníamos un coche con las ventanillas rotas y cada vez que llovía teníamos que poner el paraguas contra el cristal para no mojarnos. Y no te digo nada cuando hacía calor... Nos abrasábamos, ¿sabes? Era de lo más incómodo. Mi madre decía que era su sauna particular, y que con él se ahorraba tener que pagar un salón de belleza para abrirse los poros. ¡Ja! Si la vieras ahora... Va al gimnasio más caro de Los Ángeles, te lo puedo asegurar. Y se gasta todo el dinero que le doy en tratamientos de belleza. Ah, y tiene un coche con chófer. Ni yo tengo chófer, ¿te lo puedes creer?

Lillie había comenzado a caminar hacia la salida con aire ausente. De repente, se detuvo contra las puertas al sentir que la luz del sol le daba de lleno.

—Vaya, ¿no decían que aquí siempre llovía? ¡Qué día más bonito!

Anne, que se había quedado quieta observando cómo la cantante se alejaba hablando sola como si tal cosa, se había acercado a ella corriendo y continuaba jadeando por la emoción y, además, por la perspectiva de tener que escuchar un monólogo de tal calibre durante la hora y media que duraba el viaje desde el aeropuerto de Leeds hasta la vivienda que le habían asignado. Pero claro, se suponía que las estrellas debían ser excéntricas, y Lillie McFly no iba a ser menos, siendo la más grande entre todas. Oh, qué emoción para Anne.

Después de abonar el ticket del parking, las dos chicas llegaron al coche y Lillie emitió un silbido de asombro.

—¡Pues sí que va a ser toda una aventura! Yo tengo un escarabajo, ¿sabes?, así que los espacios pequeños no me importan. Y mira que soy grande... ¿Pero estás segura de que este trasto nos llevará hasta Scarborough? —preguntó al tiempo que señalaba el destartado Renault 5 de color rojo que tenía ante sí.

—Bueno, claro que sí... Es decir, si me ha traído hasta aquí estoy segura de que llegaremos a destino, puedes estar tranquila.

Y eso era lo que Anne más deseaba, que la superestrella estuviera tranquila, porque obviamente y, a juzgar por la verborrea que parecía incapaz de detener y la cantidad de «¿sabes?» que había insertado en cada frase, estaba muy nerviosa.

Por suerte, Lillie solo llevaba el enorme bolso de viaje que había escogido para despistar, pero aquel bicho pesaba como un demonio y tenía pinta de salir directamente de un basurero. Además, si tanto quería despistar, ¿por qué llevaba unas gafas de sol de plástico con brillantes? Nadie llevaba unas gafas así en el lugar donde ella vivía, eran horrosas y demasiado llamativas.

Famosos. ¿Quién podía entenderles? Según Tanner, había que mantener el anonimato de Lillie como fuera posible, y ella venía cargada de un enorme bolso del que todo el mundo parecía huir por si llevaba pulgas y con unas gafas de *choni* que no podían ser más feas y llamativas. No entendía por qué, entonces, se estaban molestando tanto en ocultar algo que era imposible de ocultar.

Llevaban un cuarto de hora en el coche y Anne se dio cuenta de que Lillie había dejado de hablar y se dedicaba a mirar solo por la ventanilla. Tenía el cuerpo relajado, pero algo parecía no ir bien. La chica tenía miedo de preguntar porque, al fin y al cabo, no tenía la

confianza suficiente para hacerlo, aunque por otro lado le parecía de lo más descortés no mostrarse preocupada si era ella la encargada de cuidarla.

—¿Estás bien, Lillie? —susurró.

Su voz casi se perdió con el rugido del coche, que parecía a punto de explotar, y por un momento pensó que no la había escuchado. Pero después se oyó cómo se sonaba la nariz con delicadeza antes de hablar de nuevo.

—Es que no me puedo creer que esté aquí. No me puedo creer que lo haya hecho.

Anne miró hacia la carretera de nuevo. Sabía que su cuñado, Tanner, era amigo de ella y, de hecho, que habían sido novios antes. Cuando él volvió a Scarborough a la muerte de su padre, ella vino con él y le acompañó unos días. Después rompieron y Tanner comenzó a salir de nuevo con su hermana Linda, que además había sido la primera novia de Tanner en el instituto, pero la cordialidad entre Lillie y Tanner se había mantenido con el paso del tiempo.

También sabía que había sido la propia Lillie quien había pedido a Tanner que la ayudara. Él había escapado de los medios y de la locura de Miami en su pequeña ciudad natal al norte de Yorkshire, un lugar donde nunca ocurría nada y con escaso interés, y llevaba una vida un poco retirada del mundillo. Vivía feliz con su mujer y su hija y, por lo que Anne sabía, pretendían ampliar la familia en breve.

—Lillie está buscando algo como lo que tengo yo aquí, y no sabía a quién recurrir —les contó Tanner a su hermana Linda, a Nicky y a ella una vez se reunieron alrededor del banco de cocina de su casa en Scarborough—. Está en problemas y necesita escapar durante un tiempo... Y aunque yo le dije que podía elegir un destino bastante más alejado y rústico para eso, ella me ha dado una noticia que, por lo visto, le impide hacerlo: está embarazada.

Linda había hecho un ruido raro con la garganta y levantado una ceja.

—¿Es de su novio? —había preguntado.

Tanner se encogió de hombros.

—Dice que le pilló en la cama con otra.

—Qué cabía esperar —había respondido su hermana.

Todo el mundo sabía que Jason Dunbar era un imbécil mujeriego. Bueno, todos los que no estaban ciegos con él, por supuesto.

Nicky no fue tan comprensiva y dijo que se lo tenía merecido, por pretender crear una familia con un imbécil egocéntrico reconocido en el mundo entero por sus juergas y orgías.

—Esa chica es estúpida. O es estúpida o tiene un problema, porque, ¿quién en su sano juicio se quedaría embarazada de ese gilipollas? ¿De verdad quiere alguien que ese sea el padre de sus hijos? ¿En serio?

Tanner se había puesto colorado. Era un tema delicado... Al fin y al cabo, Lillie lo había intentado con alguien mejor —sin ir más lejos, él mismo— y tampoco había dado resultado.

—Bueno, Nicky, no todo el mundo es tan listo como tú —había terciado Anne en defensa de la pobre chica—. A lo mejor, Lillie todavía cree en el amor verdadero.

Nicky había soltado una risotada y fulminado a su hermana pequeña con su mirada verde.

—Que lo creas tú, que te pasas todo el día con tus libros románticos, no me sorprende. Pero Lillie es una mujer de mundo. Seguro que ha conocido a miles de tíos y se habrá acostado con otros tantos... Y no creo que Jason sea el mejor de todos, a no ser que sea otra cabeza hueca como él.

Esas palabras habían hecho que Tanner se pusiera todavía más colorado, carraspeará, y se viera obligado a interceder en favor de la cantante:

—Lillie no ha tenido demasiada suerte, eso es todo. Y no tiene muchos amigos, así que... Supongo que me siento un poco en deuda con ella. Tengo que ayudarla.

Tras decir esas palabras, se había girado a mirar a su mujer a los ojos. Yellow había parecido entender por completo lo que él quería decir, pues asintió de manera casi imperceptible y le tomó la mano por debajo de la mesa.

Así pues, y aunque era un asunto muy, pero que muy incómodo para ambos y sobre todo para Yellow, que ahora tendría que ver de nuevo a la ex de su marido, él les había pedido ayuda a las hermanas. Había trazado un plan de lo más sencillo y que proporcionaría a la chica la cobertura que necesitaba sin tener que cuidarla ellos mismos y así poder evitar al máximo la repercusión mediática y un encuentro forzado entre las dos mujeres que habían sido su pareja.

Porque él había accedido a ayudarla, claro. Quién iba a negarle a una amiga, aunque fuera una antigua ex, un favor cuando realmente lo necesitaba. Pero una cosa era ayudarla y otra cuidar de ella o meterla en su propia casa. Él sabía que eso era imposible, y tampoco deseaba hacerlo... Lillie era una buena chica, pero podría causar estragos en su, al fin, tranquila familia. A veces era muy complicado soportarla, y se imaginaba que sería mucho peor si estaba embarazada.

Así que, al final, había resultado que la única que podía y estaba dispuesta a echar una mano en el asunto era la buena de Anne. Nicky se negó en rotundo a recogerla del aeropuerto porque dijo que, si lo hacía, terminaría dándole una bofetada para ver si «la tipa» espabilaba. Tenía muy poca paciencia con las personas débiles y mucho menos con las chicas presumidas y quisquillosas. Por el contrario, Anne sí podría ayudarla, y no tenía ningún problema en hacerlo. Además, le pagarían por ello, así que...

Oyó un suspiro a su lado, y el sonido hizo que Anne volviera de nuevo al presente.

—No sé si voy a poder hacerlo —escuchó de nuevo decir a Lillie.

Anne no le respondió de inmediato. Se limitó a pensar en qué podía decirle a una mujer que había huido casi con lo puesto y, encima, embarazada.

—Vas a estar bien. Estarás atendida y cuidada, ya verás —se limitó a responder.

Por el rabillo del ojo observó cómo la mujer asentía mientras seguía mirando por la ventanilla.

—Todo esto es precioso. Es... tan verde. Transmite paz —le dijo.

—Así es Yorkshire. Todo verde, ovejas y paz. Y también mucha lluvia y viento, claro.

—No me importa. Pienso holgazanear todo lo que sea posible por primera vez en mi vida. No quiero salir de casa. Solo quiero estar tranquila y sola.

Anne asintió.

—Y lo estarás, lo estarás. Ya verás.

Poco tiempo después llegaron a View Court. Entraron por el camino de grava hasta llegar a la zona residencial, donde había toda una serie de bungalós en piedra rojiza separados entre sí a una cierta distancia, la justa para permitir que unos setos crecieran entre ellas. En el extremo sur se alzaba un gran edificio en la misma piedra, pero tenía varias plantas y tejados en pizarra oscura. Era el edificio principal del complejo, pero no era ahí a donde se dirigían las dos recién llegadas. Giraron por el camino de acceso, que se dividía en tres caminos más estrechos, y tomaron el de la derecha hasta llegar a la casa más alejada, la que se encontraba mirando hacia las colinas.

—Está bastante lejos de Scarborough, ¿no? —preguntó Lillie.

—No creas. Solo un poco al norte, pero lo suficientemente alejado como para que puedas descansar sin que te molesten y con la asistencia necesaria en caso de... bueno, en caso de que necesites ayuda.

Lillie comprendió y asintió con la cabeza. Ya lo había hablado con Tanner y había llegado a la conclusión de que, de momento, era una buena idea. No se le ocurría nada mejor.

—¿Están habitadas todas las casas? —le preguntó a su compañera mientras descendían del coche.

—Oh, estas no. Son muy caras, entiendes. Los apartamentos más baratos están en el edificio principal, y allí es donde se arma la fiesta... Ejem, por llamarlo de alguna manera. Allí está el centro social, el centro médico, se dan clases de baile y de pintura, de pilates, de yoga... Y hay habitaciones más económicas, aunque también con sus lujos. —Observó cómo Lillie se quedaba quieta mirando a su alrededor—. Es un sitio muy tranquilo y muy, muy bonito. Si no sales demasiado de casa ni te acercas al centro del complejo, pasarás desapercibida. De todas formas, y aunque decidieras darte una vuelta por ahí y socializar con mis abuelitos, estoy segura de que ninguno sabrá quién eres. La mitad de ellos están enfermos, y la otra mitad tiene tanta edad que todavía creen que Elvis Presley está vivo.

Lillie volvió a asentir.

—Y tú... estarás por aquí, ¿verdad? —volvió a preguntar para asegurarse.

—Claro, trabajo aquí, como ya sabrás.

—Ajá —sonrió—. Es bonito. Se oye el rumor del mar de lejos.

—Créeme, si pudiera permitírmelo, yo también viviría aquí. ¿Quieres entrar? Tengo las llaves.

—Claro, claro que sí. Vamos allá. ¡Estoy deseando empezar mi nueva vida!

La dirección de View Court había alquilado aquella vivienda, destinada a residencia de lujo para ancianos, por varios cientos de libras más de lo que realmente valía con el fin de asegurar la privacidad de Lillie. Anne se encargaría de asistirle como lo hacía con el resto de internos, solo que de manera extraoficial, y de ahí provenía el aumento del precio del alquiler.

En realidad Lillie no necesitaría ayuda, pero Anne sabía que, estando sola y embarazada, y siendo además quien era, probablemente tendría ataques de soledad y de nervios a cada instante.

Se preguntaba si aguantaría siquiera una semana en aquel lugar.

Recorrieron la casa despacio, apreciando los detalles. Estaba decorada de manera muy pulcra y, sorprendentemente, con un toque moderno. El salón era amplio y con mucha luz, con suelos de pizarra de color gris claro, un sofá blanco de piel, una mesa de comedor de cristal y sillas en cuero blanco y una cocina americana totalmente equipada. Era una vivienda pequeña, de una sola habitación y con un solo baño, pero todo era tan bonito y tan nuevo que Anne suspiraba con cada detalle. El dormitorio tenía una cama de matrimonio, el suelo era el mismo que el del salón y los muebles sobrios, pero tenía una colcha color vino preciosa y un enorme cuadro al óleo en los mismos tonos que imitaba un Pollock. Las cortinas eran claras y suaves y ondeaban un poco. Alguien había dejado el ventanal abierto tras la limpieza de rigor.

—Hasta tienes un baño con chorros de hidromasaje, ¿lo has visto?

Lillie entró detrás de Anne y observó el amplio baño con azulejos en tonos claros. Todo allí era nuevo y pretendía dar sensación de espacio, porque la vivienda en sí era pequeña. A ella le encantó. Podría acomodarse. Podría disfrutar allí, estaba segura.

Y podría llorar amargamente sin ser molestada.

Los ojos se le llenaron de lágrimas ante la perspectiva, pero habló para no lloriquear como una niña.

—Me dijiste que había un médico que atendía en la residencia, ¿verdad?

—Sí. El doctor Morgan. Viene los lunes, miércoles y jueves por la tarde, pero también acude en caso de urgencias.

—¿Es buen doctor?

—Muy bueno... Uno de los mejores. De hecho, se dice que en Londres trabajaba en una clínica muy famosa, pero se mudó aquí hace años.

—Bien. ¿Crees que accederá a venir a verme? Es decir... Preferiría no salir de casa en un tiempo, a ser posible.

—No sé si va a ser posible convencerle... Es un poco cascarrabias, sabes. Y además, él no es ginecólogo y aquí no tiene instrumental para reconocerte... Lo mejor es que, si le necesitas, vayas a verle a la residencia o a su domicilio. Allí también tiene una consulta. O quizá quieras ir al centro ginecológico del pueblo.

—No importa, prefiero que me vea un médico de vuestra confianza, solo por saber si todo anda bien... Ya sabes.

—Puede que podamos organizar una cita en la residencia al final de su jornada, cuando haya terminado con los pacientes. Mañana vendrá por aquí por la tarde, pero no estoy segura de que acepte venir a verte... Es un poco... eh... brusco. Ya te avisaré si acepta venir aquí.

—Si no hay otro remedio —contestó Lillie, encogiéndose de hombros.

No estaba muy acostumbrada a tratar con ancianos, pero si quería cambiar de vida debía dejar atrás sus remilgos y aceptar lo que le ofrecieran.

Anne se marchó de la vivienda con un listado interminable de cosas que Lillie dijo que necesitaría, incluyendo ropa interior que ella no sabía dónde podría encontrar... Si aquel iba a ser su trabajo —buscar unas bragas concretas de Victoria's Secret que posiblemente tuviera que ir a comprar a Londres o una pasta de dientes especial que su dentista de Los Ángeles le mandaba a fabricar de un laboratorio, entre otras cosas—, iba a tener que cobrar horas extra, y ni aun así merecería la pena el esfuerzo. Ya sabía que tratar con una *celebrity* sería cansado, y lo suponía por las películas que había visto sobre ellas porque su cuñado, que también había sido uno de los músicos más aclamados por el público y las mujeres, era un chico de lo más normal. Pero la verdad es que Lillie le daba mucha pena.

Pobrecita, ella sola en Inglaterra, lejos de sus amigos, de su familia, embarazada y traicionada por su novio. Ojalá ella nunca tuviera que pasar por algo así.

Y, aunque solo fuera por eso, estaba decidida a ayudarle en lo que hiciera falta.

En cuanto Anne salió por la puerta, Lillie se fue a la ducha, se pasó casi una hora llorando bajo el agua caliente y después se echó en la cama a continuar llorando. Al principio fueron lágrimas de pena, de autocompasión e incluso de odio hacia sí misma...

¿Cómo podía haber permitido todo aquello? La imagen que daba de cara al público era la de una mujer fuerte, inteligente, profesional; tenía muchísimo talento y sabía utilizarlo. Cuando actuaba frente a una cámara o ante el público de un concierto, se transformaba en una diosa dorada de piernas largas y rostro perfecto, y todo el mundo pensaba que era una máquina de hacer dinero.

Lo era. Sabía hacerlo y sabía invertirlo. Y, a su parecer, no era vanidosa —o al menos no a los niveles a los que llegaban otras— ni tampoco tenía problemas mentales... Es decir, para estar guapa y delgada no necesitaba más que el deporte y vida sana. Incluso a veces podía comerse alguna hamburguesa, los meses en que su dietista bajaba el consumo calorífico lo suficiente como para poder permitírselo.

En resumen, sabía que todo el mundo pensaba que era la mujer perfecta, pero no había podido conseguir que Jason también lo hiciera.

Siempre había creído que, con esfuerzo y determinación, terminaría por lograr que todo funcionara entre ellos, que descubriera que no había nadie mejor para él que ella. Si le había funcionado en el resto de ámbitos de su vida, pensó que solo necesitaba trabajar lo suficiente para conseguirlo.

Y sin embargo, había fracasado de forma estrepitosa. No era Lillie la intocable, la perfecta, la poderosa. De puertas hacia adentro, ahora era solo Lillie la engañada, la idiota y la ingenua. Y además, se sentía fea, poca cosa. Tuviera lo que tuviera, no parecía ser suficiente para el padre de su hijo.

Se dio la vuelta en la cama y se quedó dormida con lágrimas en los ojos, olvidándose hasta de cenar.

A la mañana siguiente le despertó el timbre de la puerta. Le dolía la cabeza horrores y, durante un instante, se sintió perdida. No sabía dónde estaba. Se giró, miró la ventana y se dio cuenta de que debía ser bastante tarde.

Ah, sí, el maldito *jet lag*. Estaba en Inglaterra. En Scarborough. Lejos de casa.

Lejos de todo.

El timbre sonó de nuevo, y ella pensó que era el móvil. No lo había mirado desde que llegaron, y ni siquiera entonces le había prestado la atención que normalmente le prestaba, es decir, casi toda, porque el modelo nuevo que se había llevado para el viaje no le permitía acceder a sus redes sociales.

Al ver que no era ninguna llamada entrante y ante la insistencia del silbido chirriante, se levantó de mala gana. El cuerpo le pesaba horrores y le costaba hasta caminar. Seguramente debido al embarazo, pensó.

Abrió la puerta y casi se topó con el corpachón enorme —coronado por una mata de pelo negra que caía por las mejillas— de un hombre maduro, o al menos eso parecía. Debía andar cerca de los cuarenta, pero era difícil de decir porque una barba espesa y negra le cubría toda la mandíbula y le daba un aspecto algo descuidado. Tenía los ojos oscuros y penetrantes, la nariz delgada y recta y un gesto hosco debajo de toda esa tupida barba que casi hizo temblar a Lillie.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó tratando de cubrirse la cara con la melena despeinada.

Debía tener muy mal aspecto, eso explicaría el ceño fruncido del gigante, que la miró de arriba a abajo una milésima de segundo y escupió:

—¿Es usted la señorita Lillie?

Ella tembló. Ese hombre grande, con ese acento británico tan brusco, tenía toda la pinta de ser del servicio secreto. ¿Cómo podían haberla encontrado con tanta rapidez? ¿Cómo era posible que alguien hubiera dado con ella, si ni siquiera su seguridad había podido seguirla hasta allí? Le observó detenidamente, pero no llevaba ninguna cámara, ni móvil, ni nada. Llevaba un maletín en la mano y, aunque su ropa parecía un poco rústica —pues iba ataviado con una camisa de cuadros algo holgada, una chaqueta de lana y unos pantalones marrones un poco clásicos—, ella cayó entonces en la cuenta de quién debía ser. Y recordó que Anne le había dicho que era un gruñón, o algo así.

—¿Doctor Morgan?

—Así es —respondió él con brusquedad, sin mover un pelo de su espesa cabellera.

—Oh, claro, perdón, pase... No sabía que... —comenzó a decir ella al tiempo que se apartaba para dejarle entrar e intentaba alisarse un poco el pelo.

Él caminó a su lado, entró en el salón, observó a su alrededor y se giró de nuevo hacia ella.

—Creo que estaremos mejor en el dormitorio —gruñó, más que hablar.

Se dirigió hacia allí y ella le siguió como un perrito faldero. Observó cómo él dejaba el maletín encima de la butaca que había a los pies de la cama y se giraba hacia ella.

—Espero que entienda que esto es un favor especial que he hecho a Anne. Nunca más, ¿me escucha? Nunca más volveré a acudir a su domicilio a menos que se trate de una emergencia, por muy famosa que sea usted. ¿Lo ha entendido? Mi tiempo es demasiado valioso como para estar perdiéndolo en caprichos absurdos.

Ella estaba tan sensible que se puso roja como un tomate y casi se echa a llorar de nuevo. En otras circunstancias quizá hubiera respondido a ese hombre como se merecía, pero entre el embarazo, el *jet lag*, la soledad que sentía y el estómago más que vacío, sintió deseos de echarse a llorar en sus brazos.

No obstante, se limitó a asentir y a tragarse las lágrimas para parecer lo más digna posible. Nunca la habían tratado así, la gente jamás se mostraba impertinente con ella, al revés, le hacía la pelota de una manera desmesurada a veces. Y además, su caso no era una bobada, era una cuestión de vida o muerte para ella.

—Coja una sábana y colóquela sobre el edredón, haga el favor. No quiero que manchemos nada.

Ella hizo lo que le pidió con manos temblorosas. No quería que aquel odioso hombre pensara que era una cantante malcriada y acostumbrada a todo tipo de lujos, porque no lo era. Al fin y al cabo, si lo fuera no habría ido a parar a una residencia para ancianos, ¿no? Y no estaría allí ella sola, sin ayuda ninguna, y encima sin saber freírse ni siquiera un huevo.

Cuando terminó de preparar la sábana sobre el edredón que previamente había estirado, se volvió hacia él.

—¿Y ahora? —le dijo.

Él se había puesto unos guantes y la observaba perplejo.

—Ahora, lo normal es que se desvista de cintura para abajo para que pueda examinarla. —Se quedó mirándola como si fuera estúpida, y al ver que ella no se movía, sonrió a medias—. Verá, si he entendido bien, usted piensa que está embarazada. Según tengo entendido, de pocas semanas. Y dado que no desea ir a una clínica para que un ginecólogo o una matrona puedan reconocerla como debería, lo único que puedo hacer yo en este caso es un examen vaginal. ¿Entiende? —Lillie asintió y se puso más colorada todavía—. Ahora coja otra sábana, entre en el baño y salga con ella atada a la cintura para cubrirse. La esperaré aquí afuera.

—Vale —masculló, sintiéndose estúpida.

Estuvo a punto de añadir «cerdo insensible», pero como no podía hacerlo sin correr el riesgo de que la dejara allí plantada, hizo lo que él le había dicho. Después, salió del baño con una sábana enrollada en torno a la cadera y se detuvo delante del médico.

—¿Y ahora? —levantó la barbilla en actitud de desafío.

Él había observado los movimientos con impaciencia, suspirando enfadado, y respondió:

—Ahora se acuesta usted, abre las piernas y se relaja, ¿de acuerdo?

—¿Cómo dice? —chilló ella perpleja.

Aquello debía de ser una broma. ¿Acaso había una cámara oculta o algo? ¿Era un perverso que había conseguido localizarla y quería acostarse con ella? ¿Se iba a aprovechar de ella allí, en aquel lugar perdido del norte de Inglaterra? Le observó alarmada, con los ojos abiertos como platos y el terror palpable en sus facciones.

—Por Dios, señorita McFly, ¿es usted estúpida o qué? —el doctor estiró las manos en un ademán impaciente y se volvió de nuevo hacia el maletín, de donde cogió un tubo que apretó entre sus manos. Una sustancia transparente y viscosa fue a parar a su mano derecha—. Si no se fía de un médico que le hace el tremendo favor de acudir a su propia casa como si no tuviera nada mejor que hacer, entonces debería haber pedido cita en una clínica ginecológica, que es lo que en realidad debería haber hecho. Tiéndase, va a resultarle un poco molesto pero procure no ponerse nerviosa, ¿de acuerdo?

Lillie temblaba como una hoja, pero admitió que quizá se estaba comportando de manera un poco neurótica.

Se tumbó en la cama, abrió las piernas y observó cómo él se arrodillaba frente a su expuesta intimidad. Había asistido a muchas revisiones ginecológicas, pero todo aquello le inquietaba muchísimo. Se sentía más indefensa que nunca, vulnerable, y aquel hombre no hacía más que hablarle con brusquedad. ¿Dónde estaba la delicadeza inglesa de la que tanto se hablaba? Normalmente, cuando viajaba a Londres todo el mundo la llamaba «querida» o «cariño», pero ese doctor era de lo más maleducado que había conocido nunca.

Él posó una mano en su rodilla derecha, con mucha más suavidad de la que ella habría esperado, e introdujo dos dedos de la otra mano en su vagina. Después apartó la mano de la rodilla y la utilizó para apretarle el abdomen mientras continuaba con la exploración.

—Espero que entienda que este examen no puede ser demasiado fiable, dado que no se trata de una ecografía. El tacto vaginal solo sirve para establecer las características de su cuello y el útero, pero no puedo confirmarle que todo vaya a ir bien. ¿De cuántas semanas ha dicho que está?

—No lo sé con exactitud, la regla debería haberme bajado hace dos semanas.

—Bien. Relájese. Es normal que sienta molestias, pero si le duele, avíseme, ¿de acuerdo?

Su tono de voz había mejorado bastante y, mientras el médico continuaba con su

examen manual, palpando en todas direcciones y apretándole los intestinos, mantuvo la mirada desviada hacia arriba en gesto de concentración.

—Ajá —sonrió. Después, bajó la mirada y sus ojos se encontraron con los de ella. — Enhorabuena, parece ser que, en efecto, sí está usted embarazada. Aunque como le he dicho antes, que haya podido detectar la bolsa no quiere decir que todo esté en orden, solo confirma que sí hay un embarazo. Aunque creo que eso ya lo sabía usted, ¿verdad?

Ella observó cómo el gesto implacable del doctor se relajaba un poco, a pesar de que su lenguaje continuaba siendo bastante brusco. La sonrisa cambió de repente sus facciones, la nariz se estiró un poco y los labios parecieron suaves... Pero sus ojos brillaron con la luz que entraba por la ventana y Lillie se percató de que eran de color caramelo y más bonitos que en lo que un principio habían parecido.

Un par de lágrimas silenciosas le rodaron por las mejillas. En esos momentos necesitaba afecto, y aunque no estaba segura de que ese hombre pudiera ofrecérselo, se conformaría con cualquier palabra cariñosa.

—Gracias —le susurró.

Él asintió, se levantó y se quitó los guantes.

—Ya puede vestirse, no puedo hacer más.

Después entró en el baño y tiró los guantes a la papelera. Volvió a la habitación, tomó un cuaderno de prescripciones médicas y anotó algo con rapidez. Cuando se volvió de nuevo hacia ella, Lillie ya se había puesto los pantalones del chándal que se había quitado antes y secado las lágrimas con la manga de la camiseta.

—Tome estas vitaminas cuanto antes, son para los primeros meses de gestación. Con una al día basta. Y acuda a un ginecólogo lo antes posible... Yo no puedo determinar de cuántas semanas está, pero es mejor que vaya antes de la octava semana para detectar cualquier anomalía y hacerse unos análisis de sangre. Por mucho que haya insistido en que yo la atienda, debe saber que sin una ecografía no se puede determinar nada... También cabría descartar otro tipo de complicaciones. En resumen, señorita McFly, mi visita ha sido prácticamente una pérdida de tiempo.

Ella resopló y volvió a sentir unas ganas tremendas de llorar. No debería haber esperado nada de ese médico tan grosero, al igual que tampoco debería esperar nada de nadie más.

—¿Y cómo quiere que yo sepa eso? ¿Acaso cree que yo también he estudiado medicina?

Ahora que había terminado la exploración y estaba más tranquila —en el sentido de que sabía que no era ningún acosador—, se sentía libre de, al menos, defender su dignidad maltrecha.

Él entrecerró los ojos y su cara volvió a ser la misma que al principio: una máscara de soberbia y desdén.

—Supongo que uno ha de ser lo suficientemente listo como para poder deducirlo por sí mismo.

Lillie quiso tirarle algo a la cabeza... Quiso lanzarse a su cuello y tirarle de aquella melena hasta dejarle calvo. Quiso verle tirado en el suelo, gritando de dolor y lloriqueando como un niño después de haberle dado con un bate de béisbol en sus partes. Y lo habría hecho, pero ahora era una mujer embarazada. Tenía que cuidarse, y ese gigante la superaba en altura y anchura, algo que ya de por sí era difícil, de modo que utilizó su lengua a modo de defensa.

—Le agradezco su gran sensibilidad para con las mujeres que se enfrentan solas a estas situaciones. Y ahora, dígame cuánto le debo por sus inestimables servicios médicos, porque supongo que no pretenderá cobrar por los psicológicos, en los que deja mucho que desear.

Él sonrió y meneó la cabeza.

—Ya le pasará la residencia la factura, no se preocupe —recogió su maletín, lo cerró y se volvió hacia ella antes de marcharse—. Y que sepa que hoy en día, que una mujer sola esté embarazada no es objeto de lástima. Tiene dos manos para trabajar y mucho dinero, lo único que debe hacer es utilizar esa cabecita suya para adaptarse al cambio. Muchas otras chicas darían cuanto pudieran por estar en su lugar, pero supongo que eso a usted le trae sin cuidado.

Salió de la habitación y pocos segundos después se escuchó el portazo que dio al marcharse.

Lillie se sentó en la cama, aturdida, llorosa e indignada.

Aparentemente, la gente no solo pensaba que, por ser quien era, podía tener todo lo que quisiera al alcance de su mano. También daba por hecho que no tenía derecho a sentirse sola ni necesitar ayuda alguna. Una mujer guapa y rica no podía llorar ni quejarse en público.

Esa era una de las primeras lecciones que le había dado su publicista: siempre alegre, siempre contenta. La negatividad ahuyentaba a la gente, y no era eso lo que Lady Lillie McFly necesitaba, ¿verdad? Cuanto más alegre, más positiva y más feliz fuera, más la querría su público.

Lo que ocurría era que ya estaba empezando a hartarse de mostrar siempre su lado bueno, y era algo que iba a empezar a cambiar muy pronto.

CAPÍTULO 5

La llegada de Lillie a aquel recóndito lugar perdido entre Scarborough y Bay Town pasó totalmente desapercibida para todos excepto para las familias Mayers y Adams.

Para las Mayers, cuyas integrantes eran Jeanette —la madre—, y Yellow, Nicky y Anne —las tres hijas—, fue objeto de cotilleo y entretenidas tardes de lluvia que, de otra forma, habrían pasado viendo aburridos concursos de la televisión o el mismo culebrón que llevaban televisando veinte años y que cada vez era más enrevesado. Como Linda ahora formaba parte de la familia Adams, la madre de Tanner, Trish, y su hermana Lucy solían unirse a ellas en la confabulación por despellejar a la recién llegada porque, seamos francos, en las pequeñas ciudades el cotilleo es más necesario que el aire que se respira. Porque el aire que se respira te mantiene vivo, sí, pero no hay interés en respirar ese aire si la vida no tiene aliciente alguno.

Tanner todavía no había ido a visitarla porque, según ella misma le había indicado, ya había hecho bastante por ella y no deseaba, además, que nadie les descubriera viéndose en secreto. Quería permanecer sola, oculta y alejada del mundanal ruido —había citado el título de la novela de Thomas Hardy así, literalmente, como una diosa del drama— el tiempo que fuera posible. Si alguien les cazaba juntos se armaría un buen lío.

Eso sí, Lillie contaba con Anne para todo. Le pedía cualquier cosa, por nimia que fuera, y le llamaba para preguntar cómo se ponía la cafetera, o se encendía el horno o la vitrocerámica, o se regulaba el agua caliente de la ducha. También le pedía, una por una, los víveres que iba necesitando o que se iban agotando de las primeras provisiones que ella había dejado en el frigorífico, y Anne tenía que ir anotándolas en su lista cada vez que ella le llamaba para no tener que ir a verla cinco veces al día.

La cosa se había ido complicando tanto que la pequeña de las Adams conocía la rutina diaria de la cantante punto por punto, y estaba empezando a agobiarse.

—No puedo dejar todo y dedicarme a ella cada vez que llama —se había quejado una tarde en casa de Linda—. El otro día estaba tratando de limpiar el orinal de un anciano y el teléfono no paraba de vibrar y vibrar, y el abuelo me miró raro porque pensó que se trataba de otra cosa. Ellos no saben ni que existen los móviles, pero piensan que todas las chicas jóvenes somos unas pervertidas que vamos por ahí con aparatos de esos sexuales. ¡Imagínate! Seguro que en los años cincuenta también los usaban. Y el otro día el señor Jackson no paraba de mirarme mientras vibraba sin parar. Me miraba fijamente a la cara, sin parpadear, y al ver que aquello no paraba me dijo: «jovencita, si tanta necesidad tienes de notar una cosa dura contra tu conejo, prueba con una de verdad y con sabor añejo».

Linda comenzó a reírse mientras le intentaba dar de comer a Paulie, la hija que había tenido con Tanner, que se retorció y se manchaba entera con los trozos de masa informe.

—Siempre te he admirado por querer hacer el trabajo que haces, Anne —le respondió ella.

—Bueno, no todos son unos viejos verdes, sabes. Solo los que están tan enfermos que les afecta a la libido. En serio, me da mucha pena porque no tiene a nadie más, pero el hecho es que, supuestamente, quería alejarse de todo y estar sola, pero a mí me trata como si fuera su asistente personal y yo no le digo nada porque me da pena.

Linda la miró y suspiró.

—Ya sé que Tanner te ha puesto en un aprieto, y lo siento mucho... Pero es que no tenía a nadie mejor a quien recurrir. Y según me ha dicho, no pensaba que ella fuera a comportarse así. A veces es tan ingenuo... Él la conoce bien. Sabe que ella es así. Cuando yo la vi por primera vez, en la habitación del hotel donde se hospedaba con Tanner, me trató como si fuera un mueble más —la cuchara de Paulie iba y venía delante de la cara de la niña, que reía como si aquel vaivén fuera tan solo un juego—. Supongo que esta gente cree que está por encima de todo, Anne. No están acostumbrados a pensar en el resto, solo en ellos —Anne asintió mientras seguía observando el espectáculo—. Pero no creo que sea mala. Es quien es, supongo, porque no ha conocido otra cosa y todos la han mimado demasiado.

—Pero Tanner no es así.

—No —suspiró su hermana, y sonrió—. Tanner es especial. Siempre fue un chico sensible, y eso no puede cambiar.

La mirada soñadora y la sonrisa de Linda lo decían todo, y Anne sintió tanta envidia, pero sana, que deseó con todas sus fuerzas poder llegar a tener algún día una relación aunque fuera remotamente parecida a esa. Eran como el príncipe y la mendiga, pero en versión cantante y rata de laboratorio.

Pensó en lo que le había dicho y decidió que tenía razón. Lillie no se daba cuenta de si dañaba o incomodaba a la gente, simplemente lo hacía porque no pensaba en que quizá pudiera estar molestando. No se ponía en el lugar de los demás.

Puede que no tuviera amigos que fueran sinceros con ella y le dijeran lo que de verdad tenía que escuchar, pero eso también podía cambiarse. Ella, desde luego, no pensaba cambiar su forma de ser para no molestar a la gran estrella, así que si de verdad quería adaptarse, tendría que aceptarlo cuanto antes.

Lillie pasó unos días encerrada en sí misma y, de alguna manera, disfrutando de esa sensación. Por primera vez en su vida no dependió del móvil ni de las redes sociales en las que solía pasar horas sumida para promocionar su imagen, vender productos o, simplemente, contar lo feliz que era en todo momento, porque no quería saber nada de

nadie ni escuchar los rumores que seguramente circulaban sobre ella.

Ahora no podía hacerlo porque estaba más aturdida que nunca. A veces pensaba en Jason y se acordaba de los momentos en que él le había dicho que la amaba, de los regalos que le hacía a menudo, de las escapadas a hotelitos o en yates con que solía sorprenderle, de los ratos que pasaban hablando de música, riéndose, haciendo bromas.

No entendía por qué había querido estar con ella si necesitaba acostarse con otras mujeres. Quizá tuviera pasiones pervertidas que no quería compartir con ella, dada la situación en la que le encontró al llegar a casa, o quizá ella no le atraía o le excitaba lo suficiente.

Cuanto más lo pensaba, más caía en la cuenta de que ese debía ser el motivo. Ella no le atraía lo suficiente. Siempre era ella la que, en el terreno sexual, debía tomar la iniciativa, la que se esforzaba por parecer sexy, sensual, una gatita que ronroneaba y se ponía a los pies de su fiel amo. Hasta para eso se tenía que haber esforzado en su relación. Todo había sido grandes esfuerzos que ella había terminado por considerar como normales.

Pero es que, en realidad, no recordaba nada para lo que no hubiera tenido que esforzarse en la vida y, por consiguiente, pensaba que así debían de ser todas las relaciones, una lucha continua por evitar que la llama se apagara, por seguir preservando el amor del otro.

Pues bueno, no lo había conseguido.

El primer fallo de su vida, y ahora sí que no había vuelta atrás. Ya no podía seguir intentándolo con él. No volvería a su lado ni aunque se lo rogase arrodillado sobre brasas incandescentes. Era tanto el dolor que sentía, la humillación, la sensación de degradación que la consumía que sabía que no podría perdonarle. Eso no. Nunca más.

Se mantendría firme por su hijo. Porque ahora llevaba en su vientre a una persona que era mucho más importante que ella, alguien por quien debía luchar y a quien debía enseñar lo que era el verdadero amor. Y se lo iba a dar sin condiciones, sin exigencias. Querría a ese bebé como nadie la había querido a ella.

De vez en cuando llamaba a Lillie para pedirle cosas que necesitaba porque no tenía a nadie más con quien hablar. A veces lo hacía solo como excusa, para ver si la chica se pasaba por allí y charlaban un rato. Incluso siendo familia de una mujer que le había robado el novio, Anne le inspiraba tanta ternura que se sentía inclinada a confiar en ella sin restricciones, cosa que nunca le había ocurrido con nadie de su entorno. Fue ella quien le ayudó a solicitar una cita en una clínica privada de Scarborough en donde le harían una ecografía.

Sin embargo, esa ecografía nunca llegó a realizarse.

A los siete días de permanecer en su autoimpuesto retiro, Lillie se levantó pasada la medianoche con un tremendo dolor en el abdomen.

Al principio pensó que podía ser normal, pero conforme pasaban las horas el dolor no cesaba y cada vez era más continuado y más profundo. En una de las ocasiones en que fue al baño descubrió una pequeña manchita de color rojo en su ropa interior.

No quiso llamar a nadie, ni siquiera a Anne. A lo mejor aquello no significaba nada.

Esperó a que se le pasara. Rezó por que se le pasara. Quería que todo estuviera bien.

—Por favor, Dios, sé que nunca te rezo, pero haz que esto salga bien. Por favor —se repetía una y otra vez cada vez que notaba cómo el pinchazo en su bajo vientre volvía a repetirse con mayor fuerza.

Transcurrió el día y el dolor no disminuyó, pero había vuelto a ir al baño varias veces y no había vuelto a manchar, así que todavía mantenía la esperanza de que todo fuera a ir bien.

Intentó quedarse dormida, pero aunque se había tomado un analgésico el dolor no cedía del todo y le impedía descansar. No podía parar de llorar y rezar en silencio. Sin darse cuenta, se había aferrado a aquel embarazo como si fuera su salvación, como la única ancla que le salvaba de dejarse llevar a la deriva. Con el niño en su vientre no se había sentido del todo sola, incluso aunque fuera todavía un pequeño puntito insignificante. No se había detenido a pensar en ello antes, pero desde que descubrió su embarazo, el hecho de contar con ese niño en su interior la había hecho sentirse más fuerte, capaz de hacer frente a las circunstancias que le sobrevenían porque ahora no estaba sola: serían dos.

Quería que ese niño naciera. Lo quería con todas sus fuerzas. Lo demás no le importaba. En ese momento ni siquiera le importaba Jason. Si por ella fuera, podía irse al infierno con sus putas. Ojalá se hubiera ahogado con el calcetín que le había metido en la boca.

Ya no le importaba. Solo pensaba en el dolor. Ese maldito dolor que no cesaba.

Y rogó y rogó para que desapareciera.

A las seis de la mañana, y tras haber pasado la noche en vela, se levantó para ir al baño y observó cómo caía una sustancia gruesa, viscosa y de un tono marrón oscuro muy extraño, y entonces sintió que el mundo se le venía abajo.

Iba a perder al niño.

En verdad, iba a perder a su bebé.

Cayó al suelo del baño y lloró mientras se abrazaba con fuerza la tripa tras sentir un fuerte agujonazo. Fue como si le pincharan en un ovario, un dolor agudo y centrado que la dejó casi sin aliento. Se levantó a tientas y buscó el móvil para llamar a Anne, pero la chica no contestó.

Tampoco tenía forma de localizar al desagradable médico, porque por lo visto no le gustaba que le molestaran. Esperó durante lo que le pareció una eternidad hasta que el dolor se redujo, aunque era posible que ni siquiera hubiera llegado a un par de minutos. Durante ese lapso de tiempo no hizo más que pensar que había cometido un error. No debería haberse marchado de su país, del lugar donde podría haber evitado aquello.

Ella tenía la culpa. Se había escapado, subido a un avión con pocas semanas de gestación y marchado a un lugar inhóspito donde no contaba con nadie. Se había sometido a un estrés que, sumado al *shock* de encontrar a su novio con una fulana, le habían provocado aquello. Ella era la responsable de todo.

Cuando remitió al fin aquel horrible dolor, continuó hecha un ovillo y siguió

sollozando. Seguía notando una punzada extraña, pero tenía miedo de moverse. No podría soportar la idea de levantarse y encontrarse con algo más, con... no podía ni pensarlo.

Entonces sonó el teléfono al fin. Estaba en el suelo, junto a ella, parpadeando como un salvavidas en la oscuridad.

Era Anne.

—Estoy perdiendo al bebé —dijo ella entre fuertes sollozos, sin darle tiempo a que la chica contestara—. ¡Por favor, ayúdame!

Intentó calmarse, pero era imposible; acalló los sollozos tapándose la boca con la mano, aunque era imposible controlarse. Su mundo se estaba acabando. Había dejado todo atrás, había eludido sus responsabilidades, se había vuelto loca y ahora lo estaba pagando. Y su mundo se acababa.

Anne había hecho el turno de tarde el día anterior, que terminaba bien entrada la noche, y puesto el móvil en silencio para poder descansar. Cuando al fin se dignó a echar un vistazo, pensando que como mucho tendría alguna llamada perdida de Lillie para pedirle que le consiguiera otro de sus caprichos —¿un mono africano, quizá? ¿Un Highlander escocés que la tratara como una reina? Ah, no, ese se lo pediría ella— se asustó al ver la cantidad de llamadas perdidas de ella que había registradas.

Cuando Lillie le dijo lo que estaba ocurriendo y colgó inmediatamente después, respiró hondo.

—Cálmate —se dijo en voz baja—. Seguro que está exagerando.

Pero casi media hora después, al llegar al apartamento y verla tirada sobre el suelo del baño, hecha un ovillo y con los shorts manchados de sangre, se dio cuenta de que no había sido una exageración, y de que la chica estaba muy, muy asustada.

Ella también lo estaba. Así que solo se le ocurrió una cosa. Levantarla como pudo del suelo —cosa que resultó extremadamente difícil, pues la cantante la superaba en más de quince centímetros de altura—, meterla en el coche recostada sobre una mullida toalla que había cogido del baño, y llevarla a la consulta del doctor Morgan.

Mientras estaba de camino, con una Lillie sollozante que se retorció a su lado, llamó a la consulta por el móvil.

—Soy Anne Mayers, de View Court. Por favor, necesito hablar con el doctor, es una emergencia —le dijo a la recepcionista en cuanto esta descolgó.

—Espere un momento, por favor.

Escuchó la música de fondo, una horripilante melodía oriental que seguramente

utilizaba el médico para matar a sus víctimas y así evitar que llegaran a su consulta, y de repente la rotunda voz de barítono del susodicho.

—¿Qué ocurre, Mayers? Me pillas de milagro, estaba a punto de salir para almorzar con mi hija.

Anne se tragó el miedo que le atenazaba las entrañas. No había nada que molestara más al doctor que le estropearan los ratos que pasaba con su hija.

—Lo-lo-lo siento, doctor —consiguió tartamudear ella al fin, después de respirar una enorme bocanada de aire para reunir el valor necesario—, pero es que.... tengo una urgencia. Estoy llevándole a un paciente a la clínica.

—¿Qué urgencia? ¿Qué paciente?

La respiración de Anne se aceleró todavía más. Pisó el freno, pues estuvo a punto de comerse al camión que iba delante.

—Es Lillie McFly, ella...

—No. Tendrá que esperar.

—Pero doctor...

—He dicho que a menos que se esté muriendo, tendrá que esperar.

—Doctor, no es ella, es...

Pero la línea se cortó, y Anne desvió la mirada un segundo al teléfono, perpleja, aun a riesgo de perder de vista la carretera que tenía ante sí.

Había colgado. El médico le había colgado. Dios mío, ¿qué iba a hacer ahora?

De repente, sintió un enfado enorme, uno que comenzaba en su estómago y le recorría todo el cuerpo hasta llegarle a la cabeza, donde parecía explotar como un volcán en erupción. Lillie seguía a su lado, con los ojos apretados y un aspecto horrible. Sabía que debía llevarla a un hospital, pero ella no quería correr ese riesgo. Y el doctor Morgan era un médico más que capacitado, pero muy mala persona, por lo visto.

¿Cómo podía un doctor negar su ayuda solo para irse a almorzar con su hija? ¡No merecía ser médico! El mundo estaba lleno de personas así, faltas por completo de empatía, y eso era algo que ella no entendía en absoluto.

Anne no solía enfadarse, pero en ese momento si hubiera tenido a Ian Morgan delante de sus narices, le habría dicho cuatro cosas bien dichas. Iba a atender a Lillie quisiera o no.

La consulta estaba situada a las afueras de Scarborough, en una bonita zona residencial del oeste donde abundaban las casas independientes con un cuidado jardín con césped. El doctor vivía allí, pues había dividido la casa en dos áreas, una destinada al uso privado y otra a su clínica de medicina familiar. Era un lugar modesto, pero bien atendido y seguro.

Aparcaron justo en la puerta y Anne ayudó a Lillie a descender y caminar por el sendero que llegaba hasta la puerta de nogal, junto a la cual había un letrero que rezaba: «Clínica Morgan. Médico de familia».

Llamó al timbre y la puerta se abrió automáticamente.

Por fuera, la casa parecía sencilla, en tonos blancos y con tejado de tejas rojizas como cualquier otra vivienda familiar del barrio, pero por dentro se asemejaba a un hospital: austera, aséptica, moderna. Entraron directamente en el recibidor, donde la mesa de la recepcionista —un mueble insulso en cristal cromado—, les recibió a modo de bienvenida.

La señora Williams, una mujer algo rolliza y amable de algo más de cincuenta años, alzó la mirada y sonrió.

—Oh, Anne, ¿cómo estás? Es una alegría verte, pero el doctor... —entonces desvió la mirada hacia la chica que se apoyaba en ella y que se encogía agarrándose el estómago con fuerza—. Uf, eh... vamos a ver... —las recorrió con la mirada, nerviosa—, ¿qué le ocurre?

Anne se giró y observó las sillas que había en el recibidor. No había nadie, por suerte, esperando al doctor. Probablemente había echado a todo el mundo para disfrutar de su preciado almuerzo.

—Le necesita ya, señora Williams. Es grave.

Entonces, Lillie lanzó otro alarido y se soltó de los brazos de su compañera para encogerse en el suelo. La recepcionista, al fin, salió corriendo en busca del doctor, pero Anne no podía levantar a la cantante y tenía miedo de todo sucediera allí mismo, en el impoluto suelo de la recepción de la clínica Morgan. Intentó tranquilizarla con palabras suaves, pero se dio cuenta de que nada funcionaba y se limitó a abrazarla y mecerla entre sus brazos mientras la chica continuaba con su amargo quejido.

Al fin, una de las puertas que daban a la recepción se abrió y apareció el doctor, sin su bata blanca, en vaqueros y con una simple camiseta negra de algodón. Se quedó paralizado, observándolas a las dos con el ceño fruncido, y después miró directamente a Anne.

—¿Por qué demonios no la has llevado a un hospital, niña? —bramó.

Ella sintió que, de nuevo, la llamarada de la furia la consumía por dentro.

—¡No quiere ir a un hospital! ¡Hágase cargo de ella, por Dios! ¿Acaso no es usted médico? ¿Es que no tiene conciencia?

El doctor apretó todavía más los labios y la fulminó con la mirada, pero se acercó en dos enormes zancadas hasta ellas y alzó a Lillie en sus brazos como si no pesara más que unos pocos kilos. Ella gritó y se retorció, pero no se resistió. Giró la cara hacia el pecho del doctor y continuó llorando allí, sobre la suave tela de algodón de su camiseta.

La colocaron sobre la camilla de la consulta del doctor, y este intentó preguntarle cómo era el dolor que sentía, aunque estaba bastante claro cuál sería el resultado. Lillie respondió con voz entrecortada. Estaba hecha un desastre, con la cara hinchada y roja por la noche en vela y el llanto que no cesaba, y sus miembros caían laxos a ambos lados de su cuerpo cuando el dolor remitía.

—Ayúdame, Anne —le urgió el doctor.

Entre los dos, le quitaron los pantalones y la ropa interior, que estaban manchados con el color rojo y brillante de la sangre recién derramada, y colocaron una sábana encima de la cintura y muslos de la enferma.

—Maldita sea, Anne, aquí no tengo el instrumental necesario, y lo sabes. Si llegara a ocurrir cualquier cosa...

—En tal caso, la llevaremos al hospital más cercano.

Por una vez, Ian suspiró resignado y su rostro se mudó en una expresión de concentración. Se sentó delante de Lillie tras colocarse con toda rapidez una bata y unos guantes, y procedió a efectuar una exploración manual. Sin embargo, en cuanto intentó hacerlo, ella se retorció y emitió un horroroso alarido. Anne, que estaba a su lado, le tomó la mano y ella la apretó con todas sus fuerzas mientras continuaba gritando.

El doctor Morgan dio un respingo y respiró con fuerza. Anne se giró hacia él y le vio con los brazos extendidos, sujetando perplejo algo que había caído sobre sus manos. Se quedó quieto durante unos instantes, hasta que al fin pestañeó y levantó la mirada hacia la enferma.

—Bueno, Lillie... Lo siento mucho, pero acabas de tener un aborto.

CAPÍTULO 6

Lillie, que había estado sumida en una nube de dolor físico, lloró todavía con más fuerza si cabe.

Ya había ocurrido. Lo que se estaba temiendo, por mucho que rezara por que no ocurriera y aun a sabiendas de su inevitabilidad, al fin había tenido lugar. Tras el último y peor de los dolores, había notado cómo algo cálido y suave abandonaba su cuerpo, y con él sus esperanzas de convertirse en madre.

Durante un rato se dejó llevar por su dolor, sin importarle estar en presencia del maldito doctor o de la pequeña Anne, que la observaba con una inmensa pena mientras le acariciaba el pelo.

Cerró los ojos y no se movió hasta que su cuerpo fue calmándose y las convulsiones cesaron. Yació inerte, sobre la camilla, pensando en todo lo que habría podido ser y que ya no sería.

Abrió los ojos, observó a Anne y después intentó mirar al médico, que se había levantado y había desaparecido por una puerta contigua sin decir nada para volver a aparecer con una enorme compresa que colocó a Lillie sobre sus partes íntimas.

—Cúbrele, Anne, por favor, y ayúdale a levantarse.

La chica hizo lo que le pidió y le acompañó hasta la habitación contigua, que resultó ser un baño con estanterías repletas de atas, toallas y demás enseres médicos básicos.

Ella se colocó la ropa y volvió a salir aturdida. Anne la esperaba para prestarle su brazo.

—No había bebé, Lillie. Lo siento. A veces... a veces el embarazo se trunca en alguna parte del desarrollo del embrión, y el cuerpo absorbe esas células hasta que desaparece. Estas cosas suelen ocurrir cuando la gestación está en sus fases más tempranas. Siéntate, por favor, mientras te explico —le dijo él al tiempo que se sentaba tras su escritorio y señalaba hacia la silla que tenía enfrente.

Ella siguió sus instrucciones. Se sentía torpe y extenuada, aunque ya no había dolor. Al menos, no físico.

—Ahora hay que asegurarse de que no haya quedado ningún resto en tu interior, pues el riesgo de infección es bastante alto, espero que entiendas lo que quiero decir —la miró con aquellos ojos oscuros, no tan duros pero algo inexpresivos—. Puedes hacer dos cosas —prosiguió—, o bien acudir a un hospital para que te practiquen un legrado, o bien tomar una medicación que te ayudará a eliminar cualquier resto poco a poco. Puede que estés sangrando durante una semana y que sea algo doloroso, no te lo recomiendo, pero es una

de las opciones.

Lillie parpadeó ante el lenguaje utilizado. Ahora ya no estaba embarazada. Ahora su hijo era simplemente un «resto», que seguramente habría acabado en el cubo de la basura. Comenzó a llorar de nuevo. Anne le acarició la espalda y el tono del doctor se volvió más suave.

—Creo que... En tu estado, lo más aconsejable sería el legrado. Es más rápido, acabarías antes con el proceso y sería menos traumático para ti, por lo que veo...

—No quiero ir a un hospital —le interrumpió sin levantar la mirada.

El médico asintió, pero no levantó la cabeza.

—Entonces, aunque el proceso sea más largo y doloroso, solo te queda tomar la medicación. Sangrarás de manera abundante durante una semana, pero después todo habrá terminado.

Aún no había terminado. Ya no estaba embarazada y, sin embargo, todavía tendría que transcurrir una dolorosa semana de padecimiento, un merecido castigo por su estupidez. Se apretó contra Anne y la abrazó. En aquel momento echó en falta a su madre. Ella le diría que todo saldría bien. Ella, aunque dura, fría y fuerte y a su modo extraño de mostrar cariño, al menos le daría un abrazo y le diría que todo saldría bien.

Necesitaba un apoyo, una mano cariñosa, alguien que la consolara.

¿Cómo iba a poder soportar todo aquello en soledad?

Una mano fuerte se posó en su hombro y lo estrechó con suavidad.

—Lo siento. Llévala a casa, Anne.

El doctor Ian Morgan no era un hombre que empatizara demasiado con sus pacientes. Había aprendido a no hacerlo con los años, como todo médico en resumidas cuentas, porque de no ser así no podría realizar su trabajo con efectividad. Era una de las premisas fundamentales que intentaban inculcar en la facultad a los estudiantes, el saber distanciarse de manera adecuada del problema a tratar para poder pensar con claridad.

Ahora era distinto, por supuesto. Ahora que ejercía la medicina familiar, sabía que en ocasiones era demasiado brusco. No podía evitarlo, llevaba su brusquedad como una armadura que se había fundido con su cuerpo convirtiéndose en un solo ser y en parte intrínseca de su personalidad.

Era consciente de que allí, en esa pequeña ciudad y entre aquellos ciudadanos de a pie, sería oportuno mostrar un poco más de sensibilidad pero, sencillamente, le resultaba imposible hacerlo. Los pacientes eran pacientes, objetos a sanar, ajenos a él y a su familia.

Era así como los médicos trataban a las personas, al menos la mayoría de ellos, pero en su caso se sumaba además la desconfianza propia de alguien que ha experimentado y visto muchas cosas desagradables.

Desde que había decidido dedicarse a la medicina familiar su vida era mucho más tranquila, pero era incapaz de dejar su personalidad atrás. Siempre había sido una persona tranquila y reservada, y no veía necesidad alguna de cambiar. Estaba bien así, con su trabajo sencillo, su hogar y su hija Hannah, de cinco años.

Pero ahora llegaba Lillie McFly, y removía de nuevo su existencia y sus recuerdos.

Por mucho que intentara huir de su pasado, este volvía siempre a él. Incluso allí, en aquella esquina recóndita de Inglaterra, tenía que sentarse frente a otro caso similar a los tantos que había visto en Londres y, sinceramente, lo detestaba.

O al menos, eso había sido al principio, cuando tuvo que ir a verla a su domicilio. ¿Quién demonios se creía ella que era para disponer de su tiempo como le diera la gana? Solo por ser rica y, además, famosa, no le daba derecho a esperar que todo el mundo estuviera a su servicio. La vida de los médicos era mucho más importante que la de una maldita cantante, por Dios. Ellos curaban, sanaban, salvaban las vidas de las personas. Y ella, ¿qué hacía?

Vete tú a saber. Él ni la conocía ni sentía deseos de hacerlo.

La animadversión había sido instantánea, nada más abrir la puerta y verla: una mujer alta, rubia, delgada, guapa y egocéntrica. Otra más. Si creía que él iba a ser un perro faldero, no podía estar más equivocada. Allí las cosas no funcionaban así. Ahora, él era dueño de su propia vida y nadie tenía derecho a darle órdenes. Le había costado lo suyo llegar a la situación en la que se encontraba y no pensaba ceder ante estupideces.

Lo cierto era que no había dedicado ni un mínimo pensamiento a esa mujer desde que la visitara en View Court. Desde que salió de aquella casa se había sacudido la aversión de encima y había continuado con su pacífica vida como de costumbre. La imagen preconcebida que tenía de la mujer le había servido para hacer un ovillo con los acontecimientos del día y tirarlos a la papelera sin echarles un segundo vistazo.

No obstante, esa imagen se había resquebrajado un poquito ese día, al recibirla en su consulta. En su antiguo trabajo él nunca se había topado con un aborto; él no era ginecólogo, sino cirujano, y eran los otros especialistas quienes practicaban el legrado. Tampoco había atendido a mujeres que hubieran sufrido abortos espontáneos, como es lógico. Su trabajo era muy distinto. Pero sí había atendido a muchas mujeres frívolas con problemas relacionados con la maternidad.

Y Lillie, aunque al principio parecía encajar en ese modelo, no se lo pareció en absoluto en el momento en que perdió al bebé.

Ian tenía una hija pequeña, una niña de tan solo cinco años. Quizá era por eso precisamente, porque él tenía una hija, que había sentido el dolor de Lillie un poco más adentro, rompiendo la capa dura de su habitual insensibilidad. Había tratado de mostrarse profesional, frío y eficaz —como de costumbre— porque la paciente, que estaba sufriendo una crisis, así lo necesitaba. Pero por dentro no sentía lo mismo.

La había visto sufrir de verdad, y eso no era lo que él había esperado, o al menos no de manera tan profunda. Creía que a ella, como a algunas otras, no le importaría tanto perderlo. A fin de cuentas, tan solo se trataba de un embrión de unas pocas semanas de vida, ni siquiera había crecido hasta el punto de poder discernir su cuerpecito en una ecografía, pero ella se había derrumbado ante sus ojos. Se la había visto tan destrozada que era como si hubiera perdido, junto con el bebé, un trozo de ella misma.

El caso es que podía entenderlo. En cierto modo, hasta a él mismo le había afectado más de lo que esperaba... Nunca antes había atendido el embarazo de una mujer, y mucho menos asistido a un aborto. Cuando aquella masa cálida cayó entre sus manos sintió una ínfima parte del horror que debía haber sentido ella... ¿Qué habría pasado si su pequeña no hubiera nacido? ¿Si, en vez de tener la suerte de haber venido al mundo, la hubieran perdido como Lillie perdió a su pequeño? Las imágenes de su niña se sucedieron en su mente como diapositivas mientras observaba los restos de lo que debía haber sido un bebé y, a pesar de sentirse abrumado, se recuperó para hacer frente a la situación de la mejor manera posible.

La escena fue de lo más triste que había presenciado nunca. Sabía que algunas madres sufrían depresiones ante la maternidad. Lo sabía, aunque nunca había conocido a ninguna que hubiera pasado por ello. No era su círculo habitual de pacientes ni de conocidos. Además, la personalidad que le había atribuido a Lillie no encajaba con una depresión por aborto, pero existía esa posibilidad de que la chica enfermara, dada la forma en que había reaccionado ante la situación.

Una cosa era su experiencia, y otras sus conocimientos clínicos. Esa mujer estaba destrozada. Si se sentía así tras sufrir un aborto con tan solo unas pocas semanas de gestación, entonces no debía ser como él se había imaginado. Quizá debería borrar todo lo que había imaginado hasta la fecha y volver a comenzar el puzle.

Porque lo que importaba, en realidad, era que la joven estaba sufriendo y que, además, era su paciente y tenía la obligación de cuidar de ella, dejando a un lado cualquier idea preconcebida sobre su personalidad.

Si no había nadie más, alguien debería prestar atención a que no cayera en una terrible depresión tras el aborto, y sospechaba que esa tarea iba a recaer sobre él y, sobre todo, sobre la pobre Anne.

Lillie despertó con un terrible dolor de cabeza.

Anne la había llevado a casa y se había quedado con ella hasta que entró a trabajar, e incluso le preparó algo de comer. Para su sorpresa, durante los dos días siguientes a la pérdida no se había encontrado tan mal como esperaba. El hecho de haber superado todos

aquellos dolores había supuesto un descanso para su cuerpo.

Al menos, temporalmente.

Porque cuando despertó al tercer día, sola sobre la colcha revuelta de la enorme cama, y volvió a recordar todo lo ocurrido, algo se rompió en su interior. Ya no le dolía el vientre, no, pero ahora le dolía el corazón. Era un dolor extraño, como si alguien le hubiera colocado una pesada losa encima y estuviera apretando fuerte hasta dejarla sin respiración.

Se giró y se hizo un ovillo, apretando los ojos con fuerza.

¿Qué iba a hacer ahora? Dios mío, ¿qué iba a hacer ahora?

Todo lo que había planificado se vino abajo. Ya no podía ser la mujer fuerte que esperaba ser, porque volvía a estar sola. Ese cuerpecito que estaba empezando a formarse se había esfumado. O quizá nunca hubiera existido. La posibilidad le causó náuseas. No podía creer que hubiera construido ella sola un castillo de naipes.

No, no lo había hecho. Simplemente había tenido la mala suerte de perder a un hijo.

Y también a una pareja que creía que le amaba.

Se levantó, fue al baño y vio la mancha roja en la compresa que se había puesto, y entonces comenzó a llorar de nuevo. El médico le había dicho que sangraría de manera abundante durante una semana, más o menos, para eliminar lo que quedaba en su interior. No había pensado demasiado en ello al volver de la clínica, simplemente se había echado a descansar y había dormido sin cesar durante, prácticamente, cuarenta y ocho horas. Pero ahora ahí estaba, el recordatorio de todo lo que había podido ser y no era.

Se marchó de nuevo a la cama y no se levantó en todo el día. Solo contestó a la llamada de Anne, que le preguntó qué tal estaba, pero Lillie no quiso decirle la verdad. Necesitaba estar sola y regodearse en su pena.

Al día siguiente ocurrió lo mismo.

—¿De verdad que no necesitas nada? Puedo pasarme después para...

—No, de verdad que no necesito nada —le había cortado ella con sequedad.

No podía hablar con nadie. Se sentía sola y, al mismo tiempo, necesitaba estarlo para llorar con toda tranquilidad, si así lo deseaba. O simplemente para mirar hacia la nada y pensar en todo lo ocurrido. No podía hacer frente al futuro. No podía rehacerlo de nuevo, con tanta rapidez, como si aquello no hubiera tenido lugar.

Pasaron cuatro días en los que tan solo habló en un par de ocasiones con Anne y no le abrió la puerta cuando tocó para visitarla en persona. Estaba hecha un asco y ni siquiera tenía ganas de ducharse o cambiarse de ropa. Le daba igual. Había tocado fondo y ya nada en su vida parecía tener sentido.

A veces, cuando se despertaba por la mañana, deseaba que todo hubiera sido una pesadilla. Deseaba poder volver atrás, a un momento en que hubiera sido feliz, y que nada de aquello hubiera ocurrido. Entonces pensaba en Jason y se sorprendía soñando con sentir sus brazos en torno a ella, consolándola, abrazándola, haciéndola sentir querida y acompañada en su dolor.

Él nunca sabría lo del niño, nunca sabría que, quizá, habría podido ser padre. Tampoco lo merecía, pero era la única persona que había compartido con ella algo tan especial.

Al quinto día tuvo que reconocer que se sentía fatal. Tan solo había comido unos pocos trozos de pan de molde con sabor algo enmohecido y alguna pieza de fruta, más por obligación que por otra cosa. Sin embargo, no se sentía mal solo en el plano físico. Estaba destrozada por dentro. Quería gritar, patear, conseguir que todo volviera a estar bien, tener a su bebé consigo de nuevo. Quería la vida que, de repente, había perdido.

Tuvo un acceso de rabia en el que tiró de las cortinas y las rasgó como si fueran de papel. Después se giró y le dio una patada a los taburetes que había contra la barra de la cocina, que dieron contra la pequeña mesa de cristal que había frente al sofá y la hicieron añicos.

Observó el destrozo con los ojos rojos e hinchados y pensó que, ya puestos, también podría destrozar las almohadas y los vasos que había en la encimera.

Cuando terminó, estaba agotada pero también agradecida por el dolor físico. Era un sentimiento distinto a esa agonía que la carcomía por dentro, al menos. Una vez acabado el trabajo, no podía tumbarse en el sofá porque estaba lleno de cristales rotos de la mesita que había destrozado antes, así que se fue a la habitación y se tendió sobre la cama de nuevo.

Ahora, descansaría al fin.

Se sumió en un sueño profundo, pero inquieto, del que despertó sobresaltada al cabo de unas horas. Estaba oscuro. Parpadeó varias veces e intentó enfocar la mirada. No sabía qué era lo que la había despertado, quizá un sonido extraño. Escuchó con atención: provenía de su espalda, del balcón. Algo rasgaba con suavidad, y se escuchaba además con claridad un suave murmullo.

Se dio la vuelta con cuidado, de súbito presa de un temor horrible a que un ladrón estuviera intentando entrar en la casa, y se quedó pasmada observando la escena.

El doctor Morgan intentaba forzar la apertura del ventanal y se quejaba entre dientes por su torpeza, mientras que Anne susurraba algo ininteligible a sus espaldas.

—Mierda —se quejó Lillie.

Apesadumbrada, se quitó la colcha de encima y fue a abrirles antes de que les pillara la policía, si es que por allí pasaba alguna patrulla.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó tras abrir la puerta de un abrupto empujón.

Ambos se quedaron quietos como estatuas, observándola. El doctor sostenía una tarjeta de crédito en la mano y la miraba con el ceño fruncido, obviamente molesto, y Anne se tapaba la boca con las dos manos.

Se quedó allí mientras el médico la observaba de arriba a abajo, sin mediar palabra y con un gesto indescifrable.

—Es que... —comenzó Anne. El sonido de sus palabras quedaba amortiguado por las manos que todavía no se había quitado de la boca—. Verás, te llamé varias veces, y no contestabas, y también vine a casa pero no abrías, y me dio un poco de miedo de que... Y

entonces le pedí al doctor que...

—No importa. Pasad, no os quedéis ahí.

Se hizo a un lado para dejarles pasar y de repente recordó el estado en que se encontraba la casa después de su ataque de rabia. Pero ya era demasiado tarde, Anne se había adelantado al médico y estaba cruzando la puerta hacia el salón. Sorteó al hombre apartándole de un empujón y trató alcanzar a Anne, pero fue demasiado tarde.

Ella ya había emitido una exclamación de horror y observaba la escena con la boca abierta y una mano en la frente. Entonces se dio la vuelta y tropezó con el doctor Morgan.

—Esto... no puede pasar ahí —le dijo, algo insegura.

Él observó a Lillie durante unos instantes, sin decir nada, y ella sintió que sus ojos oscuros la veían por dentro. Entonces la apartó a un lado con suavidad y se detuvo junto a Anne.

Los dos estaban quietos admirando el desastre, pero Lillie no podía quedarse allí esperando a que hablaran o le reprendieran. Estaba demasiado nerviosa y avergonzada.

—Lo siento, yo... No sé qué me pasó, de verdad. Tuve un ataque de... pánico. Lo siento, lo arreglaré. Lo pagaré todo. Ni siquiera notaréis que ha ocurrido nada.

El doctor se puso las manos en las caderas y habló al fin. Su voz era calma, distinta a como ella la recordaba

—Anne, por favor, recoge un poco todo esto mientras yo hablo con la señorita McFly.

—Claro, no hay problema —respondió la chica, que se marchó a buscar un cepillo y un recogedor para retirar todos los cristales del suelo y los asientos.

Sus pasos resonaron sobre el vidrio hasta la galería, y Lillie se encogió cuando, al fin, él se dio la vuelta y la miró. Hizo un leve movimiento con la cabeza señalando hacia el cuarto, y ella agachó la cabeza y entró en su habitación, obediente.

No sabía qué decir. No sabía cómo actuar. Se sentó sobre la cama deshecha y miró hacia el suelo.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

Ella le miró los pies. Se había colocado frente a ella para obligarla a hacerle frente, pero era incapaz de alzar la mirada. Se fijó en que llevaba unas botas con cordones que no se había molestado en atar, como si hubiera salido de casa a toda prisa. Ahora, además de avergonzada, se sentía culpable por haber hecho que otras personas se preocuparan por ella, pero era algo a lo que no estaba acostumbrada, a molestar a nadie para nada.

—Estoy bien —mintió, todavía con la cabeza agachada.

Él se metió las manos en los bolsillos y caminó hacia el ventanal.

—Lillie... Es decir, señorita McFly, lo que...

—Puede llamarme Lillie, no importa. Todos lo hacen, incluso la gente que no me conoce de nada.

«Y usted me ha visto en la peor de las situaciones», pensó. Le siguió con la mirada y

vio cómo se detenía ante el cristal y asentía con la cabeza.

—Entiendo —dijo.

¿Cómo podía él entenderlo? No, no podía. Él no podía saber que todo el mundo creía conocerla, que todo el mundo pensaba que tenía derecho a inmiscuirse en su vida, a exigirle saber, a que contara, a que les abrazara y les besara, a entregar todo de ella, incluso la más mínima parcela de su intimidad. Como si ella fuese de todos, un objeto que compartir y no una persona que, en muchas más ocasiones de lo que otros opinaban, sufría.

Pero claro, no podía quejarse. Ella misma había jugado a ese juego y se había sentido adicta a él, incapaz de dejarlo. Ella era la Lillie de todos y, al mismo tiempo, la de nadie. La Lillie sola. La Lillie a la que nadie quería. La que no podía tener suerte, ni en el amor ni en la maternidad, porque la vida ya le había dado el gran regalo de convertirla en una gran estrella mundial.

—Escúchame, Lillie —volvió a comenzar el médico—. Lo que has pasado... es algo muy difícil. Es comprensible que te encuentres mal, incluso desequilibrada, ¿me entiendes?

Se volvió a mirarla y sus ojos se clavaron en ella como espadas. Lillie comenzó a romperse de nuevo y las lágrimas asomaron a sus ojos. Asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

Él cogió la butaca, la colocó frente a ella y se sentó con los brazos apoyados en sus rodillas y los dedos entrecruzados. Ella se fijó en sus dedos, morenos, largos y suaves.

—Verás, Lillie, sé que es difícil contarle a un desconocido cómo te sientes, pero ante todo, quiero que sepas que soy médico y puedo ayudarte. Y como sabrás, estoy sujeto al juramento hipocrático, así que nada de lo que me cuentes saldrá de aquí. Necesito saber que estás bien, ¿comprendes?

Por primera vez, los oscuros ojos de Ian Morgan parecían suaves, casi cariñosos. Lillie le observó y, antes de contestar, volvió a desviar la mirada hacia el suelo.

—A lo mejor no necesito un médico. A lo mejor lo que necesito es solo un amigo —soltó ella sin pensar.

Ella misma se extrañó de haberse mostrado tan sincera ante un desconocido. Y sobre todo uno que la había tratado como a una estúpida la primera vez que la vio, pero el cambio en la actitud del doctor era justo lo que ella necesitaba en esos momentos.

Él carraspeó.

—Bien. Supongo que eso también. Sí. Eh... De todas formas, Lillie, un médico también puede ayudarte. ¿Estás durmiendo bien?

Ella resopló y le miró indignada.

—¿En serio me está preguntando eso?

—Puedes tutearme. Puedes llamarme Ian.

—De acuerdo, Ian —remarcó su nombre con cierto retintín—. Pues no, no duermo

bien. Solo he conseguido dormir después de destrozar la casa. ¿Qué te parece? ¿Estoy lo suficientemente loca como para que me mandes a un manicomio?

Ella le retó con la mirada mientras pronunciaba esas palabras, pero él ni se inmutó. De hecho, le pareció que, debajo de la barba, una de las esquinas de su boca se levantaba en señal de algo parecido a una sonrisa.

—No, Lillie, no estás loca. De hecho, parece que estás bastante cuerda —dijo al fin, tras erguirse y cruzarse de brazos sin apartar la mirada de ella.

—Quizá sí, quizá no, y quizá no le importe a nadie cómo esté. A mí tampoco me importa nada. A lo mejor solo necesito estar sola.

—Para seguir rompiendo muebles, ¿verdad?

—Lo que yo haga en mi casa no es asunto tuyo.

—Tienes razón, pero si estás al borde de un ataque de nervios, es mejor prevenir. Y en eso puedo ayudarte. Si me dejas, por supuesto. Es opción tuya.

El médico se había esforzado en todo momento por mostrar un tono conciliador, quería establecer cierta confianza entre los dos para que ella se abriera a él, pero a Lillie aquello le parecía falso. No encajaba con la personalidad fría y grosera del hombre que había conocido. Aunque claro, suponía que ese hombre debía tener, a fin de cuentas, un corazón debajo de toda aquella costra dura, pues presenciar lo que a ella le había sucedido no podía dejar frío a nadie.

De repente, se sintió desnuda. Él era médico. Sabía de lo que estaba hablando. Sabía lo que podía pasar por la cabeza de ella. Podía saberlo todo de ella y estar interpretando el papel de persona empática y cariñosa para cumplir con su trabajo.

Y por extraño que pudiera parecer, a ella no le importaron los motivos. Es más, le pareció que, por primera vez en su vida, alguien se preocupaba por ella de verdad, ya fuera por obligación o por iniciativa propia.

Clavó sus ojos enrojecidos e hinchados en los del doctor Morgan, cuya expresión seguía siendo algo más cálida de la que mostraba con regularidad.

—Yo solo sé que, en estos momentos, quisiera desaparecer de este mundo. ¿Tienes alguna medicina contra eso?

CAPÍTULO 7

Ian observó a Lillie sin pestañear.

Sabía que estaba siendo sincera y hasta podía comprenderla. La podía comprender perfectamente, porque él mismo no soportaría perder lo máspreciado que ahora tenía en su vida, y aunque esa mujer hubiera sentido tan solo por un mínimo lapso de tiempo lo que podía ser convertirse en madre, una pérdida siempre era una pérdida.

Contempló su rostro triste, casi agónico, y vio ante sí a una mujer desesperada. La coraza que había creado en torno a ella se había resquebrajado de golpe, dejando ver lo que en realidad era: una mujer sola, desamparada, dolida.

—Es normal que te sientas así —fue lo único que se le ocurrió replicar.

Ella resopló, se pasó la mano por la cara y se restregó la nariz. Un gesto nada fino para una mujer que se vendía como un ídolo de masas.

—Eso me sirve de mucha ayuda, sí —le respondió.

Él suspiró. Aquello era complicado, demasiado para lo que él estaba acostumbrado. Lo suyo no era la sensibilidad femenina. Ni la sensibilidad de ningún tipo.

—Bueno, podría darte un consejo como amigo, o podría hablarte como médico. ¿Qué prefieres?

Ella no lo dudó ni un instante.

—Necesito a un amigo —sus ojos claros, que iban y venían una y otra vez en una clara actitud avergonzada, volvieron a fijarse en él, y sintió que un escalofrío le recorría la espalda—. Lo único que necesito es a un amigo de verdad —susurró, al fin.

Ian había temido que sucediera algo así. No tenía práctica en dar apoyo y cariño a nadie. Los sentimientos no se le daban bien en general, y eran algo que reservaba única y exclusivamente para su pequeña, porque no temía que ella le decepcionara. De hecho, incluso aunque lograra hacerlo, estaba seguro de que el amor que sentía por la pequeña nunca se desvanecería, porque era incondicional.

Pero no ocurría lo mismo con el resto de las personas.

A pesar de todo aquello, lo que le había sucedido a Lillie aquel aciago día en su consulta le había unido, en cierta rara e incomprensible manera, un poco a ella. Ahora había un extraño e invisible hilo delgado que les ataba, y ese hilo era el horrible hecho que ninguno de los dos olvidaría.

Suspiró.

—Bien —carraspeó para aclararse la voz, pues le sonó demasiado aguda—, claro.

Asintió con la cabeza y siguió observándola mientras a ella, de repente, se le empezaban a llenar los ojos de lágrimas. Se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar como una niña, allí sentada sobre su cama. Tenía las piernas delgadas y desnudas, el pelo alborotado y una camiseta blanca que dejaba poco a la imaginación, pero Ian intentó no fijarse en cosas tan superfluas como su aspecto.

¿Qué demonios debía hacer ahora? ¿Abrazarla?

Reprimió otro suspiro, se levantó de la butaca y se sentó a su lado. No la abrazó, le parecía un gesto demasiado atrevido. Sin embargo, la acercó a su costado y le pasó un brazo por la espalda para que se apoyara en él. Ella apoyó la cabeza en su hombro y continuó sollozando en silencio, y él esperó en silencio a que ella se desahogara.

¿Cómo demonios había acabado allí? Desde el principio, desde que la primera vez que la vio, sabía que esa mujer implicaría problemas... Los que siempre acarreaban consigo mujeres como ella. Él debería haber huido, debería haber mirado hacia otro lado, pero ahora todo estaba perdido. Ceder a una amistad con ella implicaba, para él, entregarle un trocito de su alma. Pero era lo justo. Ella ya había perdido una parte de la suya y sería demasiado cruel negarle algo tan nimio como un hombro sobre el que llorar. Lo que ella no sabía era cuánto le costaba a él darle lo que ella deseaba.

Le acarició el brazo de arriba a abajo, intentando reconfortarla, y escuchó los sollozos de Lillie hasta que fueron apagándose.

Fuera, en el salón, el ruido de Anne recogiendo las cosas había cesado, pero la muchacha no interrumpió, supuso él que debido a su carácter respetuoso. Siempre le había caído bien, aunque de un modo un tanto superficial. Se dijo a sí mismo que la próxima vez que la viera en la residencia debía ser más agradable con ella.

A su lado, Lillie había dejado de llorar y respiraba tranquila.

—Es horrible —susurró.

—Mmm —fue lo único que pudo musitar.

Su pierna rozaba la de él, cálida, y se retorcía las manos en el regazo. Se fijó en que llevaba las uñas sin arreglar, descuidadas. Tampoco olía demasiado bien, pero en sus circunstancias era normal que ella se hubiera dedicado solo a dormir y nada más. Lo más seguro era que ni siquiera se hubiera levantado de la cama.

—A veces no puedo respirar, tal es el dolor que siento. No sé qué voy a hacer. No tengo fuerzas para nada.

Como médico podía decirle que era normal y que debía pasar el debido periodo de duelo por la pérdida del ser querido... Pero como amigo, lo único que podía hacer era escucharla, porque no sabía qué otra cosa decir.

—¿No tienes a nadie que te haga compañía? —se aventuró a preguntar.

Eso la ayudaría, tener a alguien que estuviera a su lado. ¿Quién sería el padre? ¿Y por qué le había dejado ella y había huido hasta aquel rincón de Yorkshire?

—Podría llamar a mi madre, pero me temo que sería incluso peor que ella estuviera

aquí.

—Ah. Bueno... Tranquila, todo pasará. Solo necesitas tiempo —le dijo, volviendo a rozarle el brazo con cierta torpeza. Se notaba a leguas que estaba incómodo, y se preguntó si ella se había dado cuenta.

—Ya, claro —fue su única e irónica respuesta.

Después, se restregó la nariz con el antebrazo y volvió a retorcerse las manos. Se irguió, separándose de él, y de repente se levantó para empezar a recoger la ropa que había tirada por la habitación.

—Siento todo esto. Siento que hayáis tenido que ver este lío.

Él se levantó de un salto, decidido. La agarró de la mano para detenerla, y ella levantó la cara hacia él. Sus ojos eran fieros, de un color azul claro, casi brillante como las aguas de un mar caribeño.

—Deja todo eso, no tienes de qué avergonzarte. Vamos, ponte una buena chaqueta. Necesitas aire fresco.

Ian esperó a que cogiera una sudadera y una enorme chaqueta y después tiró de ella hacia el balcón. Abrió la puerta y salió con ella agarrada del brazo, como si temiera que en cualquier momento pudiera caerse.

No recordó que Anne seguía en casa, esperando por los dos y sin saber qué hacer.

Comenzaron a caminar por el sendero que recorría toda la parte trasera del complejo de viviendas privadas, lejos de las miradas curiosas de quien pudiera reconocerles, tanto a él como a ella. De todas formas, él dudaba seriamente que alguien de allí supiera quién era ella, pues la mayoría de los habitantes superaban los setenta años de edad y, en el caso de que alguien la reconociera, descartaría la idea de inmediato debido a su aspecto y su vestimenta.

La recorrió con la mirada con todo el disimulo que pudo y se percató de que era de complexión fuerte y atlética. No parecía que la hubiera tocado un bisturí, aunque si el cirujano era lo suficientemente bueno y el arreglo mínimo, bien sabía él que nadie lo detectaría. Aun así, Lillie parecía una mujer de lo más normal, muy guapa, eso estaba claro, pero no adicta a las operaciones estéticas. Al menos, no todavía.

Caminaron un rato sin decir nada, el uno junto al otro. Ian la agarraba con suavidad del brazo, como si fuera una anciana que necesitaba ayuda, y ella se dejaba guiar. El aire fresco les daba en la cara y él sintió cómo ella se estremecía.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

—Sí, un poco —le respondió, al tiempo que se abrazaba fuerte.

—Lo siento, pero pensé que el aire libre te vendría bien. No has salido de casa en estos días, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No es un consejo médico, sabes, aunque sirve para ambos fines: no es bueno encerrarse en uno mismo.

«Te lo digo por experiencia», le faltó decir. Pero se abstuvo.

Llegaron hasta un banco de madera y ella se apoyó en él.

—Lo siento, estoy cansada. No he... no he hecho demasiado ejercicio físico últimamente.

—Claro, no te preocupes. ¿Quieres que nos quedemos sentados aquí un rato?

Ella asintió, y él tomó asiento junto a ella. La oscuridad de la noche hacía que las viviendas parecieran sombras oscuras, mientras que las estrellas se veían cubiertas de vez en cuando por alguna que otra espesa nube. Ella observó el cielo, pensativa.

—Antes... practicaba mucho ejercicio, todos los días. Siempre he sido muy sana, ¿sabes? Me gustaba correr, y después mi entrenador personal me hacía tablas de ejercicios que no habría aguantado cualquiera. Me gusta estar en forma. Mejor dicho, me gustaba —matizó—. Ahora no me importa demasiado. Me duele todo, y estoy muy cansada.

—Esto no tiene por qué afectar al resto de tu vida, Lillie. Supongo que es algo que nunca se olvida, pero que deja de doler tanto. Solo necesitas tiempo, como te he dicho antes.

—Ya. Tiempo. Ese magnífico regalo del que dispone la mayoría de las personas. Tengo muchísimos compromisos, pero he faltado a todos ellos. La mayoría no eran más que entrevistas en la radio y pequeñas intervenciones, que seguramente habrán solventado diciendo que estaba enferma o vete tú a saber. Pero dentro de dos semanas tengo un gran concierto... y nadie sabe dónde estoy.

—¿Tan graves serían las consecuencias si no asistes?

Ella se encogió de hombros.

—Un par de millones por aquí, otro por allá. Y lo peor será lo que se inventará la gente. De todas formas, seguramente me encuentren antes —de repente, se giró hacia él—. No quiero que lo hagan. Nadie me ha visto, porque no he salido de casa. Pero si salgo, si... si alguien me ve, no podré evitarlo. Y no quiero volver. Todavía no. No puedo.

Le miraba con ansiedad, con la respiración entrecortada, como si su vida dependiera de ello.

—Entonces haremos todo lo que esté en nuestra mano para que no lo hagas.

Alargó la mano y estrechó la de Lillie. La apretó con ligereza, temiendo que sus finos huesos pudieran romperse entre sus fuertes dedos. Ella continuó mirándole con la respiración agitada y los ojos enormes, llenos de ansiedad. Entonces se abalanzó sobre él y le abrazó con desesperación, escondiendo la cara entre los pliegues de su chaqueta.

Él se quedó allí sentado, aturdido y tembloroso, sin saber qué hacer con la mujer que tenía entre sus brazos. Poco a poco su cuerpo se fue relajando ante el desacostumbrado contacto e intentó disuadir a su mente, hacer que no pensara en nada parecido al cuerpo que se estrechaba contra el suyo para centrarse tan solo en el hecho de que era una persona, y no una chica hermosa y triste. Una persona adulta que le estaba abrazando, porque necesitaba su ayuda. Necesitaba un amigo.

«Está bien, Ian», se dijo. «No pasa nada. Puedes hacerlo. Es solo una amistad. No te

hará daño. Ni a ti, ni a Hannah. Solo tienes que devolverle el abrazo, es lo único que necesita en estos momentos. Solo es alguien herido, tal y como una vez lo estuviste tú mismo».

Y entonces, todas sus defensas se vinieron abajo y la estrechó fuerte contra sí. Y un cúmulo de sensaciones que creía largo tiempo olvidadas le recorrió el cuerpo como una oleada, haciéndole estremecer: había abierto la compuerta de todos los sentimientos que había enterrado años atrás, y todos ellos se mezclaban como en un torbellino. Sin embargo, no supo distinguir si lo que sentía era añoranza, placer o desesperación... O un dolor tan arraigado que, de habérselo permitido, haría mucho tiempo que se lo habría llevado consigo, sin importar a quién dejara atrás.

Volvieron a casa aturridos, en silencio, como si ambos hubieran aceptado sin reparos la presencia del otro pero todavía fueran incapaces de admitir que algo había cambiado para siempre. Sabían que todo era distinto, pero no hasta qué punto.

Ambos habían dado el primer paso para romper con la desconfianza.

CAPÍTULO 8

Al volver a casa —Lillie sentía aquella pequeña vivienda como suya porque era el único lugar donde había vivido sola durante más de una semana— Anne les esperaba algo preocupada, pero Ian la tranquilizó y le pidió que ayudara a la joven a adecentarse. No lo dijo con maldad, pero era obvio que el médico no sabía expresarse con delicadeza y Lillie así lo entendió. Empezaba a comprender el carácter del hombre.

Había acudido con Anne en coches diferentes, y él dijo, sin más, que debía marcharse.

—Ahora cuídate, báñate, vístete y haz un pequeño esfuerzo cada día, ¿de acuerdo, Lillie? Pon de tu parte. Y si necesitas algo para dormir, te lo recetaré —le dijo en tanto que le apretaba un hombro con la mano.

Lillie le miró, agradecida, y volvió a fijarse en que tenía los ojos bonitos. Eran oscuros, con pestañas espesas, y grandes, enmarcados por unas cejas rectas que le daban mucho carácter. También tenía la nariz recta, algo afilada, una nariz romana que imprimía todavía más carácter a su rostro oscuro. Eran facciones armoniosas, aunque cubiertas por aquella tupida barba no se apreciaban bien. Asintió con la cabeza, comprendiendo lo que él quería decirle, y le observó sonreír levemente antes de marcharse.

Le siguió con la mirada hasta la salida y después se giró hacia Anne, quien, obviamente, les había estado observando y se giró con rapidez para disimular.

—Bueno, Lillie, es hora de que espables un poquito.

Su amiga le ayudó a buscar ropa limpia; la poca de que disponía había sido esparcida por toda la casa y no fue tarea fácil, pero al menos ese simple ejercicio físico no se hizo tan duro. Después, Anne se quedó con ella mientras se duchaba y trató de mantener una conversación algo animada.

Era extraño. Lillie no había querido compañía: deseaba sufrir a solas, necesitaba esa soledad como nunca antes la había necesitado. Siempre había buscado afecto en las personas que la rodeaban, siempre había deseado ser amada de verdad, mimada, querida, e incluso idolatrada. Se daba cuenta de que había buscado desesperadamente el amor de cualquier persona, con más motivo en el caso de Jason, y ahora que se daba cuenta de hasta qué punto había fracasado, ya no deseaba todo aquello. Y, sin embargo, allí estaba Anne, haciéndole compañía sin pedir nada a cambio, parlotando como una chica normal, como si ella no fuera la gran Lady Lillie McFly, tratándola de igual a igual.

Ella no habló, no sabía qué podía decir y su garganta se había secado. Y como no tenía ganas de hacerlo, no lo hizo. No se esforzó, como en otro momento lo hubiera hecho. Sencillamente se quedó allí, intentando relajarse bajo el agua y escuchando aquella voz alegre y tranquilizadora.

—Y resulta que Tanner terminó castigando a Leo porque... Bueno, sabes quién es Leo, ¿no? Es el hijo de mi hermana, el que tuvo de su anterior matrimonio. De mi hermana, la que se casó con Tanner, ya sabes. Pues bueno, según él, si tenía una «amiga» a la que solía traer a casa para estudiar y todas esas cosas, y luego resulta que se iba con otra al cine, lo mínimo que podía hacer era decírselo a la primera, claro, y no dejar que la niña se enterara por otros y le montara un escándalo. Imagínate, Tanner le prohibió hablar con ninguna niña durante, al menos, un mes, porque según él, si Leo no sabía tratar a las mujeres mejor debía esperar a madurar —en ese punto, Anne rió—. Madurar, ¿te imaginas? Leo es un crío todavía. Y además, como si eso fuera a suceder algún día. Todo el mundo sabe que los hombres nunca maduran.

Lo había dicho con tanta solemnidad que Lillie sonrió bajo el agua. Anne debía rondar la veintena, no debía saber demasiado sobre los hombres. Todavía. Pero eso era algo que ella sí sabía bastante bien.

—No, nunca maduran —susurró, y después cerró el grifo.

Salió de la ducha y continuó escuchando el parloteo insustancial de Anne mientras se secaba con la toalla. Pensó en Jason y en que él, aparte de no madurar, nunca cambiaría. Siempre seguiría siendo un idiota egocéntrico, y a ella le había costado demasiado llegar hasta esa conclusión.

Después pensó en el doctor Morgan, o mejor dicho, en Ian, y se dio cuenta de que, por el contrario, ese hombre nunca parecía haber sido un niño. La seriedad estaba unida a él como si hubiera nacido con ella. Ni siquiera le había oído bromear ni una sola vez.

Se puso la ropa, se colocó la obligada compresa y se miró en el espejo. Anne se había callado y tocaba, distraídamente, la punta de una toalla que había colgada de un gancho. Volvió la vista al espejo y cogió el peine. Tenía mal aspecto: su piel estaba amarillenta, no del color sonrosado que solía tener antes, y los ojos apagados. Su boca, por lo general carnosa y de un sensual tono fresa, ahora estaba morada y agrietada. Mientras se cepillaba el pelo se dio cuenta de que, además, se le estaba cayendo más de lo normal.

Apoyó las manos en el lavabo y se miró fijamente.

«Hola, nueva yo», se dijo.

No pudo evitar preguntarse qué pensaría el doctor de ella ahora, que la veía así y no como solía aparecer en los medios. Parecía la sombra de quien una vez fue, pero claro, él podía pensar que su imagen actual era la de siempre y que conseguía su otra imagen, más fresca y hermosa, gracias al maquillaje y otros trucos de estética, como ocurría en muchos casos.

Rápidamente descartó esa idea por estúpida. Le daba absolutamente lo mismo lo que pensara el doctor. Ian.

Ian Morgan y su estirado acento londinense. Había odiado a ese hombre desde el primer momento en que le vio, pero el hecho de haber perdido al bebé en su presencia los había unido de una manera inexplicable. Como si, en vez de ser Jason el que ahora debiera estar a su lado, consolándola, fuera más natural que el médico estuviera allí, junto a ella, mostrándole su lado más amable y comprensivo. Era curioso que una persona que en un principio había aborrecido y que conocía de tan poco tiempo ahora le pareciera más digna

de confianza que otra a la que había dedicado años de su vida.

También le pareció de lo más curioso que su compañía le resultara reconfortante, como si le ayudara a superar el duelo, cuando por lo general se había comportado con ella de forma grosera y hasta ofensiva. Debía de ser porque era médico, y su sola presencia le infundía paz.

Sí, ese debía ser el motivo.

O quizá, tal y como le decía una pequeña vocecita a la que se negaba a escuchar, en realidad se debiera a que Ian había sido la única persona que se había mostrado totalmente sincera con ella, sin miedo a que a ella le disgustara lo que tuviera que decir.

Quizá, mucha gente tenía también una mala opinión de ella y no se lo había dicho nunca a la cara.

Habían salido del baño y Anne se fue a la cocina. Encendió la tele, encontró una película y se unió a la chica en la cocina para preparar unos sándwiches. Esa pequeña idea que había estado anidando dentro del corazón de Lillie y que al principio le pareció una estupidez estaba cobrando fuerza. Y sentido.

—Anne.

—¿Ajá? —respondió la chica sin dejar la cena de lado.

—¿Yo te caigo bien? —Notó cómo los movimientos de la chica se ralentizaban casi imperceptiblemente—. Dime la verdad, por favor. Necesito que seas sincera conmigo. ¿Por qué estás haciendo todo esto? ¿Por qué me ayudas?

Entonces, Anne se detuvo. Se giró, apoyó la espalda en la encimera y suspiró. Su cara ya no era una máscara de alegría y despreocupación, ya no era la de una niña. Parecía como si hubiera crecido en tan solo unos segundos.

—Tanner me lo ha pedido. Me pidió que te ayudara, y me dijo que me pagaría por ocuparme de ti mientras estuvieras aquí. Y yo quiero mucho a Tanner —aclaró.

Lillie sintió como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en el corazón y estuviera escarbando hacia uno y otro lado para causar más daño. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Ella había pedido sinceridad. No iba a armar un alboroto ahora, se lo había buscado.

—Se siente culpable, ¿verdad? —le preguntó sin mirarla.

—¿Culpable?

Lillie abrió los ojos y la miró. Quería cerciorarse de que seguía diciéndole la verdad. Sí, estaba hecha una mierda, pero de alguna manera pensó que, ya puestos, podía aprovechar a que se encontraba tan mal anímicamente para enfrentarse a todo lo malo que, en otra situación, no hubiera querido afrontar. Total, ya no podía empeorar.

—Sí, culpable por dejarme. Culpable por hacerme creer que estaba enamorado de mí y luego confesar que no lo estaba. Y por marcharse con su mujer. ¿No es así?

Vio cómo Anne fruncía el ceño.

—No lo creo, Lillie. Bueno, en realidad no lo sé, es decir, es posible, porque no creo

que a mí me hablara sobre algo tan íntimo como eso... Yo creo que lo hace porque sabe cómo te sientes.

—¿Qué quieres decir?

Anne la observó durante un rato, todavía con el ceño fruncido. Se dio la vuelta, cogió dos platos con los sándwiches y los llevó hasta el sofá. Lillie la siguió, se sentaron y le dio un buen mordisco a su bocadillo antes de comenzar a hablar de nuevo, con la boca llena.

—Él también pasó por un mal momento cuando llegó aquí. Ya sabes, con la muerte de su padre. Y también estaba agobiado con su carrera, estuvo a punto de dejarlo por completo. Según él, apartarse de todo y ver las cosas con perspectiva le ayudó a descubrir lo que realmente quería.

Lillie masticó con renuencia, aunque una vez que la comida pasó por su garganta algo dentro de ella pareció despertarse de manera sutil. Dio un segundo bocado con algo más de apetito.

—Entonces no lo ha hecho por remordimientos —confirmó, más que preguntar.

—No, no lo creo, la verdad —le respondió Anne—. Lo ha hecho porque es una buena persona y quiere ayudar, supongo —terminó, encogiéndose de hombros.

Lillie la observó durante un momento, mientras comía. Todo aquello le parecía de lo más extraño. Tanta sinceridad la desconcertaba, pero no parecía estar mintiendo. No había nada en esa chica que indicara doblez alguna. De todas formas, lo que ella quería decir, en resumidas cuentas, era que la ayudaba porque le daba pena. Pero eso no era tan malo, podía asumirlo.

—Gracias —le dijo.

Ella se giró y le miró, extrañada.

—¿Por qué?

—Por ayudarme. Por estar ahí y no hartarte de mí.

—Ah. De nada. —Anne sonrió y volvió a darle otro bocado a su cena—. No soporto esta película. Me da escalofríos. Mejor cambiamos a otra.

Lillie no se había fijado siquiera en qué estaban dando en la televisión, pero antes de que su amiga cambiara de canal le dio tiempo a ver cuál era: Cisne Negro, con Natalie Portman. La barriga volvió a removérsele de nuevo y dejó su comida en el plato por miedo a vomitar lo poco que había conseguido tragar. En esa película, la protagonista se obsesionaba tanto con triunfar que terminaba enfermando y acabando consigo misma. La analogía se le hizo insoportable.

Pero nunca, nunca en su vida le había hablado a nadie de sus problemas, sus inseguridades o su falta de autoestima. Era algo que llevaba escondido muy adentro, oculto a ojos de todos, hasta de su propia madre. Y tampoco estaba preparada para compartir cosas tan personales con Anne, por muy sincera y buena que le pareciera.

En su lugar, terminaron viendo Exposados y hablando de las maravillas de Gerard Butler y la perfección imperfecta de Jennifer Aniston.

—Mírala, es guapa —decía Anne—, es divertida y además es lista. Y aunque sea patosa y cómica, los hombres caen a sus pies como moscas. Tiene ese encanto especial que hace que todo el mundo se enamore de ella.

—Sí, es verdad —contestó ella, pensativa.

—Yo soy igual de patosa y ni de lejos me parezco a ella, nadie me toma en serio. Ay, cómo me gustaría tener un poquito de su chispa...

Lillie suspiró.

—A mí también.

Anne se dio la vuelta y la miró, extrañada.

—¿Lo estás diciendo en serio? ¿Tú, Lillie McFly, me estás diciendo que quieres parecerte a Jennifer Aniston?

Sonrió antes de contestar.

—Ni te imaginas cuánto. A ella todo el mundo parece quererla.

—Ya, bueno, pero a ti también. Y eres mucho más guapa.

Lillie calló durante un momento, pensando en qué podía contestar a eso sin exponerse demasiado. No podía hacerlo. Todavía.

—A mí nadie me quiere, todo el mundo *finje* quererme. Todos dicen que soy la reina de la belleza, que soy fría como el hielo, pero nadie me conoce. Todos piensan que no tengo corazón, que no siento... Es difícil de explicar, no despierto los mismos sentimientos que la reina de las comedias románticas.

Anne se puso colorada como un tomate y miró al televisor de nuevo. Ninguna dijo nada, pero al cabo de un rato en que continuaban aparentando ver la película, la chica se decidió a hablar de nuevo.

—Admito que al principio eras un poquito grano en el culo, Lillie —a ella le dio un vuelco en el corazón y los ojos se le llenaron de lágrimas, así que no se giró a mirarla mientras le hablaba, por si acaso se le escapaban—. Yo tengo mi vida, mi trabajo, tengo cosas que hacer, ¿sabes? Y tú... No parabas de llamarme para pedirme de todo, cosas que nunca podía imaginar que existían. Era como si me necesitaras a tu lado en todo momento, y eso era un poco...

—¿Agobiante? —logró responder sin que se le quebrara la voz.

—Sí, bueno, esa es la palabra. Agobiante. Pero eso no quiere decir que te odie ni que me disgustes, al contrario, de verdad. Creo que eres muy buena persona. Creo que eres buena, guapa e inteligente. Y para nada un bloque de hielo.

Lillie ya no pudo contenerse y volvió a llorar. Estaba demasiado sensible, tanto que hasta las lágrimas le salían solas, sin poder controlarlas. ¿Algún día dejarían de hacerlo?

—Lo siento —murmuró, y se limpió la nariz con la servilleta del bocadillo.

—No pasa nada —respondió Anne, despreocupada—. Es normal. Has pasado por muchas cosas últimamente.

—Gracias por lo de buena persona.

—Ah, bueno, es verdad, creo que lo eres, aunque seas una artista y todo eso.

—Pero aun así, no me conoces de verdad, no sabes cómo soy en realidad.

—Ya, pero si en verdad fueras una víbora, no te habrías largado de tu casa sin armar escándalo. Y tampoco estarías pasando por esto tú sola, con un par de desconocidos. Eres una tía valiente, y te admiro.

Lillie resopló. Valiente. Era la primera vez que alguien le decía que era valiente.

Ojalá fuera cierto, porque en esos momentos lo único que deseaba era desaparecer de la faz de la tierra.

Sí, era cierto, sabía reconocer sus fallos. O eso creía, al menos. Al principio había conseguido escapar y llegar allí sola, pero estaba muerta de miedo y, como siempre había estado rodeada de gente atenta a sus necesidades, no había pensado en que quizá Anne se sintiera atosigada. Solo había pensado en sí misma, sumida en su propio miedo y necesidad. Y aunque tras la pérdida del bebé la situación se había revertido por completo y se había aislado en sí misma, eso no quería decir que fuese valiente. Se sentía estúpida, dolida, traicionada y, sobre todo, indigna.

No, ella no era Jennifer Aniston. Jennifer era adorable, simpática, inspiraba amor y adoración en todo el mundo. Ella no. Por mucho que su cuerpo y su cara cumplieran con los cánones de belleza actuales, por mucho que algunos le repitieran que era perfecta, ella, mejor que nadie, sabía que no lo era. Ni siquiera era merecedora de ser madre.

No, no era valiente. Era cobarde e indigna.

Cuando terminó la película, Anne la metió en la cama como si fuera un bebé y se marchó a casa. Lillie escuchó el estruendo del motor de su coche al alejarse, se arrebujó entre las sábanas y, aunque no durmió demasiado bien, junto al persistente dolor en el pecho detectó una extraña, insólita y desconocida paz: estaba asumiendo que era una mujer con defectos y, sorprendentemente, el mundo no se estaba acabando.

CAPÍTULO 9

Ian aparcó su Volkswagen Golf en la puerta de la casa de Lillie y descargó los bultos que había atado cuidadosamente a la baca del coche. El día anterior sabía que Anne se había pasado por allí para ver qué tal seguía la chica y la había sacado a dar un paseo para que le diera el aire, y hoy había pensado que no podía posponer su obligación por más tiempo y que debía prestarle algo de atención durante un rato. No mucho, porque tampoco tenía demasiado tiempo libre, pero Hannah estaba en sus clases de baile y él ya no tenía consulta, así que no tenía más excusas para no preocuparse por su paciente o, como ella deseaba, nueva amiga.

Ian no quería hacer amigos por todo lo que ello implicaba: dependencia, decepción, favores... Sin embargo, había algo que sí tenía, y era palabra: si había accedido a ser amigo de Lillie, entonces lo sería. A su manera, claro. Tampoco se le podía pedir demasiado.

Desde que tuviera aquella charla con ella hacía dos días, no había parado de darle vueltas a la forma en que podía ayudarla «como amigo». Sentía pena por ella, solidaridad, y un poco de arrepentimiento que trataba de compensar con buenas obras. O eso esperaba.

Llamó al timbre, pero tardaron en contestar. Se le pasaron por la cabeza varias cosas: ¿habría salido con Anne? No, porque ya había hablado con ella y creado un plan de visitas según el cual se turnarían para atender a la muchacha. ¿Habría decidido aislarse de nuevo? Era posible. Y lo peor de todo: ¿habría cometido alguna locura?

No, por Dios. No podía permitir que algo así ocurriera. No podría soportar acarrear otra muerte a sus espaldas.

Entonces, como si Dios en verdad le hubiera escuchado —y como si él, en realidad, hubiera creído en tal divinidad—, la puerta se abrió y apareció ante él la alta, estilizada e inevitablemente hermosa Lillie. «Inevitablemente», porque en esos momentos tenía el pelo tan enmarañado que le caía por toda la cara y, lo poco que quedaba a la vista, estaba arrugado y amarillento, como si hubiera dormido durante días... Y aun así, conseguía seguir pareciendo guapa.

—Ah, hola. Estaba durmiendo —le dijo sin más, con los ojos a medio abrir.

Él resopló.

—Usted perdone, Bella Durmiente —le contestó con su habitual sarcasmo—. Me va a tener que disculpar, pero ahora mismo va usted a ponerse algo decente encima, recogerse esa maraña que una vez podría haber sido pelo, y salir conmigo a darle a los pedales.

Bien. Bien. Se estaba portando como un amigo. Atento y todas esas cosas. Y hasta

pensaba que divertido. Lo estaba haciendo bien.

Ella desvió la mirada de él hacia la bicicleta que llevaba agarrada del manillar y el sillín y después volvió a mirarle a él.

—¿Pretendes que pedalee yo sola?

—No, tengo mi bici ahí detrás —dijo él, señalando hacia el coche.

—No te hacía muy deportista —volvió a atacar ella al tiempo que torcía el gesto.

—Eso es un gran cumplido, gracias. Y sí, me gusta hacer deporte, pero lo cierto es que no tengo mucho tiempo, así que si no te molesta, mejor salimos ya. Venga, que no tengo todo el día.

Ella suspiró, gruñó algo que él no supo entender, y entró en casa para cambiarse. Ian apoyó la bicicleta en la puerta y bajó la suya de la baca para pedalear junto a ella. Normalmente era una tarea que hacía con su hija, pero como no había sido capaz de pensar en algo que pudiera distraer y al mismo tiempo sacar a Lillie de su ostracismo, se decidió por lo más fácil. Además, respirar aire puro y observar el dramático paisaje del norte de Yorkshire le harían olvidar por un momento su tristeza. Alguien debía mostrarle la belleza de cuanto había a su alrededor.

Lillie se colocó uno de sus pantalones de chándal y una sudadera cuya capucha usaría para cubrirse la cabeza y no ser reconocida. De todas formas, lo más probable era que nadie pensara encontrarse con ella por las colinas de Yorkshire, así que ya ni siquiera le molestaba que alguien pudiera verla. Hasta ahora había tenido suerte, e incluso si la reconocían, era algo que estaba empezando a importarle muy poco.

Cuando salió de casa, Ian le esperaba ya con la otra bicicleta en mano y listo para la aventura. No se había fijado antes, pero él también llevaba un pantalón de chándal de color gris, unas deportivas negras, una camiseta blanca y una sudadera de un tono más oscuro que el pantalón debajo de un robusto anorak, y ese atuendo le hacía parecer algo más joven y desenfadado, a pesar de su barba de coronel del ejército británico.

Lillie sonrió, y él, aunque no sabía por qué lo había hecho ella, le devolvió la sonrisa, entrecerrando un ojo para protegerse del sol.

Una sensación de tranquilidad se apoderó de ella. Le sucedía siempre que estaba con él, y no sabía decir por qué. Él montó en la bici tras pasarle a ella la suya y le dijo:

—Vamos, sígueme. Va a ser solo un pequeño paseo, te gustará.

Lillie se montó e intentó recordar cuándo fue la última vez que había pedaleado. Debía de ser hacía mucho, tal vez cuando era pequeña, con sus amigos del colegio, o con sus primos. Imposible de decir. Pero el hecho de hacerlo, en compañía de alguien con quien se sentía bien, la reconfortó.

Le costó un poco circular por el sendero cubierto de piedras, pero se fue adaptando conforme pasaban los minutos y, además, Ian iba despacio para que ella pudiera seguirle el paso.

Sentía casi una sensación de bienestar: con el doctor Morgan, Lillie no tenía la necesidad de agradar. Estaba claro que, desde un principio, había sido él quien se había

portado como un engendro del demonio con ella, pero su reacción habitual ante eso hubiera sido la de intentar que él cambiara de opinión sobre ella, y no había sido así. Algo en su interior debía haber cambiado, porque Lillie no estaba intentando agradar a Ian. No quería que él cambiara de opinión, ni siquiera le interesaba demasiado lo que él pensara de ella. Es más, quizá fuera un poco masoquista, porque le resultaba reconfortante que alguien se mostrara cortante y directo con ella, incluso aunque a veces fuera grosero. Era un cambio, al menos.

Y en esos momentos, ella agradecía la sinceridad. Siempre había estado rodeada de falsedad y tenido que luchar para ganarse la aceptación y el amor de los demás. Pues bien, su tiempo de resultar encantadora se había acabado. Estaba agotada, hundida y harta de todo. Y resultaba que estar con Ian era casi como un bálsamo para su cansado cuerpo.

Él era brusco e incluso duro con ella, y a su vez ella lo era con él. Era una faceta que hasta ahora desconocía de su personalidad, pero con la que se sentía muy bien. Quizá demasiado. A lo mejor, pensó, lo que le hacía sentirse bien con él era que él, de forma desinteresada, la estuviera ayudando a superar su pérdida. La había atendido, la había visto sufrir, la había ayudado en el momento tan horroroso que estaba viviendo, y no pedía nada a cambio.

Mientras el cuerpo entero temblaba y retumbaba debido a la escasa amortiguación que las ruedas de la bici ofrecían contra las rocas, Lillie se dio cuenta de que en el único momento en que no se estaba esforzando por conseguir amigos era cuando los estaba haciendo de verdad, y además ahora eran dos: Anne e Ian.

Se sintió agradecida, y un pequeño escalofrío de placer le recorrió el cuerpo. Levantó la cabeza y observó cuanto le rodeaba: monte. Colinas y colinas de terreno agreste, salpicadas aquí y allá por algún que otro árbol y unos cuantos rebaños de ovejas, campos verdes y ondulantes que olían a tierra y a hierba salvaje.

Ian miró hacia atrás alzando una ceja, y ella captó su mirada. Le sonrió levemente, y él asintió con la cabeza y continuó el camino.

Muy a lo lejos, a su derecha, se veía el fondo grisáceo del mar. El camino no era más que un antiguo sendero que se utilizaba o bien para pasear o bien para montar en bici, como estaban haciendo ellos, porque era obvio que los coches no podían circular por allí. A lo lejos podía verse una casa en ruinas, casi cubierta por las ramas de un par de fresnos que la protegían, probablemente, de las inclemencias del tiempo.

Lillie miró hacia el cielo. Las nubes iban y venían con el viento, dejando pasar algunos rayos de sol. A ella le parecieron proféticos: pequeños haces que superaban la gris espesura y prometían la venganza de Dios.

El ejercicio, que hasta ahora le había hecho sentirse bien, comenzó a dejarla sin aliento. Se detuvo y respiró hondo, cerrando los ojos con fuerza. Se dio cuenta de que le costaba respirar. Sus pulmones no aceptaban el aire, era como si no quisieran hacerlo.

Ian, que de vez en cuando continuaba mirando hacia atrás solo para cerciorarse de que ella le seguía, se detuvo al ver que se había quedado varios metros atrás. Bajó de la bici y caminó hasta ella.

—¿Te encuentras bien?

Ella no pudo abrir los ojos. Agachó la cabeza e intentó inhalar con mayor ímpetu. Una mano se cerró en su brazo.

—¿Puedes respirar, Lillie?

Abrió los ojos solo para mirar el suelo y concentrarse en llenar de aire sus pulmones. Inhaló por la boca, pero se puso más nerviosa y se pasó una mano por la cara, restregándosela para ver si así se descongestionaba.

Por fortuna, Ian sabía reconocer perfectamente cuándo alguien estaba a punto de tener un ataque de ansiedad.

—Anda, ven aquí. —Apoyó su bici en el suelo y la ayudó a bajar de la suya. Después acercó a Lillie hasta una roca e hizo que se sentara sobre ella—. Vamos, tranquila. Mete la cabeza entre las rodillas y respira por la nariz, contando hasta cuatro. Un, dos, tres... así, muy bien. Ahora mantén el aire dentro dos o tres segundos y expúlsalo despacio, contando hasta siete. Concéntrate solo en eso, pequeña, solo inhala y exhala. Muy bien, Lillie, lo estás haciendo bien. Tranquila. Respira. Un, dos, tres...

Al principio a ella le costó seguir sus instrucciones, pero poco a poco fue cumpliendo las pautas y contando mentalmente a la hora de retener y expulsar el aire, y eso hizo que se tranquilizara.

El viento arreció, y conforme se iba serenando comenzó a sentir la fuerza de los elementos a su alrededor: el frío, el aire, el olor a hierba mojada, las gotas de agua que comenzaron a mojar las manos de Ian, que seguían aferradas a sus huesudas rodillas.

Levantó la mirada y sus ojos se cruzaron con los de él. En ellos había comprensión, serenidad. El viento le apartó el mechón oscuro que le caía sobre la frente y lo hacía revolotear hacia adelante y hacia atrás, haciéndole pestañear.

—¿Qué me está pasando? —le preguntó ella con voz temblorosa.

Los dedos de él se movieron casi imperceptiblemente en su rodilla, para tratar de reconfortarla.

—Algo normal en tu situación, Lillie. Un ataque de ansiedad... Quizá el ejercicio no haya sido buena idea, al fin y al cabo.

Ella negó con la cabeza.

—No, no ha sido por el ejercicio —contestó ella, desviando la mirada hacia las nubes. De nuevo sintió ganas de llorar, pero se contuvo—. Ha sido mi cabeza, que va demasiado rápido.

Él asintió y se levantó, tendiéndole una mano para ayudarla a levantarse.

—¿Quieres que descansemos un rato?

La recorrió rápidamente con la mirada mientras se ponía las manos en las caderas en un gesto muy protector. La lluvia comenzó a caer con más fuerza.

—Estoy mejor —contestó ella.

Y era cierto, aunque el miedo no se había disipado. Nunca había sentido nada igual, como si la falta de aire fuera a terminar asfixiándola, como si la muerte le hubiera rondado

demasiado cerca.

—Bien. Será mejor que volvamos o quizá nos pille una buena tormenta. Puedes caminar, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

—Está bien. Recojamos las bicis. Si el tiempo se pone demasiado mal... Siempre podemos hacer un alto en el camino.

Él estaba preocupado, y ella recordó que le había dicho que debía recoger a su hija. Se colocaron bien las capuchas de las sudaderas, recogieron las bicis del suelo y volvieron caminando por donde habían venido, el uno junto al otro, mientras la lluvia caía con suavidad sobre sus cabezas.

—¿Crees que... —comenzó ella con voz temblorosa—... crees que esto volverá a ocurrirme otra vez?

Él apartó la mirada del frente y la fijó en ella. Bajo la capucha tan solo se adivinaba su barba oscura y la punta de su afilada nariz. Más que un médico, y si no fuera por las ropas, en ese momento a Lillie le pareció un ermitaño. De hecho, tenía los hombros muy anchos y los muslos fuertes, y ella casi sonrió al imaginárselo cortando leña con una camisa a cuadros.

—Es posible, Lillie. Si vuelve a pasarte, debes controlar la respiración como te he dicho. ¿Lo recordarás?

—Ajá —respondió ella, levantando la voz.

En torno a ellos solo se oía el sonido de la lluvia, de sus pasos sobre el barro, de las cadenas de las bicicletas al rodar. En cualquier otra circunstancia alguien la habría cubierto con sus ropas y la habría acompañado hasta la puerta de su casa para que no se mojara. En cualquier otra circunstancia, un guardaespaldas la habría tomado en brazos para evitar que se resbalara en el barro.

Sin embargo, y a pesar de todo —de saber que sufría ataques de ansiedad, de haber perdido lo más importante que había tenido jamás, de tener que esforzarse por hacerlo todo sola—, en ese momento se sintió más viva y útil que nunca.

«Ahora eres una mujer normal, Lillie. Levántate y lucha contra todo, maldita sea», se dijo a sí misma.

Cuando llegaron a casa, se sentía agotada y casi sin aliento. Ian cargó las bicicletas de nuevo en el coche y se despidió de ella con rapidez.

—Entra en casa y cámbiate esa ropa húmeda —le dijo—. Si te notas demasiado agotada, mándame un mensaje. Trataré de llamarte en cuanto pueda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —le contestó ella con una sonrisa.

La agarró del brazo y le dio un suave beso en la mejilla antes de girarse a toda prisa y subirse en su práctico coche.

Durante un rato, mientras se quitaba la ropa mojada y se metía bajo el agua caliente, se sintió extraña y no sabía por qué. Le picaba todo el cuerpo.

Poco después se dio cuenta de que, en realidad, el picor que le recorría el cuerpo era el mismo que había sentido cuando su barba le rozó la mejilla.

Durante los días siguientes los ataques de ansiedad volvieron a repetirse, aunque espaciados.

Cuando le sobrevenían y pensaba que iba a morir asfixiada, se sentaba e intentaba controlar la respiración contando, como le había enseñado Ian, hasta que al fin el aire volvía a inundarle los pulmones. Se sentía enferma, pesada y siempre cansada, y aunque a veces tenía las fuerzas necesarias para luchar y salir de ese agujero en el que estaba cayendo, eran muchas las ocasiones en que no podía levantarse de la cama.

No pensaba en nada, simplemente se acostaba, cerraba los ojos y descansaba, o dormía.

Al acabar el tercer día después de la visita de Ian, alguien tocó al timbre de su puerta y recordó que Anne le dijo que acudiría a visitarla. Se levantó como siempre, hecha un desastre y sin cuidar para nada su aspecto, y cuando abrió la puerta vio que su amiga no venía sola: la acompañaba un chico alto y delgado, de rizos castaños y ojos sorprendentemente claros.

Él sonrió, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos, y antes de hablar se sonrojó un poco.

—Hola, Lillie. ¿Cómo estás?

Ella pestañeó varias veces y, al fin, se dio cuenta de que él se encontraba allí de verdad, frente a ella.

—¿Tanner?

CAPÍTULO 10

No podía creer que tuviera a su exnovio delante, después de tanto tiempo sin verse.

Al igual que ella, él también era una estrella, aunque en su caso del rock. Y ahora, además, vivía apartado en su ciudad natal, donde componía para otros y había reducido sus apariciones en público a lo mínimo. Tan solo actuaba en actos benéficos o en eventos para los amigos, si le pedían el favor.

Una vez, él fue tan importante en el panorama musical, o casi, como ella. Hacía no mucho de eso, pero él había cambiado su vida por volver a casa, a sus raíces. Se marchó, dejó atrás todo cuanto tenía y la abandonó por su antigua novia, que había resultado ser una sencilla camarera de pisos del hotel donde se habían alojado.

En su día, aquello fue una humillación para Lillie. Fue terrible, y muy doloroso... Porque supuestamente, Tanner había estado enamorado de ella durante años. O al menos, eso parecía... Por todos era conocido que Lillie siempre había estado enamorada de Jason, o más bien ciega de amor —o de obsesión— por él. Sin embargo, Tanner siempre competía con Jason por ella, e incluso llegó a dedicarle una canción que sirvió, además, para humillar al segundo.

En una de sus idas y venidas con su primer novio, Lillie decidió darle una oportunidad a Tanner y apostar por ellos. Después de todo, era el polo opuesto de su novio, y ya que con él no había funcionado la cosa, ella pensó que quizá se estuviera equivocando del tipo de hombre que ella necesitaba. Él era un buen chico. Era noble, sincero, y la cuidaba. Se preocupaba por ella como no lo había hecho Jason nunca, eso era cierto... Pero siempre había habido algo que se le escapaba de él. Hacia el final de su relación, el padre de Tanner había fallecido y él se marchó de su casa de Malibú, dejándola a ella dormida y con una nota como única despedida.

Y ella, como solo una estúpida podía hacer, le siguió para compartir su pena con él, solo para descubrir que él no la amaba y quería terminar su relación.

Al principio le odió, y mucho. ¿Cómo podía haber estado tantos años intentando conseguirla, para después afirmar que nunca la había querido? Es cierto que él le confesó que había creído amarla, pero aun así... dolía. Porque para Lillie, que el chico bueno y galante —totalmente opuesto a Jason—, que además la había idealizado y adorado durante años, no pudiera amarla una vez la había conocido en realidad... era un enorme golpe más para su ya maltrecha autoestima.

¿Acaso nadie podía amarla de verdad? ¿Acaso no merecía ella el amor verdadero de nadie? Durante un tiempo estuvo resentida y enfadada, pero al final había terminado por caer de nuevo en brazos de Jason. Después de todo, y aunque la hubiera engañado y

humillado públicamente en varias ocasiones, su supuesto amor por ella había durado toda una vida, mucho más de lo que muchos podían decir, y merecía una última oportunidad.

Y ahora se encontraba de nuevo ante su humillante pasado. Le había perdonado, pero siempre quedaba pendiente sobre ellos la sombra del error que él había cometido con ella.

—Oh, vaya... Qué sorpresa verte, esto... Vamos, pasad, no os quedéis ahí —les dijo.

Supuso que Tanner había venido acompañado de Anne para no despertar las sospechas de su mujer... y eso, de alguna manera, la reconfortó. Puede que no la amara, pero si su mujer estaba celosa de ella, se lo tenía merecido por habérselo robado. Sabía que estaba mal pensar algo así, pero creía que, al menos, el karma le debía algo, ¿no?

Ambos cuñados pasaron y se sentaron en el sofá. Tanner se restregó las manos por los muslos y apretó los labios en un intento de sonrisa.

Ella se sentó en uno de los sillones.

—Siento no haber venido antes, Lillie, pero... Suponía que no era buen momento.

—Es que le dije que era mejor esperar, ¿sabes? Hasta que te encontraras un poco mejor —añadió Anne.

Eso de encontrarse mejor era algo relativo, pensó ella, pero en fin.

—No importa —dijo ella—. Ya os he molestado demasiado. Además, sabes que por nada del mundo querría ponerte en un aprieto.

Él se irguió hacia adelante y la miró a los ojos, con toda seriedad.

—No molestas, Lillie. De verdad. Siento... Es decir, siento que estas sean las circunstancias por las que estás aquí y... en fin, soy muy torpe para las palabras, ya lo sabes.

—No pasa nada, de verdad, Tanner. Eres un gran poeta, pero muy mal orador —intentó bromear ella.

Él sonrió, y el ambiente se distendió un poco.

—Eso es verdad, siempre lo he sido y siempre lo seré, así que perdóname si me equivoco al escoger mis palabras.

—No te preocupes.

—Por cierto, y antes de que se me olvide —interrumpió Anne—, mi sobrino Leo, el hijo de mi hermana Linda, esto... ejem... bueno, que mi sobrino me ha dado esto para que se lo firmes.

—¿Que Leo qué? —preguntó Tanner sorprendido mientras Anne se sacaba del bolso una cartulina enrollada y la desplegaba frente a ellos, en la nueva mesita que habían colocado frente al sofá.

Era un poster de Lillie, en actitud muy sexy y atrevida, con el micrófono en la mano una mirada feroz dirigida a la cámara. La escasa ropa que llevaba, un conjunto de encaje negro que cubría lo justo de sus pechos y sus caderas, resaltaba la imagen agresiva que el publicista de su último disco había querido dar.

Lillie se puso roja, y era la primera vez que lo hacía en mucho tiempo. Estaba tan acostumbrada a posar de aquella manera que, ahora que lo veía con perspectiva, se sentía algo incómoda.

—Vaya, si Leo me viera ahora no me reconocería, ¿verdad? —bromeó, mientras se levantaba a buscar un bolígrafo.

—Lo que me pregunto yo es de dónde ha sacado Leo este póster.

—Venga ya, Tanner, que tienes un adolescente en casa con las hormonas más revolucionadas que un avispero, ¿o es que no te habías dado cuenta?

—¿Qué dices? ¡Pero si todavía juega a policías y ladrones!

—Ah, ya, ¿y me quieres explicar qué hace con todos esos posters de tías buenas colgados en su habitación, eh? ¿Crees que cuando se encierra en su cuarto se dedica solo a jugar con la videoconsola o también con otra cosa?

La insinuación de Anne, unido al poster de «la tía buena» que había sobre la mesa y que era nada más y nada menos que Lillie, hizo que esta se pusiera roja como un tomate. La idea de que el hijastro de Tanner se masturbara con una foto de ella delante era... Inquietante y muy, pero que muy vergonzosa.

Y más vergonzoso todavía era que ella se sintiera algo halagada. Pero no, se dijo. Aquello no era vergonzoso. Los adolescentes hacían esas cosas, y lo mejor de todo era que el niño era el hijo de su antigua rival. Que la encontrara a ella atractiva, era otro punto extra que el karma le estaba brindando.

—Bueno, la verdad es que ahora no soy ni la sombra de la mujer que aparece en esta foto, pero dale saludos de mi parte al chico —le dijo a Anne.

Tanner entrecerró los ojos y la miró, incrédulo. Al parecer, se estaba tomando su papel de padre muy en serio.

—No te molestes demasiado con esa dedicatoria. Cuando llegue a casa arrancaré todos los posters de mujeres de la pared de ese sinvergüenza —añadió él, en tono agrio.

A Lillie, sin embargo, esa actitud no la engañó. Él quería al chico como si fuera suyo. Había formado una familia. Era feliz. Tenía hijos.

Se le retorció el corazón e intentó pensar en otra cosa para evitar que le sobreviniera otro ataque de ansiedad.

—No te atreverás. Si mi hermana no lo ha hecho, no creo que vayas a hacerlo tú —añadió Anne.

Lillie miró a Tanner y se dio cuenta de que ya no era el chico que ella había conocido y con el que había empezado a salir tiempo atrás; era otra persona distinta. Y aunque el dolor del rechazo había sido fuerte, ahora no sentía rencor hacia él porque ella tampoco llegó a quererle nunca. Los dos se habían equivocado.

Nunca había estado enamorada de él, aunque sí que hubiera deseado estarlo. Si hubieran hecho una película, pensó, probablemente ella habría acabado casándose y muy enamorada del chico bueno, y ese, sin duda, era Tanner Adams. Pero aquello era la vida real. Los buenos, a veces, son solo buenos para algunas personas, y no tanto para otras.

—Esto... Me acaban de mandar un mensaje de la residencia. Es una emergencia, tengo que marcharme, pero vuelvo en un momento. ¡Besitos!

Anne se levantó como un resorte del sillón y se marchó. Obviamente, se había quitado de en medio de la mejor forma posible para que aquellos dos pudieran hablar con tranquilidad.

Cuando hubo salido por la puerta, Tanner pareció relajarse en el sofá y miró hacia la ventana.

—Es bonito, esto —le dijo.

—Sí. Es pequeño, pero es acogedor. Y me sirve —le respondió ella, sincera.

Él se volvió de nuevo hacia ella, se inclinó en el sofá y alcanzó su mano, que estrechó con suavidad.

—Siento todo lo ocurrido, Lillie —murmuró, mirándola fijamente a los ojos—. Lo siento de verdad.

Ella no sabía exactamente a qué se refería: si a lo ocurrido entre ellos o a lo que le había ocurrido a ella con Jason, o a la pérdida de su hijo. O a todo.

Probablemente se refiriera a esto último.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, que comenzaron a rodarle por las mejillas sin control. Entonces él se levantó, se arrodilló ante ella y la abrazó con fuerza.

—Todo irá bien, cariño —le dijo al oído—. Tranquila, todo irá bien, ya lo verás. No estás sola.

Lillie se sintió arropada entre su abrazo, tranquila y, en cierta manera, reconfortada. Si le hubiera dicho otra cosa, como por ejemplo que aquello se le pasaría, que el tiempo lo curaría o cualquier cosa por el estilo, le habría dado una patada en el estómago... Pero las palabras que había escogido, sin embargo, surtieron un efecto calmante en ella y en ese momento las creyó.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó él después de separarse de ella.

—No lo sé, Tanner. No lo sé.

Él volvió a acomodarse en su sitio, cruzó las manos sobre sus rodillas de nuevo, y suspiró.

—Bueno, decidas lo que decidas, puedes contar con nosotros. Ya ves que somos personas de lo más normal... —dijo, abriendo los brazos para abarcar a su alrededor—. Puedes estar tranquila.

Ella forzó una leve sonrisa de agradecimiento. No estaba mal que le mostrara sus buenas intenciones, pero la verdad, ¿qué podían hacer él y su familia por ella? De momento, solo la idea de verse inmersa en una familia llena de desconocidos le agobiaba demasiado, así que no contestó. Se limitó a relajarse, y esa sensación de libertad le hizo sentir ganas de sincerarse.

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea de qué quiero hacer. Y me refiero a qué es lo que quiero hacer de verdad. No sé... Ahora mismo no tengo muchas fuerzas para nada. Ni

ganas.

Él asintió, reconociendo su situación.

—¿Puedes tomarte un respiro? —le preguntó.

—No lo sé. Creo que no. Tengo muchos compromisos, hay demasiado en juego. Ya sabes cómo funciona, y creo que estoy abusando demasiado, si te digo la verdad.

Él bajó la mirada. Lo había sabido, pero lo cierto era que él no había sido un monstruo mediático como lo era ella. Lillie lo hacía todo a lo grande, con mucha publicidad, y precisamente por eso era por lo que ella, y todos los implicados, ganaban tanto dinero. Para Tanner había sido más fácil desvincularse: él era el niño mimado del *rock*. No armaba *shows* espectaculares, ni creaban programas solo para él, ni tenía toda una industria textil detrás de sí de la que ocuparse.

Ella, por el contrario, era una máquina de fabricar dinero. Y una máquina que había desaparecido, y que pronto tendría que volver a aparecer si no quería que la asesinaran.

—Esto que te voy a decir es el mayor tópico del mundo —interrumpió Tanner el hilo de sus pensamientos—, pero... solo se vive una vez, Lillie —y la miró fijamente, dejando entrever el resto de la frase.

Ella se imaginó qué era lo que quería decir.

Tanner había sido valiente. Era valiente. Hacía lo que quería con su vida. Ojalá se hubiera podido enamorar de él. Ojalá él se hubiera enamorado de ella. Todo habría sido tan distinto... Errores, errores y más errores. Ya no cometería más.

Un rato después, y una vez que regresó Anne, se despidió de Tanner con un sincero y cariñoso abrazo y se sintió mucho más tranquila y en paz consigo misma.

Por extraño que pudiera parecer, hablar con él le había dado algo más de valor y energía. Cenó e incluso salió a caminar ella sola pensando en la visita que había tenido lugar aquella tarde. Tenía mucho que agradecerle a Tanner, pero por encima de todo, lo importante era que ya no sentía ni el más mínimo asomo de rencor hacia él, que sus intenciones siempre habían sido buenas, y lo seguían siendo.

Eso sí, ella no pensaba apoyarse en nadie para salir de aquello. Se sentía agradecida por las atenciones de la gente, pero estaba decidida a superarlo todo por sí misma.

Esa noche durmió cinco horas seguidas.

El doctor Morgan no era un hombre paciente, pero eso era algo que todo el mundo tenía bastante claro y que, por supuesto, no se esforzaba en esconder. Después de todo, él no creía en el refrán que rezaba «la paciencia es la madre de la ciencia»: para él, la madre

de la ciencia eran la suma de la perseverancia, la inteligencia y el trabajo duro.

Si uno quería algo, debía esforzarse por tenerlo. Si uno acudía a una cita, debía ser puntual y prestar la debida atención a su pareja. Si uno deseaba tener éxito en sus propósitos, entonces debía esforzarse por alcanzarlo. A veces consideraba que ser impaciente no era una desventaja, sino todo lo contrario. Si todo el mundo fuera menos vago y más diligente, el mundo funcionaría mejor.

Sin embargo, aplicar esas enseñanzas a una niña pequeña de cinco años no era tan fácil.

—Hannah, te lo he dicho cientos de veces. Cada vez que te levantes debes tener tu ropa preparada. Si lo haces antes de dormir, cuando te despiertes ya estará todo listo y no tendrás que pasarte media hora escogiendo las prendas que te quieres poner.

—Pero papi, lo hago por la noche pero luego, cuando me levanto al día siguiente, no me gusta lo que he escogido y quiero ponerme otra cosa. ¿Para qué molestarme entonces en elegir mi ropa antes?

Él apretó los labios.

—No vas a ir a un baile, señorita, así que no es necesario que pienses tanto qué es lo que te quieres poner. Tan solo necesitas un pantalón y una camiseta, ¿de acuerdo?

Se volvió hacia el armario y sacó un par de prendas.

—¡Pero esas no me gustan, papi! Me están demasiado grandes, a mí me gustan más ajustadas. Y además, ya hace calor y puedo ponerme faldas. Quiero esas rosas, las de brillantes. Y mis zapatos con pompones.

Aquello desesperaba al doctor, que cada mañana debía pasar por un suplicio similar para conseguir que su hija se vistiera. No entendía a qué venía tanto alboroto con la ropa y los modelitos. No entendía a las personas, y no sabía cómo era posible que muchas de ellas ya nacieran así, llevando ese gen que las hiciera tan testarudas y obstinadas a la hora de escoger vestuario. Hannah le volvía loco con sus caprichos. Lo mismo quería vestirse como un soldado de infantería (le había hecho comprarle hasta las botas militares y la boina a juego en una página de Internet que le había chivado una amiga) que quería ponerse el tutú más estrambótico que había podido encontrar.

Hoy, por lo visto, le tocaba de nuevo sufrir el mismo proceso.

—Hannah, ¡qué más da la ropa! Tan solo vístete, ¿quieres?

—Pues la ropa importa mucho, papi, porque soy más feliz cuando llevo puesto lo que quiero.

Esa frase hizo que Ian se olvidara por completo de todas sus pretensiones. Permaneció allí, con los brazos cruzados delante de ella observando cómo escarbaba en el armario, armaba un enorme revoltijo de prendas y escogía lo que mejor le parecía con una enorme mueca de satisfacción.

Lo que más deseaba en el mundo era que su hija fuera feliz. Ella era lo que más importaba, y si Hannah estaba contenta dando diez vueltas por la mañana en busca del atuendo perfecto que le hiciera lucir esa sonrisa de extrema felicidad en la cara, entonces debía aprender a asumirlo. Al fin y al cabo, todos los niños tenían sus peculiaridades,

¿verdad?

Él ya no recordaba cómo era ser un niño, y tampoco recordaba demasiado bien cómo era su hermana de pequeña... Siempre recordaba haber sido serio, centrado y taciturno desde que tenía uso de memoria, y que su hermana era diferente a él. Tampoco había sentido nunca debilidad por los niños ni le hacían demasiada gracia, simplemente los había tolerado cuando se encontraba con alguno. Pero todo eso cambió cuando su pequeña vino al mundo.

Finalmente, cuando Hannah consiguió ponerse la ropa en el orden que creyó oportuno —con medias de colorines y calcetines encima, por si fuera poco, incluso aunque ella misma había dicho que iba a pasar calor— y la convenció para que se tomara sus cereales con frutas de la mañana —esa cada vez era una tarea más complicada de ejecutar—, la dejó en el colegio tras despedirse con un abrazo y se marchó a la residencia, en donde le tocaba turno.

Pasó consulta a los ancianos, quienes a veces eran complicados de entender tanto por sus dificultades a la hora de expresarse como por la necesidad de contar hasta el más mínimo detalle de su vida y de la de los demás, y al terminar decidió hacerle una visita a Lillie.

Hannah todavía no salía del colegio y, quizá, podría incluso invitarla a almorzar, si es que ella se sentía con ánimos.

Últimamente solía pensar bastante en ella. Para él era un misterio, casi incluso como un bicho raro... De no ser porque, en efecto, le parecía atractiva incluso cuando trataba de sabotearse a sí misma. Aparte de la forma en que le afectó el haber presenciado el momento en que perdió a su bebé, había empezado a notar que ambos tenían algo en común: no se fiaban de demasiada gente.

Sí, era cierto que no la conocía demasiado, pero algo dentro de él había comenzado a romperse cuando la vio tan sola, desesperada y triste. Y esa imagen de mujer frágil y cerrada en sí misma no casaba con la otra imagen, la que había visto en los videoclips de música que su hija escuchaba e imitaba —y a los que él ahora les había echado un vistazo solo por curiosidad, o al menos eso era lo que se decía a sí mismo— y que solían disgustarle justo por eso.

No le gustaba la manera sensual en que Lillie McFly se movía o se dirigía a la cámara, ni la agresividad que irradiaba, le parecía demasiado forzado, demasiado irreal. Tampoco le gustaba cuando se mostraba sensual y ardiente, como una gatita, o cuando se ponía coqueta frente a la cámara, porque su hija la imitaba y hacía poses sensuales a su corta edad. Odiaba ese momento. Y, de alguna manera además, no podía creer que esa fuera la misma persona que él había conocido. La gata salvaje y provocadora no se parecía en nada a la chica sensible y dolida que conocía.

Por supuesto, tenía que reconocer que era guapa y que tenía un cuerpo magnífico y una buena voz, pero él había superado la etapa en que le diera prioridad a esos aspectos. Hacía años que había dejado de ser un chico dominado por sus instintos. Ahora, lo que más le preocupaba era descubrir a su hija imitando aquellos movimientos sensuales como si fuera una mujer adulta, le preocupaba que, con toda su inocencia, la niña creyera que las mujeres estaban destinadas tan solo a exponerse y lucir su cuerpo, y eso no podía tolerarlo.

Sin embargo, allí estaba, yendo a la pequeña vivienda en donde ella se alojaba, dispuesto a sacarla de su ostracismo e intentar que no se ahogara en la pena. Porque para él, Lillie McFly y la Lillie que él conocía no eran la misma persona.

Podría haberla llamado por teléfono, porque de hecho ya habían intercambiado sus números privados y decía mucho a su favor que no le hubiera llamado preguntando estupideces o pidiendo favores sin sentido, como él hubiera esperado. De todas formas, ya que estaba allí, se pasaría directamente para cerciorarse de que se encontraba bien y, de paso, matar dos pájaros de un tiro tomando el almuerzo al mismo tiempo. Ante todo, era un hombre práctico.

Le sorprendió ver que ella estaba vestida y aseada, con el pelo recogido en un moño no demasiado cuidado, pero tampoco completamente despeinado. Era un avance, sin duda.

—Hola, Lillie. ¿Cómo estás? —quizá su tono había sonado demasiado brusco, pero no sabía hacerlo mejor.

Ella curvó la boca en una leve sonrisa y sus ojos azules se arrugaron un poco.

—Bien, gracias por preguntar, Ian. ¿Qué te trae por aquí? ¿Quieres pasar?

Se notaba que estaba un poco sorprendida por la atención que recibía. Y era cierto. Lillie ya no llamaba para pedir mil favores y, sin embargo, la gente seguía preocupándose por ella sin que ella lo pidiera.

—Oh, bueno, en realidad venía por si te apetecía salir a almorzar.

Ella le miró y pestañeó varias veces, extrañada.

—Es que no sé... Verás, no sé si debería salir... —Se cruzó de brazos y titubeó.

Él carraspeó, incómodo.

—No es una cita ni nada de eso, vaya. Esto... —carraspeó de nuevo, azorado—, es solo almorzar, para salir un poco. He pensado que te podía apetecer. Ya sabes —se maldijo a sí mismo por lo idiota que estaba sonando en ese momento, como si en realidad sí que fuera una cita, cuando lo cierto era que no había nada que él deseara menos que una cita con una mujer.

—¡Oh! No, claro que no, ya sé que no es una cita, ¡claro que no! —agitó las manos delante de él para enfatizar la negativa y se rio, algo nerviosa—. Es solo que... no sé si podrían reconocerme y no sé, me da un poco de miedo mostrarme en público —se encogió de hombros al decirlo.

Él frunció el ceño.

—Bueno, cariño, en la taberna de la señora Hastings no hay demasiada gente a estas horas, y seguro que no habrá problema por eso. Solo van jubilados y gente de confianza —intentó tranquilizarla, aunque no dejó de fruncir el ceño.

¿De dónde le había salido la expresión «cariño»? Él no solía decir esa palabra, incluso aunque fuera una coletilla bastante común en el resto de personas. La había pronunciado, sin embargo, como algo natural. Bueno, ella era americana a fin de cuentas, ¿no? Y los americanos sabían que los ingleses se pasaban el día diciendo «cariño» para aquí y «cariño» para allá a todo el mundo. Partía con ventaja. De todas formas no dejó de sentirse

azorado por ello.

Lillie notó que un ligero rubor subía por las mejillas de Ian y pensó que, en realidad, se había avergonzado por lo del tema de la cita. No pensaba que quisiera una cita con ella, claro que no, ¡nada más lejos de la realidad! Pero por lo poco que sabía de él, dudaba de que fuera capaz de tener alguna. Ni siquiera reparó en que le había dicho «cariño». A ella todo el mundo la llamaba así, desde las maquilladoras pasando por las peluqueras y los estilistas hasta el director de su campaña de marketing. Para algunos, no era Lillie McFly, sino simplemente «cariño».

Lo cierto era que le apetecía una copa más que nada en el mundo. Ni siquiera tenía por qué ser algo fuerte, bastaba con alguna copa de vino o una cerveza, o dos. O tres, daba igual. A lo mejor con tres dormía de un tirón y se olvidaba de todo.

—Vengo enseguida —dijo al médico, y se marchó a cambiarse dejándole plantado en el umbral de la puerta.

Como no necesitaba arreglarse y no tenía nada para hacerlo, lo único que hizo fue ponerse una camiseta limpia y otro pantalón y peinarse un poco. La sencillez era su mejor aliado para pasar desapercibida en ese momento, y su aspecto le era, en esos momentos, más que indiferente.

Ian no dijo nada, tan solo sonrió al verla salir y la acompañó hasta el coche.

A Lillie le sorprendió no encontrar ningún robot o algún otro elemento automático de última generación que armonizara con la personalidad del médico, pero todo parecía de lo más... común y corriente. Y cómodo. En el asiento de atrás había, además, un elevador para niños.

—Vaya, ¿tienes hijos, Ian? —le preguntó, intentando reprimir la ya conocida punzada de dolor.

—Una niña de cinco años. Se llama Hannah —le contestó, lacónico.

Ella no pudo preguntar más. No sabía qué decir, ni qué preguntar para hacer ver que, en realidad, el tema no la alteraba tanto.

—¿Estás casado? —preguntó de repente.

En seguida se arrepintió de haberlo hecho y sintió una terrible vergüenza, pero él contestó como si tal cosa:

—Divorciado. Hace ya mucho.

Al fin, y dado que Ian no parecía demasiado dispuesto a fomentar una conversación agradable, llegaron a la pequeña taberna de la señora Hastings. Lillie lo supo porque en la puerta había un cartel que rezaba «Taberna de la Sra. Hastings».

—Qué nombre más original —murmuró, con sorna, al cerrar la puerta del coche.

Él dio la vuelta y la acompañó hasta la entrada mientras ella se dedicaba a observar el lugar con bastante curiosidad: una casa antigua acabada en hormigón gris y tejado de madera, aislada, con un par de ventanucos y un patio en donde había una mesa de madera rústica con dos bancos —suponía que por si algún día había suerte y salía el sol—, cuyo aspecto se parecía más a un tugurio donde asesinaban a gente que a algún lugar donde

dieran de comer.

«A lo mejor dan de comer gente», pensó con una sonrisa.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó, en su lugar.

—Cerca de Bay Town. Aquí solemos venir a almorzar de vez en cuando, cuando buscamos tranquilidad. Dan buena comida —se limitó a responder él al abrirle la puerta.

Ella prefirió no preguntar a quién se refería con el plural. Ahora que sabía que Ian tenía una hija, podía pasar cualquier cosa... Incluso tener una novia por ahí, escondida en el armario. Aunque en parte le pareciera gracioso, algo en su interior se removió al pensarlo. Había dado por hecho que el médico, con su carácter hosco, no tenía una mujer esperándole en ninguna parte, así que se dijo a sí misma que aquella leve punzada que había sentido no eran celos, sino sorpresa.

El interior del local volvió a sorprenderle. No tenía nada que ver con el exterior, aunque sí tenía cierto aire decadente: los suelos eran de madera rústica, algo desgastada, pero alrededor de toda la pared había mesas con lámparas *vintage* sobre bonitas alfombras que, aunque parecían de abuela, le daban un aspecto acogedor a la sala. También había alguna que otra mesa redonda y más pequeñita en el centro, con velas de colores llamativos y unas bonitas servilletas de colores. Lillie creyó haber viajado en el tiempo, y se entusiasmó con la idea.

—Me encanta este sitio —susurró, sin poder evitarlo.

El silencio era llamativo: solo había un par de ancianos en la barra, que charlaban de manera amistosa, y la música estaba tan baja en esos momentos que casi ni se escuchaba. Era un gran cambio en comparación con los antros a los que solía asistir ella.

Ian se volvió a mirarla y sonrió.

—Pensé que quizá no te gustara demasiado, no está al nivel de las grandes estrellas... Pero me alegro de que no sea así —le respondió. Sus ojos se achinaron al sonreír y sus labios se torcieron un poquito, como si no estuvieran acostumbrados al extraño ejercicio de mostrar una sincera sonrisa—. Vamos, sentémonos.

Le siguió hasta una de las mesas que había colocadas contra la pared —de las que tenían lamparita, porque supuso que sentarse a una de las que tenían velas sería algo demasiado íntimo y romántico para ellos dos— y se sentaron el uno frente al otro. De repente, él pareció nervioso y comenzó a toquetear el pie de la lámpara, su servilleta, los cubiertos ya preparados para la hora del almuerzo.

Alguien salió a la barra y ella levantó las cejas, sorprendida; suponía que la señora Hastings no sería aquella chica explosiva, con ropas ceñidas, una camiseta que dejaba poco a la imaginación y el pelo corto y rojo, brillante y con mechones que saltaban hacia todos lados. Por si fuera poco, la camarera llevaba un piercing en una esquina del labio inferior, una aberración para cualquiera que se preocupara lo más mínimo por su aspecto, según afirmaba su dermatólogo. Las marcas de agujeros en el cuerpo eran el demonio para los cirujanos. Y también los tatuajes, aunque esos se los podía eliminar.

La muchacha terminó de organizar la vajilla que había sacado limpia, sonrió a los dos ancianos y desvió la mirada hacia donde estaban sentados ellos. Lillie escurrió el trasero

en el asiento y agachó los hombros. Sin duda, si alguien había de reconocerla, sería una chica como ella.

No levantó la mirada hasta que notó que se había acercado a ellos para tomarles nota. Ian, por su parte, seguía estudiando la carta como si fuera un complicado acertijo. Allí ocurría algo extraño, de eso estaba segura.

—¡Buenos días, doctor Morgan! Qué alegría verte de nuevo por aquí, ¿qué tal está Hannah?

Le pareció que aquella voz dulce y algo cantarina no se correspondía en absoluto con la imagen de la chica que acababa de ver, y la miró de reojo para cerciorarse de que eran la misma persona.

Ian levantó la vista hacia la chica y sonrió con algo de incomodidad pero al mismo tiempo, con familiaridad.

«Claro que sí, aquí pasa algo», volvió a pensar Lillie. Al ver que la chica sonreía al médico y le guiñaba un ojo, sintió un agudo retortijón. Era una sensación antigua, descarnada, demasiado conocida para ella, y en ese momento la asustó un poco. Cada vez que había estado con sus parejas y se acercaba otra mujer joven, deseable y hermosa, Lillie había sentido cómo el monstruo de los celos y la inseguridad la recorría por dentro, empezando por los pies, como si de una pequeña maraña de hormigas negras le subiera por las piernas y se la tragara por completo. A veces la sensación era más leve, otras insoportable... Como le sucedía por lo general con Jason.

Quizá eso que estaba sintiendo en esos momentos no era tan fuerte como le había sucedido con sus otras parejas, pero el miedo que la invadió por lo que aquello pudiera significar fue atroz. Se quedó paralizada, parpadeando, intentando pensar cómo demonios había llegado hasta esa situación.

—Hola, Sue —dijo al fin Ian—, Hannah está muy bien, gracias. Y tú, ¿cómo estás? —inquirió él en tono educado.

La mirada de Lillie volaba del uno al otro, tratando de detectar cualquier señal que revelara lo que había entre esos dos.

—Bueno, ya sabes, estos muchachotes me dan mucho trabajo a veces, pero no nos vamos a quejar. ¿Qué os apetece tomar a tu amiga y a ti? El plato del día de hoy es estofado de cordero, pero también tenemos Yorkshire pudding recién hecho.

—Ejem, bien, yo tomaré el estofado de cordero —le respondió él—. Y mi amiga... —desvió la mirada hacia Lillie, que debía tener cara de póker—, eh... ¿Lil? ¿Has pensado ya qué vas a tomar?

Ella notó la vacilación en su voz al llamarla por su nombre y supo que lo hacía por evitar que la reconocieran, pero en esos momentos le daba igual. Le intrigaba mucho más otra cosa.

—No sé, Ian, ¿tú qué me recomiendas? —le preguntó ella en un tono que, para su propia sorpresa, había sonado demasiado coqueta, e incluso íntimo.

Oh, señor, ¿había sonado coqueta esa pregunta? ¡Pero qué le pasaba!

Él volvió a carraspear antes de responder.

—Si no has probado nunca el Yorkshire pudding, será mejor que lo hagas ahora. No encontrarás otro mejor que el de Sue en kilómetros a la redonda.

Ian volvió a sonreír a la susodicha al decir aquellas palabras, y Lillie entornó los ojos.

—Pues habrá que probarlo, entonces —respondió, y se recostó en su silla, observando ensimismada la lamparita que les daba luz.

Estaba enfurruñada, y además, le daba igual lo que le pusieran para comer... Se había pasado tantos días intentando ingerir bocados de sándwiches que cualquier otra cosa implicaría un cambio agradable.

—¿Y qué os traigo para beber? —terció de nuevo la tal Sue—. ¿Quieres una cerveza, Ian, o todavía tienes que trabajar?

—No tengo que trabajar, pero tengo que conducir de vuelta, así que será mejor que me traigas tan solo agua y una taza de café.

—¿Y a usted?

—Una Coca-Cola. Zero, por favor.

—¡Marchando!

La chica se marchó y ella tocó el pie de la lamparita con aire ausente. Casi sin darse cuenta, se escuchó preguntar:

—¿Esa es la señora Hastings?

Los dedos de Ian habían estado tamborileando sobre la mesa, largos, morenos y fuertes. Ella evitó observarlos con detenimiento. De repente, se detuvieron.

—Quién, ¿Sue? —levantó la vista y vio que él tenía una mirada divertida—. Vaya, no, bueno sí, en realidad ella también es Hastings, pero es la nieta de la auténtica señora Hastings, que fundó esta taberna hace unas cuantas décadas. Ella se ha quedado con el local y continúa la tradición de la abuela.

—Ah, ya veo. —Volvió a mirar distraídamente hacia la barra, pero Sue había desaparecido a la cocina—. ¿Por qué me has traído aquí?

Él suspiró.

—Este es un lugar seguro, de confianza. Y cómodo. Además, necesitas comer algo casero. He pensado que era el mejor lugar, eso es todo.

Lillie estaba acostumbrada a que los hombres la engañaran. En realidad, estaba acostumbrada a que todo el mundo le mintiera, así que lo primero que pensó era que él también la estaba engañando y que la había llevado allí porque era donde trabajaba esa tal Sue, para poder verla. Seguramente tendría algo con ella. No había más que ver la manera en que la chica se lo había comido con los ojos.

—Además —prosiguió él—, por lo que tengo entendido, Sue tiene una personalidad un tanto más... radical, por decirlo de alguna forma, así que pensé que lo más seguro es que ni sepa quién eres.

—¿Una personalidad radical?

—Eh... Bueno, en realidad yo no soy una persona muy dada al ocio y la música tal y como lo entiende mucha gente de hoy en día, así que no sé explicarme demasiado bien al respecto... Digamos que ella es una chica dura. —Ella hizo una mueca ante el posible juego de palabras, y él la miró indignado—. Ya sabes a qué me refiero, es más de música atronadora, heavy-metal o lo que sea —terminó con un ademán de la mano. Estaba visiblemente incómodo.

—Ya, entiendo. ¿Y estás seguro de que tu amiga no llamará a ningún periodista en el hipotético caso de que me reconociera? —entornó los ojos ante la maldad de lo que acababa de hacer... Estaba acusando a la chica solo por el placer de hacerlo.

—No me imaginaría a Sue haciendo algo por el estilo ni en un millón de años, la verdad.

Parecía sincero, pero ella ya no era tan inocente.

—La conoces muy bien, ¿no?

—Sí, bueno —se encogió de hombros—. Alguna vez hemos coincidido en charlas sobre prevención de enfermedades de transmisión sexual y sobre sexualidad, en general.

Vaya. Lo que le faltaba por oír.

En ese preciso momento salió la aludida de la barra con las bebidas, las dejó en la mesa y sonrió al doctor. A ella la miró de reojo al marcharse. Eso la hizo sentirse todavía más incómoda.

Con que así estaban las cosas...

—Bueno, siempre está bien tener amigos en todas partes —dijo ella con un leve deje acusatorio en la voz.

Él no dijo nada, solo la miró mientras acariciaba la taza de café que Sue le había puesto delante. Lillie le dio un trago a su refresco y evitó cruzar su mirada con la de él.

—¿Qué te pasa, Lillie? ¿Por qué estás tan molesta?

No supo qué responder. Era todo. Eran mil cosas, y a la vez ninguna de importancia, en realidad. O ninguna que le importara a nadie. Siempre que ocurría eso, siempre que se sentía insegura cuando había otra mujer de por medio o que se sentía amenazada por el motivo que fuera, le entraban ganas de salir corriendo y desaparecer del mapa. Suspiró y le devolvió esa mirada fija y entonces, sin saber cómo ni por qué, la mirada calmada y directa de Ian le tranquilizó.

—No es nada, no te preocupes —respondió.

Llegaron los platos acompañados de un alegre «que aproveche» de parte de la camarera, y Lillie se quedó mirando el suyo boquiabierto. En un plato que más bien parecía una fuente habían colocado dos cuencos enormes hechos de una masa tostada parecida al pan, pero más oscura, bañados con un espeso caldo marrón y acompañados de unos champiñones salteados que rebosaban mantequilla.

—Dios mío, ni en dos vidas me podría acabar esto —dijo casi sin aliento.

—Pruébalo, y ya me contarás —le respondió él desde el otro lado—. Te aseguro que terminarás ingiriendo más de lo que creías que eras capaz de tolerar.

Ella le miró y vio que el plato de él era de similar tamaño, pero repleto de un asado con pinta casera y muy... vikinga: un enorme muslo de lo que fuera regado con una salsa parda y bastante espesa. Si él era capaz de comerse todo eso tendría que preguntarle qué tipo de cuadro de ejercicios realizaba para eliminar la grasa sobrante, porque Ian era grande y fuerte, pero parecía que no le sobraba un gramo de peso.

—No me mires así, Lillie. No siempre comemos aquí, pero de vez en cuando siento bien al estómago. Sobre todo cuando hace frío por estos parajes —dijo, y se metió en la boca un pedazo de carne con salsa que masticó con satisfacción.

Ella se decidió al fin y cortó un trocito de masa bañada en el espeso caldo. Cuando se lo llevó a la boca casi muere del placer. Cerró los ojos y saboreó aquel exquisito bocado como si no hubiera probado nada igual en su vida, y es que en verdad se lo parecía.

—Por favor, ¡qué rico! —exclamó, partiendo otro trozo de nuevo a toda prisa para volver a disfrutar de ese cálido sabor.

—Claro que sí, ese plato nunca falla —contestó Ian—. O bueno, en realidad sí. Hay quienes lo aman y quienes lo odian, pero algo me decía que tú ibas a ser de las del primer grupo —terminó, con una leve sonrisa.

Ella se la devolvió y siguió masticando. Para su sorpresa pudo acabarse uno de los cuencos, aunque el otro era demasiado. Nunca comía tanto, ni siquiera cuando estaba sana, y después de haber pasado tanto tiempo con el estómago cerrado ahora parecía que iba a reventar. Miró el plato con una enorme pena y lo separó en la mesa.

—Vale, creo que he llegado a mi límite —afirmó al tiempo que se tocaba la barriga, que ahora estaba algo abultada y redonda.

Ian terminó su plato y volvió a sonreírle, sin hablar, mientras tragaba.

—La verdad es que hoy casi no he tenido tiempo de desayunar, y después de toda la mañana en la residencia... Uno necesita reponer fuerzas. Algunos días, la consulta no recibe casi visitas, pero otros se convierte en un verdadero manicomio —cogió la taza de café y dio un pequeño sorbo, para después proseguir—. Entre los ancianos ocurre algo extraño, es el efecto contagio: si uno le comenta al otro que siente algo raro y que va a ir a visitar al médico, entonces el otro se contagia de inmediato y también tiene que ir a verlo, y así sucesivamente hasta que la lista de «enfermos» crece tanto que deben limitarse a las emergencias. Y es entonces cuando todos se quejan y afirman que lo suyo es una verdadera emergencia, porque todos son demasiado mayores y están asustados. Lo curioso es que muchas veces son solo síntomas ficticios, pero en otras ocasiones las enfermedades son reales y en cadena, con lo que no tienes un minuto para relajarte.

Lillie no había escuchado nunca antes hablar tanto ni durante tanto tiempo a Ian. Se percató de su pasión por su trabajo y, además, también se dio cuenta por primera vez de las sombras bajo sus ojos, unas suaves ojeras que parecían acompañar siempre al médico. Se preguntó si el estrés se debía solo al trabajo o a algo más.

—Me temo que mi conversación no es tan interesante como la tuya —intervino ella—.

Quiero decir, yo... no he hecho otra cosa en mi vida más que cantar. No sé de nada más — terminó, encogiéndose de hombros.

Se sentía como... un poco estúpida, delante de una persona con una profesión tan importante; una persona con una carrera, culta, y con unos conocimientos y experiencia vital que ella jamás podría compartir.

—Bueno, seguro que tienes mil anécdotas del mundillo que contar, y mucho más divertidas que las mías.

—Puede que sean más divertidas, pero no más importantes.

Él giró la taza entre sus manos sin dejar de observarla, y apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

—El trabajo propio tiene la importancia que cada uno le quiera dar. En el momento en que dejas de encontrarle sentido alguno, merece la pena detenerse un rato a pensar si el camino que hemos escogido es el correcto. Aparte de eso, no hay mucho más que te pueda decir — terminó, dio un trago a su café y después dejó la taza sobre la mesa para sacarse la cartera. Tiró un par de billetes sobre la mesa y se dirigió de nuevo a ella—: Tenemos que marcharnos, he de recoger a Hannah en breve. Espero que te haya gustado la comida.

—Ajá, muchísimo, gracias —le contestó ella.

Se quedó pensando en lo que él le había dicho. Y después, lo relacionó con lo que le había contado Tanner la tarde en que fue a visitarla. Eran demasiadas personas las que parecían saber más que ella sobre cambios, sobre la motivación y, en general, sobre todo. Mientras conducían de vuelta se sintió perdida y aturdida por todo lo que estaba viviendo, pero además tenía mil dudas sobre Ian y no sabía cómo plantearlas. Al fin, se decidió por comenzar por la cuestión más sencilla, aun a riesgo de parecer chismosa.

—¿Vives tú solo con Hannah?

Preguntarle por su exesposa le parecía demasiado directo, y él no daba señales de tener una mujer, por lo visto, así que lo más lógico era comenzar por ahí.

—Ajá.

No dijo nada más. Lillie se volvió hacia la carretera y decidió seguir intentándolo. Total, ya que se había lanzado, no tenía nada que perder.

—Pensaba que quizá tuvieras pareja.

Hubo un silencio, pero entonces él se giró hacia ella y le miró con el ceño fruncido antes de volver de nuevo su atención hacia la carretera.

—No, no tengo pareja. Y tampoco siento necesidad de tenerla. Y antes de que digas nada más, para saciar tu curiosidad, te diré que la realidad es que soy un simple divorciado que vive con su hija y que está muy contento de estar tal y como está.

Ella resopló.

—Tranquilo, siento si te ha molestado mi pregunta, pero creo que es natural sentir un poco de curiosidad por las personas. Solo me apetecía saber, eso es todo.

Él volvió a asentir con la cabeza sin desviar la vista de la carretera.

—Sí, es humano sentir curiosidad. Escucha, siento ser un tanto... —suspiró antes de continuar— brusco algunas veces, pero la verdad es que he tratado de preservar mi intimidad ante todos durante tanto tiempo que ya no sé cómo relacionarme con las personas. Mi vida privada no es un tema del que me guste hablar.

Hablar con Ian era como subirse a una montaña rusa, y eso volvía loca a Lillie. La mayoría de las veces le parecía un robot cabreado, pero luego estaban esos ratos en que atisbaba una sensibilidad especial, una mirada tierna, un gesto cariñoso que la reconfortaba... y de repente, se cerraba de nuevo en banda y ponía el modo autómatas.

—Bueno, en mi caso te puedo decir que mi vida privada siempre ha sido de dominio público, a excepción de estas últimas semanas. Y no es que me jacte de ello, es que hay que entender que la gente siente curiosidad por las personas a las que aprecia o admira.

«Y yo siento curiosidad por ti», le faltó decir.

—Lillie, puede que te resulte extraño, pero no conozco tu caso con exactitud. Y desde luego yo no te voy a decir cómo debes actuar tú. Cada uno, en su propia madurez, elige cómo quiere llevar su vida. Por tanto, si a mí no me gusta hablar de ciertos asuntos, no voy a hacerlo solo para agradar a los demás.

Ella le miró boquiabierta. Escuchar aquellas palabras fue como sentir una bofetada en toda la cara, sobre todo después de la especie de intimidad —o amistad o lo que fuera— que estaban empezando a compartir. Una puñetera patada en la boca, pensó.

«Eso te pasa por fiarte de nuevo, Lillie. Nunca aprenderás», se dijo, al tiempo que apretaba los labios y se tragaba el orgullo pisoteado.

—Yo no finjo ser más amable solo para agradar a las masas, sabes. Yo soy una persona agradable.

—No era una indirecta, Lillie. No lo decía por ti —le contestó, cortante.

—Ya, seguro, pues ha sonado un poco así.

Él lanzó un suspiro de exasperación.

—Si hay algo que no soporto en las personas es que piensen que todo va con ellas. Es un claro signo de susceptibilidad y egolatría, por si no te habías dado cuenta.

Lillie emitió una risotada de estupefacción.

—¡Lo que me faltaba por oír!

—Si no quieres que la gente sea sincera contigo, entonces no preguntes.

—¡Yo no te he pedido tu opinión!

—Pero sí dijiste que necesitabas un amigo, y un amigo, que yo sepa, es una persona que es sincera con la otra, ¿no?

Habían llegado a casa de Lillie, pero ella no podía moverse del asiento. Lo que el estúpido doctor Morgan acababa de decirle la había sacado de sus casillas y sentía una urgente necesidad de abofetear a alguien. A él, para ser más exactos.

Ian aparcó y se volvió hacia ella, que seguía con la cara colorada y los labios apretados.

Sus ojos parecían dos rendijas diminutas por las que asomaba un azul chispeante.

—Tú no me conoces de nada —gruñó, casi escupiendo las palabras.

Él asintió.

—Eso es cierto. Y perdóname si me equivoco, o si pretendo ser demasiado perceptivo. A lo mejor es que me dejo llevar tan solo por prejuicios en lo que a ti respecta, pero tendrás que comprender que no siempre se escucha lo que uno desea oír.

—¿Qué clase de puñeteros prejuicios?

Él parecía impaciente. Se encogió de hombros, miró por la venta y después se volvió de nuevo hacia ella.

—Supongo que los que podría tener todo el mundo —le contestó al fin. Se cruzó de brazos y se apoyó en el respaldo del asiento mientras continuaba—: Tus apariciones en televisión son siempre atrevidas, te pavoneas en las entrevistas, alardeas de físico y figura, eres una máquina en las redes sociales... Todas esas cosas son hechos irrefutables. No te juzgo como persona, solo opino sobre lo poco que he visto de ti.

Lillie volvió a resoplar, incrédula.

—¡Es mi profesión, imbécil!

—Sí, es cierto. Y si a ti te gusta, yo no tengo nada que decir al respecto. Pero va unida a ciertas cosas.

—Venga, dilo, suéltalo ya hombre, ¡total, ya que estamos! Puestos a opinar sobre la vida de los demás, mejor digamos todo cuanto tenemos que decir de una vez, ¿no?

—No me corresponde a mí decírtelo, ¡es la profesión que tú has elegido y con la que deseas vivir! Además, esta discusión no tiene sentido... —él resopló y apoyó los brazos en el volante antes de proseguir—. Pero si me pides mi opinión, he de ser franco y te diré que es una profesión del todo superficial y frívola. Y tú debes saberlo mejor que nadie, no te debe resultar una sorpresa.

¿A qué demonios venía todo aquello? Lillie le miró con el ceño tan fruncido que casi no podía verle.

—En un amigo, Ian, se espera comprensión y empatía, no solo la cruda sinceridad. De un amigo, Ian, se espera un abrazo y unas palabras de consuelo cuando una persona está pasando por un mal momento. Pero si ese amigo aprovecha la menor oportunidad para machacar a la otra persona, para ser un grosero y humillara donde más le duela, entonces a eso se le llama ser un gilipollas, ¡y eso es precisamente lo que eres tú! Váyase usted a la mierda, doctor Ian Morgan.

Y dicho eso, se bajó del coche dando un portazo tan grande que deseó que la puerta se le hubiera descolgado. Se encerró en casa, fue al baño y se miró en el espejo. Estaba roja como un tomate, enfadada y humillada, y sentía ganas de... Tenía la necesidad de... De matar a alguien, de dar golpes y chillar con todas sus fuerzas.

En parte, el maldito doctor tenía razón, y ella lo sabía. Pero era de lo más injusto que él hubiera sacado a colación ese tema justo en un momento en que ella estaba atravesando por la peor etapa de toda su vida.

Se echó agua a la cara y trató de calmarse lo mejor que pudo. La antigua Lillie, la que tenía más energías y vivía en un mundo distinto del de ahora, le habría cantado las cuarenta al doctor. Le habría chillado y abofeteado, le habría montado una escenita porque, para ser justos, se la merecía. Pero ahora estaba tan baja de energía y tan desmoralizada que no podía más que sentirse frustrada y darle la razón, por mucho que le enfadara.

De hecho, estaba consiguiendo volver a respirar con normalidad cuando sonó el timbre. Se asustó, y el corazón volvió a latirle con celeridad al pensar que era Ian, que volvía para disculparse. Sonrió y respiró hondo. Maldito gusano... Le haría arrastrarse por el suelo para pedirle perdón. Igual le venía bien humillarse ante ella, que él también se lo tenía demasiado subidito. ¿Acaso creía que era perfecto? Se merecía un escarmiento por haberle dicho todas esas cosas tan horribles. Y ciertas.

Fue a la puerta y, cuando la abrió, se quedó de piedra por la impresión al ver de quién se trataba.

—Con que sí es cierto... Aquí te estabas escondiendo, niña.

CAPÍTULO 11

Maggie Sanders no descuidaba su aspecto ni cuando llevaba a sus espaldas un viaje de más de diez horas de duración. Surgió ante la puerta de Lillie como una aparición, con su cabello dorado y ondulado, unas enormes gafas de sol, un ligero vestido gris cruzado a la cintura en un pícaro intento de remarcar las voluptuosas curvas de sus pechos y sus caderas, y un precioso Hermés colgado del brazo.

Lillie la recorrió de arriba a abajo sin poder creer que estuviera allí mismo, delante de sus propias narices.

—¿Mamá?

La palabra le salió como un resuello, el pequeño graznido de un polluelo aterrado antes de ser devorado por un halcón.

—La misma que viste y calza, sí —replicó ella con un tono brusco, para después darle un empujón y pasar a su lado como una exhalación.

Lillie se quedó mirando la enorme maleta que había dejado en el umbral, y como su madre no hizo amago alguno de darse la vuelta para recogerla, ella se encogió de hombros y cerró de un portazo.

—¿Qué demonios se supone que estás haciendo aquí, hija? —Se había quitado las gafas y observaba el salón con el ceño fruncido—. ¡Te hemos estado buscando como locos! He tenido a todo el mundo encima durante semanas, no te lo puedes ni imaginar. ¡Y tú aquí, perdida en Inglaterra! ¿Haciendo qué, si se puede saber?

—Hola, mamá —replicó ella con sarcasmo.

—Sí, sí, hola y todas esas cosas —continuó la otra con un ademán desenfadado—, pero no te creas que te vas a librar de esta. Esto es lo peor que has hecho nunca, Lillie. No me esperaba esto de ti, de verdad.

La miraba tan fijamente que ella no pudo evitar sentir un terrible remordimiento. Era verdad: nunca, en su vida, había escapado a una responsabilidad. Siempre había cumplido con sus compromisos, siempre había estado a la altura. No pudo responder. En lugar de ello, respiró hondo y se sentó en el sillón a esperar que pasara el chaparrón.

—Ha sido horroroso. Jeff no paraba de llamarme día y noche, presionándome, y Sheryl me decía que si no volvías a tiempo nos iba a demandar. Por si fuera poco, el abogado de la maldita discográfica mandó un buro fax amenazándote, y créeme, no van en broma. Si no vuelves, si no arreglas este lío que has armado, el escándalo acabará con nosotros. ¿Quieres decirme qué demonios has estado haciendo?

Ella se tragó el nudo de la garganta y la miró, enfurecida.

—No me has preguntado cómo estoy.

Miró a su madre a la cara, intentando controlar la amalgama de emociones que la inundaban. De todas, la que terminó ganando fue la rabia.

—Ah, bueno. —Maggie se sentó en el sofá, suspiró, y la miró sin pestañear—. ¿Cómo estás?

Lillie tampoco pestañeó.

—He perdido al bebé.

Ahora Maggie sí pestañeó, y varias veces, además.

—Oh, vaya.

—Sí, vaya.

Se quedaron en silencio. Su madre comenzó a darle vueltas a las gafas de sol, que todavía llevaba en la mano, y desvió la mirada hacia la mesita que habían repuesto con el dinero de Lillie.

—¿Cómo ha sido? ¿Cuándo?

—Hace ya más de una semana. Un aborto espontáneo.

Otro silencio. Finalmente, Maggie habló de nuevo.

—¿Y por qué no me llamaste? Podría haberte acompañado.

Lillie resopló.

—¿Lo dices en serio, mamá? Has entrado por la puerta y ni siquiera me has preguntado cómo estaba, solo me has echado en cara todo lo que he dejado de hacer.

Su madre la miró enfurruñada.

—¿Y qué querías que hiciera? Te largaste sin decir nada a nadie y me has dejado a mí el marrón. Ni tus abogados eran capaces de hacer frente a este lío que has armado. He pasado unos días horribles, no te lo puedes ni imaginar.

—Seguro que han sido mejores que los míos —ironizó ella.

—Bueno, está bien, veamos... —su madre se acercó a ella, se sentó en el reposabrazos del sillón e intentó abrazarla—, Lillie, mi pequeña Lillie... oh, lo siento mucho.

Le dio un pequeño besito en la sien y ella se estremeció. Notó cómo movía la mano por su brazo, hacia arriba y hacia abajo, con algo de torpeza, y de repente no pudo evitar volver a llorar. Necesitaba aquello. Necesitaba desesperadamente un abrazo, algo de cariño, una voz que la tranquilizara, que le dijera que la quería. Se volvió hacia su madre y la estrechó con fuerza, apretándola contra sí y dejando que sus lágrimas cayeran sin cuidado. No le importaba. Si no podía dejarse llevar en presencia de su madre, no podría hacerlo en la de nadie.

—Oh, por Dios, cariño... —le escuchó susurrar sobre su pelo.

Y ella lloró con más fuerza.

Al cabo de un rato, Lillie se sentía mejor. Ya había llorado lo que tenía que llorar por

ese día, así que pensó que su ración de desdicha estaba ya colmada y que había llegado el temido momento de enfrentarse a las cosas que había dejado atrás. Ya no podía postergarlo durante más tiempo.

Maggie parecía estar de acuerdo con esa idea, pues durante todo el tiempo en que su hija sufrió el colapso intentó calmarla y consolarla de la mejor manera que pudo. Cuando comprobó que el cuerpo de la chica ya no temblaba, la separó tomándola de los hombros y le dijo:

—Bien. Eres toda una mujer, Lillie. Has perdido un hijo, algo que les ha sucedido a muchas otras mujeres, pero la vida sigue adelante, ¿me oyes?

Sí, ella bien lo sabía. Sabía que tenía que hacerlo, pero no podía. Así que no dijo nada.

—Mírame, Lillie. Levanta la cabeza y mírame. —Ella le obedeció. Nunca había visto a Maggie con esa expresión de determinación—. En algún momento de nuestra vida, casi todas hemos pasado por algo similar. Pero no podemos hundirnos, ¿me oyes? Ese es el momento decisivo en que debemos mostrar nuestra fuerza. —Ella parpadeó, confundida, y su madre le echó atrás el pelo para acariciárselo—. Sí, nunca te lo he contado, es cierto... Pero yo también perdí un bebé cuando tú eras pequeña. Todavía sigue doliendo, y ya han pasado más de veinte años... Pero lo superé. Y trabajé —dijo con fervor—, y me centré en lo que merecía la pena, ¿me oyes?

Lillie intentó asimilar lo que le acababa de decir su madre. Se limpió la nariz goteante con la manga de la camiseta y la miró de nuevo con otros ojos. ¿Por qué ella parecía siempre tan entera, tan inmune a todo?

—Pero tú tenías un consuelo, mamá, ya me tenías a mí —entendió.

—Sí, te tenía a ti, pero la pérdida es la misma, te lo puedo asegurar, porque cuando tienes un hijo ya sabes con exactitud lo que estás perdiendo. Y sin embargo, no dejas de tener algo de razón. Tú eras lo que me empujaba a continuar, y lo sigues siendo. Tú eres mi vida, cariño. Lloro a tu hijo, pero sigue adelante. Algún día el cielo te regalará otro, o varios, y los podrás abrazar y querer y recordar con cariño al que no has podido tener.

Ella abrazó a su madre con todas sus fuerzas. Nunca antes en su vida, jamás, se había sentido tan unida a ella. Había descubierto algo nuevo de Maggie que no sabía: quizá era una mujer frívola, sí, pero también era una mujer fuerte, y en ese sentido era digna de admiración.

—¿Cómo me habéis localizado? —le preguntó un rato después, cuando ambas se ocuparon de la pesada maleta de Maggie.

—Muy fácil: como no sabíamos por dónde empezar a buscar, pusimos detectives por todas partes. Uno de ellos seguía a tu amigo Tanner, y... ya ves. Tengo que decirte que en las fotos no salías muy favorecida, menos mal que no se han filtrado a la prensa.

—Ya.

Después de que Tanner fuera a visitarla a su casa, supuso que fue solo cuestión de tiempo y disponibilidad de vuelos que su madre aterrizara allí. Llevaron la maleta a su habitación y la subieron sobre la cama.

—¿Para qué te has traído tantas cosas, mamá? —preguntó ella estupefacta, al ver que allí dentro había ropa como para un mes entero.

—Bueno, uno nunca sabe el tiempo que hace por aquí, ¿no? Nunca se sabe si llueve o si no, si hace frío o calor...

—Bueno, si apuestas por lo peor siempre acertarás. Esto no es precisamente El Caribe.

—Eso lo sabrás tú, porque yo nunca he venido a esta esquina del mundo. No sé qué le habrás visto a este lugar para venir aquí, por Dios. No hay nada, solo colinas y ovejas por doquier, y encima... esto parece un hogar para ancianos. Qué horror.

—Es que es un hogar para ancianos.

—¿De veras? ¿Y qué demonios se supone que estás haciendo en un hogar para ancianos?

—Era el mejor escondite que pude imaginar.

Maggie la miró, alucinada.

—Supongo que tienes razón. ¿Y qué querías hacer aquí?

—Pues... solo quería descansar, y pensar. Y después pasó lo que pasó y ya... —se encogió de hombros, dándole a entender lo que pasaba con su cabeza.

—¿Sabes una cosa? —le dijo su madre mientras sacaba las prendas y abría los cajones en busca de un lugar donde colocarlas—. Jason me ha estado llamando sin parar desde que desapareciste. ¿Has estado atenta a los medios?

—En absoluto.

—Guau —contestó al tiempo que se volvía a mirarla, fascinada—. La cosa es más grave de lo que pensaba, ¿verdad?

Ella asintió. No quería preguntar por Jason. Todavía le dolía demasiado, pero no de la manera en que uno se siente cuando le han roto el corazón, no... Sino de esa manera en que te has dado cuenta, de la peor forma posible, que te han traicionado y has sido una estúpida, imbécil y ridícula por creerte todas las evidentes patrañas que te han soltado. Decidió, pues, centrarse en otro tema. No quería saber nada de él. Ahora, y aunque hubiera pasado tan poco tiempo, parecía algo muy lejano, un puntito en el océano.

—Mamá, no sé si te has dado cuenta de que aquí no hay demasiado espacio, ¿no?

—Ah, bueno, no pasa nada. Volveremos a dormir juntas, como cuando eras pequeña. Y en cuanto nos encuentren vuelo de nuevo nos volvemos.

Ella se puso rígida de inmediato.

—¿En cuanto nos encuentren vuelo?

—Es evidente que lo primero que tienes que hacer para superar todo esto es volver a tu hogar, ¿no? Tienes que empezar a trabajar de nuevo, Lillie. Además, tienes una responsabilidad, no te habrás olvidado de todo, ¿no?

—Mamá, ¿no ves que no sé si voy a poder hacerlo? ¿Crees que si pudiera seguiría aquí, recluida? He estado teniendo ataques de ansiedad, por Dios.

Maggie se volvió de nuevo hacia ella y la taladró con la mirada.

—Iremos a un doctor en Los Ángeles, al mejor de todos. Y lo superarás. Esto no es el fin del mundo, ya lo verás.

Lillie no podía moverse. No podía respirar, pero tampoco podía decir que su madre estuviera equivocada, y lo sabía. ¿Había llegado la hora de dejar de esconderse, de volver a su mundo y enfrentarse a lo que había dejado atrás?

Puede que fuera así. Y de hecho, había algo que no se podía negar: nunca lo sabría si no lo intentaba.

Al final, la llegada de Maggie a View Court resultó ser, en cierta medida, un alivio. Lillie ya no necesitaba esconderse: la habían encontrado y le daba absolutamente lo mismo si la prensa también iba detrás de ella. No estaba haciendo nada malo, y a nadie dañaba con su retiro.

Salió a pasear con ella por los alrededores para mostrarle lo poco que conocía del lugar, y siguió el sendero que una vez había tomado junto a Ian. El paisaje, el campo, los verdes prados... Todo era encantador, y no pudo más que admirar de nuevo la forma en que el verde parecía resaltar mucho más cuando el sol se ocultaba, como si estuviera preparado para ese contratiempo a fuerza de la costumbre. El mar se veía de lejos, pero no se podía captar su olor. De todas formas, la tranquilidad de aquellos campos verdes era lo que más adoraba Lillie.

Pasear por ellos le hizo recordar a Ian y la discusión que habían tenido. Aunque había quedado eclipsada por la llegada de su madre, las palabras que él le había dicho todavía picaban. Era como si todo se confabulara para volverle el mundo del revés. Sentía que se encontraba en un punto de inflexión, que estaba sufriendo una especie de catarsis emocional y que, a partir de ahí, ya nada volvería a ser igual.

Y no lo sería.

Fue justo en ese momento cuando tomó la decisión que sabía que debía tomar: volver a los escenarios, al lugar a donde pertenecía.

No es que tuviera muchas opciones, pero sí sabía que, si no quisiera, si en realidad se creyera incapaz de hacerlo, nadie podría obligarla. Ahora bien: lo que le había ocurrido no podía acabar con ella. Debía continuar. Tenía que hacerlo, por su propio bien y por el de muchas otras personas.

Regresar fue fácil. En realidad, ni siquiera tuvo que mover un dedo. Los billetes estaban reservados, un taxi las esperaba al día siguiente y lo único y más difícil que hizo antes de marcharse fue despedirse en persona de Anne. En vez de llamarla e interrumpirla

en el trabajo, le mandó un mensaje por el móvil para decirle que se marchaba al día siguiente y que le encantaría poder verla antes. Al cabo de diez minutos, Anne ya la estaba llamando para saber qué había ocurrido.

—¿Que tu madre está contigo? —le replicó, exaltada—. No me lo puedo creer... ¿Y que te han localizado porque estaban siguiendo a Tanner? ¡La leche!... Cuánto lo siento, Lil, de verdad... Si lo hubiera sabido... Es culpa mía, no debí haberle traído, ¡qué idiota soy!

—No te preocupes por eso ahora, Anne, en serio. No pasa nada, era algo que tenía que suceder tarde o temprano. Tengo que volver a casa... y retomar mi vida.

—Por supuesto, lo entiendo. —Se hizo un silencio, tras el cual Anne continuó—. Escucha, tengo que colgar porque la señora Wilson necesita una lavativa. En cuanto termine el turno paso a despedirme en persona. ¡Besitos!

Lillie se quedó mirando el móvil espantada, y después empezó a reír ante la imagen que apareció en su mente de la pobre Anne con la tal señora Wilson. Desde luego, había que valer para eso, y si esa niña no podía hacerlo entonces no vería capaz a nadie. Algunas personas estaban en el mundo como caídas del cielo, y una de ellas era, sin duda, Anne Mayers.

Pasó el resto de la tarde escuchando las quejas de su madre a causa de la comida tan asquerosa que tenía en casa y volviendo a hacer la maleta de la susodicha. Ella no tenía demasiados trastos, así que le bastó con coger de nuevo su bolso y meterlo todo dentro, pero claro, Maggie era distinta y había esparcido todo el contenido de su enorme maleta por todos los rincones de la casa.

Para cuando terminaron ya hacía bastante rato que había anochecido, y ambas estaban echadas en el sofá viendo la televisión y bostezando cuando llegó Anne. Las dos amigas susurraron en la puerta, porque Lillie se sentía totalmente reticente a enfrentar esas dos partes de su vida: la privada y libre que había llevado en Yorkshire con la pública de Los Ángeles.

—¿Pero no podrías quedarte un tiempo más? —le preguntó la joven.

—¿Para qué, Anne? Ahora que ha llegado... —señaló hacia el sofá con la cabeza—, ya no tiene sentido alargar más el asunto.

—¡Hola! —La voz de Maggie, escondida detrás de su hija, hizo que ambas chicas saltaran del susto—. Tú debes de ser Anne, ¿no? La chica que ha estado ayudando tanto a mi niña... —Apareció justo al lado de ella y la envolvió en un sofocante abrazo que la dejó sin respiración.

—Eh... sí... supongo que esa debo de ser yo —respondió intentando recuperar el aire.

—Oh, querida, muchísimas gracias por cuidar de ella, no sabes cuánto te lo agradezco —Maggie se separó y la tomó de las manos, y Anne la miró como si fuera un extraterrestre; a esas horas de la noche la mujer llevaba puesto un camisón transparente y un gorro que le protegía el pelo, aparte de una mascarilla verde que solo le dejaba a la vista los ojos y los labios sonrosados—. Mi Lillie nunca ha estado sola. Desde que era una niña siempre ha estado acompañada de alguien, y seguro que, de no haber sido por ti, no

habría podido sobrevivir en este... este... —hizo un ademán con la mano, señalando la casa y hacia la puerta—, este cuchitril tan retirado. Dios mío, con ancianos... Nadie lo habría pensado, desde luego. Pero supongo que fue buena idea, porque de no haber sido por ti y por Tanner no la habrían encontrado, eso es evidente.

La pobre Anne se puso colorada de la vergüenza.

—Ya... lo siento. Es decir, lo siento por Lillie, pero no por usted, claro, porque al fin ha encontrado a su hija, pero yo... es decir...

Anne estaba tan aturullada que Lillie decidió echarle un cable.

—Mamá, déjala en paz, haz el favor. ¿No ves que la pones nerviosa?

Se volvió y rebuscó en su bolso. Sacó de él unos cuantos billetes y se los tendió a Anne.

—Toma, esto es por todas las cosas que me has comprado, y para lo que falte de alquiler.

—Estarás bromeando —le contestó ella—. Con lo que me diste para la reparación has cubierto de sobra todos los gastos hasta por lo menos dentro de tres meses, así que nadie me pedirá nada. O eso creo. Guárdate ese dinero otra vez si no quieres que te lo meta por tus partes, que ya sabes que no me costaría nada. Tengo práctica.

Lillie sonrió y volvió a abrazar a Anne. Su amiga. La primera amiga que había conseguido hacer en años.

—¿Le has dicho ya al doctor que te vas? —le preguntó al oído.

Ella se tensó entre sus brazos. Podría decírselo. Podría intentar hablar con él antes de marcharse, pero la discusión que habían tenido la última vez que se habían visto le había dejado tan tocada que se veía incapaz de hacerlo.

—Díselo tú, por favor. Dale las gracias por todo de mi parte.

Las dos chicas se miraron a la cara y Anne asintió. Sonrieron, se volvieron a abrazar, prometieron mantenerse en contacto y se despidieron con lágrimas en los ojos ante la curiosa mirada de Maggie, que todavía le gritó un «¡Gracias por todo!» antes de que la chica se subiera a su coche y se alejara de View Court.

Esa noche, antes de dormirse, Lillie pensó en Ian y en todo lo que se habían dicho. Sabía que él debía tener gran parte de la razón, que ella debía de ser una chica horrible, egoísta y superficial, puesto que, al final, volvía a lo de siempre, al lugar donde encajaba... que era delante de las masas ante las que exponía toda su vida, esas que decían adorarla.

Estaba completamente decidida. De hecho, ya se habían subido al taxi e iban camino del aeropuerto, pero antes de tomar la salida que les llevaba hacia la autopista sintió un repentino impulso y decidió guiarse por él. Le dio una dirección al chófer a pesar de las quejas de Maggie, que no deseaba desviarse de la ruta para no llegar tarde.

—Cállate, mamá —le ordenó la parte de ella que había comenzado a cambiar.

No solía hablar así, no era dada a levantarle la voz a nadie ni a responder con amargura, pero era totalmente innegable que algo de la antigua Lillie había muerto. Concretamente, desde el día en que descubrió que el padre de su hijo no nato le ponía los cuernos en su propia casa.

—Pero, ¿se puede saber a dónde vamos? —insistió su madre.

Ella giró la cabeza y se limitó a mirar por la ventana. «Sigue tus instintos. Haz lo que te dictan tus entrañas», se repitió.

Llegaron en tan solo unos minutos a la casa y Lillie pidió al taxista que la esperara unos momentos.

—Solo serán un par de minutos, como mucho —les dijo.

Dio un portazo y se acercó al portal. Cuando la recepcionista le habló con voz amable, ella la miró y preguntó:

—¿Está en su consulta?

—Eh, sí, claro, pero...

—¿Hay algún paciente con él?

—Sí, en estos momentos hay un señor que...

Lillie no la dejó terminar. Le daba igual. Se comportaría como él esperaba de ella. Caminó a grandes zancadas hasta la puerta, la abrió sin tocar ni avisar, y se encontró con el doctor Ian Morgan auscultando a un señor mayor que tenía la camisa abierta.

—¿Pero qué...? —comenzó a preguntar él, con el estetoscopio en alto y la boca abierta.

—¿Puede salir un momento, por favor, caballero? Es una emergencia.

El hombre se levantó y gritó que aquello era una grosería, pero ella no apartó la mirada de Ian, que la observaba con el ceño fruncido y los labios apretados.

—¿Va a tardar mucho? —dijo el hombre al fin mientras se abotonaba la camisa.

—Nada, un minuto, señor, no se preocupe.

Cuando el tipo salió por la puerta, Lillie la cerró de un portazo. No apartó su mirada del médico, ni él de ella.

—Bien, esta egoísta, egocéntrica, narcisista y caprichosa mujer que tienes aquí delante tiene algo que responder a lo que dijiste ayer: espero que como médico sepas curar mejor las heridas del cuerpo, porque con las del corazón eres un puto desastre. Que le vaya bien, doctor Morgan, me marcho a casa, al lugar que me corresponde, y supuse que le alegraría saberlo.

Se dio la vuelta y salió de su vida como una exhalación.

Al cabo de varios segundos de asimilar lo que ella había hecho y dicho, Ian susurró:

—Maldita sea, no hay quien entienda a las mujeres.

No era una novedad que él fuera un puñetero desastre en asuntos del corazón, porque siempre lo había sido, pero no podía decírselo, así como tampoco podía decirle que no se alegraba de que ella se marchara. En realidad, no estaba nada contento, pero en esos momentos no tenía tiempo de analizar qué era lo que le ocurría con aquella desquiciante mujer. Tenía trabajo por hacer.

Lillie se subió al taxi y le pidió que retomara el trayecto. Maggie la miró con cara extrañada, pero una mirada de furia la hizo callarse y no preguntar. No sabía con exactitud qué era lo que le había hecho volver y enfrentarse a él otra vez, pero sabía que tampoco podía irse sin despedirse, incluso a su extraña y caprichosa manera. La verdad era que la opinión que él tenía sobre ella no debía importarle en absoluto, pero así era y necesitaba responderle: no podía marcharse así, habiendo quedado como una estúpida y aceptando las rudas palabras de él sin más. Ella no era perfecta, era cierto, pero él tampoco lo era. Todo el mundo tenía sus virtudes y sus defectos.

Ahora estaban en paz.

Durante el viaje de regreso a Los Ángeles, Lillie fingió dormir para no tener que dar más explicaciones a nadie. Solo quería pensar, descansar e intentar encontrar un motivo por el que sentirse feliz.

CAPÍTULO 12

Había pasado más de una semana desde que Lillie se marchara de Scarborough dejando tras de sí un rastro que era imposible de borrar, sobre todo en la conciencia de Ian.

Había abandonado View Court como un vendaval, tal cual había venido, sin darle la oportunidad de hablar sobre lo que había ocurrido entre ellos. Tampoco es que le debiera nada, maldita sea, pero al menos... ¿Por qué había aparecido así en su consulta, arrasando con todo, sin prestar siquiera atención a lo que estaba interrumpiendo?

Qué mujer más egoísta, qué inconsciente. Podía haber estado tratando a un paciente de mayor gravedad, y ella ni siquiera había dudado a la hora de entrar y esperar que se la escuchara. ¿Cómo podía ser tan descarada?

Y sin embargo, allí estaba él, retorciéndose las entrañas por cuanto le había dicho la última vez que tuvieron una conversación. Quizá fue duro, pero alguien tenía que decirle la verdad. El hecho de que fuera una mujer hermosa que representaba todo lo que un hombre pudiera desear, y que aparte de su atractivo hubiera una parte de ella digna de compadecer, no debía de ser motivo para que él se mostrara más compasivo, ¿no? Se suponía que debía ser sincero, que debía decirle lo que pensaba y lo que creía que era mejor para ella.

Maldita sea. No sabía hacerlo mejor. Lo había intentado, y lo único que había conseguido de vuelta era el odio de Lillie.

De todas formas, se sentía estúpido por haber intentado entablar una amistad con ella. ¿Quién entendía a las mujeres? Si ni él mismo era capaz de lidiar con su propia hija, mucho menos podría hacerlo con una mujer hecha y derecha que estuviera pasando por una etapa difícil de su vida. Porque, ¿acaso no se había esforzado él por ser un amigo, como ella deseaba? ¿Acaso no había hecho lo posible por ayudarla? Ian no era una persona que tuviera facilidad de trato con el resto de la gente, le costaba muchísimo abrirse y tampoco deseaba hacerlo.

Extraño para un doctor, ¿cierto? Pero así era. Y es que Ian no había pensado en ser médico en un principio. Ian era cirujano: tenía la mente fría, su pensamiento era directo, calculador, perfecto para una profesión en la que no te podía fallar ni la mente ni el pulso. Y sin embargo, lo había dejado todo por tratar a las personas y sus enfermedades comunes.

Aunque no había sido exactamente una elección que hubiera tomado con total libertad, con el tiempo había descubierto que se sentía mucho más en paz consigo mismo sabiendo que aliviaba a las personas que incluso tras acabar una operación complicada con éxito. Encontraba cierto consuelo cuando ayudaba a una persona, la escuchaba —porque si había algo que sabía hacer era escuchar y entender a las personas, aunque no fuera bueno en la

comunicación recíproca— y la sanaba. Porque un médico era un sanador. Y no era del todo correcto lo que Lillie le había dicho, que no era bueno con el corazón...

Había detectado muchas cardiopatías y ayudado a los mejores cardiocirujanos a tratarlas en el tiempo que llevaba ejerciendo en Scarborough. Sus pacientes se habían mostrado muy agradecidos con él. Mucho más que ella cuando él le ofreció su valiosa amistad, desde luego. Y era precisamente ese trato, el trato directo, la cara de las personas cuando diagnosticaba sus enfermedades y se recuperaban, el agradecimiento que veía en ellos, lo que a Ian más le satisfacía. Puede que su cara no fuera expresiva, que no mostrara lo que realmente sentía, pero eso no significaba que no tuviera alma, como cualquier otra persona.

De hecho, a veces creía haber sentido demasiado para lo que era capaz de soportar. Había sentido tanto, que una vez creyó que explotaría por dentro del dolor. Y no pensaba permitir que eso volviera a ocurrirle jamás. Su cuerpo era su escudo. Su carácter era su armadura.

Y ambas cosas le protegían tanto a él como a su pequeña Hannah.

Lillie, para él, se había ido convirtiendo poco a poco en una amenaza contra el mundo que había construido a su alrededor.

Al principio no era más que otra mujer superficial, de esas a las que ya estaba acostumbrado a tratar cuando ejercía como cirujano en Londres. Como su exmujer, precisamente. Le recordaba tanto a ella que, de alguna manera, no pudo evitar detestarla desde el principio.

Bueno, puede que detestarla no fuera la palabra exacta, pero sí sentir cierta animadversión hacia ella. Una animadversión muy fuerte, cruda y repentina.

«Dios me libre de este tipo de mujeres otra vez», había pensado en cuanto la vio. Injustamente, claro. Ahora, con el tiempo, sabía que se había equivocado. Lillie no era la mujer superficial y dañina que él pensaba. No era solo una mujer hermosa y egoísta, aunque algo de ello sí había. Pero suponía que era imposible que no lo fuera, moviéndose en el mundo en que se movía. No podía y no debía juzgarla, pues nadie era perfecto. Él también había cometido sus errores, tiempo atrás. Demasiados. Y había pagado un precio demasiado caro.

La voz de Hannah cortó el hilo de sus pensamientos.

—¿Va a empezar ya, papi?

Él parpadeó y volvió a la realidad. Miró la televisión, donde se iba a emitir un programa destinado a recaudar fondos para las enfermedades raras y en donde Lady McFly, como los medios en muchas ocasiones denominaban a Lillie, actuaría como estrella invitada. Sería su primera aparición en público desde que se marchara de Scarborough.

—Pues creo que pronto. ¿Has terminado ya la cena o quieres un poquito más?

—*Puaj*, papi, no quiero más verduras, por favor. ¿Qué hay de postre?

—Macedonia —le respondió él, aguantando la sonrisa mientras recogía su plato de la

mesita que había frente al televisor.

—Pero papá, ¿en serio? ¿Verdura y fruta para cenar? ¡Tú no me quieres nada! ¡Nada!

La niña se echó hacia atrás en el sofá, pataleó y después se cruzó de brazos, enfurruñada. Ian se quedó de pie con los platos en la mano y la miró con expresión severa.

—No vuelvas a decir eso nunca más, ¿de acuerdo? Si vuelves a decir algo parecido, te castigaré. Hoy tienes fruta de postre. Te recuerdo que ayer pasamos el día a base de comida basura.

—Lo de ayer no era comida basura, ¡esto es comida basura! —respondió ella, señalando hacia la mesa.

—¡Hannah! —espetó él de nuevo, poniéndose delante de ella para que viera que iba en serio.

Ella levantó la vista, apretó los labios y relajó un poco su cara de enfado, aunque no demasiado.

—Vale, lo siento, no es comida basura, ¡pero es que no me gusta nada!

—Si quieres crecer con salud, debes comer fruta y verdura. Y es lo que hay, a menos que quieras hacerte mayor y que se te caigan todos los dientes y te quedes sin pelo.

Ella no dijo nada, pero cuando estaba entrando en la cocina para llevar los platos escuchó un suave «bla, bla, bla...» a sus espaldas, y se apresuró a dejar la vajilla antes de que le escuchara reír. Enseñar a un niño a comer bien era una tarea hercúlea, pero si había alguien que tuviera voluntad de hierro, ese era Ian Morgan.

Cuando volvió a salir con las copas llenas de macedonia que había preparado la señorita Richards —una matrona de unos cincuenta años con cinco hijos y una mano estupenda para la cocina, por suerte, aunque no tan buena en la tarea de saber distinguir cuáles eran los asuntos privados de su empleador— siguiendo el planning de comidas que él mismo preparaba, Hannah estaba erguida en el sofá prestando total atención a la imagen que aparecía en la pantalla: al fin le había llegado la hora a la gran estrella.

A Ian el corazón comenzó a latirle más rápido de lo normal y, con una lentitud casi temerosa, tomó asiento junto a su hija para observar el espectáculo.

Las luces bajaron, se encendieron unos focos blancos y una espesa niebla cubrió el escenario. Sin saber cómo, de entre la niebla apareció la silueta de una mujer en una postura desafiante: con las piernas ligeramente abiertas y las manos extendidas, como si estuviera preparándose para coger uno de sus revólveres y disparar antes de un duelo. Unas notas, en opinión de Ian algo tétricas, comenzaron a sonar de fondo.

—¡Ay, me encanta esta canción, papi! ¡Me encanta!

Obviamente, a Hannah ya se le había pasado el enfado por la macedonia.

Le pasó el cuenco y ella lo cogió y comenzó a comer sin apartar la vista del televisor.

Sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo cuando la luz del plató se encendió y una especie de fuegos artificiales comenzó a formar círculos detrás de la artista.

Ella estaba... cómo decirlo... Le faltaban las palabras para describirla. La había visto

vestida para actuar en muchas ocasiones, pero esta era la primera vez en que la veía hacerlo después de... después de todo lo ocurrido. Y ahora sabía cómo era ella. Creía conocerla algo más. De alguna manera, la mujer que vestía con ropa de soldado de élite a la que le faltaban varias tallas no encajaba con la mujer que él había llegado a conocer un poco. O quizá sí, y él había tenido la suerte o la desdicha de conocer una faceta de ella que otros nunca conocerían.

La música cambió de golpe y ella abrió los ojos, mirando directamente a la cámara. Por un momento él pensó que algo andaba mal. Antes de abrir los ojos, el ceño fruncido de la chica encajaba con el ambiente, con la imagen amenazadora que ella quería dar... Pero cuando los abrió, creyó ver una especie de temor, o de indecisión, algo que no debería estar allí.

—Oh, Dios —susurró, y se pasó una mano por la boca.

Hannah no se dio cuenta. Para ella todo era fascinante, y el instante de indecisión o de temor de la cantante se desvaneció tal y como había llegado. Lillie volvió a retomar el control de su cuerpo y comenzó a moverse al ritmo de la música, simulando golpes de combate contra un adversario invisible. Entonces la música cesó, ella paró de golpear y, casi sin aliento por el esfuerzo, comenzó a cantar o, más bien, a recitar unas frases:

«Crees que me conoces, pero no tienes ni idea de quién soy...

Crees que me dominas, pero nunca conseguirás hacerlo...

No eres nadie, nunca podrás someter mi alma.

Haré que te arrodilles»

Ian levantó las cejas y pestañeó, sorprendido. Original y revelador, vaya. ¿Sería una canción dedicada a su antigua pareja, a esa que... debía ser el padre del bebé? ¿Habría vuelto ella con él al regresar? De repente, estaba furioso. Si era con ella por haber vuelto, o con el idiota que la había abandonado, o con ambos, era difícil de precisar, pero lo estaba.

Sintió ganas de levantarse del sofá y dejar de ver el vídeo, pero era incapaz de apartar la mirada de la imagen de la pantalla. La cámara iba y venía, enfocándola a ella o a los bailarines que habían aparecido a su espalda, que de vez en cuando se acercaban, la levantaban en el aire y se enfrentaban a ella en una estudiada coreografía.

Y fue en uno de esos momentos cuando Lillie resbaló. Alzó la pierna para darle una experta patada a uno de sus acompañantes y casi lo consiguió, pero el pie que la sostenía de repente resbaló y la hizo caer de forma torpe y vergonzosa sobre el escenario.

La música siguió sonando, pero la voz era en directo, así que la canción se interrumpió durante un instante que a él le pareció una eternidad. Se tapó la boca con las dos manos y miró de soslayo, rezando para que ella se levantara.

—Madre mía, ¿se ha caído? —escuchó a Hannah, como de lejos.

No podía responder. Estaba demasiado ocupado rogando por Lillie.

«Levántate. Vamos, cariño, levántate», se repitió.

Entonces lo hizo. Se levantó con la cabeza agachada. El pelo le tapaba la cara... pero lo apartó de un golpe y miró a la cámara, furibunda.

Y siguió cantando hasta que, de nuevo, las luces del escenario se apagaron.

Los presentadores de la gala aplaudieron como locos y alabaron la actuación, fingiendo que nada había ocurrido. Ian, sin embargo, estaba sudando bajo la camiseta limpia y pulcramente planchada que se había puesto al llegar a casa.

—Jooooooo, ¡qué poco ha durado! ¿A que sí, papi? ¡Me encanta! Aunque se haya caído y todo, ¿has visto cómo se ha levantado? ¡Me chifla como canta! ¡Y como baila! Yo también sé hacerlo, ¡mira papi!

Hannah se puso delante de él y comenzó a tratar de imitar los gestos que había visto hacer a Lillie en el escenario. No lo hacía del todo mal, para ser una niña pequeña sin ningún tipo de entrenamiento, pero él solo pudo emitir una especie de sonrisa torcida y asentir sin demasiado entusiasmo.

Se había quedado aturdido, aunque más que aturdimiento, pensó, era preocupación. Lo que había ocurrido allí no era normal. Puede que Lillie hubiera tenido poco tiempo para preparar la actuación pero, de alguna manera, él sabía que ese no era en realidad el motivo por el que ella había sufrido ese percance en el escenario. La actuación no había empezado bien. No estaba concentrada.

Lillie era su paciente. O lo había sido. Y por eso estaba preocupado por ella, por supuesto. Esa era también la razón por la que no podía dejar de desear que ella lo dejara todo y volviera a aquél lugar, a la tranquilidad de los montes, al aire fresco de la playa.

Hubiera sido preferible que no se hubiera marchado. Todo le habría ido mejor si se hubiera quedado allí, con ellos, donde él pudiera seguir ayudándola, donde podía ser la Lillie que a él le gustaba.

Al darse cuenta de lo que había pensado, se levantó con rapidez y tomó a Hannah de la mano.

—Vamos, pequeña. Es hora de ir a la cama.

CAPÍTULO 13

Lillie volvió a girarse y gritar:

—¡He dicho que fuera de aquí! ¡Todo el mundo!

Lo había dicho varias veces, pero algunos de los allí presentes no se daban por aludidos... Como su manager y su madre, quienes pensaban que eran intocables.

Sin embargo, en esos momentos solo quería estar sola. Sola y llorar. Gritar, patear. Romper muebles, eso que últimamente se le daba tan bien. Cualquier cosa, pero sola.

—Pero, cariño... —comenzó su madre.

—Mamá —le interrumpió ella, con voz temblorosa pero amenazante—, por favor. Vete.

Ella la miró con aquellos enormes ojos azules que parecían más grandes que nunca, pero Lillie no cedió. Maggie carraspeó, suspiró y tomó a Susan, su manager, de la mano.

—Vamos, dejémosla unos minutos a solas.

Cuando las dos salieron por la puerta, ella se levantó, echó el cerrojo y respiró hondo. Y entonces se dejó caer al suelo y lloró desconsolada, restregándose las manos por la cara para quitarse de los ojos el rímel, que le provocaban picor y escozor. ¿Cómo podía haber permitido que ocurriera aquello? ¿Cómo podía haberlo hecho?

No debía haber salido al escenario. Lo sabía. De hecho, había repetido varias veces a todo el mundo que no se veía capaz de hacerlo.

De acuerdo, quizá lo había dicho demasiado tarde... Quince minutos antes de la actuación no era el momento para echarse atrás, pero es que ese fue el instante en que todos los temores que había albergado desde su regreso se reunieron y explotaron dentro de ella como una olla a presión. Había sido entonces cuando el miedo se apoderó de ella y, por primera vez en su vida se sintió insegura antes de salir a un escenario.

Antes de eso, siempre había sentido emoción, unos deseos inmensos de salir y compartir todo lo que había aprendido, lo que había trabajado para su público... Era un regalo, una manera de decirle al mundo que estaba allí para ayudarles a todos a olvidarse por un rato de sus problemas, a que disfrutaran de la vida, se dejaran llevar.

Esa sensación, o más bien ese deseo, se había esfumado. No quedaba nada de ella, salvo temor. No estaba preparada. En otras ocasiones, diez días eran más que suficientes para preparar la actuación de una sola canción, pero en ese momento no. Estaba floja, aturdida, desentrenada, distraída y no había podido concentrarse con la facilidad en que lo había hecho el resto de ocasiones. Había creído que podía hacerlo, pero nunca antes había

sentido tal pánico antes de salir a un escenario.

Se lo había dicho a todo el mundo pero nadie la escuchó. Todos le decían que se calmara, que era normal, que estaba triste, que se tomara una copa... Su estilista le había preguntado por qué estaba así, y ella no pudo más y explotó. ¡Había perdido un bebé, por Dios! Estaba triste, estaba nerviosa y estaba cansada, y estaba tan angustiada... Solo podía repetir lo mismo una y otra vez. La estilista le dijo cuánto lo sentía, le acarició la espalda intentando consolarla y le preguntó de cuánto tiempo estaba embarazada cuando lo había perdido, y cuando ella le dijo que de unas ocho semanas, la mujer se quedó perpleja.

—Bueno, querida, ya pensaba yo que el niño era más grandecito... ¡Pero si eran solo ocho semanas! Anda, para ya de llorar que te vas a estropear ese maquillaje que nos ha costado tanto crear. Levanta la cabeza, saca la barbilla y olvídate del asunto. Ya volverás a probar.

El colmo de todos los colmos había llegado cuando su *stage manager* le había colocado en la mano una pastillita verde y le había dicho que se la tomara, que eso la tranquilizaría.

—¿Qué demonios es esto? —le había preguntado ella, estupefacta.

Pero Andy se había encogido de hombros y le había respondido, con toda normalidad:

—Tu billete de regreso, nena.

Lillie había vuelto a mirar la pastilla, se la había metido en la boca y, cuando Andy salió para darle privacidad y permitirle que se vistiera, la había escupido en la papelera. Había estado a punto de tragársela, porque el maldito camello parecía decidido a quedarse mientras ella se ponía brillo por todo el cuerpo, pero al final consiguió que la «pastillita» llegara indemne al cubo de la basura.

Aquel episodio la había puesto todavía peor. Era lo que le faltaba... ¿En serio estaban ofreciéndole drogas, sus propios managers, para que saliera al escenario y cumpliera con su palabra?

Se había enfadado tanto que sintió deseos de mandar a todo el mundo al infierno. Y casi lo hizo, de no ser porque pensó que lo mejor sería hacerles ver a todos que no estaba tan acabada, darles bien en las narices.

Y solo por esa razón había salido al escenario.

Craso error...

Ahora estaba allí, tirada en el suelo, llorando y lamentando haberlo hecho. Nunca, nunca antes en su vida había pasado tal vergüenza. Nunca antes había tropezado en un escenario y, lo que era peor, nunca antes había sufrido un ataque de pánico antes de comenzar. Se había notado en su cara, lo sabía, y seguro que el público también lo había hecho.

Estaba acabada. No podía permitir que algo así le ocurriera a ella.

Y todo por su culpa. Porque si no les hubiera hecho caso a los demás, si se hubiera guiado por su intuición y se hubiera disculpado ante el público y la cadena, no habría quedado como una inútil y una estúpida. Ahora todo el mundo hablaría de ella por todas partes: dirían que había resbalado, que estaba desconcentrada, que estaba mal de la

cabeza, que era una adicta a cualquier tipo de sustancia o vete tú a saber... Podría incluso traerle la ruina. Porque una no podía cometer un error en ese negocio. Daba igual si llevabas más de diez años en la cresta de la ola, si trabajabas y triunfabas una y otra vez gracias a ese trabajo bien hecho, porque cuando metías la pata una vez, tan solo una, te descuartizaban y no había vuelta atrás.

Acabarían con su carrera.

No había más que pensar en otras famosas cantantes... Sabía de unas cuantas a las que les había ocurrido lo mismo, y ese había sido el principio de su declive.

Pues bien, no iba a permitirlo. No iba a cometer más errores. Si de verdad quería ser responsable, si quería cuidar de su carrera y de todas las personas que dependían de ella, tendría que tomarse un descanso. Pero un descanso de verdad, sin presiones. Y pensar. Y recargar. Y volver cuando realmente se sintiera con fuerzas para ello, no cuando otros se lo ordenaran.

Ahora había llegado el momento de cuidar de sí misma, porque nadie estaba dispuesto a hacerlo por ella.

Por suerte, sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

Como una gran diva del pop —como la diva que todavía era—, se restregó las lágrimas llevándose consigo la máscara de pestañas y el *eyeliner* que con tanta precisión le habían aplicado, miró con fiereza a la nada, y se levantó jadeando por el esfuerzo. Afuera le esperaban todos, pero ella no pensaba depender de nadie, nunca más.

Su bolso y mil cosas más que en realidad no necesitaba para nada estaban colgados de un perchero. Lo agarró, se lo colgó al hombro y abrió la puerta del camerino.

Los cuchicheos cesaron de inmediato.

—Idos todos a tomar por el culo.

Y pasó por delante de ellos, dejándoles estupefactos e inmersos en una nube de perfume de trescientos dólares la botella.

Al llegar a la calle se preguntó cómo demonios iba a salir de los estudios, si no sabía ni a quién llamar para que la recogieran. Pensó en llamar a un taxi, y de hecho estaba rebuscando en su bolso cuando su madre apareció junto a ella.

—¿Qué estás haciendo, Lillie?

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—Largarme.

Maggie se restregó las sienes con una mano dando a entender que su hija le estaba dando un enorme dolor de cabeza.

—No me digas que vas a hacer otra vez lo mismo.

—No, mamá, no voy a hacer lo mismo. Ahora tú te vas a encargar de decirle a todo el mundo que me deje en paz hasta que yo quiera. Les llamarás a todos y les dirás que cancelen todos los eventos, que emitan comunicados de prensa, que se hagan cargo de mis puñeteras cuentas en las redes sociales y que me quiten de encima a los abogados, ¿de

acuerdo? Porque me lo debes. Porque soy tu hija, y eres tú quien debe cuidar de mí, y no al revés. Y porque además, para eso te pago un maldito sueldo. ¿Vale?

Su madre le miró pasmada. No estaba acostumbrada a que su hija le hablara así, o siquiera a que su hija le hablara así a nadie.

—Pero...

—Pero nada, mamá. ¿Sabes lo que he tenido que pasar hoy en el escenario? ¿Acaso te lo imaginas? ¡Casi me desmayo del miedo, por Dios! Y por si fuera poco, estaba tan temblorosa que me resbalé. ¡Me resbalé! No pienso permitirlo. ¿Entiendes? —se la quedó mirando, esperando su reacción, pero solo la vio pestañear—. ¿Sabes que han intentado que me drogara? ¿Lo sabías? Porque si hubiera salido ahí afuera drogada, créeme que todo Dios lo habría visto en sus casas... ¿Y te imaginas cómo habría quedado yo? Y lo que es peor, ¿de quién coño ha sido la magnífica idea de darme drogas cuando acabo de pasar por... por... por un puñetero aborto? ¡¿De quién?!

Maggie volvió a pestañear. Parecía asustada.

—¿Te han ofrecido drogas? —repitió sin más, como un loro con ojos enormes y perplejos.

Lillie chasqueó los labios con desagrado y sacó el móvil al fin del bolso.

—Me voy a casa. Recogeré mis cosas y me marcharé otra vez. Sin la ayuda de nadie. Ya me encargaré yo de los vuelos.

Llamó a un taxi y las dos se montaron en silencio en él. Llegaron a casa de Maggie, donde Lillie se había instalado a modo de solución temporal hasta que encontrara un sitio adecuado —pues la casa que compartía con Jason ya no era viable—, y buscó un vuelo solo de ida.

Después, hizo las maletas.

Su teléfono comenzó a sonar, y vio que era su padre. No contestó. Hasta ahora, nunca habían hablado cuando Lillie tenía problemas... Era como si su padre corriera un tupido velo cada vez que la veía mal, bien fuera por no querer lidiar con ello o bien porque, en realidad, no supiera cómo hacerlo. En esos momentos le dio igual. Si él podía haber dejado pasar antes tantas cosas, ella las dejaría pasar ahora.

Estaba colocando el equipaje en el suelo cuando sintió una mano cálida sobre su hombro. Se asustó. No había escuchado a nadie llegar, pero quizá fuese porque no estaba prestando atención. Se dio la vuelta y vio a Maggie, que tenía los ojos rojos y la cara limpia, sin una gota de maquillaje.

—Lo siento, cariño... No sé hacerlo mejor. Lo siento, ha sido culpa mía —le dijo mientras sorbía por la nariz.

Lillie sintió que las lágrimas le escocían de nuevo, y se echó a los brazos de Maggie.

—No, no ha sido culpa tuya, mamá. Ha sido culpa mía, por no haber sabido cuidar de mí misma. Pero gracias, de verdad.

Eso era todo lo que necesitaba. No quería nada más, solo comprensión y apoyo.

Después, se sentaron sobre la cama y Maggie le pasó a su hija una mano por la cara, acariciando las mejillas que tanto se parecían a las de ella.

—Entonces, no piensas volver con Jason, ¿verdad? Esta vez será la definitiva.

—Lo será. No quiero verle nunca más. No le odio, pero... —intentó pensar qué era lo que sentía exactamente por él, pero no encontraba la palabra adecuada. Algo parecido al asco.

Su madre asintió.

—Haces bien. Por fin, haces bien. Ni aunque vuelva a venir suplicando y arrastrándose otra vez. No debes dejarle volver de nuevo a tu vida.

Lillie sonrió.

—¿Ha venido a suplicar?

—Varias veces, en realidad. Creo que este niño piensa que soy estúpida. Bueno, en realidad lo piensa mucha gente, pero tú y yo sabemos la verdad, ¿a que sí? —bromeó, guiñándole un ojo.

—Por mí puede caminar de rodillas hasta que se le caiga la piel. No me importa. No merece la pena. No sé cómo... No sé cómo pude estar con alguien así. No lo entiendo. ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—Porque a veces necesitamos estarlo. A veces necesitamos tener fe en algo para seguir adelante, mi amor.

Ella apartó la mirada y miró por la ventana.

—¿Y en qué voy a tener fe ahora, mamá?

Su madre le apretó la mano con fuerza y habló con firmeza:

—En ti misma, cariño. Debes tener fe en ti misma, más que en nadie. Porque tú vales mucho, muchísimo. Nunca lo olvides.

Ella sonrió y miró a su madre con cariño.

—Te echaré de menos —le dijo.

—Y yo a ti, mi niña, y yo a ti.

En esa ocasión, sus maletas estuvieron mucho mejor preparadas.

No llamó a nadie. No dijo adónde iba. Tampoco, decidió, sería un problema para ningún conocido. Había decidido que ella misma, por sí sola, debía ser capaz de superar cualquier obstáculo que se interpusiera en su vida.

Por primera vez, tendría fe en sí misma.

CAPÍTULO 14

View Court

Finales de junio de 2012 (dos meses después)

Las puertas batientes se abrieron de golpe y chocaron contra la pared en un estruendo que incluso despertó de su trance a la señora Dennis, que padecía de sordera crónica selectiva.

Ian, que estaba sentado al escritorio escribiendo en el historial de la susodicha, levantó a vista del ordenador y se topó con la cara sonrojada y enfadada de Anne.

—¡Adivine a quién han visto hoy en Bay Town! —le dijo al tiempo que movía las manos arriba y abajo, como una niña cuando cuenta un terrible secreto.

El médico pestañeó un par de veces por la sorpresa y levantó una ceja.

—Supongo que alguien importante, de otro modo no habrías entrado así en la consulta.

La señora Dennis se dio la vuelta en la silla y miró a Anne de arriba a abajo.

—Querida, cada vez te veo peor. Un poco de maquillaje y un buen cardado con laca no te iría nada mal, ¿sabes? Así nunca te echarás novio, te vas a quedar para vestir santos.

La chica desvió su mirada hacia la anciana y frunció el ceño.

—Gracias, Dorothy, intentaré seguir su consejo, ya que a usted le fue tan bien.

La señora Dennis se había casado con un marinero que, literalmente, tenía una mujer en cada puerto en el que atracaba, así que cuando escuchó a Anne arrugó la boca, gruñó, levantó la cabeza y, para terminar, movió la papada como un gallo orgulloso.

Ian observó el intercambio impaciente.

—¿Y bien? —insistió, al fin.

—¿Eh? —Anne, que había estado manteniendo un duelo de miradas con Dorothy, se volvió de nuevo hacia el doctor, confundida.

—Que quién se estaba paseando por Bay Town. —El tono del doctor ya no era tan agradable, si es que antes lo había sido.

—¡Ah, sí! ¡Lillie! ¡Lillie ha vuelto!

Ian volvió a pestañear y abrió un poco la boca como queriendo decir algo, pero fue

incapaz de hacerlo. Había pasado... ¿cuánto tiempo? Unos dos meses desde que la viera en televisión, eso seguro, y desde entonces solo supo que la diva se había tomado un descanso. Desde luego, en secreto había deseado volver a verla porque algo en su interior le impulsaba a cerciorarse sobre su bienestar, pero con el tiempo había perdido la esperanza de hacerlo y, además, en el fondo se alegraba de que no hubiera ocurrido. Las cosas estaban bien como estaban.

Y sin embargo, por lo visto, no tenía escapatoria: ella había vuelto y su capacidad de mantener la calma volvía a esfumarse.

—¿Quién la ha visto? —se le ocurrió decir al fin.

—Mi hermana Nicky. Estaba en la playa, tirando piedras contra el acantilado —lo contó como si fuera la cosa más normal del mundo— y escuchó un grito desde la playa. Resulta que una de las piedras le cayó a Lillie en un pie, y salió de debajo del acantilado gritando como una loca. Ya la conoces cuando se pone así, ¿eh? Y entonces mi hermana Nicky, que es una camorrista (no se parece en nada a mí), se encabronó y empezó a gritarle a su vez. Porque claro, ¿qué demonios hacía la chica escondida bajo las piedras? Y Lillie le dijo que le iba a zurrar, y Nicky le dijo que se lo decía porque estaba bien segura allá abajo, que si no, no tendría huevos a decírselo a la cara. ¡Y no sabe usted qué pasó!

Anne volvió a mover las manos y se tapó la boca como para darle más emoción al asunto, pero Ian no era dado a los cotilleos y las cosas que hacían las mujeres para amenizar sus charlas, necesitaba saber y lo necesitaba ya.

—Anne, si no cuentas de una vez qué ha ocurrido, haré que te abran un expediente, ¿de acuerdo?

Ella puso los ojos en blanco y suspiró. Enseguida tomó asiento junto a Dorothy, que la miró desde encima de su nariz pero no agudizó la oreja que tenía más cerca, para no perderse nada por si acaso.

—Desde luego, doctor, es usted un sieso.

Ian no se lo tomó en cuenta. Después de todo, Anne le había echado una mano siempre que había podido, incluso no estando de servicio, y lo cierto es que había llegado a tenerle mucho aprecio. No tanto como se lo hubiera tenido a una hermana... No, eso nunca, —se estremeció con solo pensarlo—, pero era una persona que irradiaba ternura.

—Pues que al final —prosiguió ella—, Lillie subió y se plantó delante de Nicky, y mi hermana dice que tenía ganas de pelea eh, porque según nos contó, puso los puños en posición de boxeo y se lanzó a darle un derechazo, así sin más. ¡Ja! Nicky se agachó y le tiró de los pelos. No sé si creer todo lo que dijo, pero viniendo de mi hermana no me extraña nada... Total, que después de tirarse y rodar por el barro y casi dejarse calvas, se cansaron de hacer el idiota y se sentaron a llorar. Bueno, mi hermana no dijo que llorara, pero cuando llegó a casa no se había lavado la cara y tenía regueros de lágrimas por las mejillas, así que no hizo falta que confesara, cosa que por otro lado ella nunca haría, antes muerta, claro.

Ian comenzó a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—Señora Dennis, vuelva mañana, por favor —le dijo a la anciana.

—¿Qué?

Dorothy, con muy buen tino, se hizo de nuevo la sorda, como si no hubiera estado escuchando todo el rato la interesante conversación que se estaba desarrollando delante de sus narices, y se puso una mano en la oreja haciendo ver que no entendía ni papa de lo que le había dicho el doctor. Este levantó la receta y se la enseñó.

—Mañana tendrá usted la medicina, la señorita Mayers se lo dará, ¿de acuerdo?

La anciana miró el papel, se volvió hacia Anne y supo que había perdido la batalla. Se irguió toda digna ella y, antes de salir, le dijo a la chica:

—Yo también le tiré de los pelos a una pelandrusca cuando era joven, y se queda una la mar de a gusto —y desapareció con un portazo.

—Hay que joderse —susurró la enfermera.

—Sigue —le apremió él.

—Ah, ¿dónde me había quedado? Sí, pues que cuando se cansaron de hacer el burro se sentaron a llorar (o al menos mi hermana dice que Lillie se puso a llorar) y, cuando estuvieron más calmadas, ella la reconoció. Al final, Lillie terminó contándole toda la movida y le dijo que estaba aquí sola desde hace un mes, ¡un mes! ¡Y no nos había dicho nada! ¿O tú sí que lo sabías?

Anne miró al médico con los ojos entrecerrados y el gesto más amenazador que fue capaz de simular mientras esperaba su respuesta, pero Ian se había quedado estupefacto con la historia y miraba más allá de ella, sin verla. La chica se dio la vuelta, pensando que había entrado alguien y que era a esa persona a quien el doctor miraba, pero allí no había nadie.

Entonces miró a su superior con otros ojos...

—Madre mía —susurró.

Fue entonces cuando él volvió del lugar a donde su mente se había retirado y miró a Anne con sorpresa.

—¿Qué decías?

—Oh, nada, nada. Que eso era todo. Pensaba que, quizá, ella había intentado ponerse en contacto con alguien... Usted no ha recibido ninguna llamada extraña, ¿no?

—Pues la verdad es que no —a Anne le pareció que sus ojos eran todavía más oscuros de lo que recordaba, y si no le conociera mejor, le habría dado hasta un poco de miedo—. Nadie me ha llamado a no ser que fuera una emergencia médica.

Ella asintió. Pobre hombre. ¿Con eso se refería a que ni siquiera los amigos le llamaban? ¿Es que no tenía amigos?

Carraspeó.

—Pues a mí tampoco me ha llamado. Qué desagradecida, ¿no? O bueno, pensándolo bien, quizá esta vez no haya querido molestar a nadie o está muy deprimida. Le pregunté a Nicky qué hacía allí, y me dijo que iba a relajarse... ¿Pero y si lo que en realidad quería hacer era tirarse por un acantilado o algo?

—Eres una neurótica —le respondió él levantando el tono de voz—. Si hubiera querido suicidarse se habría tirado desde el acantilado, no estaría escondida en él.

Anne se echó hacia atrás en su asiento ante el tono agresivo del médico, pero rió como una tonta para quitarle hierro al asunto.

—Sí, claro, ¡es verdad! —soltó una risita nerviosa—. ... Em... En fin... Pues ya que se lo he contado, le dejaré aquí eh... em... con sus cosas. Me vuelvo a hacer la ronda y... esto... he intentado llamar a Lillie pero no contesta al teléfono que tenía cuando estaba con nosotros, así que supongo que iré a buscarla. Si quiere venir acompañarme, o quiere que le diga algo... —La verdad era que Anne se sentiría mejor si el doctor la acompañaba, porque tenía un poco de miedo de lo que se pudiera encontrar.

Ian se había vuelto hacia su escritorio y parecía concentrado escribiendo algo en el ordenador.

—No, gracias —le contestó—. Si me disculpas, estoy ocupado.

—Claro. Hasta luego, doctor —contestó resignada. Ya sabía ella que no iba a querer ir, pero tenía la vaga esperanza de que él se ablandara, para variar.

—Adiós —fue la lacónica respuesta del hombre.

En cuanto la chica se marchó, Ian dejó de fingir que estaba escribiendo en el ordenador y se desplomó en su silla.

Sabía que no tenía que meterse en ese lío. Sabía que debía mantenerse lo más alejado posible, continuar con su trabajo y su vida como hasta ahora, tranquilo y sin problemas. Sin ataduras. Sin relaciones que le afectaran, solo dedicado a su pequeña Hannah... Pero las manos le picaban. Los dedos le cosquilleaban como si llevara por dentro diminutas hormigas. Repiqueteó las teclas del ordenador con ellos solo para quitarse ese extraño nervio, pero no consiguió escribir nada con sentido.

Tenía que centrarse. Que Lillie estuviera allí no quería decir nada. Ella había rechazado la amistad que a él tanto le había costado darle y se la había tirado a la cara, como si no tuviera valor alguno, para desaparecer después y retomar su antigua vida. Si, además, resultaba que había regresado y no había intentado ponerse en contacto ni con él ni con Anne, ¿para qué iba a buscarla él? Ni él necesitaba una preocupación más, ni ella lo merecía.

Se levantó, se quitó la bata blanca, la colgó con pulcritud de su perchero y se dispuso a ordenar los documentos dentro de su maletín. Siempre y cuando mantuviera las manos ocupadas, el picor tendría que desaparecer.

O eso esperaba.

Estaban a finales del mes de junio y, al fin, el sol parecía decidido a salir al norte de Yorkshire, donde los rayos del astro rey son un bien más quepreciado y escaso. Podía ver que hacía un día espléndido a través de la ventana de su consulta particular y, como había estado lloviendo toda la semana, ese día tenía pensado llevar a Hannah a dar un paseo por la playa para que disfrutara un poco del aire libre. La brisa del mar era buena para la salud, y con el clima húmedo y frío de la zona sin duda le vendría bien a la niña, que pasaba la mayoría de las tardes de invierno encerrada en casa.

A Ian le daba pánico dejarla practicar cualquier deporte, sobre todo si él no podía controlarlo. Le permitía ir a clases de música un par de días a la semana y solo porque él la llevaba y la recogía de la misma puerta de la academia, pero consideraba que era todavía muy pequeña para practicar actividades que entrañaran cualquier tipo de riesgo, como hacerse un esguince o un moratón en la rodilla. ¡Pobre de aquél que se atreviera a dejar que una niña tan pequeña rozara siquiera el suelo! Y eso, claro está, solo se evitaba si no la dejaba practicar ningún deporte que no supervisara él mismo.

Pero dar un paseo por la playa, eso no entrañaba ningún riesgo. Eso podían hacerlo sin problemas. También podían ir en bicicleta por las sendas urbanas marcadas y a una velocidad más que controlada, y eso era lo máximo que estaba dispuesto a ceder.

Esa tarde la recogió del colegio y compraron sendas patatas rellenas de beicon y bañadas en queso de uno de los quioscos que había frente a la playa norte, para sentarse a disfrutar de ellas en el murito que separaba el paseo de la arena. Se quitaron los zapatos y los calcetines, los colocaron pulcramente encima del muro, y disfrutaron de aquel sabroso banquete al aire libre.

—Papi, ¿puedo tener un perrito? —le preguntó la niña con la boca llena de patata.

En la playa, a poca distancia de ellos, un adolescente tiraba sin cesar un palo a su perro labrador, que se lo devolvía a su dueño con todo el entusiasmo propio de un cachorro.

—Todavía no. No eres lo suficientemente mayor como para asumir esa responsabilidad —le respondió él.

—Pero papi, ¿qué *responsabilidad*? Si con los perros se juega, y a mí me gusta mucho jugar.

—Pues jugamos los dos juntos y ya está. ¿No te basta con eso?

Ian se terminó la patata y arrugó el cartón que le servía de envase. Después, cogió el de la niña y se levantó para tirar los dos en una papelería cercana.

—Pero tú eres muy aburrido, papi —le dijo su hija al fin, cuando llegó junto a ella de nuevo.

Él la miró extrañado. ¿Desde cuándo era él aburrido? ¡Si hacía todo lo que ella quería!

—¿Ah sí? ¿Te aburres conmigo?

La niña no quiso mirarle a la cara. Solo asintió levemente, como si le diera vergüenza afirmarlo, y miró hacia el suelo. Después colocó los codos sobre las rodillas y apoyó la carita sobre sus manitas.

—Nunca quieres hacer nada, y los niños necesitamos jugar, y correr, y divertirnos.

—Lo que necesitáis los niños es aprender —repuso él en tono seco.

Ella levantó la mirada y entrecerró los ojos.

—¿Lo ves? Y luego dices que no eres aburrido.

Ahora le tocó el turno a él de indignarse. ¿En serio era aburrido? No, no podía ser. Se sentaba con ella a jugar al trivial, y eso que le resultaba aburridísimo porque era para niños, y también veían los dibujos y coloreaban mandalas. La acompañaba al cine a ver películas Disney y se iban a tomar helados después, o a comer una hamburguesa grasienta. ¿Y encima era aburrido?

Volvió a mirar al chico jugar con su perro. Corría, saltaba, gritaba cuando tiraba el palo y reía cuando el perro hacía cabriolas para alcanzarlo en el aire, y entonces pensó que quizá la niña tuviera razón... A él no le gustaba jugar. Lo hacía porque no tenía más remedio y quería que su hija fuera feliz, pero no disfrutaba con ello.

De hecho, nunca había sabido comportarse como ese chaval del perro. Sencillamente, no lo llevaba en los genes: era incapaz de sentirse despreocupado, alegre... Y no sabía por qué. ¿Acaso quería que su hija tampoco lo fuera? ¿Podría él educar a una niña para que creciera feliz y alegre, justo al contrario de la forma en que había crecido él?

De pronto, lo deseó con todas sus fuerzas.

Se levantó del murito, observó la playa, miró a la niña y le dijo:

—Te vas a enterar de lo divertido que soy, renacuaja.

Iba a hacer algo gracioso, divertido, alocado. Realmente irreflexivo... Se quitó la camiseta, la dobló y la colocó con esmero junto a los calcetines, y después levantó a la niña por debajo de las axilas

—¡Aaaaaarriba! —gritó, al tiempo que la alzaba y se la colocaba sobre los hombros.

Hannah comenzó a gritar y a reír al mismo tiempo, y él echó a correr hasta la orilla de la playa, donde las olas tocaban la arena. Con su hija sobre los hombros, corrió y corrió, se mojó los pies, salpicó el agua y se unió a su alegría, gritando como el niño que nunca había sido, que quizá nunca le habían permitido ser.

Mientras sentía a su hija divertirse y reír como nunca antes la había visto, sintió el mismo temor de siempre... Ese pequeño pánico a perder todo lo bueno que hubiera en su vida, y lo que tenía ahora era, de largo, lo mejor que le había pasado. Pero esa vez no se dejó llevar por ese irracional miedo. Sonrió, volvió la cara hacia la brisa y sintió el aire revolotear por su pecho desnudo, las gotas de agua fría resbalarle por la piel, los pies mojados y descalzos sobre la arena.

Hannah se retorció sobre sus hombros y pedía más, chillaba feliz, mientras daba pequeños saltitos como si estuviera cabalgando sobre un poni y, aunque Ian estaba en forma —gracias al ejercicio que practicaba al aire libre y a sus ratos en bicicleta—, fue la explosión de sensaciones lo que le hizo cansarse y jadear como si hubiera corrido una maratón colina arriba.

—Bueno, cariño, creo que por hoy ya hemos tenido suficiente aventura, el agua todavía

está muy fría...

—¡Jo, papi!...

Ian se giró hacia el murete donde habían dejado todas sus cosas y se quedó de piedra, sin saber qué hacer. Allí, sentada frente a ellos, había una mujer que les observaba fijamente y que se parecía mucho, demasiado quizá, a Lillie. Pero no a la Lillie que había visto en la televisión, no: a su Lillie.

Se quedó congelado mientras observaba, atónito, cómo la chica se levantaba de su asiento y se acercaba, poco a poco, a ellos.

CAPÍTULO 15

Había pasado alrededor de un mes desde que volvió.

Bueno, en realidad no se puede decir que volviera al mismo lugar, pero sí a la misma zona... Y lo había hecho porque una vez un amigo le había dicho que su hogar estaría donde estaba su gente, donde se sintiera querida y a gusto, y ella solo se había sentido bien —a pesar de que no todo había sido bueno—, en aquel extraño lugar. Allí había tenido lugar su peor pesadilla, pero allí había empezado también a curarse. Y sospechaba que no podría haberlo hecho en ningún otro lugar... rodeada de personas interesadas que no sentían un afecto sincero.

Así pues, volvió, buscó una casita lejos de la ciudad, en el pequeño pueblo de Bay Town, y se instaló en una cabaña preciosa, una construcción de piedra con una bonita puerta roja de entrada, un salón de techo bajito y suelo de pizarra con una cocina antigua y dos habitaciones, una de ellas abuhardillada. Lo mejor de todo era que aquella preciosidad le costaba menos de quinientas libras al mes... ¡Quinientas libras! Eso era lo que ella se gastaba, prácticamente, tan solo en los restaurantes de los grandes hoteles en los que se alojaba, y eso que solo comía raciones minúsculas.

En efecto, llegar allí resultó ser un alivio. Antes de aterrizar de nuevo en Inglaterra había pasado un mes meditando en un monasterio de monjes budistas, una experiencia que la había aburrido hasta la saciedad y había trastornado su estómago, así que no tardó en hartarse de tanta paz y tranquilidad y tomó rumbo a la que consideraba su casa: Bay Town.

Aunque todavía hacía fresco y, como casi siempre, llovía, el ser capaz de encender un fuego ella sola y de prepararse una cena a base de huevos la renovó por dentro y por fuera. Le costó coger una rutina de sueño, pero poco a poco el ambiente de aquel pequeño pueblecito la fue relajando de tal manera que empezó a acostumbrarse a su nueva vida casi sin darse cuenta.

Los días pasaron y no se había puesto en contacto con nadie. No quería molestar. Ahora, visto todo con perspectiva, estaba segura de que había sido un grano en el culo para algunas personas, y además, pensaba que si les llamaba tan pronto creerían que les estaba pidiendo ayuda otra vez.

Así que no. Quería estar instalada y valerse por sí misma por completo antes de ver a nadie.

¿Y a quién pensaba ver?

Bueno, en primer lugar, a Anne. La apreciaba. Más que apreciarla, había llegado a quererla... Y a veces sentía unos deseos enormes de sentarse con ella a ver una película, sin hablar, por el mero placer de disfrutar de su compañía. Pero todavía no. No era el

momento.

Cada día se levantaba, tomaba una ducha, se hacía su propio desayuno, hacía deporte por los alrededores de la casita, leía libros, veía películas y paseaba cuanto podía antes del anochecer para llegar cansada a la cama y no pensar demasiado en cuánto había cambiado su vida y lo que estaba dejando atrás de manera voluntaria. Y la verdad era que aquella rutina le sentaba bien, hasta que se tropezó sin querer con Nicky.

Había tenido un pequeño altercado con ella cuando se conocieron, y ahora que habían transcurrido unos días, lo encontraba bastante divertido. Las dos terminaron llenas de barro y con muchos pelos menos en la cabeza de los que tenían antes... Pero al final, habían logrado mantener una conversación más o menos razonable. Y entonces Nicky descubrió quién era.

Lo más extraño de todo era que había sido la primera persona en reconocerla, incluso aunque Lillie se tropezara todos los días con distintas personas. Nadie se atrevía a pensar que podía ser Lady Lillie, ni por allá lejos.

Pero resultó que Nicky era la hermana de Anne.

El mundo era un puñetero pañuelo, desde luego.

La tal Nicky no se parecía en nada a su hermana, ni en el plano físico ni en el carácter. Mientras que Anne era pequeña, con curvas y con el pelo largo, castaño y ondulado, Nicky era más bien alta, delgada y con una melena oscura y lacia. Y tenía unos ojos verdes que le daban algo de grima, pero que podrían resultar muy bonitos si se aplicara el maquillaje adecuado, y no el que ella llevaba.

Cuando terminaron de pelear y se miraron a la cara, Nicky había exclamado:

—¡Me cago en la puta! ¡Si tú eres Lillie McPetarda!

—¿Qué? —había respondido ella haciendo una mueca.

—Joder, la ex de Tanner... Coño, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Tú no te habías ido?

Las dos estaban sentadas sobre el frío y húmedo suelo, mirándose como dos fieras enemigas y calculando las fuerzas de que disponía en caso de que la otra volviera a atacar de nuevo...

Siguiendo el tono provocador de su contrincante, Lillie le respondió:

—¿Y tú quién coño eres?

Sin embargo, la chica había empezado a reír como una loca hasta que ella misma terminó por contagiarse y, sin saber cómo, se encontraron sentadas en un banco con vistas al mar y hablando cada una de sus vidas. Nicky le había dicho quién era, y ella había admitido que había vuelto porque no tenía otro sitio mejor donde ir.

—¿Y se puede saber por qué no has llamado a mi hermana? Eres muy cruel, sabes. Ella estaba preocupada por ti. Aunque a ti te la traiga al paio, la pobre pringada se preocupa por todo el mundo y no tiene quién se preocupe de ella, salvo nosotras. Bueno, salvo el resto de mis hermanas —terminó, riéndose de su propia broma.

A Lillie le hizo gracia toda aquella fanfarronería. Siempre que se encontraba con una

persona directa y poco agradable se sentía desconcertada, fuera de lugar, porque no estaba acostumbrada a que le hablaran así. En realidad no había conocido a demasiadas personas que no la trataran con respeto, tacto, o casi adoración... Si lo pensaba bien, hasta el momento, solo el maldito doctor y Nicky.

—¿Y qué hacías tirando piedras por el acantilado? —le preguntó, sin poder aguantarse la curiosidad.

—Ah, bueno. Es un ritual de relajación. Lo hago porque no puedo tirárselas a nadie a la cara —dijo tan fresca, meneando una pierna que había colocado encima de la otra como si tal cosa.

—¿Y sueles hacerlo a menudo?

—Bastante, la verdad. La gente me irrita. Casi todo el mundo, si te soy sincera. No me llevo bien con las personas, y como por lo general no les puedo pegar si no quiero ganarme unos días en chirona... vengo aquí a tirar piedras.

—A mí me has pegado —replicó con rencor.

—Tú no cuentas. Eres una jodida cantante de música pop, te merecías que alguien te pegara.

Lillie se echó a reír y le dio la razón. Ella sabía que a veces se ponía histérica y gritaba, era lo que la presión y el estrés le provocaban... y en esas ocasiones sí se merecía que le dieran una buena bofetada.

Y ahora que se la habían dado, por sorprendente que le pudiera parecer, estaba contenta.

—¿Sabes? —le había dicho Nicky, mirándola de reojo con aquellos extraños ojos verdes que parecían atravesarla—. Eres maja y todo.

Ella sonrió.

—Tú no, pero no hace falta que cambies.

—Como si me fuera a importar tu opinión. Y tampoco eres tan maja, no te lo vayas a creer.

Se habían despedido con unas palabras groseras de parte de la hermana de Anne y algo menos groseras de su propia parte, y Lillie había sentido que su vida continuaba. Pero, para ello, debía comenzar a enfrentarse de nuevo a la gente que quería.

Y ahora, varios días después, había decidido salir de su zona de confort y adentrarse en terreno peligroso —dícese de aquél que se aproxima peligrosamente a zonas superpobladas— para poder visitar un lugar que todavía no hubiera visto. Era parte de su terapia autoimpuesta, avanzar poco a poco, paso a paso... Al ritmo que su cuerpo le impusiera.

El pequeño paso que tenía pensado dar se había convertido en gigante al divisar a la pareja que jugaba en la orilla del agua. Se había sentado a admirar la belleza de esa imagen: el padre dedicado a su hija, que saltaba sobre las olas mientras la llevaba sobre sus hombros. La niña que reía, chillaba y hacía palmas cuando les salpicaba el agua. Sintió aquel conocido pinchazo de añoranza: lo que había perdido, lo que ya no tendría. Quién

sabe si algún día podría ser madre. Quién sabe si podría compartir ella una escena similar, con un marido y unos niños a los que querer. Y que la quisieran.

Sin embargo, y decidida a apartar aquella sensación asfixiante de su pecho, también supo que tenía mucha vida por delante, que simplemente podía quedarse allí, sentada, disfrutando de la felicidad de los demás, porque en realidad existía. Se podía ser feliz. Había esperanza, claro que sí. Ella quería un bebé y algún día lo tendría. Lo sabía. Ahora, al menos, tenía algo claro.

Sonrió.

Sin saber cómo, y llevada por ese momento repentino de positivismo, se encontró admirando al padre que jugaba con su hija. No había por allí ninguna mujer que pareciera ser la madre de la niña, estaban solos disfrutando del momento. Qué escena tan bonita.

Y el padre no estaba nada mal, a decir verdad. Un pequeño cosquilleo le recorrió todo el cuerpo, desde la punta de los dedos de los pies. Sabía lo que era. Hacía tiempo que no estaba con un hombre y su reacción ante el atractivo cuerpo fue automática.

Era alto y tenía el pelo negro algo largo y revuelto gracias a la brisa del mar y una barba espesa. Sin embargo, no fue eso lo que más le llamaba la atención: no llevaba camiseta y los vaqueros le colgaban de las caderas, incitadores. Su pecho, como ya prometía la espesa cabellera de su cabeza y su barba, estaba poblado de un vello oscuro que bajaba siguiendo la línea de sus abdominales y se perdía por debajo del ombligo. No estaba acostumbrada a hombres así, naturales, bien formados pero no en exceso. Ella solo trataba con tipos que se cuidaban al máximo, entrenaban al menos un par de horas al día en el gimnasio y se depilaban todo el cuerpo, además de lucir un falso y estudiado bronceado.

Este hombre no era más que eso: un hombre natural, de piernas largas, pelo en pecho y brazos fuertes que no se preocupaba en exceso por su apariencia. De nuevo, volvió a sentir una punzada de deseo más fuerte que la anterior.

Entonces, el hombre se giró y la miró.

Y el mundo pareció detenerse para ambos.

Él se quedó petrificado, observándola, y ella a él.

Al principio la imagen que su cerebro procesó no pareció encajar, pero fueron tan solo unos pocos segundos los que tardó en mirarle a la cara tras lograr apartar la vista de su amplio y masculino pecho.

¡Dios mío, era Ian!

Se quedó congelada, sin poder moverse, y al parecer a él le ocurrió lo mismo.

Sin embargo, ella se había visto el día anterior con Anne y sabía que, tarde o temprano, tendría que encontrarse con el maldito doctor. ¿Cómo podía darse una casualidad tan grande? Maldito, maldito y maldito doctor de palabras hirientes.

Lo que ocurría era que el maldito doctor ya no era tan maldito... Pasado el tiempo, su resentimiento hacia él había comenzado a disminuir, incluso a pesar de que ella trataba de alimentarlo. No tenía ni idea de por qué quería odiarlo, pero quería hacerlo. Él le

recordaba demasiadas cosas, y las más dolorosas...

«Y también es una de las personas más sinceras que conoces. Y te ayudó. Y tú, además, ya no eres la misma: ahora sabes hacer frente a tus propios problemas. Si has sido capaz de poner una lavadora sin mezclar los colores, esto está chupado», se dijo para infundirse ánimos.

Así que se levantó y comenzó a caminar hacia él, decidida. Si lo pensaba demasiado sabía que se echaría atrás y se volvería por donde había venido.

—Papi, ¿quién es esa señora que viene hacia aquí? —escuchó decir a la niña desde lejos. Su voz sonó algo apagada por la brisa, pero aun así le sonó tan dulce que volvió a sentir esa pequeña espina de añoranza.

Sonrió y llegó hasta ellos. Él la miraba perplejo, sin pestañear.

—Hola, Ian, ¿qué tal estás?

Por favor, ¿cómo había podido sonar tan natural cuando, por dentro, estaba temblando como un gatito recién nacido? A veces se maravillaba de sus dotes de actuación.

El interpelado pestañeó, cambió el apoyo de una pierna a otra, y habló al fin.

—Mejor que tú, me parece.

Lillie estuvo casi a puntito de aplaudirle. ¡Bravo! Ese era su doctorcito, sí señor.

—Me alegra ver que tu carácter no ha cambiado en absoluto, eres todo corazón.

—Perdona, no quería decir... —comenzó él, pero ella le interrumpió.

—Vaya, ¿y quién es esta niña tan guapa?

La cría le sonrió y le mostró una dentadura mellada. Tenía el pelo oscuro, como el del padre, aunque ondulado y algo rebelde, y unos ojos enormes y castaños que irradiaban inocencia.

—Me llamo Hannah. ¡Y tú sí que eres guapa! Pareces una modelo.

Lillie rió. Distaba mucho de parecer una modelo, sobre todo con los pantalones del chándal arremangados en las piernas y la camiseta blanca de deporte, además de la sudadera anudada a la cintura... Pero los niños solían ser bastante sinceros, así que le agradeció el gesto.

—Gracias, pequeña. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

El cuerpo de Ian se tensó y los músculos de sus brazos, que agarraban los muslos de la niña, se abultaron.

—Me llamo Hannah y tengo cinco años. Voy a empezar primaria y soy muy lista, mi profe dice que tengo mucha imaginación.

—Vaya, creo que ese rasgo no lo has heredado de tu padre...

Entonces Ian las interrumpió, algo tenso.

—Esto... ¿Nos ponemos la ropa, Hannah? Papá está cogiendo un poco de frío, ahora que hemos dejado de correr.

—Claro papi. Pero luego corremos más, ¿vale?

—Ya veremos —le respondió él al pasar junto a Lillie.

Le lanzó una mirada de reojo que ella no supo descifrar, pero de todas formas decidió seguirle. Le gustaba la niña. Le gustaba el padre, incluso aunque fuera un mendrugo. Precisamente por eso era más divertido fastidiarle. Y además, hasta ese día no se había dado cuenta de que el doctor le parecía verdaderamente atractivo... Cosa que era difícil de decir en realidad debido al pelo largo y la barba que cubrían gran parte de sus rasgos. Cierto era que al conocerle las cosas habían sido bastante difíciles y no pensaba en absoluto en el sexo opuesto, pero ahora que estaba superando la etapa más dolorosa de su duelo se dio cuenta de que el doctor Ian Morgan era verdaderamente atractivo.

Iba caminando detrás de él hacia el muro y la mirada, sin querer —o queriendo, tras las elucubraciones anteriores— se desvió hacia el trasero del médico. Los vaqueros, como ya se había fijado antes, le colgaban de las caderas de manera descuidada y, aunque no marcaban con exactitud las bondades de su retaguardia, sí que dejaban entrever que de ahí tampoco iba mal equipado.

«¡Madre mía, estoy teniendo fantasías sexuales con el doctor Morgan! ¡No me lo puedo creer!». Ese pensamiento la horrorizó y divirtió al mismo tiempo. Hasta estuvo a punto de taparse la cara con las manos por el horror y la vergüenza, pero se contuvo para que no la pillaran en el acto. De todas formas, lo que no pudo controlar fue el rubor que le subió desde el escote y le encendió la cara como un semáforo, y eso que ella no solía ruborizarse con facilidad.

Ian había dejado a la niña sentada en el muro y le estaba quitando la arena de los pies para ponerle los zapatos, así que ella se sentó a su lado. Intentó no mirarle mientras se ocupaba de la niña, pero fue imposible hacerlo porque la cría no paraba de parlotear.

—¿Sabes? Hoy mi papá y yo hemos jugado a cazar olas. ¿Lo has hecho alguna vez? ¡Yo no! Hoy ha sido la primera vez, ¡y es tan divertido! ¿Lo vamos a hacer más veces, papi? ¡Di que sí, di que sí, *porfis!* —su padre gruñó mientras terminaba de ponerle el primer zapato y se ocupó del segundo pie de la niña mientras esta se volvía hacia Lillie, que no podía dejar de mirar las manos del médico y cómo la melena lisa y oscura le caía por encima de la frente—. Y también vamos a hacer otras cosas divertidas y locas. ¿Quieres hacerlas con nosotros?

Ian levantó la cabeza de golpe y miró a la niña con incredulidad.

—Hannah, ¿a qué cosas locas te refieres? Estás confundiendo a la señorita, por favor. Va a pensar cualquier cosa, y nosotros no somos una familia que haga cosas locas, ¿a que no?

Su hija apretó los labios y levantó la barbilla.

—Creía que habías dicho que íbamos a hacer cosas divertidas y locas como las de hoy, papá. Porque si no es así, entonces me has engañado. Y tú no eres un mentiroso, ¿verdad?

Lillie estuvo casi a punto de abrir la boca en un gesto de diversión e incredulidad ante el arte persuasorio de la niña... ¡Estaba hecha toda una manipuladora, la pequeñaja! Era justo el azote que ese arrogante hombre necesitaba, y para ella era fascinante observarles.

Contuvo la risa y miró a Ian para observar su respuesta con atención, pero él permaneció quieto, con una mano sobre la rodilla que tenía apoyada en suelo para sostenerse, y miró a su hija con los ojos entrecerrados.

Vaya, a ese no había quien lo pillara, pensó ella.

—Aguafiestas —susurró.

Él se volvió hacia ella y levantó las cejas.

—¿Cómo dices? —le preguntó, girando la cara hacia un lado y mirándola directamente a los ojos.

La mirada se le había oscurecido del todo y parecía como si estuviera retándola a contestar, como si estuviera preguntándole sin palabras qué tenía que decir ella al respecto. Lillie lo captó, se estaba metiendo donde no la llamaban, pero es que era tan divertido desconcertar al doctor...

—Que le des una alegría a la niña, hombre, y hagas cosas locas con ella.

Ian rechistó e hizo una mueca.

—Lo que sabrás tú de hacer cosas locas —le contestó y después continuó con el pie de Hannah que había dejado sin calzar—. Pero para qué digo nada —prosiguió al tiempo que trabajaba con diligencia—. Tú sabrás más que nadie sobre cosas locas, lo que pasa es que tu idea y la mía sobre lo que son locas puede distar bastante.

—Y que lo digas —le repuso, enfurruñada.

Cuando terminó de arreglar a la niña, Ian se levantó cuan largo era y la miró con aire desafiante antes de coger su camiseta y colocársela. Lillie aprovechó el instante en que se cubría la cabeza para darle otro buen repaso a sus pectorales y al vello oscuro que formaba una línea en su abdomen. Cuando la camiseta cubrió esa zona justa de su cuerpo, ella levantó la vista y se dio cuenta de que la había pillado mirándole.

—Bueno... —carraspeó él—, eh... ¿estás bien, Lillie?

Ella apartó la mirada y después volvió a fijarla en él.

—Todo lo bien que se puede estar, dadas las circunstancias.

Él asintió.

—¿Te llamas Lillie? ¿Como Lillie McFly? ¡Y te pareces y todo a ella! —terció Hannah, que se levantó sobre el muro y acercó su carita pecosa a la de ella—. Jo, ¡te pareces un montón! Aunque un poco más bajita, ella es más alta y delgada. Qué casualidad, ¿no, papi? Te llamas como mi cantante favorita. Mira, ella canta y baila así.

Se bajó de un salto del muro y, sobre la acera misma de la explanada, comenzó a tararear e imitar los pasos que ella misma había practicado un tiempo atrás.

Lillie se aguantó las ganas de echarse a reír por respeto a la niña, pero también porque estaba disfrutando de ese momento de complicidad de mujer a mujer, como si la niña fuese una adulta o, quizá, al revés. Mantuvo el tipo asintiendo y murmurando palabras de aprobación mientras el padre cambiaba su peso de un pie a otro, visiblemente incómodo. Sin embargo, ella no lo estaba. Estaba muy a gusto, se sentía bien con esa niña tan natural

y desinhibida, y lo cierto es que le hacía reír con sus cosas. No se parecía en nada a su padre, tan serio, responsable y reservado. Supuso que la niña se parecería a su madre... En ese instante sintió muchísima curiosidad por saber quién sería y por qué parecía la niña estar siempre con el padre.

Pensó en decirle que, en realidad, ella sí era Lillie McFly... Pero enseguida decidió que no. Si volvía a verla, más adelante, se lo contaría. Por ahora quizá fueran demasiadas emociones para la familia, teniendo en cuenta que la niña creía que saltar las olas en la playa era una cosa totalmente loca.

—Oye, y hablando de cosas locas y divertidas, ¿te parece que tomar un helado sea lo suficientemente divertido?

Escuchó el carraspeo de Ian detrás de ella a modo de protesta, pero pasó absolutamente de él. Por Dios, era solo un helado. La niña saltó de alegría y chilló:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Quiero helado, me encantan los helados! ¡De chocolate, por favor, de chocolate!

Ella se levantó y acompañó a Hannah hasta el quiosco sin girarse para ver si les él seguía, aunque lo sabía perfectamente. Era un buen sabueso, seguro que no se apartaba de su niña ni cinco centímetros.

Cuando les dieron los helados, de vainilla para ella y de chocolate para la pequeña, se giró y casi tropieza con él, que estaba tendiendo el billete para pagar a la dependienta.

—Veo que ya no tienes miedo de acercarte a la gente —le dijo de modo que solo le oyera ella.

Ella se encogió de hombros.

—Me he dado cuenta de que nadie cree que pueda ser yo, así que procuro actuar de forma natural siempre que pueda.

Él asintió y la miró directamente a los ojos.

—Haces bien.

Lillie se quedó mirándolo con el helado en la mano, sin moverse, y él tampoco lo hizo. Parecía querer decirle mil cosas con la mirada, y por una vez en todo el tiempo en que le conocía, los ojos de Ian parecían ser comprensivos, incluso cariñosos. Eso la hizo viajar a una noche, tiempo atrás... La noche en que acudió con Anne a su casa y la encontraron hecha un desastre, cuando ella había llorado contra su hombro y él la había abrazado casi con cariño.

Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo, pero no pudo apartar la mirada.

El helado comenzó a derretirse en su mano y se puso nerviosa. Notó cómo se le aceleraban los latidos del corazón y, sin saber cómo, se encontró preguntándose cómo serían su cara y su boca sin esa barba.

—¿Tú no quieres helado? —le señaló con el cono y casi le chocó la punta de la nariz con él, de lo nerviosa que se había puesto.

Él tuvo que girar tanto los ojos hacia la bola de helado que bizqueó, y la imagen le

resultó tan divertida que acabó riendo como una tonta, junto con Hannah, que se había colocado a su lado y había visto también la cara de su padre. Entonces ella se acercó el helado a la boca por donde había empezado a gotear y lamió el rastro que había ido dejando por todo el cono. Cuando volvió a levantar la mirada, Ian la observaba con el ceño fruncido. Tragó saliva y Lillie vio cómo la nuez le subía y bajaba en el cuello, justo en el lugar en donde la barba acababa.

Aquello era raro. Era muy, muy raro. Algo pasaba allí, y juraría que era erotismo.

—¡Vamos a pasear!

La voz de Hannah interrumpió aquel duelo de miradas que decían tanto y tan poco, y los dos se giraron hacia ella y comenzaron a seguirla por inercia mientras saltaba y canturreaba al tiempo que abordaba su propio helado.

Ian se metió las manos en los bolsillos del vaquero y Lillie continuó tomando su dulce, distraída, pensando en cosas que quizá no debería estar pensando.

No, quizá no. No debería estar pensándolas, sin duda alguna. Pero lo había hecho. Y no sabía por qué lo hacía, ni por qué con él. A ella siempre la habían seducido. Habían sido los hombres quienes caían a sus pies, la perseguían, la convencían con sus palabras o gestos, trataban de llevarla a la cama sin éxito. Hasta el momento, Lillie solo había tenido dos relaciones serias y esas habían sido con Jason, con quien estuvo a punto de tener un hijo, y con Tanner, que creía que era el hombre idóneo para ella y que sin embargo fue todo un descalabro.

Por tanto, si estaba equivocada en el tipo de hombre que creía que era bueno para ella, ¿debería fiarse de esos sentimientos que la estaban asaltando ahora con el doctor antipático? Tenía la cabeza hecha un lío. También se había dejado llevar siempre con Jason y la cosa había acabado como el rosario de la aurora... Ahora, incluso había pululando por ahí una canción de perdón que, se supone, había escrito para ella, pero habían traspasado la frontera de todo lo permisible y, para ella, Jason ya no era más que un gran farsante.

Y ella una estúpida en el amor. Un gran éxito en el escenario, un desastre en su vida privada.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? —La voz de Ian la sacó de su ensoñación.

—Ah, pues... —se chupó una gota de helado que le había caído en un dedo, y él volvió a carraspear—. He estado meditando.

Le miró. Él la observó con una ceja levantada.

—¿Meditando?

—Eso es. En la India. En un monasterio de budistas.

—¿Lo dices en serio?

—Lo digo muy en serio —le mantuvo la mirada, y él cedió. Disfrutó de ese pequeño instante de triunfo, sonrió y se volvió de nuevo hacia adelante—. No vine directamente aquí después de... Bueno, después de dejar Los Ángeles de nuevo. Me fui, descansé,

medité, y regresé otra vez.

—Ajá. ¿Fue después de... de esa actuación en la televisión?

Lillie se giró hacia él, pero Ian continuó con la mirada clavada en su niña, que saltaba las baldosas de dos en dos.

—¿La viste?

—Sí, la vimos en casa.

—Mierda... Qué vergüenza, ¿verdad? —logró decir después de una pausa.

Tiró su helado de un golpe a una papelería, se limpió las manos con una servilleta con gestos algo furiosos y suspiró.

—Bueno, ya no hay nada que hacer. Lo que pasó, pasó —admitió, finalmente.

—¿Y qué pasó?

Sus ojos se enfrentaron de nuevo: los de él, curiosos y sin una pizca de maldad. Los de ella, avergonzados.

—Pasó que no estuve a la altura, eso es todo.

Él asintió.

—¿Estrés?

—Posiblemente. Ya sabes que tenía ataques de ansiedad por aquella época.

—Mmm —fue la única respuesta del médico.

Siguieron caminando y, a pesar de que las palabras eran escasas, la comunicación parecía completa y fluida. No había lugar para la incomodidad, incluso aunque el tema fuera tan delicado para ella.

—Creí que nunca más podría volver a cantar. No me veía capaz —se escuchó decir a sí misma—. Y para mí, cantar ha sido mi vida... No sé hacer otra cosa, ¿sabes? Ahora estoy más tranquila, pero si te digo la verdad, no sé qué va a ser de mí de ahora en adelante.

No pretendía sonar melodramática, y de hecho el tono con el que lo dijo no lo era, sino que más bien pronunció las palabras con algo de dureza, como juzgándose a sí misma, castigándose. Por no ser lo suficientemente buena, por no estar a la altura... Por lo mismo de siempre.

Pero en esa ocasión, a diferencia del resto de las otras veces en que se solía mortificar, sintió cómo un peso que llevaba en el pecho se levantaba y flotaba, dejándole una sensación de ligereza, de desahogo. Durante la meditación lo había intentado sin conseguirlo: ahora, con solo pronunciar esas palabras, con solo confesarse ante un amigo —o lo que sea que él fuera—, al fin parecían haber tenido un efecto.

No era tan importante. El mundo no se acababa porque ella dejara de cantar, y su vida tampoco.

De repente, sintió además algo extraño... un leve roce en el dedo meñique que le hizo cosquillas. Lo movió pensando que era un insecto, pero ese roce pasó al dorso del dedo

anular, y después al medio y al índice, hasta que la mano de Ian se aferró por completo sobre la de ella y le dio un apretón cálido y reconfortante.

Lillie cerró los ojos y se dejó llevar por aquella escasa y apreciada sensación de consuelo. Sus sentidos se agudizaron al máximo y percibió, además del tacto gentil de los dedos de Ian, el calor del sol sobre su cara, la brisa del mar levantándole los mechones del pelo, el olor a sal, a vida, el calor del otro cuerpo fluyendo hacia ella a través de esa cálida mano, fuerte y grande, masculina.

Y entonces, tal y como había llegado, de la misma forma inusitada e imprevista, el contacto terminó.

CAPÍTULO 16

Ian liberó la mano de Lillie e intentó respirar con regularidad.

¿Qué demonios había ocurrido? ¿Qué se suponía que estaba haciendo? Cogerle la mano había sido un gesto extraño, una expresión espontánea de ánimo a la que no estaba acostumbrado. Solo quería hacerle entender que la comprendía y que, en cierto modo, la apoyaba, que entendía cómo se encontraba... Él había sufrido una gran pérdida en el pasado, y recordaba que aquella fue una etapa en la que estaba totalmente perdido y confuso. La forma en que Lillie se estaba enfrentando ahora a la suya propia y a los cambios que se estaban dando en su vida era admirable... Y lo sabía porque él había tratado a personajes ricos y caprichosos con anterioridad y nunca, ninguno de ellos, optó por la salida difícil. Lillie podría haber hecho mil cosas, mil locuras como las que solían hacer otras personas de su ámbito, pero ella se había alejado de todo... Y había intentado centrarse.

Era en ocasiones como esa cuando recordaba por lo que había pasado, por lo que habían pasado juntos, aunque la imagen de la pérdida y el dolor se apagaban con rapidez en cuanto la tocaba. Como había sucedido en ese momento, de nuevo.

Con solo tocarle la mano, el roce cálido de su piel contra la de ella, fue como si... como si... ¡como si estuvieran desnudos! ¡Dios! Entrelazar sus dedos con los de ella le había enviado cientos de imágenes sexuales a la mente, imágenes de cuerpos entrelazados, jadeos, movimientos rítmicos y sudor compartido. La sensación fue tan impactante que, de no haber estado Hannah presente, la habría llevado a un lugar oculto entre las rocas, la habría apoyado contra el muro y habrían follado allí mismo, en la playa, a la posible vista de todos.

¿Cómo diablos había llegado a ocurrir aquello?

Se soltó de inmediato y se pasó la mano por la boca intentando dilucidar por qué de repente sentía esa atracción sexual tan fuerte hacia ella.

Bueno, quizá no era tan repentina, si era sincero consigo mismo. Quizá la había sentido desde que la tuvo enfrente de nuevo. O antes. Incluso cuando la odiaba sin ningún motivo concreto también había sentido una extraña atracción hacia ella... Solo tuvo que recordar la noche en que fue con Anne a buscarla a casa y terminaron sentados juntos en un banco, al aire libre. Era muy probable que todo hubiera comenzado allí, pero pensaba que era tan solo la intención de cuidar de alguien que estaba en apuros, esa vena retorcida que a veces le fastidiaba cuando menos se lo esperaba. Pero aquello o bien había cambiado, o bien había sido otra cosa desde el principio, y esa idea estaba cobrando cada vez más fuerza.

¿En qué lío se estaba metiendo?

Fuera el que fuera, estaba desesperado por salir de allí y estar a solas con ella, pero su cerebro no quería hacer caso a lo que su cuerpo exigía.

Carraspeó de nuevo, tragó saliva e intentó decir algo coherente.

—¿Y qué tal con los monjes?

Mierda. Qué idiota.

Escuchó cómo ella reía por lo bajo y sintió el calor subirle a las mejillas. Se alegró de tener barba. Para eso estaba, para ocultar las emociones que pudieran aflorarle a la cara.

—Los monjes muy bien, todos ellos. Muy sanos, muy conciliadores, muy... budistas. A veces me hartaba tanto de meditar que sentía que la cabeza me explotaba, en serio, ¡literalmente! —terminó, riendo de nuevo.

A él esa risa se le antojó preciosa, y sonrió de vuelta. De inmediato se corrigió y volvió a su actitud normal. No podía dejarse llevar por lo que estaba sintiendo con esa chica... no podía cometer el mismo error una y otra vez. Ahora estaba su niña, ahora estaban los dos solos, y si decidía comenzar una relación debía ser con alguien que se pareciera a él: alguien centrado, estable, inteligente y con una buena conversación. Y que adorara a los niños, por supuesto.

Lillie, por desgracia, no encajaba en absoluto con ese perfil. Ya había conocido a demasiadas como ella y no, gracias. Por muy atractiva que fuera. Para echar un polvo podía escoger a cualquiera, cualquier noche en el club Underground. Incluso podía volver a hacerlo con Sue, ya puestos. Al fin y al cabo, nadie mejor que una mujer bisexual y liberal que no buscara ataduras para desahogarse y continuar con su vida como si nada. Ya lo habían hecho antes, y el acuerdo había sido del todo satisfactorio para los dos. Quizá debiera hacerle una visita pronto para comprobar si, una vez desahogado, seguía sintiendo el mismo impulso animal por Lillie.

Se dio cuenta de que ambos estaban callados desde hacía un rato e intentó retomar la conversación para alejar aquellos pensamientos de su cabeza.

—Y... ¿has podido hablar con Anne? Según tengo entendido, esperaba verte.

Llegaron al final de la explanada y se dieron la vuelta de nuevo tras los alocados pasos de Hannah, cosa que Ian permitió porque debía quemar todo el azúcar y carbohidratos consumidos antes de llegar a casa.

—De hecho, sí. Hablé con ella ayer y he conseguido tranquilizarla un poco —rió—. Sé que soy un desastre, tendría que haberme puesto antes en contacto con ella pero... —mover las manos hacia arriba y abajo, en un gesto de impotencia—, es que tengo la sensación de haber sido un grano en el culo la última vez que estuve aquí, sabes. Y quiero hacer las cosas bien.

—En realidad, sí que fuiste un grano en el culo —ella se volvió a mirarle haciendo una mueca y él se apresuró a solucionar aquello, si es que podía—. Pero solo al principio. Después la cosa mejoró, ya sabes.

—Ya. ¿Y cuándo mejoró? ¿Cuando destrocé toda la casa o cuando me dijiste que era una egocéntrica y una malcriada? Porque fue eso lo que me dijiste, ¿no?

—Eh... —se pasó una mano por el pelo y se apartó la mecha que le caía sobre la frente —, sí, más o menos. Pero no puedes culparme por ser sincero, lo hice con buena intención.

—Psé —Lillie se cruzó de brazos—, pero no hacía falta ser tan duro —y le dio una patada a una piedra con la punta del pie.

—Lo siento, soy así de directo y franco, y eso a veces no es tan bueno, debo admitir.

—¡Vaya! ¡No me lo puedo creer! ¡Pero si Don Perfecto está admitiendo que tiene defectos! —le contestó ella, para después detenerse delante de él a cortarle el camino y ponerse las dos manos en la cara, fingiendo sorpresa.

Ian miró su boca sonrosada todavía por el frío del helado, que ahora formaba una graciosa «O», y tuvo un pensamiento bastante obscuro acerca de lo que podía hacer ella con esa boca y otras partes de su cuerpo. Justo tal y como lo pensó se arrepintió de ello. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué de pronto parecía un chaval salido? ¿Y por qué demonios tenía que pasarle precisamente con Lillie?

Entrecerró los ojos y le envió una mirada de esas que le hacían temblar las piernas a todo el que tuviera delante, pero como ella continuó riéndose, se exasperó, soltó un extraño gruñido gutural y la pasó de largo haciendo un ademán de protesta con la mano. Era ya demasiado mayor y sensato como para hacerle una peineta, pero sintió deseos de hacerlo y todo, de tanto que le sacaba de quicio.

—¡Hannah, es hora de irse a casa! —gruñó. Ocuparse de otras cosas le ayudaría a volver a tranquilizarse de nuevo.

—¡Pero si lo estamos pasando muy bien, papi!

—Es tarde y tienes que bañarte.

Ante los gruñidos de la niña, que al final terminó por ceder, Ian la tomó de la mano y caminó con ella hasta una calle perpendicular, donde había dejado el coche. Lillie no sabía qué hacer, había caminado detrás de él riéndose todavía de la broma, pero ahora le parecía que el médico volvía a estar enfadado por algo y no quería su compañía. Lo estaba dejando bien claro, de tanto que hacía por evitar mirarle a la cara.

Pero, ay, a ella le encantaba hacerle enfadar... Le divertía muchísimo.

Observó cómo le colocaba el cinturón de seguridad a la niña y, cuando se giró, se topó con ella de frente. Le dedicó una de esas sonrisas enormes y encantadoras que desarmaban a muchos hombres, y ella lo sabía. Pero entonces pensó que la mitad de las veces en que había sonreído así, los hombres buscaban una cosa distinta de ella, y no lo que ella creía. Ian no le devolvió la sonrisa, sino que frunció más el ceño, desvió la mirada a su boca y luego volvió a subirla a sus ojos.

¿Qué sentiría si la besaba con esa barba? Nunca la había besado nadie con barba, si lo pensaba bien. Como mucho, una ligera de tres días sin afeitarse, pero no barba lo que se dice barba, como la de este hombre...

—Nos vamos a casa. Me alegro de ver que estás bien, Lillie.

Al ver interrumpido el hilo de sus pensamientos, ella suspiró y se apoyó en el coche, cruzándose de brazos. Ponerle caras románticas a Ian podría ser de lo más divertido. Ya

puestos a gastar bromas...

Pestañeó varias veces e hizo un gesto de corderita enamorada.

—No me digas que te has preocupado por mí durante todo este tiempo. —Volvió a pestañear y lanzó otro ataque: su sonrisa tímida y coqueta.

Ian levantó las cejas y giró un poco la cara. Se notaba a leguas que estaba captando la indirecta, pero no sabía si fiarse de lo que estaba viendo, se sentía muy incómodo.

—Yo me preocupo por todos mis pacientes y mis... mis... mis amigos también, claro.

Se puso nervioso. Se puso muy, pero que muy nervioso. Comenzó a restregarse las manos por los pantalones y a mirar hacia los lados, pero ella no se apartó de la puerta del coche ni retiró su mirada fija e insinuante. Aparte de que estaba disfrutando haciéndole sufrir de aquella manera, ahora se estaba dando cuenta de cosas que antes no había visto.

Cosas relacionadas con su físico.

Por ejemplo, le parecía muy, pero que muy sexy que, cada vez que tragaba, la nuez se le moviera ligeramente en el cuello. Nunca se había fijado en ese punto del cuerpo masculino, pero es que la de él estaba parcialmente cubierta de vello, y eso la hacía como más... sexy.

Vaya... El doctor Morgan era sexy. Un semental muy masculino y sexy. Eso sí que era toda una revelación.

Recordó su torso desnudo cuando jugaba con la niña en la playa y no pudo evitar deslizar su mirada hacia abajo. Estaba tan, tan acostumbrada a fingir poses seductoras para sus actuaciones, entrevistas y videoclips que le salían de forma natural, y en ese momento se sentía de lo más seductora.

—Me tengo que ir —dijo él de manera abrupta.

Ella interrumpió el repaso corporal que le estaba haciendo y le miró a la cara. Todo rastro de seducción se esfumó, porque él se giró, dio la vuelta al coche y se metió dentro.

Lillie tuvo que levantarse de la puerta si quería salir ilesa de aquello, porque él arrancó y, sin mediar otra palabra, se largó de allí a toda pastilla.

No supo cómo sentirse, si divertida o frustrada... Divertida, porque estaba claro que había asustado al doctor de hielo, le había acojonado hasta tal punto que casi se caga en los pantalones. Y eso que no iba preparada para la seducción, porque si llega a estarlo, con todo su equipamiento, el médico no habría salido ileso de allí.

Pero por otro lado, se sentía triste porque... porque... no supo decir por qué, la verdad. Se sintió triste solo por el mero hecho de que él se había marchado, con su niña, y la habían dejado allí sola. La diversión se había acabado de golpe.

Se cruzó de brazos y miró el lugar por donde había desaparecido el coche dejando un rastro de polvo en el aire. Quizá no debiera haber jugado con él así. A lo mejor, usar sus armas de mujer con un hombre que no estaba acostumbrado a ellas o que, sencillamente, no las apreciaba, no era tan buena idea ni tan divertida como ella creía.

O a lo mejor, pensó al fin, tenía todo el derecho del mundo a usar sus armas de mujer

con quien le diera la gana, y a comportarse como ella siempre lo había hecho, seductora o no. A lo mejor, el que tenía un problema con las mujeres era ese estúpido médico, que no sabía apreciar una cuando la veía.

De repente, le vino una oleada de rabia... Rabia por todos esos chicos que habían resultado ser un fracaso, por todos esos que no la habían querido, que no habían sabido valorarla ni apreciar lo bueno que había en ella. Porque lo había, y mucho. Ella, con su aire seductor, su cutis perfecto, su cuerpo, su voz... No era solo eso. Podía además ser caprichosa y un poco egoísta, probablemente, pero había algo de lo que no cabía duda: era una buena persona. Una buena chica. Si hubiera tenido amigos de verdad, los habría cuidado. Si hubiera tenido un novio de verdad, de esos que te quieren de manera genuina, lo habría querido, respetado y cuidado hasta la muerte. Si hubiera tenido un hijo, habría cuidado de él aunque le hubiera costado la vida.

Sí, a lo mejor quien tenía un problema de actitud era ese maldito médico. Ella estaba harta de tropezarse con tipos que la despreciaban y no pensaba dejar que eso volviera a ocurrir jamás, ni aunque formara parte de un estúpido juego.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar de manera decidida hacia su propio coche, un pequeño Opel Corsa que había comprado por mil libras en una compraventa de carretera y que puede que la dejara tirada en cualquier momento, pero al menos no había tenido la necesidad de ir al banco a que le dieran un enorme fajo de billetes para un cochazo de lujo. Ya no solo era por no llamar la atención, sino también porque no le importaba prescindir de esos lujos... Un bolso, unos zapatos... Esas sí eran cosas que le gustaban y con las que había perdido la cabeza muchas veces, pero no con coches o casas enormes que gritaran a los cuatro vientos lo rica que era.

Se metió dentro de su cochecito toda indignada y envalentonada, decidida a no fijarse en ningún hombre más por el resto de su vida. Total, no los necesitaba para nada, no hacían más que traerle problemas y, en realidad, a ella no le había hecho falta seducir a nadie en su vida. Siempre habían acudido ellos a ella y no iba a empezar ahora a hacer lo contrario.

Mientras conducía de vuelta a su pequeña casita en Bay Town, se iba enumerando las mil y una razones por las que debía alejar a los hombres de su vida y, en especial, a Ian Morgan: la primera y principal de todas, era que ese hombre no estaba hecho para ella. Ni siquiera para una pequeña aventura, de esas que nunca había tenido... Puede que él sí fuera discreto y nunca contara a nadie que había tenido algo con ella en caso de que ocurriera, pero se negaba a involucrarse en nada con él porque él era como un témpano de hielo, y ella era fuego.

Ella necesitaba cariño, amor sincero, pasión, y todo lo que conllevaba una relación amorosa porque era una mujer ardiente, efusiva en todas sus facetas. Lo vivía todo al máximo, tanto lo bueno como lo malo... Pero Ian era como una línea continua en un electrocardiograma: un pitido continuado y lúgubre, sin esperanza de ningún pico que prometiera vida.

Y esos desmanes que le hacía... Esos desprecios... Pero ¿quién se creía él que era? Puede que fuera guapo en el sentido básico de la palabra, pero antes perdía una muela que dejar que la despreciara otra vez con su actitud.

Una y no más.

Esa noche casi no pudo dormir del enfado, pero cuando se levantó al día siguiente, cansada y malhumorada, mantuvo la misma decisión y se enorgulleció de ello: ahora era una mujer decidida a hacer su vida en solitario, no necesitaba a ningún hombre.

CAPÍTULO 17

Anne vino a verla un par de días después. Era un placer tan grande abrazar a aquella pequeña chica que Lillie se sintió una estúpida por no haber retomado la relación con ella en cuanto llegó. Había cosas en la vida que uno no debía dejar de hacer, como abrazar a sus amigos y decirse cosas bonitas, cosas sentidas de verdad, porque los amigos eran una de esas maravillas que te hacen sentirte bien cuando más lo necesitas.

—No me has contado qué tal te fue en La India —le dijo la enfermera cuando se sentaron a disfrutar de unos preciados rayos de sol sobre la arena de la playa. Anne le había dicho que tenía intención de sacarla todo lo que antes no la había podido sacar de casa, así que decidieron pasar su primer día fuera cerca del océano.

—Un aburrimiento. Casi me vuelvo loca, si te digo la verdad.

Escuchó cómo su amiga reía a su lado y la miró de reojo. Estaban las dos echadas sobre sendas toallas, con las gafas de sol puestas y la cara vuelta hacia el astro rey como dos sirenas.

—Si te digo la verdad, no me cuadraba para nada que te hubieras ido allí, tú sola, a aislarte entre esos monjes ancianos.

—Bueno, Anne, también vine aquí hace unos meses y me aislé entre ancianos, ¿o es que ya te has olvidado?

Su amiga hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Bah, pero eso fue distinto. Aquí viniste porque no tenías otro remedio y no había un escondite mejor. Pero meditar... No sé, no te veo yo meditando. Te veo más bien practicando deportes de aventura o algo así.

Ahora le tocó el turno a ella de sonreír.

—Ya he tenido demasiadas aventuras en mi vida. Ahora necesito paz, tranquilidad y un lugar donde estirar las piernas y tomarme un *gin tonic* a gusto si me da la gana.

—Estoy contigo en lo de los *gin tonics*. ¿Te apetece uno ahora?

Lillie se irguió y se apoyó sobre sus codos para echar un vistazo alrededor.

—¿Y dónde nos lo tomamos? Esto está desierto, no es una playa de Ibiza que digamos...

—Podemos subir al hotel y tomarlo en la taberna.

—¿Estás loca? No quiero que en el pueblo me tomen por una borracha.

—¿Estamos hablando solo de un *gin tonic* o de varios? —le preguntó Anne, girándose

hacia ella y arqueando las cejas.

Lillie sonrió, pero su sonrisa ahora no era seductora, sino perversa.

—De los que nos quepan, joder. Ahora que no tengo que rendirle cuentas a nadie me puedo dar un gusto... ¡Al demonio con todo, vamos a vivir la vida loca!

Terminaron viviendo «la vida loca» en la vieja taberna de la Sra. Hastings. Podrían haber mil lugares donde vivir la vida loca que ansiaban, pero Anne se había acordado de que allí solo iban unas pocas personas y le pareció el escondite idóneo en caso de que terminaran borrachas y haciendo estupideces. A Lillie nunca se le había visto bebida en público, y ni siquiera recordaba haberlo estado desde que era una adolescente, la verdad, así que aunque estaba dispuesta a vivir esa vida loca, no lo estaba tanto a que los demás fueran testigos de ello.

Además, la dependienta, la tal Sue que le había hecho ojitos a Ian cuando él la llevó al Hastings, no había dicho nada sobre su visita a la taberna, así que se suponía que también era una mujer discreta.

Al cabo de dos copas, la camarera también le parecía muy simpática. Todo lo contrario a lo que había opinado de ella en un principio, cuando la chica se había limitado a tontear con el médico. Cuando casi habían acabado el segundo *gin tonic*, comenzaron a comentar con ella cuáles eran las cualidades más atractivas de los hombres en opinión de cada una.

—A mí me gustan los tíos fuertes y grandotes —dijo Anne—, de esos que te abrazan y te aplastan... Me encanta meter la cara en su pecho y suspirar. ¡Ay, quiero estar enamorada! Pero el amor se me resiste.

Lillie la miró varias veces y pestañeó, intentando aclararse la vista. No estaba muy borracha, solo un poco, pero le pareció que Anne tenía un halo blanco en la cabeza, como el de los ángeles.

—Los tíos solo sirven para una cosa, chicas —les dijo Sue, que se había apoyado en la barra y las miraba con aquel aspecto de Mata Hari gótica que tanto intrigaba a Lillie—, y es para follar. Y tampoco lo hacen bien todos, pero Dios se ha encargado de darles una buena polla a algunos, y solo con esos merece la pena echar un polvo. Con los demás, nada de nada. Paso de los tíos que tienen una picha pequeña y además, no saben usarla, prefiero mil veces a una mujer. Las mujeres sabemos de todo —terminó, guiñándole un ojo a Lillie.

—¿Eh? —respondió ella, ahora completamente perdida.

—Ah, yo lo siento, pero es que a mí los hombres... Eso del tamaño del pene no me importa, ¿sabes? Yo lo que quiero es que me regalen flores, me inviten al cine, me inunden

a besos... —Anne suspiró, melancólica, y apoyó la cabeza sobre el brazo que tenía en el mostrador.

Sue resopló.

—Esta tía es una flipada —dijo, mirando a Lillie.

De repente ella se sintió desnuda, pues la camarera le repasó el escote con la mirada y después, adoptó una pose insinuante frente a ella.

—Los tríos también están muy bien. ¿Los has probado alguna vez, Lil? —le sonrió.

Ella miró de reojo a Anne, pero seguía sonriendo como una idiota y ni se había enterado del comentario de Sue, que obviamente solo iba dirigido a ella.

Entonces sintió un acceso de risa incontenible, que no pudo aguantar, y las carcajadas resonaron por todo el bar a pesar de la música alta.

—Pensaba que tú... Esto... ¿Eres lesbiana?

Sue suspiró y puso cara de agonía.

—No me pongas etiquetas. Me gustan las personas, y punto.

—Ah. A mí también me gustan las personas. Todas. Pero el problema es que yo no les gusto a ellas, ¿sabes?

—Eso no es verdad —despertó Anne—, a mí me gustas. Y... y creo que le gustas hasta a mi hermana Nicky, que ya es difícil. Y también le gustas a Tanner. ¡Ah, Tanner! ¡Pronto será su cumpleaños y me dijo que te invitara!

—Sí, qué majo, Tanner —gruñó—. Tengo unas ganas enormes de ir a su fiesta y ver lo enamorado que está de su preciosa mujercita.

—Oye, ¡que es mi hermana!

—¿Y qué? Sigue siendo su preciosa mujercita, ¿o no? —le dijo, desafiante.

—Pues sí. Pero mi hermana ha sufrido mucho antes de volver a estar con él y se merece ser feliz, no la pagues con ella. Y Tanner la quiere tanto... Oh, yo quiero un amor así, de verdad. Él le canta canciones y le lanza unas miraditas cuando cree que no les vemos...

Anne suspiró y Lillie se metió dos dedos en la boca e hizo el amago de vomitar sobre la barra.

—Eh, en mi barra no, monada, si vas a vomitar vete al baño y ni se te ocurra salpicar nada, ¿estamos? —gruñó Sue.

—Oye, Sue, ¿sabes una cosa muy divertida? —comenzó Lillie después de darle el último trago a su *gin tonic*. Ya que parecían estar adquiriendo confianza, se había envalentonado del todo—. Yo pensaba que tú estabas liada con el doctor Morgan.

—¿Con Ian? —le respondió la otra. Sonrió de medio lado y entrecerró los ojos, insinuante. Lillie tuvo una premonición, que se vio confirmada de inmediato—. No suelo hablar de los tíos con los que suelo follar, incluso aunque la tengan grande y sepan usarla... —Sue se miró las uñas para disimular—. Además, es médico, digo yo que es lógico que sepa de anatomía humana, ¿no?

Esperó a ver la reacción de Lillie, observándola con la mirada fija, y ella sintió que la estaba radiografiando y había conseguido sacar un claro escáner de todo lo que pasaba por su cabeza.

—Te gusta nuestro doctor, eh... —dijo de repente Sue.

—¿Qué? —replicó Anne, perpleja—. ¿Que te gusta el doctor? ¿*Qué* doctor?

Lillie iba un pelín alegre, pero todavía controlaba... ¡Necesitaba urgentemente una maniobra de despiste!

—¡A mí me gustan todos los hombres! ¡Todos! Para echar un polvo, claro —mintió como una bellaca—. ¡Oh! ¡¡Esta canción me encanta!!

Sin más, y sin siquiera detenerse a reflexionar, se subió a la barra, se hizo un nudo a la cintura con la camiseta amplia que llevaba puesta para poder enseñar mejor el ombligo y lucir sus vaqueros cortos desgastados, y comenzó a bailar por toda la barra, cuan larga era.

Sue y Anne la miraron con la boca abierta, sin poder mediar palabra... Claro, la canción era *International Love*, de Pitbull, y a Lillie le había dado por hacer unos pasos de hip hop cuando hablaba el cantante y, en el estribillo de Chris Brown, se agachaba, se tocaba las puntas de los pies con los dedos de las manos y meneaba el culo para todo aquel que quisiera disfrutar de sus redondas y trabajadas posaderas.

—La madre que la parió... —dijo Sue, intentando alzar la voz por encima de la música—. Si lo llego a saber pongo mucho antes esta mierda de música en mi local pero, ¿no se supone que esta estaba aquí de incógnito?

Anne la miró con los ojos abiertos como platos. Ninguna de ellas le había dicho que Lil era Lillie, Lady Lillie McFly... Pero claro, ahora ya no tenía remedio el asunto, y ella se puso totalmente colorada. Sue se rió más alto, tanto que se dobló sobre sí misma y tuvo que apretarse la barriga con las manos, pero la enfermera pudo escuchar todavía cómo decía, entre aspavientos:

—¡Quién me iba a decir a mí que iba a tener la oportunidad de verle el culo a la McFly!

En el preciso momento en que la «fiesta» estaba en su punto más álgido, la puerta de la taberna se abrió y entró una luz cegadora que impidió a Anne ver quién había entrado. Entrecerró los ojos, pero entre el alcohol que llevaba en sangre y la penumbra del lugar no le fue nada fácil mirar hacia el recién llegado. O mejor dicho, a los recién llegados.

Porque eran dos: un hombre y una mujer.

La chica se acercó hasta Anne y entonces esta la reconoció.

—La madre que me parió —le dijo su hermana Nicky—. ¿Qué coño hace esa ahí arriba?

—¡No he podido detenerla! —le contestó ella—. Ni siquiera me ha dado tiempo a agarrarla de un tobillo, ¡se ha subido ahí arriba como una bala!

—¿Cuánto ha bebido? —preguntó una voz masculina detrás de Nicky.

Entonces Anne se giró y le vio.

—Hablando del rey de Roma —dijo ella por lo bajo.

—¿Qué? —le respondió Ian.

—Nada, doctor. Solo se ha tomado un par de copas, la verdad. Lo mismo que yo, se lo prometo.

—¡Hola, Nicky! —Sue había salido de la cocina, donde había entrado por lo visto en busca de pañuelos para sonarse los mocos, y saludó con toda efusividad a la chica, haciendo caso omiso del doctor—. Vaya, qué suerte que hayas venido...

—¿Y eso? —respondió ella.

—Estábamos hablando de sexo libre —respondió Sue, para después apoyarse en la barra y mirarla con ojos de corderito degollado.

—¿Por qué coño piensa todo el mundo que soy lesbiana? —Nicky se cruzó de brazos y miró a Ian, pero este tenía la mirada fija en Lillie, que seguía bailando sobre la barra, moviendo las caderas hacia adelante y hacia atrás para seguir el ritmo de la música.

—Ah, ¿no lo eres? —preguntó Sue.

—¡No, no lo soy!

—¡Claro que no lo es! —respondió Anne al mismo tiempo.

Nicky se volvió hacia su hermana y le preguntó, con cara de pocos amigos:

—¿Y tú cómo mierda lo sabes?

—Pues porque aunque tires basura por la boca, se te van los ojos detrás de ese entrenador de fútbol... ¿Cómo se llama?

—¿El rubito bonito ese de ojos azules? —terció Sue.

—¡A mí no se me van los ojos detrás de nadie! —respondió ella, indignada.

—A propósito, ¿qué hacéis aquí los dos juntos?

Había sido Anne quien preguntó, pero Sue se apoyó en la barra y se puso las manos en las mejillas, esperando con atención una contestación. Como Ian parecía haberse ido al país de los culos en acción, fue Nicky quien tuvo que responder.

—Voy a ayudar al doctorcito a hacer un logotipo para su clínica, a crear su imagen corporativa y todo eso, así que pensamos que podíamos tomar una copa mientras charlábamos.

—Ya —respondió Sue, que miró de reojo al médico como dando a entender que no se creía ni media.

Nicky le devolvió la misma mirada feroz.

—Si te piensas que me he liado con él, vas lista. Antes prefiero montármelo con un témpano de hielo. O con Ramsay Bolton^[2]. Pero es que hoy no estoy de humor, así que otra vez será, ¿vale, guapa?

Sue se echó a reír y, de repente, Ian pareció haber vuelto al mundo real al escuchar la frase «me he liado con él».

—¿De qué demonios estáis hablando?

—Nada, querido doctor, de esta fiesta tan maravillosa que nos estamos montando. ¿Te unes? —preguntó Sue en tono provocador.

Anne se giró, toda colorada, y puso cara de querer que se la tragara la tierra. De todas formas, Ian, el médico estricto, antipático y extremadamente educado que ella conocía, sonrió a Sue y contestó:

—Quizá más tarde, Sue. Nicky, ¿nos sentamos?

Tomó a la chica del brazo y se marchó a una mesa apartada desde la cual pudiera tener una vista directa de la barra.

Lillie, que seguía en trance en su podio erótico-festivo, ni se había enterado de quiénes eran los recién llegados. Aunque la canción había terminado y ahora estaba sonando otra, ella seguía bailando: cerraba los ojos, se retorció la melena, miraba hacia el cielo y parecía suplicar al Dios de las Strippers que la bendijera con un haz de luz dorada para celebrar la ocasión, de tan metida en el asunto que estaba.

—Bueno, ¿qué hacemos con esta? —le preguntó Sue a Anne, haciendo un gesto en dirección a la cantante—. ¿La dejamos que se siga desfogando o ya ha hecho bastante el ridículo?

Ella suspiró.

—Anda, no seas aguafiestas. Si las amigas hacen el ridículo, no puedes dejarlas hacerlo sola... Pon *Girsl just wanna have fun* —le dijo, al fin, y se subió a la barra junto a la superestrella del pop.

Sue se volvió hacia el ordenador y añadió la canción a la *playlist*, pero todo el tiempo estuvo negando con la cabeza y refunfuñando palabras soeces contra todos aquellos que escuchaban la basura de música pop que el sistema les vendía.

Al fondo del bar, y aunque Ian y Nicky continuaban hablando sobre la imagen que la informática debía crear para él, el médico no podía apartar la mirada de las dos chicas hasta que, al fin, su compañera se hartó de hablar para la pared y se recostó en su asiento a mirar el móvil mientras él observaba la escena con la boca semiabierta.

Las dos mujeres saltaban sobre la barra y movían las manos hacia arriba y hacia abajo como locas, una con mayor gracia que la otra, cuando la puerta de la taberna se abrió de nuevo.

—¡Hombre, ya estamos todos! —dijo Nicky.

Parados como un par de pasmarotes en el umbral de la taberna estaban su cuñado Tanner y su hermana Linda, que se habían quedado bloqueados al ver el show de la barra y observaban a las dos *showgirls* con la boca totalmente abierta. Nicky se restregó una mano por la cara y suspiró.

—Joder, qué pérdida de tiempo y dinero —se quejó por lo bajo. Si ya sabía ella que eso de trabajar estaba sobrevalorado, la próxima vez ni lo intentaría.

Yellow —el apodo que algunos usaban para llamar a Linda— se volvió de repente y le clavó la mirada, y entonces agarró a su marido del brazo y se dirigió hacia la mesa donde el médico y ella estaban sentados. Sin embargo, a Tanner le costaba dejar de mirar a Lillie

y Anne, y a duras penas podía contener la risa.

—¿Me puedes decir qué es lo que está pasando aquí? —le dijo a Nicky en cuanto llegó a su lado —. Oh, perdone, doctor Morgan, no le había visto. Buenas tardes.

Él se volvió hacia ella y sonrió.

—Buenas tardes, Linda, hola Tanner, ¿cómo estáis? —y, tras estrecharles la mano, de nuevo giró la cara para seguir con lo suyo.

—Hola, Tanner —dijo Nicky a su cuñado, que sacudió la cabeza, y se tapó la boca con la mano para ahogar las carcajadas—. Pues pasa, querida hermanita, que ese par de ahí arriba se ha cogido una cogorza y ahora están dando rienda suelta a sus instintos.

—¿Y cómo es que les estás dejando tú hacer algo así?

—¡Ja! ¿Acaso crees que soy su niñera? Pues sí que estamos bien. Además, a este sitio le hace falta un poquito de diversión, que Sue lo lleva como si fuera un hogar para la tercera edad. Bastante me ha costado no echarles fotos con el móvil, que lo sepas.

—Tanner —Yellow se volvió hacia su marido, pero este miraba de vez en cuando de reojo a las chicas y sonreía—, ¿vas a dejar a Lillie que se ponga en evidencia? ¡Bien sabes lo que puede pasar como la cacen en esta situación!

El suspiró y le dio un beso a su mujer en la mejilla. Sí, el espectáculo era muy divertido, sobre todo porque su pequeña cuñada Anne se había dado la vuelta y estaba haciendo como si batiera un tarro de mahonesa al más puro estilo cutre de barrio, moviendo los brazos en círculos mientras que Lillie, por su parte, subía y bajaba a su lado haciendo gala de su buena musculatura y forma física espectacular, aunque no tan buen equilibrio.

De repente, las dos chicas se quedaron de frente, se miraron, se abrazaron y...

—¡¡¡Por Dios santo, ya basta!!!

Todos se quedaron atónitos ante el enorme grito que dio el médico, que se levantó y tiró la silla de un golpe con el impulso. En solo un par de rápidas zancadas llegó hasta la barra y gritó:

—¡Sue, apaga la maldita música! —La camarera se volvió a toda velocidad hacia el ordenador y siguió sus órdenes—. ¡Y vosotras dos!

Ian las señaló con el índice mientras gritaba y fue entonces cuando las dos chicas separaron sus frentes, que hasta ahora habían unido mientras se miraban a los ojos como un par de enamoradas, y bajaron la vista hacia él.

Los ojos de Lillie se abrieron como platos y después se movieron para recorrer el local. En ese momento pareció recordar que estaba en un lugar público, y cuando vio que, aparte de Ian estaban Nicky, Tanner y su mujer, se tapó la boca con la mano y ahogó una carcajada, lo cual pareció enfurecer todavía más al doctor.

Mientras las amigas se ayudaban a bajar de la barra sosteniéndose de la mano para no caer, él apoyó las manos en las caderas y abrió un poco las piernas, en pose amenazadora. Si ya de por sí era un hombre grande e imponente, con esa actitud habría hecho que a cualquiera le temblaran las piernas... De hecho, a Anne comenzaron a temblarle cuando

se paró junto a él y tuvo que desviar la mirada debido a la vergüenza, pero Lillie se atrevió a mirarle a los ojos y le sonrió.

—Bueno, querido doctor, si lo que quieres es un baile privado, vas a tener que ir poniéndote a la cola —y se marchó hacia el baño contoneando las caderas y mostrando sus morenas y sedosas piernas a todo aquél que quisiera verlas.

Ian entrecerró los ojos y se quedó allí, parado, sin saber bien qué hacer y sin poder despegar la mirada de su bonito trasero.

—Desde luego, doctor Morgan, no es por faltarle al respeto ni nada parecido eh, pero es usted un aguafiestas —le dijo Anne a su lado.

Él se giró, la miró y salió disparado hacia el pasillo que daba al baño, detrás de Lillie. Estaba furioso, aunque más que con ella... No sabía decir con qué. Pero lo estaba.

La alcanzó justo antes de que entrara en el servicio de señoras. Tiró de ella agarrándola bien fuerte del brazo para que se diera la vuelta y la empujó, con poca delicadeza, contra la pared.

—¿Pero qué coño te pasa? —le dijo ella mientras le miraba ceñuda e intentaba desasirse de su agarre.

—¿Que qué me pasa? ¿Quieres saber qué me pasa? ¡Pues bien, te lo voy a decir! Vienes aquí... aquí, apareces de la nada y pides, o no, ¡más bien exiges una amistad! — Ian se había descontrolado y se acercaba cada vez más a ella con un aspecto tan amenazador que, de no haberle conocido, habría podido tomarle por uno de sus admiradores obsesionados con ella—. Haces que los demás nos preocupemos por ti, te... te... ¡compartimos cosas, joder! Y luego, después de conseguir lo que quieres, que es volvernos la vida del revés, desapareces. Y ahora vuelves y armas todo este... alboroto y encima finges que no pasa nada, ¡eso es lo que me pasa!

Ian tenía los labios apretados y no le soltaba el brazo, y a Lillie comenzaba a dolerle. De repente, comenzó a sentir que el nivel de alcohol que parecía haber recorrido sus venas dos minutos antes había desaparecido por completo. Le miró a los ojos, a aquellos ojos oscuros y furibundos bordeados de unas espesas pestañas negras que le hacían parecer un pirata y no un médico, y se sintió más confundida que nunca.

—Vaya por Dios, siento haberte pedido algo que te costaba tanto dar. Pero no he hecho las cosas por capricho. He actuado en todo momento por mi propio bien, y perdona si, por una vez en la vida, lo he hecho de forma egoísta, pero es jodido comprobar que soy la única que me preocupo por mí misma, si te soy sincera.

El gesto de él se suavizó y aflojó un poco la mano, pero no la soltó. Lillie tenía la espalda pegada contra la pared y se sentía atrapada, sin escapatoria. Le estaba dejando leer dentro de ella, y saber que no podía hacer nada por evitarlo era una sensación sobrecogedora.

—Maldita sea, no te estoy reprochando nada —espetó él, después de unos segundos en que pareció recapacitar mientras la observaba—. Solo me estoy preocupando por ti, ¿es que no lo entiendes? Quiero, *necesito*, saber que estás bien. Llegar aquí y encontrarte así... No me lo esperaba. Creía... Por un momento pensé que podía pasarte algo malo.

Aquellas palabras entraron poco a poco en el cerebro de Lillie y se fueron colando por todo su sistema nervioso, recorriendo todos y cada uno de sus puntos más sensibles, llenándola de calor y de... y de algo que no podía controlar, lo cual solo le ocurría con Ian Morgan. Pestañeó varias veces para ahuyentar las lágrimas. Sabía lo que él quería decir, lo sabía perfectamente. Al verla allí subida pensó que se había pillado la borrachera del siglo y que, quizá, había optado por el camino más fácil —el de olvidar gracias al alcohol u otras sustancias—, pero nada más lejos de la realidad.

—De verdad, estoy mejor —logró decir, aunque con la garganta tan hinchada que apenas le salieron las palabras—. Solo... Lo que me pasó es algo que no se puede olvidar, y no te voy a mentir y decirte que estoy completamente recuperada, porque no es así. Pero estoy mejor, no es necesario que te preocupes. Lo único que estábamos haciendo Anne y yo era pasarlo bien, nada más. Solo somos dos chicas divirtiéndonos.

Volvió a pestañear, aunque las ganas de llorar habían remitido. ¿Por qué tenía él que volver a sacar aquel tema tan difícil para ella, y justo cuando lo único que estaba intentando hacer era pasar un rato alegre y despreocupado con una amiga?

—Uno no se preocupa por alguien en un momento dado y luego deja de preocuparse sin más, Lillie —le respondió él. Entonces le soltó el brazo y ella, a pesar de que en un principio el contacto había sido brusco, se sintió desamparada. Sin embargo, se limitó a asentir con la cabeza—. Pero tienes que reconocer que no parece normal que de repente, entre en un bar y te vea en un estado no muy sobrio, bailando como una loca encima de la barra. Pensé que... se te había ido de las manos.

Ella soltó un bufido.

—En serio, Ian, eres un muermo. No estaba allí arriba porque esté loca ni se me haya ido de las manos, por Dios. Ya te lo he dicho y no tengo por qué volver a explicártelo más. Estaba pasando un rato divertido con una amiga, y punto. No estoy loca, no se me ha ido la cabeza y, sobre todo, tú no eres quién para obligarme a dejar de hacer lo que me apetezca hacer.

Y la verdad era que, muy dentro de ella, también había sentido aquel pequeño aguijonazo que hacía tiempo no sentía: también estaba allí arriba porque le gustaba. Le gustaba el escenario, le gustaba cantar, le gustaba bailar. Ella era eso, y siempre lo había sido... Hasta que lo perdió. Y si en ese momento dado le había dado la real gana de subirse de nuevo a una barra y liarla, ni él ni nadie se lo iba a impedir, así que permaneció allí, erguida frente a él, con la misma mirada de determinación que veía en los ojos de él.

Pero no hubo tiempo de pensar más porque, de repente, la mirada de él se oscureció todavía más, frunció el ceño y apretó los labios, y acto seguido se encontró estampada de nuevo contra la pared, con el enorme y cálido cuerpo de él estrujándola y sus labios apoderándose con fuerza de los de ella. Las manos de Ian subieron de sus brazos a las mejillas, que acunaron con fuerza para impedir que se moviera. Como si ella hubiera querido hacerlo; solo quería tocarle, apretarse más contra él, sentir aquellos labios que, a pesar de su aspecto duro, eran suaves, cálidos, mullidos. Sensuales.

Aunque el beso había sido fuerte e impetuoso al principio, ambos no tardaron en dejarse llevar por un deseo que les invadió sin remedio. Lillie abrió la boca y sintió la punta de la lengua de Ian contra la suya, tanteando, probándola, saboreando sus labios.

Aquella sensación fue tan intensa que notó que las piernas comenzaban a temblarle y tuvo que dejarse caer sobre la pared. Ian se aferró a ella y la estrechó. Le abrió un poco las piernas e introdujo un muslo entre los de ella, para sujetarla mejor contra la pared mientras le acariciaba con los pulgares la curva de sus mejillas y le hacía entender con su cuerpo que aquella vehemente reacción de deseo era mutua.

La barba de Ian le rozaba cada vez que movía los labios, pero no le importó en absoluto; al contrario, le hizo imaginarla, junto con esos labios y esa lengua, en otras zonas erógenas de su cuerpo que estaba deseando exponer ante él. Se estaba dejando llevar, y no le importaba ninguna otra cosa que no fueran aquellas exquisitas sensaciones.

Entonces escucharon una voz de sobresalto en alguna parte y, como impulsados por un resorte invisible, se separaron de repente. Ian había dado un pequeño salto hacia atrás, como si se hubiera quemado, y Lillie miró directamente hacia su derecha, de donde había proveniendo el gritito.

No había nadie. Al menos, no en ese momento.

Se giró de nuevo hacia Ian, pero el momento de pasión se estaba esfumando con toda rapidez. Y aunque deseaba más que nada en el mundo que él volviera a repetir aquel beso, aunque deseaba mandarlo todo a freír espárragos y dejarse llevar por aquella extraña pasión que había sentido con él hacía solo un instante, supo en cuanto le miró que no podía volver a repetirse. La realidad cayó sobre ella como un jarro de agua fría: estaba besando al maldito doctor Morgan.

Él, que se había pasado las manos por la cara como si así pudiera borrar lo ocurrido, la observó con expresión incrédula.

—Dios... lo... lo siento, Lillie. No quería... yo... —continuó, aturdido—. Lo siento, no tengo excusa, pero no volverá a suceder.

Y se marchó dejándola allí plantada, sola y con el cuerpo palpitando de deseo por él.

Cuando al fin consiguió serenarse, entró en el baño, se lavó la cara, se aseguró de que nada en su rostro diera a entender lo que había ocurrido tan solo unos instantes atrás, y salió, todavía algo aturdida, a reunirse con el resto de la gente.

Sin embargo, Ian ya no estaba allí. Y Nicky tampoco. Se habían marchado los dos juntos y él ni siquiera se había dignado a despedirse.

CAPÍTULO 18

Había estado toda la tarde al teléfono con su madre, que estaba poniéndola al día de todos los cotilleos sobre ella y su círculo de satélites chupasangre —a los que habían apodado así porque habían demostrado serlo justo después de que ella se tomara su «descanso»— y lo cierto era que Lillie tenía pocas ganas de acudir a ninguna fiesta de cumpleaños.

De hecho, en esta nueva vida que había comenzado en ese rincón de Gran Bretaña se había prometido hacer única y exclusivamente aquello que le diera la real gana, pero sin saber cómo, había terminado aceptando la invitación de Linda para el cumpleaños de este en la casa familiar de Scarborough.

Bueno, en realidad sí sabía cómo, o más bien por qué, había aceptado... Pero claro, era difícil de reconocer. Lo había hecho porque el día del beso con Ian, al salir del baño, Tanner la había saludado con una expresión totalmente divertida y su mujer también estaba muy rara. Estaba claro que ambos sabían lo que había ocurrido con el doctor, y como ella era muy orgullosa, se había negado a quedar como una idiota si se negaba. Todo el mundo pensaría que estaba escondiendo la cabeza, y de eso nada. Iría sin problemas.

Iría a la casa de su exnovio, con su nueva mujer y sus hijos. Ella, que evitaba a toda costa encontrarse con bebés, ahora tendría que estar viendo además a la familia feliz con el suyo propio, y sabía que tendría que tragarse las ganas de llorar y que volvería a casa deprimida y con la moral por los suelos. Pero tenía que hacerlo. La mejor manera de superar las cosas era, muchas veces, enfrentándose a ellas.

Lillie sabía, además, que superar su tristeza no era cosa de un solo paso, sino de muchos pasos juntos, muchos obstáculos que superar, poquito a poco.

Esa noche iba a ser uno de ellos.

El cumpleaños de Tanner. El maldito cumpleaños de Tanner. A decir verdad, los cumpleaños de Tanner no solían funcionar bien. Tan solo había que recordar el de hacía dos años, cuando él la había dejado plantada en su casa de Malibú para largarse de nuevo a su pueblo, a Scarborough, donde la abandonó por su antigua novia de toda la vida.

Aparcó su cochecito en una explanada que había junto a la casa y que ya estaba ocupada por varios coches. Eso la hizo sonreír, porque ella era la única que llegaba con un cacharro como el suyo a la fiesta —ni siquiera estaba el otro cacharro de Anne, que era el único que podía ser peor— y se imaginó la cara que pondrían los demás al ver que ese trasto era precisamente de Lillie.

En la puerta no había nadie para recibir a los invitados y tuvo que tocar al timbre. A decir verdad, era una casa más bien pequeña, nada ostentosa... Nunca habría dicho que

alguien de la talla de Tanner Adams viviría en una casita de madera escondida entre colinas, pero claro, tampoco es que le hubiera conocido demasiado, aunque hubiera creído hacerlo.

Fue la mismísima señora Adams quien le abrió la puerta con una sonrisa enorme plantada en la cara, el pelo cayendo a ondas por sus hombros y espalda y un bonito vestido en color amarillo pálido que le llegaba hasta la rodilla.

—¡Hola, Lillie! —la saludo, con franca alegría, y se acercó a darle un abrazo—, oh, ¿has traído una botella de vino tinto? No tenías por qué preocuparte, ya sabes que Tanner prohibió los regalos en esta fiesta, pero muchas gracias de todos modos, seguro que está buenísimo.

Lillie se agachó y se acomodó al abrazo que la chica le prodigó.

—Bueno, tampoco es demasiada cosa, pero ya sabes que donde vivo no hay mucho donde elegir... —le dijo.

Le sacaba un palmo a Linda, que era menuda y parecía tener mucha chispa, y ella se sintió como una jirafa delgaducha y con el cuello largo. Siempre se había preguntado qué tenía esa mujer que no tuviera ella, pero estaba claro: parecía un *cupcake* sonriente, todo corazón, y cuando te abrazaba te sentías... querido, como cuando llegabas a casa por Navidad —o al menos tal y como lo veía en los anuncios al respecto.

Suspiró, sonrió con toda sinceridad, y se propuso disfrutar de la velada.

—¿Te ha costado mucho encontrar el lugar?

—Qué va, ya sabes que tampoco hay demasiado por donde perderse por aquí, Linda —le respondió ella.

—Oh, puedes llamarme Yellow sin problemas, todos los amigos lo hacen —y la tomó de la mano para dirigirla hacia el salón, donde se escuchaban voces y música—. ¡Hola a todos! ¡Ha llegado Lillie y ha traído vino!

Para su sorpresa, no todo el mundo se calló y se giró para observarla, como hubiera ocurrido en otra situación. Las personas que estaban más cerca sí la miraron y sonrieron a modo de saludo, pero el resto siguió a lo suyo, charlando y bebiendo alegremente de sus copas, escuchando música o, en el caso del niño que andaba por allí, jugando con una videoconsola. Lillie sonrió, pero a su lado la mujer de Tanner carraspeó, incómoda, e hizo como si no pasara nada.

—En fin, pasa y ponte cómoda. Ya conoces a mis hermanas, ¿no? Ve a saludarlas, están por el jardín. Luego te presentaré a nuestra familia, cuando estés más... eh... cómoda.

Lillie miró a la chica y asintió con la cabeza. Todo el mundo había acudido vestido más o menos de manera informal, y ella, que había pensado que se trataba de un cóctel y no de una fiesta tan pequeña, se había colocado un vestido ajustado de color negro que quizá era demasiado sexy. Bueno, era el único fondo de armario de que disponía en ese momento, así que tendría que valer. No le gustaría que pensarán que iba de diva por ser quien era y todo el rollo... Así que se cuadró de hombros y respondió:

—No te preocupes, ya me busco yo la vida. —Se marchó en busca de las hermanas

Mayers toda estirada y con la cabeza bien alta, como si no le importara nada en absoluto destacar demasiado.

Estaba a medio camino de cazar a su salvavidas —Anne, por supuesto, que andaba por la piscina con el bebé en brazos— cuando una mano pequeña le agarró y le hizo darse la vuelta con brusquedad.

—¡Eh, tú eres Lillie McFly!

Era el crío pelirrojo, y ahora que le veía de cerca pudo comprobar que tenía además los ojos verdes, del mismo color que su tía Nicky. En conjunto su aspecto era bastante mono, con sus pecas, el pelo de punta y la piel tan blanca, aunque se veía a las claras que era todo un elemento.

—Sí, esa soy yo... Y supongo que tú debes de ser el hijo de Linda, te llamabas...

—Leo, me llamo Leo —le dijo, y después le dio un repaso de arriba a abajo con todo descaro.

Por lo visto, el niño ya estaba entrando en la pubertad, dado del tiempo que dedicó a regocijarse en sus tetas y piernas. Ella se cruzó de brazos e intentó cortarle el rollo al chaval.

—Bueno, creo que tienes algún que otro póster mío en tu habitación, ¿no?

Él volvió a mirarle a la cara y sonrió, y Lillie no pudo evitar devolverle la sonrisa. Esa cara de pilluelo les iba a traer bastantes problemas a la familia Adams.

—Tengo un montón de pósteres tuyos, pero los que más me gustan son en los que sales con poca ropa.

Ella abrió la boca y los ojos, perpleja, pero entonces Tanner llegó detrás del niño y le puso una mano en el hombro.

—Eh, colega, no estarás incordiando a Lillie, ¿no?

—Qué va, le estaba diciendo que me encantan sus canciones.

Ella frunció el ceño e hizo una mueca de incredulidad, pero después miró a Tanner y sonrió.

—Este chico promete, eh —le dijo.

—No lo sabes tú bien. —Tanner le devolvió la sonrisa y sus ojos azules se entrecerraron un poco. Lillie recordó cómo era estar juntos, esa necesidad de demostrar que eran lo suficientemente buenos el uno para el otro. Al menos, ahora uno de los dos era realmente feliz—. ¿Cómo estás, Lillie?

La miró ya sin sonreír, y ella supo a qué se refería. Su sonrisa también se esfumó, pero no estaba dispuesta a venirse abajo ni allí ni en ninguna otra parte. Todavía le quedaba bastante fuerza de voluntad.

—Estoy mejor, gracias. Y gracias también por la invitación —contestó al fin.

—Me alegro, en serio, y no te preocupes, es un placer tenerte por aquí —volvió a sonreírle, mostrándole una fila de dientes blancos y perfectos—. Espero que mi familia no

te agobie esta noche, como ves es una reunión pequeña... Pero si por casualidad no te lo pasas bien con esta panda de locos que se ha reunido aquí hoy, no te cortes, puedes mandarnos a freír espárragos cuando quieras —terminó, guiñándole un ojo.

—Gracias, lo tendré en cuenta —le respondió, riendo.

Anne eligió ese momento para llegar junto a ellos y acaparar al padre de la criatura que llevaba en brazos, que al parecer emitía un olor extremadamente nauseabundo... Tanto, que ni su tía podía aguantarle.

—Lo siento, chiquitín, pero esto es trabajo para tu progenitor —le dijo antes de plantarle delante al bebé para que lo agarrara por debajo de los brazos y así evitar tocar el peligroso lugar de donde provenía el tufo—. Ven conmigo, Lillie, que te voy a presentar a toda la familia.

—¡Aj, Paulie, por favor! ¿Qué has comido hoy? ¿Puré de garbanzos? —se rió su padre al tomarla entre sus brazos y se marchó hacia el interior de la casa.

Lillie les miró algo aturdida, esperando que llegara la oleada de dolor que solía abrumarla antes, siempre que veía un bebé. Pero no llegó. Sí sintió añoranza, e incluso por un segundo pensó que, de haber seguido juntos, de no haberse dado las circunstancias que se dieron, ahora esa preciosa niña podría ser de Tanner y de ella misma... Pero aparte de eso no llegó a más y, por suerte, no tuvo tiempo de regodearse en aquello que pudiera haber sido y no fue.

Anne arrastró a Lillie consigo para presentarle a toda la familia: a su madre como mamá Mayers, una señora de mediana edad con bastante desparpajo, así como a la madre y la hermana de Tanner, Trish y Lucy —de esta última ya había oído hablar antes y sabía que era muy amiga y socia de Nicky— y, mientras las mujeres repasaban a Lillie con disimulo e intentaban entablar una conversación inocua, volvieron a llamar a la puerta.

Yellow atendió a los nuevos invitados con bastante alegría y ella escuchó cómo se acercaban desde su espalda. Estaban en el salón, charlando y admirando las vistas que tenía la casa hacia el océano —sin duda lo mejor de la vivienda—, cuando escuchó un carraspeo a su espalda.

Ese carraspeo... ese carraspeo le era muy conocido. Demasiado. Los pelos de los brazos se le pusieron de punta y, poco a poco, se volvió a mirar al recién llegado con el corazón latiéndole a mil por hora.

En un principio no le reconoció, y quizá no lo hubiera hecho con tanta rapidez de no ser porque llevaba de la mano a su hija Hannah. Pero aquellos ojos oscuros no podían ser de otra persona.

—¿Ian?

—Hola, Lillie —le respondió con gravedad, algo más de la que solía mostrar últimamente, a decir verdad.

Que él actuara así de raro no le extrañó, porque la última vez que se habían visto fue cuando se dieron aquel beso... Un beso impetuoso, loco y apasionado que pocos hombres le habían dado. Él, el hombre frío, antipático y hasta déspota en ocasiones, se había convertido en un volcán y la había derretido con su calor. Le observó extrañada y, a la vez,

acalorada por el recuerdo del último momento que habían compartido juntos, pero él apartó la mirada. Se dedicó a saludar al resto de personas y ella aprovechó ese momento para observarle a su antojo.

Los ojos eran los mismos, claro: esos bonitos ojos de color castaño oscuro, con espesas pestañas negras, que parecían verlo y entenderlo todo... Pero el resto de su cara... Llevaba el pelo más corto y peinado en una elegante onda que caía hacia un lado y le hacía parecer un antiguo lord inglés, y además se había afeitado.

No llevaba barba. Por primera vez, Ian Morgan se estaba dejando ver tal y como era, sin escudos.

Lillie se fijó en su mandíbula: una mandíbula fuerte y cuadrada, muy varonil, que la barba siempre ocultaba. Y sus labios... Tenía una boca grande, recta, pero de labios llenos, y su expresión se veía enfatizada por dos finas líneas que enmarcaban la comisura. El conjunto de todas sus facciones, de aquellos ojos oscuros con la nariz recta y la boca de línea severa, ahora que podía apreciarlo sin el obstáculo de la barba, no le hacían parecer un peligroso pirata o mercenario medieval, sino un altanero lord inglés. O se lo habrían hecho parecer si Lillie no le conociera mejor y supiera que, en realidad, era un tipo amargado al que no le gustaban las personas y que la estaba volviendo loca.

Recordó el momento en que se había lanzado y la había besado de manera tan apasionada... Desvió la mirada de él y sus malditas facciones. Sabía que la encontraba atractiva porque, si no, no le habría dado aquel beso... Pero también sabía que una parte de él la despreciaba, y era eso lo que le hacía herirla una y otra vez.

Se cruzó de brazos y esperó a que terminara de hablar —con toda educación, hay que decirlo—, con las invitadas de Tanner. Con cada segundo que pasaba se enfadaba todavía más. ¿Por qué era amable con los demás y con ella era todo lo contrario? Ahora hasta estaba sonriendo, y de sus labios rectos asomaban unos perfectos dientes blancos que, todo hay que decirlo, ya había apreciado con anterioridad.

«Maldito bastardo de acento inglés. Que me aspen si vuelvo a intentar entenderte», pensó.

Notó que alguien le tiraba del vestido y se giró para ver a Hannah, que seguía agarrada de la mano de su padre, portándose bien —ya se imaginaba ella que la pobre debía estar amargada con el padre que le había tocado—, pero que sonreía a Lillie con afecto y una mirada un tanto pícara.

Sintió que el corazón de daba un vuelco cuando vio aquella sonrisa sincera e inocente.

—Hola pequeña, ¿cómo estás? —le susurró en un tono cómplice.

La niña levantó el pulgar y sonrió más, mostrando los huecos de los dientes que le faltaban, y ella decidió que era el momento de buscar otra compañía.

No supo por qué, pero no sintió dolor al ver al bebé de Tanner y en cambio, sí lo sintió con aquella niña encantadora, bonita y educada que seguía a su padre a todas partes. Quizá fuera porque se identificaba con ella... se veía a sí misma de pequeña, una niña que añoraba cariño y pedía afecto por todos los poros de su piel.

Se giró y se dirigió hacia la puerta corredera que daba al jardín. Necesitaba aire, y

rápido, antes de que aquello fuera a peor.

Se quedó unos segundos allí afuera, respirando el aire fresco que provenía del mar, con su olor a sal, a monte y a humedad. Cuando se encontró más calmada, se giró y tropezó con Yellow, que la buscaba para cenar.

No sabía por qué la anfitriona era tan amable con ella, pero tenía la sensación de que, en parte, la mujer de Tanner sentía pena por ella. Y a pesar de ello, a pesar de saber que la cuidaba y se ocupaba de ella por lástima, Lillie agradecía aquellos sentimientos. A las personas a las que no le había importado un bledo no habían sentido lástima ni pena por ella, la trataban como si el mundo fuera una fiesta incluso aunque ella se hubiera estado muriendo por dentro. En cambio, Yellow era una buena persona. Era una chica normal y corriente por fuera, pero una buena persona por dentro, y Tanner tenía mucha suerte de contar con ella. Y con Anne, y con toda su familia. Él había sabido encauzar su vida por donde quería que fuera, y había sido lo suficientemente fuerte como mandarlo todo a freír espárragos cuando ya no se sentía a gusto.

¿Qué haría ella?

«Paso a paso», se repitió.

De momento, se sentó a la mesa entre Anne y Nicky, a quien también había empezado a considerar una especie de amiga. Los dos niños se sentaron el uno frente al otro al final de la mesa, aunque Leo no estaba muy contento de que le pusieran junto a una niña pequeña, cosa que dejó bien clara. A la cabeza de la mesa, junto a Leo, estaba Tanner, y al otro lado del niño se sentaba Yellow. A Lillie le había tocado sentarse en el lado contrario que Ian, pero dos cabezas más allá, así que, por suerte no lo tenía directamente enfrente, aunque no podía evitar mirarle de reojo.

Pero solo por rencor, se repetía.

Ahí estaba él, tan fresco, incluso sonriendo y haciendo que esas líneas que le bordeaban la boca se le marcaran más cuando lo hacía. Y por si fuera poco, los ojos casi se le cerraban al final y le daban un aspecto un tanto achinado, casi de indígena. No, de gánster, porque la mecha que llevaba tan bien peinada le había caído hacia frente y, pensándolo mejor, le hacía parecer todo un mafioso italiano. Parecía más joven de lo que le había calculado en un principio —la barba le hacía mayor y, sin ella, parecía rondar los treinta y pocos—, pero tenía esa madurez que las personas alcanzan y que hacen al resto parecer más pequeñas, más torpes o quizá hasta tontorronas, y así era como se sentía ella en ese preciso instante.

Aparte de la molesta presencia del *doctorcito*, la cena fue bien, animada y muy alegre. Las familias de Tanner y Yellow estaban muy bien avenidas y se ocuparon, entre las dos madres y Yellow, de servir la cena para todo el mundo como hacía cualquier otra familia normal y corriente, sin personas a su servicio.

Lillie, sin embargo, no paraba de preguntarse qué hacía el médico allí. Cruzaron las miradas un par de veces, pero cada uno intentaba entablar conversación con el resto de personas y evitaban el contacto mutuo.

O al menos él no le prestaba atención a ella, claro. Y se estaba indignando cada vez más. ¡Como si fuera ella la que se había abalanzado sobre él para darle aquel beso! ¡Ella

no se había insinuado nunca! Ni siquiera le parecía atractivo. Qué va. Ni un poquito. Nada de nada. Ese maldito capo de la mafia de ojos oscuros y rasgados y boca sensual... No era más que un estirado inglés que parecía tener metido un palo por el culo. A ella no le gustaban ese tipo de hombres. Para nada.

Pinchó el pedazo de pollo que quedaba en su plato. Vaya, se había comido toda la cena sin darse cuenta. Volvía a tener apetito y eso, en parte, era un peligro tanto para ella como para su carrera. Tenía que cuidarse más si no quería perder la forma.

—Eh, tú, ¿quieres dejar de mirar al doctor de una vez con esos ojitos de cachorro desvalido? —le susurró Anne a su lado.

—¿Que yo qué? —se volvió hacia ella, indignada—. ¡Yo no le estoy mirando de ninguna manera!

—Ya, claro. Se te van los ojos todo el rato. A veces parece que le quieres matar, y otras que te también le quieres matar, pero a pol...

—¡Anne! Cállate, yo no hago eso. Y no sigas hablando, que se van a enterar todos.

Ambas se estaban susurrando al oído como un par de adolescentes en el instituto y de momento nadie les hacía caso, pero ella sentía ese mismo temor de las chiquillas a que la descubriera el profe y sacara el papelito para que todo el mundo se enterara de qué estaban hablando. ¡Estaba mortificada!

—Ya, ya. Bueno, ahora que me acuerdo... Mi hermana me ha contado que os pilló en el baño dándoos el lote. ¡Qué escondidito te lo tenías! Con el doctor Morgan, ni más menos... —Anne negó con la cabeza y se llevó una zanahoria a la boca—. Puaj, esto lo tiene que haber cocinado mi madre, qué malo está.

Lillie miró su plato vacío y pensó que ni siquiera se había enterado de los sabores, de tan centrada que estaba en los movimientos de Ian al otro lado de la mesa.

—Yo no me di el lote, fue él quien me besó, y fue muy breve. Un piquito. Casi ni me tocó, de verdad. —Uf, nunca había estado tan nerviosa ni tan avergonzada por que le hubieran pillado besándose con otra persona.

—Ajá.

—Yo no quería hacerlo, en serio. No es mi tipo. Para nada. ¿De quién puede ser el tipo ese hombre tan... tan... tan insoportable?

—Pues de unas cuantas enfermeras, si te digo la verdad.

Lillie la miró fijamente.

—¿Cómo que de unas cuantas enfermeras?

—Si estáis hablando de quien creo que estáis hablando, la verdad es que sin todos esos pelos el tipo está bien bueno —interrumpió Nicky la conversación.

Lillie se giró hacia ella y la miró con el ceño fruncido.

—En la residencia —intervino ahora Anne— le llaman *Doctor Tirano* a sus espaldas, pero la mayoría bebe los vientos por él. Todas desean que se enamore de ellas en secreto y las acorrale en el cuartito de la limpieza... Además tiene una historia complicada, un

pasado turbio que nadie conoce, y eso, claro, hace que todas cuchicheen e intenten adivinar. Ya sabéis, a todas les atraen los tipos enigmáticos, aunque sean unos intransigentes.

Lillie sintió un escalofrío. No se iba a colar por él, por supuesto, pero de todas formas quería saber. Y ya. ¿Sería posible que ella también se sintiera atraída por un tipo enigmático? No podía ser.

—Suelta por esa boca —dijo casi sin pensar.

—Eso, eso, suelta, que queremos saber —añadió Nicky—. Y no te andes con rodeos que nos conocemos.

—Bueno... No sé si este es el lugar y el momento, la verdad. Me da un poco de penita y no quiero que nos pille hablando de él. ¿Sabes lo que me haría pasar en el trabajo? Bastante tengo ya con intentar convencer a mis abuelas de que no se quiten la ropa en cuanto entran a la consulta. Si yo te contara... Una vez pillé a una de las ancianas en bragas. ¡Y eran de encaje rojo! Fue de lo más traumático, en serio. Pero no, no os voy a contar nada. Mis labios están sellados. —Anne hizo el movimiento de cerrarse los labios con cremallera para enfatizar sus palabras.

—Si no nos lo cuentas, te juro que te clavo el cuchillo —le amenazó su hermana.

—Ay, cómo sois... Una pareja de arpías, eso es lo que sois. Pero os lo contaré porque tú, Lillie, eres mi amiga y tú, Nicky... em... bueno, tú porque has tenido la suerte de estar sentada a su lado —Anne suspiró y comenzó, por lo bajo pero al mismo tiempo en tono alegre para no levantar sospechas—. Lo único que se sabe de él es que era un cirujano muy reconocido en Londres. Trabajaba en una clínica privada y ganaba un pastón, y su mujer era modelo o algo así. Ya sabes, muy guapa y famosa. Ella se casó con él por su dinero al principio, o eso dicen. Ganaba mucho. Pero perdió a su hermana y, cuando fue él quien hubo de ocuparse de su sobrina, la modelo le dejó. Y él se mudó aquí para criar a la niña, aunque nadie sabe por qué eligió este lugar. También dicen que sigue colado por su exmujer y que por eso no sale con nadie.

—O sea, ¿que Hannah no es su hija? —dijo Lillie casi sin aliento.

—No, es la hija de su hermana. Es un tema bastante peliagudo.

—Ohhh... qué tierno... —añadió Nicky—. Bueno, yo me voy a por el postre, que esto se me empalaga demasiado.

—¿Por qué es un tema peliagudo? —Lillie, que había hecho caso omiso a Nicky, intentó no mirar a padre e hija, pero le era muy difícil no hacerlo.

—Ya sabes que a veces los rumores exageran, pero dicen que ella fue a tener el bebé en su clínica, y aunque él no era el cirujano, hubo un error y... Bueno, la culpa de que ella falleciera fue un error médico. Los cirujanos no entran en la sala de partos a no ser que haya que practicar una cesárea, y dicen que allí dentro hubo un gran lío y que ella murió en quirófano. Pobrecita. Por eso le tengo paciencia. A saber por lo que habrá pasado este hombre.

Lillie siguió con la mirada clavada en el plato vacío y escuchó que Yellow informaba de que iban a servir el postre. Al poco, sonó el timbre, se oyeron unas voces en el pasillo;

ella apareció con una tarta llena de velas y con dos parejas más de amigos que acababan de llegar. Yellow, que iba delante, empezó a cantarle cumpleaños feliz a su marido, que se levantó de la silla emocionado y sin parar de sonreír. Cuando su mujer llegó hasta él, sopló las velas y, después de dejar la tarta en la mesa, se abrazaron y él le dio un largo y apasionado beso de agradecimiento delante de todo el mundo.

Mientras ella contemplaba cómo se hacían arrumacos y se susurraban al oído, no podía dejar de pensar en Ian y en su posible vida anterior... Y si lo que decía Anne era cierto, o al menos la mitad de las cosas que ella le había dicho, ahora podía entender muchas de las actitudes del médico, aunque todavía quedaban bastantes incógnitas.

Tanner presentó a los recién llegados como Hamish y Jonas, con sus respectivas mujeres; la de este último se llamaba Mel y era amiga de la infancia de Yellow, y la otra Julia, una chica que Hamish había conocido en el trabajo. Entre presentaciones y risas se comenzó a repartir la tarta junto con copas de champán, y cuando Trish, la madre de Tanner, le pasó una a Ian, él la miró directamente y la pilló observándole. Levantó ligeramente su bebida y le hizo un silencioso brindis.

Fue como si supiera lo que ella estaba pensando. Como siempre le sucedía con él, pero esta vez peor, porque la había pillado infraganti cuchicheando sobre su propia vida. Ahora parecía querer decirle: «Así es, Lillie: ese soy yo, ¿he satisfecho ya tu malsana curiosidad?». Ella le entendía perfectamente. Sabía, porque lo había sufrido en sus propias carnes, que los prejuicios y las ideas preconcebidas podían hacerte mucho daño. Y también sabía que todo el mundo comete errores y que no por ello se deja de ser una buena persona.

Por lo visto, Ian tenía mejor fondo de lo que ella creía. Y Anne tenía razón. Corría grave peligro de caer a sus pies, aun siendo antipático y todo. No tenía remedio. Siempre elegía a los hombres inadecuados... A los que la hacían sufrir y nunca le daban lo que ella sí estaba dispuesta a dar. O a los que, sencillamente, no la querían.

Sin darse cuenta, había terminado de nuevo en el salón con un trozo de pastel que alguien le había colocado en la mano y sentada en el sofá junto a Nicky. Despertó de su marea de pensamientos cuando Hannah se sentó a su lado y la saludó con alegría.

—¡Hola, peque! ¿Cómo estás? ¿Te gusta la tarta?

—Sí, me encanta, pero mi papá dice que no puedo comer mucha o los dientes sanos se me llenarán de caries.

Lillie dio un gran suspiro y Nicky resopló.

—Tu papá tiene razón, aunque si te lavas bien los dientes después no te pasará nada —sonrió a la niña para darle confianza. Ahora que sabía algo más de su pasado, no podía evitar que esa pequeña dulce y sobreprotegida se metiera más en sus entrañas.

—Me los lavo todos los días tres veces —le contestó, mostrándole tres deditos de la mano—, y si como chocolate me los vuelvo a lavar. Pero a veces, si estoy en el cole y me han dado una chuche porque es el cumple de un amigo, no me los lavo...

—Señor, me voy antes de que me entren ganas de estrangular a alguien... —terció Nicky antes de levantarse y desaparecer hacia el jardín.

La niña puso una cara tan seria, tan arrepentida, que sintió deseos de abrazarla y, de hecho, no se privó. Le acarició el pelo, que llevaba recogido en una sencilla coleta con un lazo multicolor, y le dijo:

—No te preocupes, lo estás haciendo bien. Cuando seas mayor vas a ser guapísima, ya verás. Aunque no te laves los dientes alguna que otra vez, estoy segura de que seguirás siendo una princesita preciosa y todos los príncipes caerán rendidos a tus pies.

—Hannah —la enérgica voz de Ian sonó detrás de ellas y ambas se volvieron al instante, sobresaltadas. Él miró a la niña y luego se volvió hacia Lillie—: Ven —le dijo a la niña al tiempo que tendía la mano hacia ella—, Anne quiere enseñarte algo. Luego hablaré contigo, Lillie.

Tomó a la niña de la mano y desapareció por una puerta que había en un lateral del salón, y ella supo en ese instante qué es lo que se siente cuando estás esperando el castigo estricto del profe que, al final, terminó pillándote pasando las notitas en clase, cosa que en realidad nunca había llegado a hacer.

—Pues que me aspen si te espero aquí sentada.

Se levantó, llevó el plato a la cocina, que en ese momento estaba vacía, y salió al jardín, donde ya habían empezado a reunirse Tanner y el resto de la gente alrededor de una guitarra. Ver aquella escena le hizo sonreír, porque no había vuelto a escuchar música en directo desde que se marchó de Estados Unidos. Se acercó a ellos y se sentó en el círculo. Tanner aporreaba la guitarra pero, en realidad, charlaba distraído con sus amigos y Yellow con las chicas. Aparte de las mujeres de los dos recién llegados, también estaba Nicky, y Lillie no se sintió del todo incómoda.

—¿Te has enterado bien de toda la historia de nuestro doctor? La verdad es que yo no le había visto nunca sin la barba y así de re peinado, pero está para hacerle un favor, eh. Si me gustaran así de estirados, claro.

Lillie entrecerró los ojos y la miró. Nicky tenía esa sonrisa traviesa que sugería que estaba haciendo una de las suyas, y ella no cayó en la trampa.

—Está más o menos igual de estirado que siempre, solo que con menos pelo —le respondió.

—Sí, pero bien que te pegaste el lote con él en Hastings el otro día.

Lillie abrió la boca, indignada.

—¿Qué pasa, que lo sabe todo el mundo o qué?

Nicky se rió.

—Nena, no sabes dónde te has metido... En esta familia no hay secretos —le respondió al oído, y después le guiñó un ojo mientras le daba un trago a su cerveza.

—Oye, ¿no os recuerda esta noche a aquella de hace tantos años, en el cumpleaños de Tanner? Éramos solo unos críos eh —dijo de repente uno de los chicos. Hamish, creyó recordar que se llamaba.

El susodicho y Yellow se miraron a los ojos y sonrieron.

—La verdad es que... Quién nos lo iba a decir, ¿eh? —le dijo él. Tomó de la mano a su mujer y le dio un suave beso en la palma, sin dejar de mirarle a los ojos. Ninguno de los dos apartó la mirada. Había tantas promesas en aquel intercambio, tanta comprensión, que Lillie tuvo que mirar hacia otro lado. Justo a tiempo de ver que Ian salía al jardín y acudía a sentarse junto a ellos, sobre el césped.

A escasos centímetros de ella.

Se quedó tiesa como un palo a su lado, tensa. Antes de salir había *amenazado* con hablar con ella, y esperaba que no dijera ninguna barbaridad delante de nadie porque entonces no podría controlarse.

Sin embargo, no dijo nada. Permaneció allí, sentado sobre aquél césped algo húmedo, con las piernas estiradas y una mano apoyada en el suelo, sosteniendo todo su cuerpo. Apoyó la mano del otro brazo que tenía libre sobre su muslo y comenzó a tamborilear con los dedos.

No llevaba anillo. Obviamente, alguna vez tenía que haberlo llevado. Sintió celos de aquella modelo, aquella mujer estúpida que había dejado a un hombre así, tan inteligente y atractivo, y solo, con una niña pequeña. Y fue justo entonces cuando lo vio más claro.

Él pensaba que ella era igual: creía que era una mujer superficial y egoísta. Y a decir verdad, ni siquiera ella misma se conocía... No sabía cómo habría reaccionado ante una situación así, tan difícil, pero no era una mujer interesada, ni superficial, ni egoísta. Bueno, quizá eso un poco sí, pero que tirara la primera piedra quien no tuviera un pequeño defectito de nada.

Él también tenía sus defectos, y bien evidentes que eran.

—Me vais a permitir que la primera canción se la dedique a mi mujer, pero es que esta ocasión... se lo merece. Por ti, Yellow, y por aquella noche en que nos dimos nuestro primer beso —la voz de Tanner interrumpió sus pensamientos.

A Lillie se le llenaron los ojos de lágrimas al ver la cara de felicidad de su mujer y escuchar cómo Tanner comenzaba a aporrear su vieja guitarra para cantarle *Cloud number nine*, de Bryan Adams. Tenía una voz preciosa, algo rasgada, que le daba un toque roquero a la canción y mucho, mucho sentimiento.

Cerró los ojos y se meció al son de la música, olvidándose de todo y de todos, tan solo dejándose llevar por lo que aquella melodía le hacía sentir. Encogió las piernas, se abrazó las rodillas y sonrió. Algunos de los amigos, incluso Nicky, comenzaron a mofarse y pedir que parara ya de una vez con tanto romanticismo pastoso, pero en general a todos les gustaba, incluso aunque no lo reconocieran en público, y al final acabaron cantando la canción a coro.

Lillie sentía la pesada losa de la tristeza todavía en su pecho: las cosas no habían ido bien en su vida, pero existía algo bonito, bello, precioso... y perfecto: el amor. Y, al igual que ocurría con las melodías, también había muchas clases de amor. Ella tenía su corazón repleto de él, esperando poder dárselo a alguien que lo supiera apreciar.

Abrió los ojos y vio a Ian mirándola fijamente.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le pidió.

Su tono de voz no había sido tan duro esta vez, así que ella asintió. Ambos se levantaron y caminaron hasta la orilla del jardín, donde una barandilla de madera hacía de protección contra el desnivel de la colina que caía en picado hasta llegar al mar.

—Qué casa más bonita tiene Tanner —susurró, intentando romper el hielo.

—Ajá —él continuó mirando hacia el mar, hacia la luna que se escondía, juguetona, entre una y otra nube, y ella comenzó a impacientarse.

No tenía ganas de andarse con rodeos. Quería hablar con claridad, que se dijeran lo que se tuvieran que decir y terminar con la incertidumbre de una vez por todas.

—Lillie... —comenzó él. Se aclaró la garganta y continuó—: preferiría que... no entablaras una amistad demasiado íntima con Hannah.

Ella se giró y le miró, desconcertada.

—¿Perdona? —le preguntó, perpleja. Se había vuelto hacia él y le miraba con la boca abierta por la incredulidad.

Él suspiró y miró hacia el suelo. Se había metido las manos en los bolsillos y pisaba el césped con sus brillantes zapatos, como queriendo matar diminutos insectos inexistentes.

—Escucha, sé que suena cruel, pero es lo mejor. No creo que puedas ser una buena influencia para ella. Tú... —se encogió de hombros antes de proseguir y se atrevió a mirarla a la cara. Ella le devolvió la mirada, pero estaba furibunda. No podía creer lo que estaba oyendo—. Eres una mujer que se mueve en un mundo muy distinto al nuestro, ¿entiendes? Y ella no pertenece a él. No quiero que imagine cosas que no pueden ser.

—Ah, ya veo.

—No, no lo ves —Ian apretó la mandíbula y ella vio con claridad que el músculo de su mejilla se ponía tenso—. No quiero que sea... una persona vanidosa. No quiero que sea presumida ni que se crea menos si resulta que al crecer, no es tan guapa, ¿lo entiendes? Y tampoco quiero que le metas en la cabeza cosas estúpidas sobre ser cantante, o modelo, o vete tú a saber qué... No quiero que valore a las personas por su imagen, quiero que sea una persona inteligente y ecuánime.

—Ecuánime —recalcó ella.

—Sí, ecuánime, justa, razonable...

—¡Sé lo que significa, por Dios! Pero es solo una niña, maldita sea, déjala ser como quiera. ¿Te das cuenta de que todo el rato me estás diciendo «quiero esto, quiero lo otro»? ¿Alguna vez has pensado en lo que quiere ella?

Él se volvió hacia ella y la fulminó con la mirada.

—¡Constantemente! Yo la dejo ser como quiera, no te equivoques. Le doy libertad, pero también la educaré como a mí me parezca, ¿entiendes? No eres quién para venir aquí y decirle que va a ser preciosa, o una princesa, o que no se lave los dientes. ¡Una princesa! ¿En serio crees que, sin conocerla de nada, tienes derecho a meterle todas esas estupideces en la cabeza?

—Por supuesto que no, usted disculpe, doctor—le respondió con un deje de

indignación—. Solo soy una persona intentando consolar a una niña pequeña que cree que no haberse lavado los dientes una vez en su vida es un delito tremendo, pero perdóneme si he pecado de demasiada osadía. Y ahora, si ha terminado de darme la charla, discúlpeme, porque hay una fiesta a la que...

Él la tomó del brazo antes de que ella se girara para marcharse y la acercó a él, mirando hacia atrás con disimulo para no llamar la atención al tiempo que le susurraba entre dientes:

—Esto no es una broma, Lillie, va en serio. Se trata de mi hija, ¿entiendes? De lo más preciado que tengo.

—¿Y quién ha dicho que yo crea que es una broma? ¿Acaso piensas que soy estúpida? ¿Tan superficial crees que soy? No me conoces de nada, Ian Morgan, ¡de nada! Y no voy a volver a permitirte que vengas aquí a insultarme de esa manera, ¡ni tú ni nadie va a conseguir que me sienta estúpida otra vez!

Había alzado la voz sin darse cuenta, tanto que él miró con disimulo para ver si los demás estaban prestando atención y tiró de ella hacia una zona del jardín desde donde no se les vería. Lillie, que estaba más que harta de la prepotencia del médico, apretó la boca para no armar un escándalo, pero cuando se detuvieron y quedaron frente a frente le entraron ganas de abofetearle. De hecho, si hubiera sido la heroína de una película de los años cuarenta, probablemente se la habría dado. Pero era Lady Lillie McFly, una mujer complaciente, seductora, simpática y hermosa, y nunca le había plantado cara a un hombre.

—Te ruego por favor que no armes un escándalo aquí en medio —le dijo él, como esperando que ella hiciera justamente eso.

—¡Ja! No me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer! —dijo entre dientes, volviéndose para no verle la cara y sin poder evitar tirarse de los pelos de la frustración. Entonces, se volvió de repente con la determinación grabada a fuego en sus ojos—: Escúchame bien, doctor de pacotilla: no vas a jugar a este juego conmigo, ¿entiendes? Podrás manipular a todo el que se te ponga por delante, podrás mirar por encima de tu enorme nariz a todo el que te dé la gana y te puedes creer superior y mejor persona que todos, menos de mí. ¿Te queda claro? Porque tú no tienes ni idea de quién soy, no me conoces y, visto lo visto, no esperes conocerme en tu puñetera vida.

Una vez dicho esto y sintiéndose bien a gusto por haberlo soltado todo, trató de marcharse, pero él la volvió a agarrar del brazo.

—¿Has dicho *doctor de pacotilla*?

La cara incrédula que puso al preguntárselo la hizo echarse a reír de inmediato, y hasta tuvo que agarrarse la barriga de lo fuertes que eran las carcajadas.

—En serio... De todo lo que te he dicho, ¿solo te has quedado con eso? —logró preguntarle una vez se recuperó un poco—. ¿Cuál es tu problema? Desde luego, lo tuyo sí que es grave, *doctor*.

Él pareció desconcertado durante unos instantes, pero no la soltó, su mano seguía aferrada al brazo de Lillie y ahora se apretó un poco más. Respiraba agitado y parecía

sorprendido, como si estuviera viendo en ella algo que antes no estaba allí; de pronto se separó y se giró para mesarse el pelo con ambas manos.

—Maldita sea —masculló. Después, respiró hondo y se volvió hacia ella de nuevo—. Me vas a volver loco, Lillie McFly.

Entonces se acercó a ella, la tomó de la cintura para apretarla contra él, y la besó allí en medio, en la oscuridad de la noche y la clandestinidad de aquella esquina recóndita del jardín.

Ella no se lo esperaba, pero esta vez le quedó bien claro que, aunque su apariencia era la de un hombre frío y calculador, en otra esfera de su vida no lo era tanto. Sintió cómo se aferraba a ella, y sus labios, duros y exigentes, casi le hicieron daño. En otras circunstancias, Lillie se habría dejado llevar, porque no podía evitar que el cuerpo le ardiera como si lo tuviera en llamas ante aquel beso. Pero no, no podía hacerlo. No podía permitirle decir todas aquellas cosas y después caer rendida a sus pies con un simple beso. Apoyó las manos en su pecho y le dio un suave empujón para separarle.

—¿Qué es lo que pretendes? Hace un momento me decías que no querías que me acercara a tu hija, me humillas hasta niveles insospechados, y ahora... ¿me besas? ¿De qué demonios va todo esto, Ian?

Él tenía los labios hinchados y los ojos entrecerrados y continuaba observándola con deseo. Lo sabía porque era una mirada extraña para ella, una con la que no se había tropezado en demasiadas ocasiones.

—Lillie —susurró. Sus dedos se apretaron todavía más en la estrecha cintura de ella, arrugando el vestido negro que se había puesto esa noche y subiéndole el dobladillo hasta niveles peligrosos—, Lillie... Por favor. —Se acercó más y apoyó su frente sobre la de ella. Luego, despacio, acercó la nariz y respiró sobre su boca, para susurrar—: No sé lo que me pasa contigo, pero me vuelves loco. Yo... solo quiero... necesito besarte.

Y con ese cálido ruego sobre sus labios, con su aliento sobre el de ella, no pudo resistirse. Todo ese ímpetu, ese deseo descarnado... era nuevo para ella. Halagador, sí, y una parte de su ego se retorció del regocijo, pero la dura realidad era que ella también necesitaba besarle. Si no podía abofetearle, quería morderle, besarle con rudeza, descargar su ira del modo que fuera, a través del deseo si era preciso. Quería experimentar, y sintió como si él, con sus manos y sus labios, le hubiera estado pidiendo perdón y permiso. Intentó luchar consigo misma un poco más, pero se había dado cuenta de algo: él temblaba de deseo por ella. Tenerle así, sus labios contra su boca, su lengua buscando la suya con desesperación, su cuerpo estrechándose más y más contra el de ella hasta el punto de quedar unidos... Todo aquello despertó una parte desconocida en ella misma, una que deseaba dejarse llevar para disfrutar de aquella nueva experiencia con total libertad. Ahora, era ella quien dominaba la situación.

Durante unos instantes supo lo que era ser deseada más allá de la razón: supo lo que se sentía cuando un hombre que te atrae, pero que sabes que es peligroso para ti, derriba todas tus barreras. Y es entonces cuando tú derribas las de él. Supo, al fin, lo que significaba ser arrastrada por una atracción puramente física e irracional. Supo lo que era acariciar los brazos de un hombre que la apretaban con pasión, lo que unos labios ardientes podían hacerte sentir incluso limitándose tan solo a tu boca, a tu mejilla, a tus

pómulos.

Supo, en definitiva, lo que era arder por dentro.

Pero, de pronto, hubo algo en ella que hizo *clic*: una advertencia, un recuerdo, la determinación que, al fin, había conseguido anidar en su interior, el amor propio, que le recordó que ella seguía teniendo el control.

Le puso las manos en el pecho y volvió a separarle de ella para mirarle directamente a los ojos.

—No te voy a permitir que juegues conmigo.

Ambos se miraron algo aturcidos y con la respiración agitada, y los ojos de Ian volvieron a los labios de Lillie. Se acercó a ella, pero se detuvo a tiempo.

—Lo siento —susurró—. Lo siento de verdad, Lillie. —Cerró los ojos y suspiró—. Joder.

Se separó de ella de golpe y le dio la espalda para pasarse las manos por la cara. Lillie estaba a punto de marcharse cuando escuchó a lo lejos una vocecita conocida.

—¡Papá! ¡Papi!

—Joder —volvió a susurrar él, moviendo la cabeza para intentar aclarar sus ideas.

No se volvió a mirarla. Se pasó las manos por los muslos varias veces para tranquilizarse y Lillie notó la tensión en las extremidades del médico. Ese fue el momento en que ella se dio cuenta de que todo el deseo que había sentido por ella se estaba esfumando tan rápido como llegó a causa de algo mucho más importante que un simple revolcón.

—Lillie, este no es el lugar y el momento de hablar... —comenzó Ian sin mirarla siquiera a la cara—. Pero creo que tenemos una conversación pendiente. Me gustaría... hablar contigo, si no te importa. Explicarte cosas.

Ella asintió y, mientras miraba su perfil, ahora serio y sereno, supo con certeza lo que él quería decirle. Asintió con la cabeza.

—Cuando quieras —le respondió, valiente.

—Le pediré tus datos a Anne, si no te importa. —Apretó los puños tan fuerte que se escuchó el crujir de sus nudillos.

Se estaba poniendo nervioso, no sabía cómo actuar. Se irguió, rígido como una escoba, y se despidió con un simple «buenas noches» antes de girarse para ir en busca de su pequeña.

Ni siquiera la miró.

Lillie se quedó allí quieta, entre los arbustos, observando cómo los pantalones de fina tela de verano se adaptaban a las piernas y la camisa se ajustaba a la esbelta espalda del médico. Ningún otro cuerpo de los hombres musculados que había conocido hasta la fecha le había gustado tanto como le gustaba el de Ian, pero era un hombre imposible, un arrogante inglés con una opinión demasiado elevada de sí mismo. Y ella ya no estaba dispuesta a dejarse pisotear por nadie.

Justo en la parte contraria del jardín a donde ellos habían tenido el intercambio, y escondidas entre las sombras, Nicky y su amiga Lucy les habían estado espiando tumbadas en el suelo, con las cabezas bien juntas y unas ramas de arbusto colocadas encima del pelo, para despistar.

Lillie las pilló, ellas miraron hacia abajo e intentaron esconder sus cabezas entre las hojas con bastante torpeza, y la cantante se cruzó de brazos.

—Espero que la actuación os haya resultado divertida —les dijo, para después cruzarse de brazos, alzar la barbilla y marcharse del jardín hundiendo sus tambaleantes tacones sobre el tupido césped.

—¡Has estado de puta madre, eres mi nueva ídola! —escuchó decir a Nicky justo antes de entrar a casa. Y después, solo unas risas.

CAPÍTULO 19

Por las mañanas, cuando salía a caminar o hacer recados, disfrutaba de ese momento de soledad y autosuficiencia. Ir a la tienda del barrio y comprar un dentífrico era, para ella, toda una proeza, y todavía más si tenía la oportunidad de charlar con la dependienta sin que la reconocieran, es decir, de tener una conversación normal y corriente como cualquier otro ciudadano de a pie.

—Buenos días —le decía la señora que estaba tras el mostrador de la caja.

—Buenos días, ¿cómo está usted? —le contestaba ella con una gran sonrisa.

—Oh, ya sabes, cariño... —Y ahí era cuando la señora comenzaba a relatarle, con un claro acento norteño casi ininteligible para Lillie, todas las cosas que le habían pasado ese día a su madre, a su suegra, a su marido, al hijo del vecino y a la dueña de la farmacia, a su prima segunda, a su tía abuela y a la nieta del carnicero, así que ella no tenía por qué pensar en otra cosa más que en seguir el hilo de los complejos lazos familiares de la tendera.

Porque sí, no eran pocas las ocasiones en que ella todavía sentía ese nudo en el estómago que hacía que la saliva le supiera amarga, eso no se podía negar. No podía cerrar los ojos y decir «¡Ey, si ya me he recuperado! Ya no siento nada, ¿ves?», porque se estaría mintiendo a sí misma. Lo que ocurría era que estando allí, en aquel pequeño y acogedor lugar que parecía una aldea sacada directamente del medievo, podía ser ella misma. Y eso era un lujo y lo que, finalmente, la ayudaba a levantarse por las mañanas y emprender el día.

Le encantaba pasear por las calles casi desiertas bien temprano, pisar aquellos adoquines recubiertos de humedad e incluso resbalar, si se daba el caso, porque de todas formas no tenía que actuar y daba igual si se hacía algún que otro moretón en las piernas o el trasero.

Le gustaba muchísimo salir a pasear por la mañana y al atardecer. De día solía descender por New Road y visitar las tiendecitas con el fin de cubrir sus necesidades básicas mucho antes de que llegara la horda de excursionistas que solía llegar en verano. Sin embargo, las tardes las dedicaba a los acantilados, la playa, la paz. Todo aquello le ayudaba a relajarse y poder dormir mejor.

Se estaba haciendo ya la hora del paseo vespertino cuando llamaron a la puerta. Preguntó quién era antes de abrir como medida de precaución —no solía recibir muchas visitas en casa y, si lo hacía, no quería llevarse sorpresas desagradables, que aún recordaba el susto que se llevó cuando su madre apareció de la nada la primera vez que se escapó a Yorkshire— y la voz de su amiga Anne le respondió agitada. Le abrió, preocupada, pero

aquella agitación no tenía nada que ver con ninguna desgracia...

Lillie pudo suspirar aliviada. Últimamente sentía que todo eran sustos, que podía pasar cualquier cosa, que la gente podía tener un accidente o caerse o romperse un hueso o simplemente desaparecer o... o...

—¡He conocido a alguien! —dijo la chica, interrumpiendo el hilo de sus funestos y acelerados pensamientos.

—Mmm... ¿qué? —Desde luego, no se había esperado aquello. Se quedó mirándola y pestañeó varias veces por la sorpresa, pero entonces reaccionó y se precipitó a cerrar la puerta para que su amiga pudiera explicarse mejor.

Se sentaron en el sofá, aunque Anne más que sentarse se dejó caer y echó el cuerpo hacia atrás como si estuviera en una esponjosa nube.

—Que he conocido a alguien... ¡Y es *taaaan* mono! Ay, Dios mío, es tan bonito todo... Es lo que siempre había soñado, Lillie —juntó las palmas de las manos y se las llevó a la cara para después cerrar los ojos y mostrar una expresión de pura felicidad.

Lillie sintió un repentino presentimiento. De los malos. De los malos, pero malos, malos. No deseaba ver sufrir a su amiga, pero había tantos desaprensivos por ahí —tenía la desgracia de conocer a unos cuantos—, y ella era tan inocente...

—¿Cuántos años tienes, Anne?

—¿Eh? —ella abrió de repente los ojos y la miró como si se acabara de dar cuenta de que estaba allí.

—Que cuántos años tienes.

—Veintiuno. ¿Y tú?

Lillie soltó una carcajada ante su descarro.

—Veintinueve. Pensaba que eras mayor.

—¿Mayor? Qué pasa, ¿tengo pinta de vieja? Es que no voy a la moda, ¿verdad? Lo sabía, sabía que soy una hortera... Pero es que es imposible que me siente nada bien con este cuerpo que tengo y...

—¡Para, para, para! No me refiero a eso, niña. Me refiero a que eres muy madura para tu edad, no lo decía por tu aspecto —se apresuró a corregirla.

—Ah —la miró con algo de recelo—. En casa nos las hemos tenido que apañar solas siempre, será por eso que parezco más madura de lo que soy. Tampoco es que me preocupe demasiado lo que me pongo, la verdad.

—Ya —en ese tema no iba a entrar. No le iba a dar consejos sobre vestimenta si su amiga no se los pedía—. Bueno, cuéntame qué es eso de que has conocido a alguien.

La cara de Anne volvió a cambiar de nuevo a la más pura felicidad, y los ojos le brillaron como dos luceros.

—Ay, ¡no me había fijado nunca! Pero es que es tan... Es un caballero, Lillie. Vino a la residencia a visitar a su madre, porque él no es de aquí y no puede venir mucho, y en fin,

nos cruzamos justo cuando yo estaba atendiéndola y... ¡Fue tan encantador! Hasta me besó la mano y todo, ¿te lo puedes creer?

—¿Has dicho que fue a visitar a su madre? —Lillie hizo cálculos mentales y prosiguió—. Pero, ¿cuántos años tiene?

Anne hizo un gesto con la mano para quitarle importancia a lo que iba a decir.

—Ah, creo que cuarenta o así, pero no importa. Es un caballero, uno con la armadura dorada...

Lillie se tapó la cara con la mano y suspiró. Después, la apartó para mirar fijamente a su amiga.

—¿Desde cuándo te gustan mayores?

Ella se encogió de hombros.

—En realidad, no sé —le contestó, mientras toqueteaba la mantita que cubría el sofá con los dedos y sonreía—, pero eso da igual. Es perfecto. Es él, lo sé —entonces la miró directamente a los ojos y le preguntó—: ¿Te ha pasado alguna vez? Eso de... mirar a una persona a los ojos y saberlo. Que es él, me refiero.

Lillie no contestó enseguida. Hasta lo pensó y todo... aunque no hubiera demasiado que pensar.

—Me pasó algo parecido con mi primera y última pareja, pero eso me enseñó que, a veces, hay que ser precavido... —La carita de Anne se entristeció tanto que sintió remordimientos y enseguida trató de resarcirse—. Pero no te preocupes, cada persona es diferente... Tú solo... Escucha a tu corazón.

Ahora no sabía si era peor el remedio que la enfermedad, porque le daba un poco de repelús decir aquella frase tan trillada y tan de canción mala. ¡Pobre Anne! Con un señor tan mayor, con lo buena e inocente que era ella...

A partir de ese momento intentó mostrarse más comprensiva con ella, ser una buena amiga y alegrarse por verla tan feliz. Sin embargo, aquel mal presentimiento no se marchaba, no terminaba de evaporarse... Y aunque fingir se le daba de alucine, estaba tan incómoda por tener que hacerlo con ella, una de las personas a las que había llegado a querer más que a nadie, que se alegró cuando al fin dijo que se marchaba y ya no fue necesario seguir haciéndolo. No es que no quisiera que se quedara y le hiciera compañía, es que era un alivio dejar de actuar. Ya no quería actuar, ni de lejos.

—Oye, no te sientas mal —le dijo Anne de repente—. Sé que crees que, ahora que me he enamorado, dejaré de ser tu amiga y todo eso, pero no te preocupes. Yo no me dejaré llevar por esta relación, ya verás. Seguiré mi vida como siempre, eso te lo puedo asegurar. Que me enamore no quiere decir que vaya a dejar de existir para todo el mundo, sabes.

Vaya, la había pillado.

—Claro que lo sé, cariño —le sonrió—. Es solo que no puedo evitar preocuparme por ti, porque te aprecio de verdad.

—Ya lo sé —le sonrió Anne de vuelta, y se abalanzó a ella para darle un abrazo—. Pero que sepas que no tienes por qué preocuparte. Seguiré ahí, estaré bien.

Lillie cerró los ojos y la abrazó de vuelta. Era como tener a una adolescente entre sus manos, pequeña, mullida y calentita.

—Te quiero mucho, Anne, y estoy muy agradecida de que seas mi amiga —le susurró. Y en cuanto lo dijo, una oleada de felicidad la recorrió.

—Y yo a ti, Lil —le respondió su amiga, dándole un pequeño apretón.

Se separaron unos minutos después con los ojos acuosos por las lágrimas no derramadas, pero felices, cada una con sus propios motivos.

Ella se quedó de nuevo sola en casa, pero tenía una rutina con la que cumplir. Sabía que lo mejor era continuar con ella, incluso aunque le resultara difícil dar el primer paso, porque la ayudaba a sentirse mejor al regresar.

Se estaba preparando para su salida vespertina a los acantilados cuando volvió a sonar el timbre. Vaya, ese día no había manera de salir a dar su paseo. Compuso la cara de nuevo, ofreció su sonrisa de plástico, y abrió la puerta sin preguntar, creyendo que era Anne que había olvidado algo.

Pero no era ella. Era el doctor Morgan, cargado de mochila y de un par de bicis cuyos manillares sujetaba con sendas manos.

—Hola, Lillie. He pensado que... En fin, soy consciente de que debo pedirte perdón de nuevo, aunque ya lo haya hecho antes. Y como además tenemos pendiente una conversación, he creído adecuado mantenerla mientras practicamos un poco de ejercicio, si te parece conveniente. Sé que te gusta pasear al aire libre, así que... En fin, ¿deseas acompañarme? —le ofreció una sonrisa tensa, incómoda.

Era muy raro ver sonreír a Ian, y aunque se había quedado más tiesa que un palo al verle allí plantado y escuchar sus rebuscadas palabras —que se notaba que había memorizado una y otra vez para poder decirlas de seguido—, trató de espabilarse lo suficientemente rápido como para que él no pensara que parecía una boba. Hacía días del cumpleaños de Tanner y la barba le había vuelto a crecer un poco, pero no hasta el punto en que le cubriera los rasgos, que todavía podían apreciarse con claridad. Después de todo lo ocurrido en el cumpleaños de su amigo esa era la primera vez que le veía y ambos estaban visiblemente incómodos.

—Eh... bueno, yo... Iba a salir. Sí, claro. Por supuesto. Me parece bien hablar fuera, gracias por traerme una bicicleta, eres muy amable —le respondió al fin con el mismo tono petulante y estirado que usaba él, aunque la verdad era que ella solo parecía nerviosa y torpe, con su acento americano. Las palabras rimbombantes habían nacido para el estirado acento británico, y no para ser arrastradas y masticadas como si estuviera comiendo un chicle. No volvería a usarlas.

Se giró para coger su chubasquero, que era una prenda totalmente imprescindible en el norte de Yorkshire, y salió al fresco de la calle. Las calzadas ya comenzaban a estar húmedas otra vez, y casi con miedo a acercarse a él, se colocó a un lado para coger el manillar de la bicicleta.

—Gracias por traerla —le dijo.

Él asintió con la cabeza.

—Es mejor, por si el tiempo empeora. Así volveremos antes a casa.

«A casa». Aquella palabra le provocó un vuelco en el corazón.

Ian comenzó a caminar hacia la ladera de la colina que se alzaba en dirección norte y ella le siguió mientras le observaba de reojo. Ahora vendría la conversación. Lo sabía. Y estaba deseando saber cómo empezaría. No se lo iba a poner nada fácil.

Acababan de llegar a la cima y él continuó caminando. Bueno, tendría que esperar.

Le siguió durante unos minutos y estuvo a punto de echar a caminar hacia atrás, con la bici a cuestas, para ver si él se daba cuenta de si había desaparecido. Era exasperante.

—Aquí comienza el sendero, ¿quieres que montemos? —dijo él al fin, volviéndose hacia ella.

—Si no hay nada mejor que hacer... —le respondió ella.

Él resopló.

—Dame un respiro, Lillie, por favor. Lo estoy intentando.

Ahora le tocó a ella resoplar, pero se montó en la bici y se puso a pedalear a su lado. No podía ponérselo fácil. Él la había insultado, y hasta que no se explicara como era debido, no iba a tener de ella más de lo que estaba teniendo ahora.

El sendero dejaba espacio suficiente para los dos, y con la esperanza de que no se hiciera de noche y les pillara perdidos por el páramo, continuó pedaleando junto a Ian y disfrutando del paisaje.

El ruido del océano se alejaba cada vez más al tiempo que las colinas adquirían un tono verde más intenso.

—¿Qué son? —le preguntó—. ¿Cabras?

—Son ovejas. Aquí comemos mucho cordero, ¿no lo sabías?

—Claro que sí —respondió indignada.

¡Ovejas! No se había dado ni cuenta de que las hubiera por allí, pero claro, cuando salía a caminar sola nunca se adentraba en el campo. Y lo de comer cordero... Bueno, no tenía ni idea. Sí recordó que fue lo que él pidió en la taberna, pero como no salía a comer a los restaurantes ni la invitaban demasiado a casa de los demás, desconocía que fuera un plato típico. Eso sí, no le iba a dar más razones a Ian para pensar que era una ignorante.

Continuaron durante otro rato, hasta que los prados comenzaron a tornarse violetas. Conforme se acercaban a ellos, Lillie se fijó en que aquellas plantas que parecían crecer salvajes no eran otra cosa sino lavanda. Le pareció precioso... No de la manera en que pueden aparecer los campos de lavanda de la Provenza, todos ordenados e impecables, sino de una manera más rústica y elemental, como si hubieran crecido de manera espontánea aquí y allá.

Se detuvieron junto a un viejo muro de piedra, cerca de una vieja granja en cuyos campos los animales pastaban a sus anchas. El paisaje era idílico, pero Lillie no se sentía libre de apreciarlo con total libertad porque todavía se encontraba muy tensa.

—¿Por qué hemos venido hasta aquí? —le preguntó, intrigada. Si quería hablar, bien podía haberlo hecho en casa. Aunque si lo pensaba bien... mejor que no. Había demasiado peligro de no hablar si se quedaban allí, y eso era algo que ya tenía claro.

—Necesitaba paz. Y además... no creo que sea una buena idea que estemos los dos juntos... solos... *ejem* —carraspeó y la miró de reojo. Lillie juraría que era timidez, pero no podía creerlo—, bueno, hasta que hayamos aclarado las cosas.

—Bien —se bajó de la bici, la apoyó en el muro junto a la de él y se sentó sobre las piedras a disfrutar del aire fresco de la tarde.

Cerró los ojos y sintió el viento rozarle la piel, y también cómo él se colocaba a su lado sin hacer ruido. Lo supo por su olor, y también por su calor, que la reconfortaba de manera inexplicable e indeseada.

—Yo... —comenzó él. Ella abrió los ojos y miró a la lejanía, sin ver, tan solo esperando—. Verás, Lillie. Sé que te debo una disculpa... Lo siento, siento mucho la manera en que actué el otro día. Me gustas. Me atraes, es verdad, y no sé cómo ni por qué, pero es así. Esto que hay entre nosotros... esta cosa, no sé explicarlo, pero sé que no debo jugar contigo. Sin embargo, quiero ser sincero, y la verdad es que en estos momentos no deseo tener una relación seria y tampoco... No sé, no creo que seamos las personas más adecuadas para estar juntas.

—Ya. Yo tampoco lo creo —le respondió ella. Y era la verdad.

—Sí, pero tú... —Lillie se giró a mirarle. Quería enfrentarse a él, verle la cara mientras le hablaba, saber si decía la verdad. Él también la miró y su gesto se suavizó—. Tú has sufrido mucho recientemente, Lillie, y me da miedo hacerte daño. No quiero hacerlo.

Al decirle aquello le puso una mano en la mejilla y se la acarició con suavidad. Se miraron durante un instante, pero lo que comenzó a sentir fue tan fuerte que tuvo que apartar la mirada porque, de otro modo, no sabía si sería capaz de aguantar las lágrimas.

—Es difícil, sí. Pero muchas mujeres lo han superado, y yo lo haré. Ya lo estoy haciendo, en realidad.

—Lo sé. Has hecho muchos cambios en tu vida, te has enfrentado a ello con valentía y lo estás superando. Pero es normal que estés triste. Y yo no quiero aprovecharme de eso, Lillie. Sé que soy injusto contigo, que a veces no me comporto como debiera, y que además siento una atracción hacia ti que no puedo controlar y que me impulsa a hacer estupideces una y otra vez, y eso me mata. Es solo que... no creo que encajemos. Creo que solo podríamos hacernos daño.

Entonces ella empezó a notar cómo la rabia le subía por todo el cuerpo, calentándola hasta niveles insospechados.

—¿Y te has parado a pensar qué es lo que yo realmente quiero y creo? Porque Ian, ni siquiera me has preguntado si me gustas, tú ya lo das por hecho, como si me tuvieras a tus pies y pudieras disponer de mi persona cuando se te antojara. Y después, a lo mejor, en el supuesto y remoto caso de que me gustes, que a lo mejor no me gustas tanto, pues quizá lo que yo necesite sea... una simple aventura. Pero no te creas que serías tú el escogido, no te elegiría por nada del mundo, así que ya puedes ir bajando un poquito ese ego tan grande

que tienes.

Nada más decirlo supo que había dicho una verdad y una mentira. Nunca había tenido una aventura y puede que fuera el momento de tenerla, ¿no? Y de actuar sin pensar, y de dejarse llevar y pensar solo en ella... ¿por qué no? Había salido tan escaldada de las relaciones que había tenido con anterioridad, que estaba segura de que sabía dónde se estaba metiendo, y también cómo salir de allí. O, al menos, estaría mejor preparada. Pero la gran mentira era que sí lo escogería a él, incluso aunque fuera un estúpido engreído que se creía superior a ella.

Él le cogió la mano y apoyó el dedo índice de la otra en su barbilla para obligarle a girar la cara y enfrentarse de nuevo a él.

—Tú no eres de las mujeres que tienen aventuras, Lillie. Al principio no lo sabía, pero ahora lo sé.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé porque cuando te hiero, lo noto en tus ojos. Lo sé porque he estado contigo, te he acompañado y he visto cómo girabas la cara para no llorar cuando creías que no te veía nadie. Lo sé porque, al contrario que yo, no puedes esconder tu sensibilidad.

Seguía notando la manera en que la mano de él aferraba la suya, el calor que le transmitía a través de sus dedos, largos y fuertes, pero lo que más la inquietaba era aquella mirada oscura. Él también le hablaba a ella sin decirle nada, también podía contarle con la mirada que era un hombre herido, con un pasado difícil y un futuro donde no había cabida para alguien como ella.

Pero Lillie tampoco sabía si quería un futuro con él. Lo que sí sabía, muy a su pesar, era que quería un ahora. Eso era algo que no podía negar por más tiempo, porque lo que más deseaba en ese preciso instante era que la volviera a besar. Allí mismo, entre las ovejas, los alisos y los campos de lavanda.

Cuando él se inclinó sobre ella esperó otro encuentro apasionado como los que habían tenido antes, pero no fue así: fue un leve roce de labios, una caricia que se alargó durante unos segundos y que terminó igual de rápido que había empezado.

Notó su ausencia en cuanto su boca le abandonó, pero todavía no podía abrir los ojos. Sabía a despedida. No quería que fuese una despedida. ¡Todavía no habían empezado nada! ¿Cómo era posible que pudiera haber algo así entre dos personas tan distintas? ¿Cómo se podía desear tanto a alguien que sabes que no te conviene?

Y entonces, cayó la lluvia. Grandes gotas de agua comenzaron a caerle sobre las mejillas y ella abrió los ojos, asustada y algo desorientada. Él la miraba, todavía muy cerca, con una expresión de duda que se evaporó en cuanto alzó la cara hacia el cielo.

—Va a caer una tormenta —le dijo, agachándose a coger la mochila que había dejado en el suelo para después ponérsela de nuevo a la espalda.

La lluvia, sin embargo, no era tal. El viento había traído consigo unas nubes blandas y esponjosas que no parecían malignas, pero que pronto se transformaron en una masa negra desde la que comenzó a caer un verdadero diluvio.

—¡Vayamos a la granja! —le gritó él mientras se ponía la capucha de la chaqueta por la cabeza—. ¡Quizá sea solo una tormenta rápida de verano y podamos esperar allí hasta que amaine!

Él volvió a coger la bici y ella le siguió, ambos corriendo como podían por encima de los campos que ya estaban comenzando a embarrarse.

La casona no estaba demasiado lejos, pero cuando llegaron allí los dos tenían los pies y las perneras de los pantalones empapados. Dejaron las bicicletas apoyadas contra la pared de la casa, que estaba protegida por las ramas de un aliso, e Ian se acercó a tocar a la vieja puerta de madera. No parecía que allí viviera nadie, pero nunca se sabía.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa? —gritó Ian, acercándose más a la puerta.

—¿Es que vamos a entrar? —preguntó ella. Le resultaba bastante embarazoso irrumpir en la vida de unos desconocidos solo porque se estuvieran mojando bajo la lluvia.

—Bueno, no querrás que te caiga un rayo aquí fuera, ¿no? —le respondió él alzando la voz y señalando hacia el árbol.

A lo lejos se veían los rayos, sí, y Lillie se imaginó sus cuerpos tiesos y calcinados debajo de aquel que, en esos momentos, todavía era un árbol con una apariencia bastante inofensiva.

—Pero... ¿dejarán pasar a unos desconocidos? —insistió.

—La gente del campo es muy hospitalaria, y puede que hasta me conozcan.

Pero nadie abría. Y como nadie lo hacía, Ian se pasó una mano por la cara para retirar el agua que le caía a raudales y despejarse la vista, se sacudió la cabeza y rebuscó algo entre sus bolsillos.

—¿Tienes dos horquillas?

—Pues... —ella se tocó el pelo, que llevaba recogido en una coleta, y recordó que, en efecto, llevaba varias de ellas para intentar domar su alocada melena. Se quitó dos y se las pasó a Ian—. ¿Vas a abrir la puerta?

—¿Tú que crees? —le respondió él al cogerlas.

Después, se giró hacia la puerta, dobló una de las horquillas por la mitad y abrió la otra al máximo. Metió la horquilla doblada por la mitad en la parte inferior de la cerradura y, con uno de los extremos de la otra, manipuló la parte superior hacia la derecha y hacia la izquierda, tanteando.

—Nunca te habría imaginado como Tom Cruise en Misión Imposible, de verdad —bromeó ella.

Él le lanzó una mirada venenosa.

—Tú búrlate, pero gracias a esto vas a poder mantener tu precioso cuerpo seco y caliente.

No supo si cabrearse, reírse o sentirse halagada, pero justo entonces la cerradura hizo un chasquido y la puerta se abrió con un crujir de la madera. Se acercó a él, que se había levantado para mirar expectante hacia el interior de la casa, pero por el momento solo se

veía oscuridad. Ella permaneció a la espalda de Ian, mirando por encima de su hombro, hasta que la vista de ambos se acostumbró y él dio un paso hacia adelante.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —dijo él antes de atreverse a entrar. Como no hubo contestación, continuó adentrándose en la habitación—. Bueno, podría ser peor —dijo al fin.

Ella comenzó a distinguir entonces lo que había en la habitación. Era evidente que la casa había estado desocupada durante mucho tiempo, pues en las ventanas de madera se habían formado algunas rendijas por donde pasaba una luz escasa que daba un aspecto algo tenebroso al interior y, además, olía mucho a polvo y a tierra húmeda. Pero, incluso así, el lugar no era del todo horrible. Es más, tenía su encanto: suelos de terrazo antiguo —que seguramente todavía serían bonitos debajo de la capa de suciedad—, unas alacenas de obra en yeso blanco, y una antigua cocina, también de obra, con unos viejos armarios de un tono parduzco arriba y unas cortinas deshilachadas en la parte inferior.

—¿Aquí vivía el Hada Madrina de Cenicienta?

El sonido de la risa de Ian le llegó desde una de las ventanas e hizo que, por acto reflejo, ella le imitara.

—Probablemente sí, quién sabe —le respondió al tiempo que forcejeaba con el pasador, que estaba bastante oxidado—. Es lo que tienen estos parajes, que te hacen pensar en tiempos pasados y criaturas mágicas.

La lluvia seguía arreciando y en el exterior oscurecía con rapidez. Tan solo la luz de los truenos les iluminaba de vez en cuando. Ian se dirigió hacia la chimenea para observar si estaba bloqueada mientras ella intentaba desempolvar del decrepito sofá cuyo estampado era irreconocible, pero la nube de polvo que se levantó la hizo toser sin parar.

—Tenemos una buena y una mala noticia. ¿Cuál quieres escuchar primero?

—La mala, por supuesto —dijo entre quejidos. Todavía sentía las vías respiratorias obstruidas.

—No tenemos leña, y la de fuera estará más que empapada.

—Ya, ¿y la buena?

—La chimenea no está bloqueada —se giró y la observó con expresión resignada.

—Podríamos echar este trasto viejo al fuego —sugirió, señalando hacia el sofá.

—Y también podrían denunciarnos por vandalismo —le contestó él, entrecerrando los ojos.

Ella puso los ojos en blanco y suspiró.

—Eres un aguafiestas, de verdad. No sé ni por qué insisto en bromear cuando estás delante. —Cogió su chubasquero y, con un rápido ademán, sacudió el agua que le quedaba encima. Después lo arrojó sobre el suelo, dejando que la parte seca diera hacia arriba, y le lanzó una mirada desafiante—. Pues bien, entonces lo único que podemos hacer es sentarnos a esperar, ¿no?

Se sentó en una postura relajada, con las piernas cruzadas como si fuera a meditar, pero

pronto se dio cuenta de que no aguantaría demasiado en esa posición, por muy digna que le pareciera. No sabía cómo actuar después de lo que había pasado en el muro.

—¿Dónde está Hannah? —se le ocurrió preguntar. Era muy raro que él no hubiera salido corriendo detrás de su niña.

—No sé cómo me han convencido para que la dejara quedarse a dormir en casa de su mejor amiga... Es el cumpleaños de la niña, y su madre me prometió que se ocuparía de ella como si de su propia hija se tratase —le contestó él mientras se apoyaba contra la pared, junto a la ventana, y la miraba de frente con las manos metidas en los bolsillos.

—Eres un poco... —se rascó la nariz e intentó pensar en una palabra que no le resultara demasiado ofensiva—. Eres un poco estricto con ella. Seguro que no le pasará nada, es una niña muy madura.

Él la miró sin pestañear durante lo que pareció una eternidad, y Lillie se temió lo peor: una buena reprimenda por meterse donde nadie la había llamado. Se notaba a mil leguas el momento exacto en que Ian levantaba su barrera y dejaba a todos fuera, incluida —y sobre todo— ella.

Pero la reprimenda no llegó, y él apartó la mirada. Se giró hacia el exterior y ella pudo observarle a sus anchas mientras trataba de encontrar una postura en la que se encontrara cómoda.

—Intento no ser demasiado duro con ella —le llegó la voz de él desde la ventana, pero no se giró a mirarla; continuó observando la lejanía con aire ausente—, pero es demasiado difícil. Fallé al cuidar de su madre, y ahora siento que tengo que hacerlo con ella lo mejor posible.

Lillie fingió no saber nada.

—Hablas de su madre en pasado... —Sabía que tenía que andar con mucho cuidado a la hora de hacer preguntas para no dejar entrever que ya sabía algo de su pasado, incluso aunque él se lo imaginara. Era un tema demasiado delicado y por nada del mundo querría herirle.

Al fin, decidió levantarse y colocarse contra la pared, en la misma postura que él, para poder mirarle de frente.

Él la miró, pero en realidad no la estaba viendo, o eso le parecía a ella.

—Su madre era mi hermana. Falleció poco después del parto.

—Vaya... lo siento mucho, de verdad.

Él asintió con la cabeza y volvió a mirar hacia afuera. Sus ojos parecían más oscuros que nunca, casi negros.

—Fue hace mucho —susurró, encogiéndose de hombros—, y aunque la niña sea en realidad mi sobrina, la quiero como si fuera mi hija. La cuidé desde que nació, y es mía. No tiene a nadie más que a mí. —Al decir esto, se volvió de nuevo a mirarla con expresión amenazante para enfatizar sus palabras.

—Lo entiendo perfectamente, es normal que lo sientas así. Supongo que a mí me ocurriría lo mismo. ¿El padre no está?

Él negó con la cabeza.

—Nunca supe nada de su padre. Mi hermana me dijo que ni ella sabía a ciencia cierta quién era, tuvo un par de aventuras.

—Ah, vaya —ella no quiso responder como si la estuviera juzgando, pero lo cierto es que sí le sorprendió que no se supiera quién era el padre. ¿Y si de pronto aparecía un tipo y reclamaba a la niña como suya?

No pretendía juzgar a la hermana de Ian, pero por lo visto él creyó que aquella había sido la reacción de Lillie, así que levantó una ceja y la miró con cinismo. Ahí estaba: Ian tenía un pasado complicado, y a causa de él se había dejado llevar por los prejuicios y recluido en sí mismo para protegerse. Ahora, le miraba a ella como retándole a decir algo en contra de nadie.

—No sé por qué pones esa cara, doctor —le recriminó—. Me conoces lo suficiente como para saber que nunca censuraría lo que otra mujer hiciera. Y además, también sabes que, si a mí me hubiese ocurrido lo mismo que a ti, habría actuado igual. Sería una buena madre.

Él sabía por lo que ella había pasado cuando perdió a su bebé, fue un testigo principal y directo de aquello, y también sabía cuánto le afectó, y le seguía afectando, dicha pérdida. Que pensara que ella no podía ser una buena madre le indignaba hasta un nivel indecible.

—Nunca conocemos lo suficiente a las personas, Lillie —ella apretó los labios, pero él suspiró e hizo resbalar su espalda por toda la pared hasta quedar sentado en el suelo, con las rodillas encogidas—. Sé que habrías querido con todo tu corazón a tu propio hijo, que lo habrías hecho lo mejor que puedes hacerlo... Pero es difícil aceptar a un hijo que no es el propio. Y entiendo que para las mujeres es todavía peor que para los hombres, si no tienen intención real de ser madres.

Pensó en qué ocurriría si se diera una situación así, qué haría ella: ¿le querría igual que a uno propio, o sería distinto? Sí, era difícil saberlo si no se pasaba por ello, pero tenía la sensación de que cuidar a un bebé terminaba por crear un vínculo inquebrantable, incluso aunque no se hubiese deseado antes. Al fin y al cabo, que alguien tan diminuto e indefenso estuviera totalmente en tus manos...

La voz de Ian volvió a interrumpir el hilo de sus pensamientos.

—Una vez estuve casado, ¿lo sabías?

Ella tuvo miedo de respirar, por si acaso él se echaba atrás ahora que había decidido abrir su vida a ella. Y Lillie deseaba saber. Deseaba saber con todas sus fuerzas.

—Lo suponía.

Él asintió, como si estuviera acostumbrado a que todo el mundo especulara sobre él. Lo cual, dicho sea de paso, parecía ser cierto.

—Fue hace mucho. Nos conocíamos desde la universidad... En realidad, era mi novia de toda la vida. La única con la que fui en serio. Estuvimos juntos más de diez años —Ian, que había apoyado los brazos sobre las rodillas flexionadas, movía los dedos como si le picaran—. Ella estudiaba relaciones públicas, era muy guapa, e incluso trabajó de modelo

para grandes campañas de fotografía. Creía que la conocía. —Lillie apretó los labios. No hacía falta que continuara, ella sabía lo que le iba a contar... Pero de todas formas, él siguió—. Pero no fue capaz de adaptarse al bebé cuando llegó. Lo más gracioso de todo esto —continuó, dando un resoplido— es que habíamos hablado de tener nuestros propios hijos. Ella quería tenerlos, o eso dijo. Pero no soportó al de mi hermana. Hannah era solo un bebé recién nacido, ¿te lo puedes imaginar? ¿Se supone que la tenía que abandonar, que lo tenía que hablar con ella antes de aceptarla? ¿Es que había alguna posibilidad de negarse a hacerlo? Estas cosas no se planifican así, yo no planeé perder a mi hermana.

Lillie vio cómo el músculo de la mejilla de Ian se contraía cuando él apretó la mandíbula.

—Pues déjame decirte que tu exmujer era una zorra —le dijo con toda franqueza y se sentó imitando la postura de él.

Permanecieron así un rato, como dos camaradas, hasta que finalmente él añadió:

—Supongo que tienes razón. Conviví con ella durante años, pensé que la conocía bien y, cuando llegó el momento en que realmente la necesitaba, se marchó —resopló para recalcar la ironía de la situación—, ¿y sabes qué me dijo? Que era demasiado joven para sacrificar su vida por el hijo de otra persona. Hannah no tenía a nadie, y yo acababa de perder a mi hermana en el mismo quirófano en el que solía trabajar antes, a manos de mis propios compañeros de trabajo.

«Oh, Dios mío...», pensó. Ahora todo le cuadraba, empezaba a encajar como las piezas de un puzle. ¿Cómo podría Ian quedarse a trabajar en el lugar en el que había perdido a su hermana? Ahora entendía perfectamente que él dejara todo atrás e iniciara una nueva vida lejos de Londres.

—¿Cómo era tu hermana? —preguntó, algo cohibida.

—Se llamaba Evangeline, pero todos le llamaban Evie. Era... muy guapa: morena, alta, delgada. Loca, desenvuelta, simpática, alegre... No tenía nada que ver conmigo, a excepción de nuestro lazo de sangre: éramos mellizos.

Lillie le tomó la mano que reposaba sobre la rodilla, y le dio un ligero apretón. Él la tomó entre los dedos y prosiguió.

—Nuestros padres nos intentaron educar igual a los dos: eran muy estrictos, y también demasiado mayores. Mi padre era vicario en York, y mi madre nos tuvo bien pasados los cuarenta años, cuando ya no creían que iban a ser bendecidos con el don de los hijos... Y les llegaron dos. Ambos murieron antes de que naciera Hannah, pero Evie hacía tiempo que no tenía contacto con ellos, se había marchado de casa con solo dieciséis años. Yo era el único que la apoyaba, aunque no la entendiera, ¿comprendes? Ella era... libre. Nunca atendía a normas ni convencionalismos. Fue la hija pródiga, la oveja negra... Pero nadie la conocía mejor que yo. Era una chica demasiado sensible, nunca encajó en nuestro mundo. Era como si... estuviera esperando el momento en que la perdiera definitivamente.

Lillie tenía ganas de llorar por él, y también por Hannah. Le dio un apretón más fuerte a la mano y consiguió pronunciar un «lo siento» sin llegar a las lágrimas.

—No tienes por qué sentirlo —aunque su voz había sonado triste hacía tan solo unos

instantes, ahora el tono había vuelto a cambiar, a volverse más enérgico—. La echo muchísimo de menos, pero Hannah... Ella es especial. A veces se parece tanto a su madre que me da miedo. Y me da miedo todo con respecto a ella, ¿entiendes? Temo que en cualquier momento se pueda esfumar.

Lillie miró sus dos manos entrelazadas sobre la rodilla de Ian e intentó ponerse en su lugar: los temores de Ian por la niña le parecieron justificados. No razonables, porque los miedos son siempre irracionales, pero sí justificados... Porque seguramente, el doctor temía que Hannah fuera como Evie, una chica extrovertida y temperamental, y deseaba protegerla como él mejor sabía.

Pero Evie no tuvo la culpa de haber fallecido en el quirófano, ¿por qué temía él que Hannah se pareciera tanto a ella?

—¿Por qué murió tu hermana, Ian?

Él resopló.

—Sufrió una hemorragia interna masiva que no pudieron detener, o al menos eso me dijeron. Ella llegó al hospital sana, pero uno de mis compañeros cometió un error. Un gravísimo error, que la mató. Yo estaba en Brighton con mi mujer cuando mi hermana me llamó, y fui yo quien le dijo que fuera al hospital, que la atenderían bien hasta que yo llegara. Todo pasó tan rápido... —Él apartó la mano de la de Lillie e hizo un gesto típico en él cuando se exasperaba: se pasó ambas manos por la cara para después continuar con la voz ahogada—. Cuando llegué ya no pudieron salvarla. Y yo tuve que marcharme de allí, porque si me hubiera quedado, habría matado a mi compañero con mis propias manos. Un médico no puede denunciar a otro por mala praxis, se supone que todos cometemos errores en nuestro trabajo —la miró de reojo con el ceño fruncido, como queriendo decir que él nunca los había cometido—. Pero yo fui incapaz de continuar trabajando sabiéndome presionado por el consejo de administración y mi superior para que no le denunciara. Decidí dejarlo todo y venir aquí, a un lugar en el que mi hermana y yo fuimos felices cuando éramos pequeños, y en donde los niños pueden crecer en paz.

Se giró para mirarla e hizo una mueca que pretendió ser una sonrisa.

—Sé que Hannah es mucho más feliz aquí de lo que lo sería en Londres.

—Estoy segura de eso —le contestó ella.

Ambos desviaron la mirada hacia el frente y se quedaron pensativos. Ella intentaba analizar todo lo que él le había revelado, y él intentaba encontrar la forma de escapar de aquellos dolorosos recuerdos.

—¿Y qué ha pasado con tu mujer? —preguntó Lillie, incapaz de retener su curiosidad y, además, deseando aligerar un poco el ambiente, huir de aquella tristeza que rondaba en el aire.

Él se encogió de hombros.

—*Exmujer* —enfaticó—. Era toda una relaciones públicas. Supongo que un poco obsesionada con su cuerpo, con los retoques estéticos, con la imagen y demás, pero en parte, su trabajo se lo exigía. En fin, no supe darme cuenta de que estaba cambiando. Y no para mejor. En realidad, ella no tiene la culpa de que Hannah llegara a mi vida, no era

responsabilidad suya, pero lo que está claro es que si yo hubiera sabido antes que ella reaccionaría de aquella manera, que ella pensaba que cuidar de Hannah era una imposición, mi relación no habría durado tanto tiempo. Y sin embargo, a veces, sobre todo al principio, no podía evitar culparla por dejarme solo con todo. Con un bebé al que no sabía cómo tratar, estaba totalmente perdido. Ahora hace tiempo que no sé nada de ella, ni quiero saberlo.

Se mordió la lengua para no decir «tu exmujer no tiene nada que ver conmigo, yo no habría actuado igual», porque de todos modos no tenía sentido. Ella no pretendía postularse como su esposa, ni mucho menos. Solo eran dos personas que, finalmente, estaban empezando a confesarse sus secretos, a sincerarse por completo el uno con el otro.

Lillie también estaba lista para contarle otras cosas.

—Mi novio también era un capullo —dijo, casi sin pensarlo.

Él se volvió y la miró, comprensivo.

—¿El padre de...?

—Sí, el padre del niño que perdí. Era un gran capullo. Le pillé en la cama con otra, ¿y sabes lo peor? Que esa no era la primera vez que me engañaba. Ya lo descubrí en otras dos ocasiones anteriores, y al final terminaba convenciéndome para que le diera otra oportunidad. Creía firmemente en el amor verdadero, ¿te lo puedes imaginar? Era una romántica empedernida. Pero ya no lo soy. Él me abrió los ojos al mundo, al fin.

—Vaya... Lo siento, Lillie. No lo sabía, yo... Pero no tiene por qué ser así. No todos los hombres son iguales, y tú aún eres joven. Si le das la espalda a tu naturaleza, solo conseguirás hacerte daño a ti misma.

—No sé —se encogió ella de hombros—, pero no pasa nada. Fui yo la estúpida, por pensar que podía cambiar y confiar en él una y otra vez. Pero ya sabes que he puesto todo de mi parte para pasar página, y tengo esperanzas.

—¿Sabía él lo del bebé?

—No, el día en que le pillé llegué antes precisamente porque sufrí un mareo, y descubrí que estaba encinta. Iba a contárselo, pero la sorpresa me la llevé yo cuando le pillé en plena faena —terminó, con una risa amarga—. Aunque ¿sabes una cosa? Intento ser positiva. Intento ver el lado bueno de las cosas... No era el momento. Él no estaba destinado a ser el padre de mi hijo. No será con él con quien tenga que hablar de colegios, ni de médicos, ni de vacunas... Espero que el padre de mis hijos sea mejor persona que él.

Ian se giró rápidamente hacia ella.

—No serás de las que piensan que las vacunas son un invento de las farmacéuticas modernas, ¿verdad? —inquirió, levantando una ceja en tono burlón.

Lillie rió, y esta vez el sonido sí era alegre. Ian le sonrió y ella le vio los dientes, blancos, rectos y perfectos, que casi brillaban en la oscuridad. Se miraron durante unos segundos en los que algo pareció cambiar en el aire, las sonrisas se desvanecieron y solo quedaron sus miradas. La lluvia seguía cayendo; la luz de un rayo iluminó la estancia y él alargó la mano en busca de la de ella otra vez. Sus dedos se rozaron y, de pronto, el suelo

ya no le pareció tan incómodo. Tampoco notaba la arena que lo cubría y que, momentos antes, le había raspado las palmas de las manos y las piernas: ahora solo le veía a él y sentía el tacto de sus dedos acariciando, con extrema suavidad, los suyos.

—No quiero hacerte daño, Lillie —susurró él.

—Lo sé, yo tampoco quiero hacértelo a ti—le respondió ella.

—Pero tampoco puedo negar mis sentimientos.

CAPÍTULO 20

Hacía mucho, muchísimo tiempo, que Ian no se notaba al borde del precipicio.

Para él, todo en la vida estaba controlado: desde que empezaba el día hasta que acababa, todo estaba meditado, calculado y planificado al detalle.

Y sin embargo, en ese preciso momento, había una parte de él que deseaba caer. Deseaba acercarse al acantilado, colocar los pies en la orilla y, sin mirar hacia abajo, cerrar los ojos y dejarse caer con los brazos abiertos. Quería sentir el viento azotarle la cara, tirar de su pelo, cortarle el aliento.

Quería besar a Lillie. Y no solo besarla, quería hacer el amor con ella. Deseaba arrojarla allí mismo, sobre aquél sucio suelo, y unir sus cuerpos hasta que las moléculas de uno se confundieran con las del otro. No era algo nuevo, eso de querer estrecharla contra él y dar rienda suelta a sus instintos más primarios, pero sí se estaba convirtiendo en algo cada vez más difícil de evitar.

Le había dicho que no quería hacerle daño, y ella lo sabía. Pero podía hacérselo, incluso sin desearlo o sin ser consciente de ello. Y ella... Ella era tan hermosa, tan frágil. Con el paso del tiempo, cada vez le parecía más distinta a la idea que en un principio se había formado de ella. Con cada palabra suya, su anteriormente férrea voluntad se iba resquebrajando.

Pero no, no era una muñeca de porcelana. Continuó observándola mientras sus manos se unían y pensó que Lillie había dejado mucho atrás, que había hecho muchísimas cosas que una persona débil y malcriada nunca habría hecho por sí sola.

No quería ser egoísta, pero tampoco podía evitarlo.

Ella lo deseaba tanto como él, lo veía en sus ojos, y era una mujer adulta. Por una vez en la vida, podía cerrar los ojos y dejarse llevar. Incluso aunque fuera el tipo de mujer del que estaba intentando huir, aunque ella representara justamente todo lo que sabía que podría destrozarle de nuevo. Sí, quería dejarse llevar, lo necesitaba. Todo su cuerpo lo clamaba a gritos. Se había abierto a ella como nunca antes lo había hecho ante cualquier otra persona, le había contado sus más íntimos secretos, sus penas, su trágico pasado... y lo había hecho porque dentro de él había una parte que confiaba en ella. Y esa parte también la deseaba. Quería probarlo todo de ella.

¿Y por qué demonios iba a seguir refrenándose? No, no lo iba a hacer.

Acortó la distancia en menos de lo que dura un suspiro; tan rápido, que Lillie no tuvo tiempo a reaccionar antes de que los labios de él oprimieran su boca con fuerza.

Fue un beso torpe, apremiante. Sus cuerpos se buscaron el uno al otro y se estrecharon

en un caos de brazos, manos y piernas. Cayeron hacia atrás y Lillie se hizo un poco de daño en la cabeza, pero no le importó. Ian se separó un instante para pedirle perdón, pero ella susurró: «No importa», y le agarró la cabeza para volver a acercarle de nuevo a sus labios.

Ian no podía pensar. Lillie tampoco.

Habían vaciado sus mentes de todo dolor y ahora solo deseaban sentir.

La lluvia arreció e, incluso aunque hubieran querido detenerse y continuar conversando, ya no podrían haberse escuchado.

Ian tiró con torpeza de la camiseta de Lillie y se la quitó por encima de la cabeza para dejar al descubierto sus pechos, enmarcados por un bonito sujetador de encaje en el que ni siquiera reparó, pues se apresuró a quitárselo con toda rapidez.

Lillie sonrió contra sus labios, pues en eso sí que parecía tener práctica el médico. Bueno, en eso, y en todo lo demás, como pudo comprobar después.

Por primera vez en su vida, ella no trató de esforzarse por resultar seductora, atractiva, deseable, sexy o sumisa. No se preocupó por montar una escenografía en la que resultara deseable con el fin de excitar a su pareja; lo cierto es que ni siquiera tuvo tiempo de pensar en que quizá, la pareja con la que se estaba dando un revolcón podría necesitar algo de ayuda para ponerse a tono. Se centró en sí misma y en el placer que las caricias de él y sus besos le proporcionaban, y le bastaba con el ímpetu que él ponía en acariciarla, en besarla.

Ian no necesitaba nada, salvo a ella. Tal cual era, tal y como la veía y tocaba.

Cuando liberó sus pechos y rozó los pezones con la punta de la lengua, lentamente, primero uno y después el otro, Lillie se arqueó y los acercó más a su boca. Las manos de él se movían despacio por su cuerpo, pero al mismo tiempo lo hacían con destreza y sensualidad, reclamándola, haciéndole sentir hermosa y deseada, encendiendo en ella una llama que nunca antes había ardido.

Descendió por sus caderas y le acarició las piernas, y ella las levantó por instinto hasta rodearle la cintura. No estaban haciendo el amor, solo se estaban dando un revolcón, pensó de pronto Lillie en un momento de lucidez. Si fuera más que un revolcón, ella tendría que prepararse, tendría que haberse puesto mejor ropa, haber comprobado si iba bien depilada, debería haber pensado en la mejor manera de seducirle y...

Él notó que ella se tensaba y levantó las manos de la cinturilla del pantalón, cuyo botón había empezado a desabrochar, para colocarlas con suavidad alrededor de su cintura. La miró a los ojos y le habló, con la respiración entrecortada y la voz ronca y sensual, teñida de deseo:

—Eres preciosa, Lillie, y quiero tenerte entre mis brazos. Quiero hacerte el amor hasta que se nos olvide quiénes somos tú y yo... Pero si no estás preparada, lo entenderé. Será como si no haya pasado nada. Nada tiene por qué cambiar, los dos somos adultos y perfectamente capaces de asumirlo.

«Oh, qué fastidio», pensó ella, «ya vuelve de nuevo el doctor razonable y controlador». No quería que volviera, le quería tal y como estaba tan solo unos segundos antes. Le miró y, a pesar de que la oscuridad les envolvía, pudo advertir con toda claridad el brillo en sus

ojos y la forma en que la miraba, como si quisiera devorarla. Y aunque su boca había pronunciado aquellas palabras, su cuerpo le delataba: Lillie podía notar su erección, firme y clara, contra su propia pelvis. Los brazos de él la rodeaban con tensión, estaba tratando de controlarse y respiraba con dificultad.

No había tenido que hacer absolutamente nada para encenderle, y eso la desarmó, la deshizo por dentro. Comenzó a temblar como una hoja, como si tan solo fuera una chiquilla joven que iba a experimentar los placeres del sexo por primera vez y, al igual que la chiquilla, temiera lo desconocido.

Ella se había excitado tanto como él. Sus pechos estaban libres, y deseaba, *necesitaba*, que él la liberara de los pantalones y poder sentir su cuerpo contra el de él. Pero aquella forma de entregarse no había sido lo habitual en su vida, y no sabía hacerlo de otra manera, no sabía cómo actuar. Se sentía torpe e incluso... poco atractiva. No llevaba maquillaje, no iba peinada con esmero ni estaba usando ropa interior provocativa. ¿Qué debía hacer?

Ian le acarició las mejillas con los pulgares, notando su indecisión, y se dejó caer con suavidad sobre ella procurando no aplastarla. Escondió el rostro en su cuello y volvió a hablarle al oído.

—Lo siento, he sido un idiota... Sé que este no es el lugar... Esto no es a lo que estás acostumbrada. Es lo que pasa por hacer las cosas sin meditarlas antes, maldita sea... Perdóname, pararemos aquí —volvió a repetir.

Ella miró hacia arriba, a la oscuridad, y agradeció poder sentirse cubierta por él para no dejar entrever su torpeza.

—No es eso, Ian. Yo también deseo hacerlo. Es solo que... estoy nerviosa —confesó. Él siempre se disculpaba por desearla, parecía estar siempre disculpándose por dejarse llevar, por desearla.

Todo aquello la abrumaba. Sus propias ganas de hacer el amor, de fundirse con él, la escasa —o más bien nula— premeditación del acto, sus inseguridades. Comenzó a temblar con más fuerza.

—¿Nerviosa? ¿Por qué? ¿Acaso tienes miedo de mí, Lillie? —le preguntó, volviendo a levantar la cara para observarle—. Sabes que yo nunca haría nada que no quisieras.

En efecto, lo sintió al perder la calidez del aliento de Ian sobre el hueco de su cuello. Pero su cara de preocupación y el ceño fruncido, ese que tan bien estaba empezando a conocer, la hicieron reaccionar.

—Eso ya lo sé, pero aun así, te temo. —Debía ser sincera con él. Él lo había sido, y lo estaba siendo, y aunque le costara demasiado, sentía la necesidad de mostrarse ante él como lo que era, con sus defectos incluidos.

Él tenía las manos apoyadas a los costados de Lillie y comenzó a mover los pulgares trazando unos suaves círculos, muy cerca de donde comenzaba la curva de sus senos.

—No debes temerme, de verdad. Sabes que nunca te engañaré, soy todo lo que ves. Me he mostrado ante ti tal cual soy, Lillie, ni más ni menos. Sin embargo, sería estúpido negar que... que te deseo tanto que soy incapaz de controlarme. No debes temerme, no si sientes

lo mismo que yo —susurró contra sus labios.

La barba, que asomaba de nuevo aunque todavía corta, le rascó la barbilla cuando él movió los labios contra los suyos.

—No te tengo miedo a ti. Tengo miedo de mostrarme tal y como soy yo.

Él le dio un ligero beso en los labios, pero se demoró un instante sobre ellos, como si no pudiera despegarlos, y luego se apartó para mirarla con gravedad a los ojos.

—Yo te estoy viendo tal cual eres. Estoy viendo a la mujer que eres fuera de las cámaras, y no a la que aparece en el escenario con un disfraz. No debes tener miedo de ser tú... Me gusta demasiado la Lillie que estoy descubriendo. Demasiado, para mi propio bien. Eres preciosa —otro suave beso en los labios—, por dentro y por fuera —de nuevo un beso—, y me vuelves loco —terminó, esta vez abriendo la boca y jugando con su lengua. Comenzó a temblar contra su cuerpo; el deseo no había disminuido, sino que había ido aumentando todavía más si cabe. De pronto, él se separó de ella y volvió a decirle—: Yo también tengo miedo.

—¿De qué? —se impacientó ella. Ahora que estaba empezando a dejarse llevar al fin, justo en ese momento, tenía él que mostrar sus dudas. Esperaba que no se echara atrás, que no ocurriera como le había sucedido a ella en otras ocasiones... Porque con Ian no sería capaz de fingir el papel de gata seductora con el fin de volver a encenderle.

—De ti —le sorprendió.

—¿De mí? ¿Cómo que de mí? —ella pestañeó varias veces y sus caderas, que hasta ese momento se habían estado meciendo contra las de él, se detuvieron de inmediato.

—Tengo miedo de dejar que entres en mi vida, Lillie, y que después no pueda dejarte marchar. Tengo miedo de que sigas quitándote la máscara y no me pueda separar de la mujer que hay debajo. Tengo miedo de perderme de nuevo.

—Piensas demasiado —le susurró ella, y le atrajo contra sí, para susurrar contra sus labios antes de volver a besarle—: y sin que sirva de precedentes, en estos momentos también hablas demasiado.

Ya no hubo más miedos, ni temores, ni desconfianzas. Los apartaron a un lado para sumirse en aquello que en esos momentos más apremiaba: el deseo del uno por el otro. Lillie le desabrochó los botones de la camisa y pudo acariciar al fin el pecho desnudo de Ian, tocar el vello que recorría la línea de su pecho y bajaba por su ombligo, acariciar la dureza de un cuerpo sano y atlético, un cuerpo cálido que eliminaba cualquier rastro de frío que pudiera quedar en su piel.

Él se giró para evitar que ella se sintiera molesta por la dureza del suelo, la colocó encima y le desabrochó el pantalón. Lillie hizo lo mismo, con manos temblorosas, y en pocos segundos los dos habían logrado quitarse a empujones y patadas aquella prenda húmeda que se adhería a sus cuerpos y les dejaba helados. Entraron en calor el uno contra el otro, se refugiaron, se abrazaron, se perdieron.

Lillie nunca pensó que hacer el amor pudiera ser así. Solo sentía la boca de él sobre la suya, sus labios, su barba rugosa, la lengua que le acariciaba y la volvía loca. Nunca imaginó que no podría pensar, que sería incapaz de calcular sus movimientos, que la

necesidad de que su compañero la tomara sería mucho más fuerte que su instinto de seducción.

Ian no necesitaba que le sedujeran. Estaba seducido, loco por ella. Ardía, empujaba su cuerpo con fuerza como si necesitara notarse más cerca... Le quitó las bragas con rapidez y ella tiró de sus bóxers hasta que logró liberar su miembro, rígido y oscuro, rodeado de suave vello negro, que notó contra su piel.

Nunca había estado tan excitada. Era como si... como si ese fuera el primer hombre de verdad con el que ella hubiera estado, como una segunda primera vez. Las manos de él acariciaban sus pechos, pellizcándole los pezones con suavidad, amasándolos, jugando con su forma y su peso. Gimió. Fue un sonido no calculado, espontáneo, emitido con una voz ronca; no era una gatita, era una mujer que se estaba volviendo loca. Le quería dentro. Le necesitaba dentro, e Ian la apremiaba haciendo uso de sus manos, su lengua y sus labios para volverla loca.

Él se irguió y ambos quedaron sentados en el suelo, ella con las piernas entrelazadas en su cintura. Ian metió la mano entre los muslos de Lillie mientras ella le abrazaba y le besaba, y no pudo evitar dar un respingo cuando él le acarició el sexo, jugando con los dedos en su hendidura y llevando la humedad que la llenaba hasta el clítoris, una y otra vez. Después, tiró de ella hasta tenderla hacia atrás y se inclinó sobre su cuerpo para dejar un rastro de besos desde su cuello hasta su ombligo, y después continuar hasta su pubis, momento en que ella se tensó.

No recordaba qué había hecho con otros hombres; tampoco era capaz de pensarlo en ese momento, pero durante una milésima de segundo se dio cuenta de lo que iba a hacer él y se preguntó si tenía bien depilada esa zona, si estaba limpia, si... Y después, ya no pudo pensar.

Sintió la lengua de él sobre los labios de su vagina, sus dedos los acariciaron hasta separarlos y exponer el clítoris, que él succionó mientras introducía un dedo en el interior de ella. Lillie se meció contra él, se arqueó, gimió y se dejó llevar por el exquisito placer que le estaba provocando Ian. Conforme él jugaba con su sexo, ella perdía más la razón y sus gemidos fueron cobrando fuerza, sofocados por el sonido de la lluvia.

Cuando casi estaba al límite de alcanzar el orgasmo, él apartó la mano y rebuscó su cartera en el pantalón. Sacó un condón, se lo puso con rapidez y la apretó contra su cuerpo, buscándola. Su sexo vibró contra el de ella, resbaló por la humedad, y él gimió contra su boca; fue un sonido gutural, fiero, salvaje. No podía esperar más. Ella abrazó sus caderas con las piernas, apretándole, urgiéndole a que se adentrara en ella, y él guió y colocó el pene en su entrada, la tomó por las caderas, y empujó.

Ian giró la cabeza hacia abajo y observó cómo se unían, y Lillie echó la cabeza hacia atrás y gritó.

—Oh, Dios... —musitó él, antes de cerrar los ojos y hundir la cara en el hueco del cuello de Lillie al notar que su pene se había introducido por completo en el interior de ella.

Lillie se dejó abrazar e intentó controlar su respiración agitada. Sollozó. Tenía casi treinta años e Ian era tan solo el cuarto hombre con el que hacía el amor... El primero fue

un chico de su pueblo natal, un torpe escarceo de la adolescencia. El segundo había sido Jason, y el tercero Tanner. No hubo más hombres en su vida, a pesar de que muchos pudieran creer lo contrario.

Y sin embargo, con ninguno se había sentido tan desnuda, tan vulnerable, tan real y, a pesar de ello, tan deseada. Era solo ella, solo Lillie, no Lady Lillie McFly.

Ian la apretó más contra su cuerpo y le acarició el pelo.

—Sshhh... Tranquila. Tranquila, Lillie. Estoy aquí. No te voy a hacer daño. No va a pasar nada. Tranquila... ahora estás conmigo —le murmuró al oído.

Poco a poco, ella comenzó a calmarse y él apoyó su frente contra la de ella mientras continuaba acariciándole el cabello. Se miraron a los ojos. Las lágrimas caían silenciosas por los ojos de Lillie, y los de Ian nunca habían mostrado antes tal expresión de ternura.

—Estoy aquí —continuaba repitiéndole—. No estás sola, Lillie. Estoy contigo.

Comenzó a moverse contra él, porque lo deseaba y necesitaba. Su llanto era extraño: lloraba de satisfacción, del placer del descubrimiento, de alegría por descubrir que podía disfrutar sin reparos, y no quería que cesara. No fue fácil: aquella era la primera vez en que volvía a tener relaciones sexuales después de haber sufrido su pérdida, y aunque él no pudiera estar seguro de ello porque no habían hablado del tema, al menos lo intuía, con lo que se mostró tierno, paciente y apasionado con ella.

Ian era un hombre de firmes convicciones, e igual de firmes y evidentes eran sus emociones: si la deseaba, la deseaba con todo su ser, con todas sus fuerzas, sin tapujos.

Y la deseaba, muchísimo. La había empezado a desear hacía tiempo, y también la había empezado a querer. De qué manera, todavía no lo sabía, pero conforme los dos se perdían en el otro se dio cuenta no solo de que sentía una atracción física hacia ella, sino que también deseaba protegerla. Quería tenerla a su lado, tomarle de la mano cuando estuviera triste, besar sus lágrimas, hacerle el amor sin cesar, tal y como lo estaban haciendo ahora, perderse en esas sensaciones que no recordaba haber experimentado antes.

—Lillie... Oh, Lillie... —gimió.

Y entonces no pudo aguantar más y allí, sobre aquel suelo sucio, en una granja abandonada en medio de la oscuridad de un páramo inglés y rodeados por una fiera tormenta, se dejó llevar. La recostó sobre el suelo y se mecía con mayor rapidez sobre ella, que acompasó el ritmo de sus caderas a las de él, hasta eyacular en su interior al tiempo que ella gritaba su nombre, una y otra vez, al alcanzar su propio clímax.

CAPÍTULO 21

Yacieron abrazados sobre el montón de ropa formado por sus chubasqueros y las prendas descartadas. Tenían los ojos cerrados y las respiraciones agitadas, y el cuerpo todavía les ardía debido a la intimidad compartida. Una intimidad que, por otra parte, todavía no desaparecía.

Ian movía su dedo pulgar sobre el brazo de Lillie, acariciándolo hacia arriba y hacia abajo mientras se sumía en sus pensamientos.

Ella abrió los ojos. Estaba tumbada de costado, a su lado, y una de sus piernas descansaba sobre las de él. Observó su perfil, duro, oscuro y anguloso. Su nariz recta, sus pómulos marcados, la barbilla cubierta de áspera pelusa. Él no abrió los ojos, aunque sabía que estaba siendo observado... Y no dejó de acariciarla.

Lillie no quiso preguntarse qué pasaría ahora. No debía hacerlo, y lo sabía. Había sido sexo casual, espontáneo y, además, el mejor que había experimentado nunca en el sentido de que no había caído en sus antiguas inhibiciones. Para su suerte o desgracia, según se mirara.

¿Quería volver a experimentarlo? Sí, sin duda. Pero tampoco deseaba volver a depender de nadie. No quería atarse sentimentalmente a ninguna persona. Nunca antes le había funcionado bien y todo apuntaba a que, con Ian, no tenía por qué ser distinto. Volver a repetir aquello con él, a buen seguro, complicaría más las cosas.

Levantó un poco la cabeza y miró hacia afuera. La lluvia ya no caía con tanta fuerza, aunque todavía se veía la luz de los truenos a lo lejos. La tormenta se alejaba.

Él abrió los ojos y se giró hacia ella. La suave luz nocturna que se colaba por la ventana le iluminaba el rostro lo suficiente como para distinguir los bonitos rasgos femeninos de Lillie: su nariz respingona, sus labios llenos, aquellos ojos azules tan claros y voraces.

Voraz, era la palabra. Lillie era un vendaval, una fuerza de la naturaleza que te arrastraba al pasar, justo como aquella tormenta. Ian había sentido miedo de que aquel torbellino le arrastrara, y después de hacer el amor con ella ese miedo no se disipó. Tampoco aumentó, pero estaba ahí, como un dolor sordo, latente.

No estaba dispuesto a ceder su espacio. Tenía su vida planificada, y así debía quedarse. Además, también tenía a Hannah, que era lo principal para él, pero... era un hombre, y a veces lo natural era que deseara saciar sus apetitos.

Había dicho y reiterado que no quería hacerle daño a Lillie. Su situación era vulnerable y no quería aprovecharse de ella, pero quizá... Quizá pudieran iniciar algo sin ataduras. Algo íntimo, pero alejado al mismo tiempo. Algo con que ninguno de los dos saliera

perjudicado.

Incluso aunque estando allí, en aquel lugar tan alejado, a solas con ella... no sintiera deseos de dejarla marchar. Aquella noche estaba solo. No tenían por qué abandonar aquel lugar, podrían quedarse allí y seguir disfrutando de sus cuerpos, abandonarse del todo al placer mutuo.

Lillie era preciosa. ¿Cómo no iba a serlo? Era una mujer hecha para provocar, para destacar, para no dejar impasible a nadie. Él había llegado a amar y odiar a ese tipo de mujeres al mismo tiempo. Las había visto en persona, las había tratado y hasta estuvo casado con una de ellas. La mayoría de ellas eran mujeres huecas, vacías, sin alma, sin integridad ni sentimientos.

Pero ahora sabía que Lillie no era así, sino más bien todo lo contrario. Y a esa revelación se le sumaba el hecho de que le recordaba demasiado a Evie, y eso tampoco era nada bueno.

Ella se giró hacia él y le sonrió. Sus labios hicieron una bonita mueca, y él deseó de nuevo besarlos, probar su sabor. Los rozó con sus dedos y después bajó la mano por sus pechos. Los pezones se endurecieron ante el suave roce y formaron un botón rosado entre sus dedos.

—Eres muy hermosa. —La voz de él sonó ahora más fuerte, más firme.

Ella resopló. Su piel se estaba endureciendo. Sabía lo que iba a ocurrir. No lo pensaba permitir.

—Sé que soy hermosa. ¿Y qué? Hay miles de mujeres hermosas. A veces, serlo no es una bendición, te lo puedo asegurar.

Él bajó la mano de golpe y se colocó de lado para observarla mejor.

—¿No consideras una bendición ser mucho más guapa que la mayoría de las mujeres, por no decir que casi todas? —la provocó. Él deseaba hacerla reaccionar, quería estar seguro de conocer cada mínimo rasgo de ella antes de que fuera demasiado tarde.

Lillie era buena, sí, pero también era vanidosa. Y esa parte de ella era la que menos le atraía, la que le hacía mantenerse firme en sus convicciones y seguir manteniendo erguida su muralla protectora.

Ella le escudriñó con la mirada. Parecía acusarle de algo, aunque no sabía de qué.

—Ser hermosa está muy bien. Pero llega un momento en que, si a eso le unes el éxito, tan solo sirves como trofeo para los demás.

Se deshizo la maltrecha coleta y se echó el pelo, todavía húmedo, hacia atrás para comenzar a pasarse la mano por los largos mechones y ayudarles a que se secaran antes. Estaban frente a frente, desnudos, y él volvió a deslizar su mirada por el cuerpo femenino, algo más voluptuoso que meses atrás. Entendía perfectamente a qué se refería: quien deseara una mujer trofeo, no habría otra mejor en el mundo que ella.

De repente, volvió a girar la cabeza y le lanzó una mirada enfurecida.

—Nunca más volveré a serlo. Soy una mujer corriente, como cualquier otra. Una persona con necesidades y sentimientos. He estado demasiado tiempo en el negocio como

para saber lo que hay... dentro y fuera de él. Y ahora mismo, lo que quiero y necesito es pensar solo en mí misma. He tardado demasiado en abrir los ojos, Ian, y te aseguro que ya no los voy a cerrar.

Con ello, Lillie esperaba dejar claro que aunque acabaran de hacer el amor, no la iba a usar de felpudo. Sabía cómo era él, le conocía al igual que conocía sus prioridades... Y esta vez, ella no se iba a dejar amedrentar por nadie. No pensaba ceder. Había disfrutado de un buen sexo. De un sexo bárbaro.

Y ya estaba. Nada más.

Porque ahora, debía aprender a quererse a ella misma por encima de nadie. Ahora, ella era su máxima prioridad. Debía tenerlo presente, mucho más que nunca, después de hacer el amor con un hombre. Por mucho que ese hombre fuera el doctor Ian Morgan y proviniera de un mundo totalmente distinto al de ella. Y fuera tan atractivo, inteligente y sensible, aunque tratara de ocultarlo. Sobre todo por eso.

Ian la había observado sin pronunciar palabra, y el silencio que hubo entre los dos hizo que ella se pusiera algo nerviosa. Le daba la sensación de que había dicho algo incorrecto, algo malo... Pero supuso que era normal: no estaba acostumbrada a plantarse delante de nadie e imponer su voluntad. Esa era la primera vez que lo hacía, o al menos la más importante, porque si lo había hecho con anterioridad no lo podía recordar. Comenzó a temblarle el cuerpo, pero le sostuvo la mirada.

—Lo entiendo perfectamente —dijo él al final.

Algo había cambiado. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y comenzó a notar el frío que en realidad hacía y que, hasta ese momento, ni siquiera había sentido.

Se incorporó y comenzó a buscar su ropa con rapidez. Fuera lo que fuera lo que a él le había molestado, ya no tenía importancia. El momento había pasado. La magia se había esfumado. Todas esas cosas que se dicen en los libros y las películas románticas, todas esas, se habían evaporado.

Él se incorporó a medias, todavía desnudo, mientras ella recogía las prendas. No le importaba estar así, expuesto ante ella, como si fuera lo más natural del mundo, mientras que ahora ella comenzaba de nuevo a sentirse una chica torpe y abandonada.

—Tú no entiendes nada —masculló Lillie mientras terminaba de vestirse.

—Desde luego que no. No entiendo qué es lo que te ha hecho reaccionar así, de repente —le respondió él algo irritado—. No he dicho nada para molestarte.

Era cierto, pero lo había hecho. Había lanzado una acusación velada, y lo sabía.

Lillie alzó la cabeza y le miró. Esperaba que su expresión también fuera lo suficientemente visible como para que él se percatara de su enfado.

—Si crees que soy egoísta por pensar en mí nada más, pues créelo. Me da igual. Bastante he aguantado, bastante me han humillado hasta ahora. Tú no tienes ni idea, así que por mí puedes opinar lo que te salga de las narices. Quiero irme a casa. —Había terminado de ponerse la ropa y se cruzó de brazos, de pie ante él, mientras daba golpecitos en el suelo con la punta del zapato.

Él cogió su ropa lentamente y comenzó a vestirse. Sí, lo que habían compartido antes se había esfumado. Volvían a ser dos personas que se empeñaban en separarse la una de la otra.

—Todavía llueve un poco, y está oscuro —rezongó.

Ella apretó los labios. Como no tenía que hacerse cargo de su niña, ahora no tenía prisa por marcharse. Pero ella sí. No quería estar ni un minuto más con él. Si se quedaba, lo más probable es que acabara arañándole la cara, por imbécil y obtuso. Comenzó a sentirse fatal, como si se hubiera tragado un vaso de leche agria. Le entraron náuseas solo de pensar en que, a pesar de haber compartido un momento que para ella había sido tan auténtico, a pesar de haber compartido intimidades que nadie más conocía, él persistía en sus prejuicios sobre ella. No podía creer que todavía la estuviera juzgando, así como tampoco podía creer que tuviera tan mala suerte de que todos los hombres con los que estaba la menospreciaran.

—Me da igual si llueve. Me marcho de aquí, y si tú no vienes, me iré sola. —Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, que abrió con un crujido de los decrepitos goznes.

—No seas chiquilla —le escuchó decir a su espalda.

Lillie se quedó quieta un instante, observando la oscuridad. Durante un momento sintió miedo de la negrura que había frente a ella; la imagen que tenía ante sí podía ser, perfectamente, la de una película de terror. La escena idílica que había contemplado al llegar se había desvanecido como por arte de magia. No obstante, se puso firme y dio un paso hacia afuera tras colocarse la capucha del chubasquero.

Ian la agarró del brazo antes de que pudiera continuar.

—No seas tonta. Vamos, espera un poco más.

Aunque su voz era calmada, ella no cedió. Giró la cara y le miró.

—No pienso quedarme ahí adentro ni un minuto más. Necesito irme.

Sabía que sonaba caprichosa, pero le era indiferente. En esos momentos estaba tan enfadada que era incapaz de tolerar la presencia del médico ni un segundo más, así que continuó hasta donde habían dejado las bicicletas y cogió la que él le había prestado. No veía casi nada más allá de un metro por delante de ella, y aun así montó en la bici y comenzó a pedalear por el sendero en dirección, supuestamente, hasta el muro desde el que habían llegado.

—¡Por ahí no vas a llegar a ninguna parte! —escuchó a Ian gritar tras ella. Se giró y vio que le seguía en su bici—. Sígueme, si quieres volver sana y salva a casa —le dijo al llegar hasta su lado.

Ella suspiró. Era terca, pero no estúpida, así que hizo lo que él le dijo y pedaleó tras él bajo la lluvia.

Desde luego, conocía el lugar y sabía cómo manejarse en la oscuridad, porque si no hubiera sido por él ya se habría caído en al menos tres cunetas y cuatro cenagales. Era muy complicado circular con la bici por el campo después de llover tal y como había

llovido, pero era mejor eso que ir andando bajo la lluvia y el frío, incluso aunque a veces costara avanzar muchísimo debido al lodo.

Por suerte, no tardaron demasiado en llegar a un camino asfaltado y en el que no había necesidad de apretar los pedales como si no hubiera un mañana, y sus piernas agradecieron el descanso.

Cuando al fin llegaron a casa de Lillie, parecía que hubiera corrido un maratón. Los gemelos le dolían tanto que casi no podía ni mover las piernas, pero se esforzó en que él no lo notara cuando se bajó de su bicicleta y se la entregó.

—Gracias por el vehículo. —No pensaba decirle, ni muerta, «gracias por el paseo», y mucho menos por la tarde que habían pasado, así que le entregó el manillar sin mirarle a los ojos, pero antes de darse la vuelta para dirigirse a su portal él la detuvo al agarrarle la mano.

—Lillie, no quiero que te vayas molesta. Siento si he hecho o dicho algo que te haya importunado. No se me da bien... hablar, ya lo sabes.

Ella entrecerró los ojos. La lluvia caía en pequeñas gotas por las oscuras pestañas de Ian y después corrían por su nariz y sus mejillas para caer con suavidad por su barba. El pelo lacio del flequillo se le adhería a la frente, y ella maldijo en silencio su atractivo, tan masculino y natural como la misma lluvia. No debía ablandarse. No podía hacerlo porque, de ser así, bajaría de nuevo sus defensas y él podría volver a herirla. Bastaba con una palabra, con un hecho o incluso con la ausencia del mismo. No podía dejarle entrar en su corazón.

—No te preocupes. Estoy acostumbrada a las decepciones.

Ahora le tocó a él el turno de apretar los labios y callar, y ella se dio la vuelta para no darle la oportunidad de continuar discutiendo por algo que ni tenía sentido ni deseaba.

Nada más girarse, se quedó congelada al ver una figura oscura agazapada en el portal que intentaba protegerse de la lluvia mientras esperaba.

La figura levantó la cara cuando ella se acercó, y se bajó la capucha. Lillie pudo distinguir con claridad los mechones de pelo de color castaño con mechas doradas de aquel a quien había llegado a odiar tanto y por quien ya no sentía nada. O eso pensaba.

—Al fin llegas. Llevo esperándote toda la tarde bajo una lluvia infernal.

CAPÍTULO 22

Jason.

No podía creerlo. No podía creer que hubiera aparecido allí después de varios meses sin verle.

—¿Cómo me has encontrado? —espetó.

Él se levantó y estiró las extremidades, perezoso. Miró hacia atrás, en la dirección en que supuestamente debía estar Ian.

—¿Quién es tu amigo?

—Nadie —respondió ella—. No es de tu incumbencia.

Él resopló.

—Ya lo creo que lo es. Llevo horas aquí esperándote, en este portal de mierda, bajo una lluvia infernal. Estoy mojado y helado de frío y tú ni siquiera te has dignado a saludarme. Además, he intentado ponerme en contacto contigo cientos de veces y no has querido contestar ni una. Deja ya de tratarme como una basura, ¿quieres? Creo que ya tuve mi merecido castigo.

Ella rio. Su risa sonó histérica, loca.

—No me lo puedo creer... ¡No me lo puedo creer! —Se puso las manos en la cara y se repitió una y otra vez que aquello debía ser una pesadilla.

¿Quién demonios le habría dado su dirección?

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó de nuevo, esta vez con mayor insistencia.

—Tu padre —le respondió él, encogiéndose de hombros.

—Ya. Mi padre. Ya... Maldito hijo de... —Se cruzó de brazos y miró hacia un lado, intentando pensar qué iba a hacer con él.

—¿Es que no me vas a invitar a entrar a tu casa, Lil? Llevo horas esperándote y estoy empapado, ya te lo he dicho.

Ella le miró furibunda. Su tono de voz, exigente, no le había gustado nada. Pero él era así. Era Dios. Creía que era el mejor y que todo el mundo le debía pleitesía, incluida ella. Y ella, durante mucho tiempo, también lo había creído.

—Aquí no vas a entrar. Yo no te he invitado a venir, así que no eres bienvenido.

—¡¿Qué?! ¿De verdad me vas a dejar aquí tirado después de haberme pegado este viaje de mierda y llevar horas esperándote? ¿Es que te has vuelto loca o qué? ¡Basta ya de

fingirte la mujer herida, me tienes harto! Hasta aquí hemos llegado.

Ella le observó y, de repente, sintió asco. No sabía qué había visto en él, cómo había podido enamorarse de una manera tan ciega y desequilibrada. Puede que tuviera una cara bonita y un cuerpo muy trabajado, pero ella ahora solo sentía repugnancia. Ya no era el chico guapo que fue en otro tiempo, ahora era un ser asqueroso y mezquino, y sí, todavía sentía algo por él: repulsión.

—¿La mujer herida? ¡Te pillé en mi cama con otra, Jason! ¡En mi propia cama, por Dios! —Se estaba empezando a cabrear de verdad, pero él no merecía la pena—. Yo no te pedí que vinieras. Ya no me importas nada en absoluto, y ten claro que eso no lo finjo. Puedes volverte por donde has venido.

Intentó pasar por al lado de él para abrir su portal, y él la agarró con fuerza del brazo.

—Escúchame bien, nena, me vas a dejar entrar... Y vas a arreglar lo nuestro ahora mismo, ¿entiendes? Me dejaste tirado como una mierda, atado a la cama como un imbécil hasta que me encontró la asistenta, y por si eso no fuera poco, has hecho añicos mi reputación. No te lo pienso consentir. Ahora mismo vas a dejarte de estupideces, vas a pedirme perdón por lo que me hiciste y vas a volver conmigo a casa, ¿te queda claro?

Nunca antes había visto a Jason perder así los papeles con ella. Sí, le había visto perderlos con otras personas, pero siempre pensó que con ella no sucedería, porque él la quería y respetaba. Cosa que no era cierta. Nunca la había querido ni respetado, y solo era cuestión de tiempo que él se mostrara ante ella tal y como en realidad era con todo el mundo.

—Suéltame —intentó zafarse de su agarre dando un tirón hacia un lado, pero él la sujetó con más fuerza.

Durante un instante, su gesto cambió. Lillie vio cómo la ira ascendía poco a poco y se apoderaba de sus facciones, convirtiendo un rostro antes dulce y angelical en una máscara de furia casi demoníaca. Sintió miedo y se encogió.

Jason levantó la mano derecha, que tenía libre, y respiró hondo.

Ella se dio cuenta de que la iba abofetear, y se tapó la cara para protegerse en un acto reflejo.

Pero la bofetada no llegó.

Separó los dedos de la mano e intentó mirar, pero tenía tanto miedo que se quedó encogida contra la pared, con los hombros casi pegados a su cara. Temblaba.

Ian. Era Ian quien había detenido el golpe. Ian, que se había mantenido al margen y estuvo a punto de marcharse para dejarles intimidad, había decidido quedarse ante la agresividad que mostraba el chico hacia Lillie. Y justo cuando vio que él le levantó la mano, apareció por detrás y le agarró el brazo, retorciéndoselo en su espalda para que no pudiera moverse.

—¡Quítame las manos de encima! —le gritó su exnovio—. ¡Maldito imbécil! ¡Esto no es asunto suyo!

El otro no contestó, sino que empujó de él hacia atrás para alejarle de ella, y Lillie bajó

al fin las manos. Nunca antes había estado tan asustada, tan sorprendida. No se esperaba aquello. Nunca lo habría esperado.

—Ahora, niño de mierda, te vas a largar de aquí. Vas a desaparecer antes de que me lo piense mejor y te dé una buena paliza, ¿lo has entendido?

—Maldito hijo de perra... ¡Suéltame! ¡Ella es mi novia! Tú no tienes vela en este entierro, tío. ¡Es una furcia! Si no me sueltas ahora mismo, voy a llamar a mis guardaespaldas y...

—Tú no vas a llamar a nadie —le interrumpió, retorciéndole todavía más el brazo—. Vas a coger tu mochila, vas a caminar a toda leche por esa cuesta que ves ahí y te vas a volver a casa en silencio, ¿me oyes? Porque si no, vas a terminar de patitas en la cárcel por amenazas e intento de agresión, te lo aseguro.

Jason respiraba como un toro, pero no podía zafarse de la perfecta llave que Ian había ejecutado para intentar retenerle. Quizá en otra situación pudiera ser un adversario muy peligroso, pero en ese momento no era nada.

—Eres una puta —se dirigió entonces hacia ella, viendo que no podía atacar con las manos—. Una zorra, una mentirosa y una jodida imbécil. Has tirado mi reputación por los suelos y ahora estás jugando a hacerte la herida para que todos te adoren... Pero tú y yo sabemos la verdad, ¿eh? No eres más que una puta con piernas largas y unas buenas tetas. Te estás tirando a este, ¿verdad? ¡Has venido aquí a esconderte para poder tirarte a quien te dé la gana sin que se entere nadie! ¡Zorra de mierda!

Ian le soltó de repente, le giró a toda velocidad y le estampó un sonoro puñetazo en la nariz que sonó con toda claridad. Jason cayó sentado al suelo.

Algo se había roto.

Lillie se tapó la boca y ahogó un gemido de sorpresa.

—Te lo he advertido. —Ian alzó la voz y respiró fuerte, como si hubiera estado practicando ejercicio, para tratar de controlar sus nervios—. Voy a llamar a la policía. No toleraré más amenazas, ¿me oyes? Vas a pedir perdón a esta mujer, y después te largarás de aquí con viento fresco —terminó, al tiempo que le miraba echando chispas por los ojos y señalaba con el pulgar cuesta abajo, hacia el camino de salida del callejón donde residía Lillie.

Ella observaba la escena totalmente quieta junto al portal. Vio cómo Jason se llevaba la mano a la nariz y miraba la sangre que había empezado a manar de ella, incrédulo, y después volvía la cabeza hacia arriba para enfrentarse a Ian.

—¡Serás chiflado! ¡Me has roto la nariz! ¡Me has roto la nariz a mí! ¡A Jason Dunbar! ¡Te voy a matar, hijo de puta!

Se levantó y se lanzó sobre Ian, y Lillie no pudo evitar cerrar los ojos y ponerse a rezar para que aquello terminara lo antes posible. En esos momentos se arrepintió de que Jason hubiera entrado en su vida. Quiso dar vuelta atrás en el tiempo y regresar al momento en que él le pidió que fuera su chica... Deseó ser una mujer normal y corriente, del montón, y que nadie buscara su éxito, su dinero ni su belleza. Además, observando a un hombre y al otro, no pudo evitar preguntarse cómo es que alguna vez pensó que haría una buena pareja

con el cantante... ¿Qué clase de familia feliz podría salir de ahí? Es más, ¿cómo estaba tan idiota de pensar que eso que sentían el uno por el otro era amor verdadero?

Un fuerte golpe le hizo abrir de nuevo los ojos y vio que Ian había estampado a Jason contra su coche, que estaba aparcado enfrente. Se echó encima del chico enseguida y le agarró de la solapa para que no pudiera moverse, pero era obvio que su contrincante, aunque más fornido que el médico, era bastante más cobarde.

O tenía miedo de que le destrozaran aún más la cara.

—Si sigues haciendo el idiota, no solo te romperé la nariz, niñato de mierda, sino que además te romperé algún que otro hueso más, ¿estamos?

Jason estaba nervioso, y solo. No había traído consigo a sus hombres de negro, esos que siempre le seguían a todas partes y le sacaban de los líos en los que solía meterse cuando era más joven. Y ya no era tan joven. Ni tan guapo. El tiempo se le estaba agotando, y Lillie supo en ese instante que, aparte de todo eso, era también un gallina.

—Voy a demandarte por esto, ya lo verás. Acabarás en la puta chirona —le dijo a Ian, antes de quitarle las manos de encima de un manotazo y levantarse con lentitud del maletero del coche, donde había estado aplastado todo el tiempo.

El doctor se separó de él y le dejó espacio, pero se mantuvo alerta, con las manos separadas del cuerpo como si llevara un par de revólveres y estuviera dispuesto a dispararlos a toda velocidad. La lluvia les caía encima, hacía que las ropas de los dos hombres se adhirieran a sus cuerpos y que la sangre que había brotado de la nariz de Jason le resbalara por la boca y la barbilla.

—Inténtalo —le provocó Ian—. Te estaré esperando. Esta es mi tarjeta, por si necesitas localizarme —añadió, al tiempo que se sacaba la cartera y le tendía una de sus tarjetas de visita.

Jason estiró la mano y la tiró de un manotazo, pero se quedó dudoso durante un instante. No podía quedar así, como un idiota, y tuvo que añadir algo hiriente para no marcharse con el rabo entre las piernas:

—Quédate tu puta tarjeta, y también a la chica. Yo no la quiero para nada. Es una frígida y una necia, todo el mundo se ríe de ella a sus espaldas. Hasta yo lo he hecho, ¿a que sí, nena? Me he tirado a tías muchísimo mejores que tú —dijo, girándose hacia Lillie con una retorcida sonrisa en aquella asquerosa boca llena de sangre.

Ella salió del portal y se acercó a él. Sentía tantas ganas de arañarle la cara que no se pudo contener, pero Ian extendió el brazo para evitar que se acercara demasiado.

—Eres tan poco hombre que siempre me has necesitado a mí a tu lado para creértelo. Pero eso se acabó. No quiero volver a verte nunca más, Jason. Si vuelves a acercarte a mí, te denunciaré, y esta vez sí lo haré público.

Él la miró desde su altura y resopló, quitándole importancia a lo que ella acababa de decirle. Escupió una mezcla de saliva y sangre, y después dijo sus últimas palabras:

—Quédate en este inmundo agujero de mierda, yo no te quiero para nada. Nunca te he querido, solo eras un maldito trofeo y ya no vales ni para eso. Estás gorda, vieja y fea.

Se dio la vuelta con rapidez y les dio la espalda, caminando a toda prisa por los adoquines cuesta abajo.

—Ojalá se resbale y se parta una pierna, maldito cabrón —gruñó ella.

Ian, que continuaba de espaldas a ella con un brazo extendido y había seguido la marcha de Jason con desconfianza, bufó indignado.

—Te aseguro que no seré yo quien vaya a ayudarle si lo hace. En este caso me pasaré el juramento hipocrático por donde yo me sé —le respondió.

Después, se volvió y la miró de arriba a abajo, buscando algún tipo de herida.

—¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza.

—Ahora que por fin se ha ido, estoy mejor —gruñó.

Era incapaz de leerle el gesto, pero era evidente que estaba preocupado.

—Entremos en casa, Lillie. Necesitas relajarte y tomar un té.

—No bebo té. Odio el té. Eso solo lo bebéis los ingleses —le respondió ella.

Él sonrió y asintió. Al menos, estar furiosa era mucho mejor que dejarse avasallar por las palabras hirientes de aquel bufón.

—Pues vamos, entonces. Ya es hora de que vayas aprendiendo buenas costumbres.

La tomó con suavidad del brazo, no como lo había hecho Jason unos instantes atrás, sino con delicadeza, como si fuera a romperse de un momento a otro. Entraron en el portal y ella metió la llave en la cerradura con las manos temblorosas. No se había dado cuenta de hasta qué punto le había afectado toda aquella escena, el hecho de que Jason levantara la mano para pegarle, y las frías y duras palabras que había tenido contra ella al final.

Ahora, cuando la furia se estaba disipando un poco, estaba empezando a percatarse.

Entraron en casa y ella se sintió segura al fin. Ese era su hogar. Había tardado mucho en encontrarlo, pero estaba allí, en aquella antigua cabaña con suelos de madera que olía a antiguo, y allí nadie podía hacerle nada, era su pequeño santuario.

—Sube a cambiarte, yo te prepararé algo caliente —le sugirió él.

—¿Y tú? No tengo nada para que puedas cambiarte tú.

—No importa, ya me las apañaré —le contestó al tiempo que le daba la espalda y se dirigía a los armarios de la alacena, donde ella guardaba los víveres.

Subió las escaleras del altillo donde estaba su habitación, se quitó la ropa y se secó el cuerpo y el cabello con movimientos fuertes y bruscos. Necesitaba quitarse ese temblor, el dolor, la vergüenza... La humillación.

Era una estúpida. Su pareja de toda la vida, ese que además podría haber sido el padre de su hijo, la había humillado como nunca antes lo había hecho nadie... y delante de Ian, con quien acababa de vivir la experiencia más apasionante que hubiera experimentado antes y la persona que, en esos momentos, más le importaba y fastidiaba, a partes iguales.

A veces la vida era un asco, pero debía reponerse y seguir adelante con la cabeza bien alta. Ella era una persona honrada y digna y se había equivocado al elegir a Jason. Eso era todo.

Bajó los escalones pero, de alguna manera, le era imposible evitar el temblor de las piernas, que parecía no querer desaparecer. Se sentó en el sofá y observó a Ian, que había preparado un par de té —a saber cuánto tiempo tenían las bolsitas, porque ya estaban allí cuando llegó a la casa— y estaba colocando su camisa mojada sobre el radiador, que había encendido con anterioridad.

—¿Funciona la chimenea? —le preguntó al girarse hacia la misma.

—Sí, creo que sí. Bueno, la casera me dijo que sí, pero nunca la he encendido.

Le faltó decir que no sabía, que en realidad sí que era una necia, como había afirmado Jason, pero se lo ahorró. Tampoco era necesario airear a los cuatro vientos que era un cero a la izquierda en lo que a electrodomésticos respectaba.

Cogió la manta y se la colocó por las piernas. Estaba helada y las palabras de su expareja resonaban en su cabeza con un eco incesante: «estás gorda, vieja y fea». Hacía tan solo dos horas escasas se había sentido la mujer más hermosa del mundo en brazos del hombre que la acompañaba, y ahora se agarraba las rodillas para protegerse y no dejar entrever cuán avergonzada se encontraba.

Ian se dirigió hacia la chimenea y comenzó a trabajar sobre ella, encendiendo una suave llama sobre yesca hasta que esta prendió. Encima de la misma depositó un par de troncos que había al lado, colocados en un pequeño montoncito. En unos instantes, el color del fuego le iluminó el cuerpo, otorgándole una mayor palidez de la que ya de por sí tenía.

Cuando estuvo seguro de que el fuego no corría peligro de apagarse, se levantó, cogió las dos tazas de la encimera y la miró:

—Ven junto al fuego, Lillie. Necesitas calor.

Ella temblaba como una hoja, así que no le contradijo. Agarró su manta y le siguió.

Él dejó ambas tazas en el suelo, ambos se sentaron y después le tendió una de ellas a Lillie.

—Bébetelo, te sentará bien —le dijo antes de entregársela.

Ella la tomó entre sus manos. Estaba caliente pero no quemaba, y el calor que emanaba, sumado al del fuego, le hizo sentirse mejor.

Ian pegó un trago a su taza sin parar de observarla. Estaba desnudo de cintura para arriba, pero no se había quitado los pantalones húmedos, con lo que el aura de intimidad quedaba rota hasta cierto punto.

A veces, esa barrera que desaparecía entre ellos en determinados momentos volvía a erigirse más fuerte, casi impenetrable, y volver a comenzar de nuevo desde donde lo hubieran dejado antes estaba siendo una pesadilla para Lillie.

Estaba cansada, aturdida. Habían sido demasiadas emociones juntas, demasiadas para una sola noche. Quería relajarse, no pensar en nada.

Él no la presionó. No habló hasta que se hubo terminado la taza de té, que a ella no le supo del todo mal, y aun continuó esperando, con la taza en la mano, durante un rato más.

—Ese era el padre de tu hijo, ¿verdad? La persona de la que me hablaste.

Ella asintió y emitió un suave sonido con la garganta. No sentía deseos de hablar, y tampoco le miró.

—No pienses más en él, Lillie. Es un auténtico cabrón.

Esas palabras la dejaron perpleja. Sonrió y se volvió hacia él.

—Vaya, nunca hubiera pensado que de tu boca pudieran salir esas palabras, pero sí, sí que lo es. —Se puso seria de nuevo. La mirada penetrante de Ian la estaba poniendo nerviosa—. Aunque ya ves que tardé demasiado en darme cuenta.

Él sonrió de medio lado y levantó una mano, que colocó sobre la de ella. Tenía los nudillos rojos e hinchados por la pelea. Ella dejó que su mirada se posara sobre ambas manos unidas, y le escuchó decir:

—Tranquila. No volverá, te lo aseguro. —Ella asintió con la cabeza—. Y si lo hace, me encargaré de que lo recojan a pedacitos y echen su carne a los tiburones. Aquí en Bay Town hay algunos, ¿lo sabías? Se han divisado bastantes en los últimos años. Y son muy grandes.

Ella volvió a reír y levantó la mirada. Él también sonreía. Se quedaron así, mirándose y sonriendo durante un rato.

—Gracias por todo —susurró ella al fin.

Él negó con la cabeza.

—No se merecen. Él no tenía razón, Lillie. No eres ninguna necia. Y tampoco eres todas esas cosas que él ha dicho. Eres una mujer inteligente y hermosa, y somos muchos lo que te tomamos en serio.

—¿Eso crees? —le respondió ella, levantando una ceja—. Hay mucha gente que se ha estado riendo de mí toda la vida, Ian, desde que empecé a tener algo de éxito, e incluso antes. En el instituto yo era la jirafa flaca, la chica de Marty, la del Delorean... Cuando era una cría no era guapa, era flaca y poca cosa. Y en cuanto sobresalí un poco, todo el mundo se quiso aprovechar de la situación. Todo el que se me ha acercado lo ha hecho por algún motivo. Ya no me queda nadie de quién fiarme. Estoy harta de todo.

Jugó con su taza mientras se volvía de nuevo a mirar hacia el fuego. Aquello que había dicho era la gran verdad que llevaba rondando en su cabeza durante meses, pero ahora, cuando al fin lo había dicho en voz alta y delante de él, lo sentía más cierto.

Estaba harta de todo.

Sus dedos se habían apretado sin querer en torno a la taza con tanta fuerza, que los nudillos se le pusieron blancos. Ian se la quitó de las manos y las tomó entre las suyas.

—Lillie, mírame.

Había vuelto de nuevo el tono del Doctor Tirano, ese que te hacía ponerte recta en cuanto lo escuchabas sin siquiera percatarte de que lo estabas haciendo. Y de hecho, ella

obedeció la orden y le miró.

—Eres fantástica. ¿Lo sabes?

Asintió.

—Lo sé. Pero ya no quiero serlo. Solo quiero ser una mujer normal.

—Lillie... —susurró él, al tiempo que levantaba una de sus manos y le acariciaba la mejilla, observándola como si fuera una piedra preciosa—. No podrías ser normal aunque quisieras. Y no lo digo solo por tu imagen: ya sabes que eres perfecta, pero además tienes un corazón enorme. No te empeñes en esconderlo. Quien de verdad te aprecie, seguirá a tu lado.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Sabía a qué se refería, lo sabía perfectamente, pero a veces se le hacía tan difícil...

Le agarró la mano con fuerza y se la apretó contra su mejilla, decidida a no llorar. Apretó los ojos, pero aun así las lágrimas fluyeron. Ian se inclinó sobre ella y se las besó con ternura hasta alcanzar la comisura de sus labios. Enmarcó su cara y depositó suaves besos sobre su boca una y otra vez, calmándola, regalándole un cariño que, en la mayoría de las ocasiones, le costaba demasiado dar, excepto a su hija. Y ahora, a ella.

Después, la tomó entre sus brazos y la recostó sobre su pecho. El fuego lanzaba llamas doradas y rojas contra su pelo, e Ian lo acarició una y otra vez hasta que Lillie, al fin, dejó de llorar y pareció respirar con normalidad. Continuó acariciándole el cuerpo, rozándole el brazo arriba y abajo con las yemas de sus dedos hasta que estuvo seguro de que se había quedado dormida.

Permaneció allí, sentado con ella en sus brazos y observando las llamas danzar mientras reflexionaba sobre todo lo ocurrido, y en ese preciso instante tuvo la certeza de una cosa: Lillie McFly había conseguido romper la coraza con la que protegía su corazón. Lo que había sentido al hacer el amor con ella no se parecía en nada a que hubiera experimentado con anterioridad... Ni siquiera con su mujer, de quien creía haber estado enamorado, había sentido lo mismo.

Con Lillie había sido completamente distinto: en primer lugar, porque no se había podido contener. Había llegado a desearla tanto, sin saber cómo, que había rozado el límite de la desesperación. No podía creerlo, y sobre todo, era incapaz de explicar el momento en que aquello había empezado a ser así. Pero sabía que ella sentía lo mismo por él, una atracción irremediable, ese algo que les volvía a unir una y otra vez incluso después de discutir, pelearse o incluso mandarse al infierno.

No obstante, había algo que ahora le rondaba la cabeza: siempre había creído que ella no era la persona idónea para él. Siempre pensó que era una mujer un poco hueca, frívola, quizá no tanto como las que había conocido, pero ciertamente sí parecida. Ahora, lo malo no era que fuera algo frívola, sino que en realidad fuera tan hermosa por dentro como lo era por fuera, una flor delicada que todo su ser clamaba por proteger. Y eso era mucho más peligroso, porque le recordaba demasiado a alguien con quien no había podido hacerlo.

No es que hubiera estado ciego desde un principio, es que había querido serlo. No

quiso ver que ella era distinta, que era hermosa, carismática y bastante temperamental, sí, y que en conjunto era en realidad una mujer admirable porque sus defectos la habían ayudado a convertirse en quien era, a protegerse y a sobrevivir con su esencia intacta en el mundo en que había triunfado.

Lo peor de todo era que, una vez ella había despertado ese instinto de protección en él, no había marcha atrás. No quería que nadie le volviera a hacer daño. No quería que sufriera y, por encima de todo, no quería que ese hijo de puta que la había ultrajado volviera a aparecer por su vida.

Tenía claro lo que no quería, pero la cuestión era... ¿Tenía tan claro lo que sí quería?

¿Quería verse envuelto en una relación con ella? ¿De verdad quería dejarla entrar en su vida, y lo que es más, en la de Hannah?

Acarició los dorados mechones, ya secos, de la chica y apoyó su barbilla en su cabeza. Él estaba allí para ella, eso lo tenía más que claro. No podía continuar con su vida como antes, no después de lo que habían vivido.

La necesitaba.

Maldición, cuánto la necesitaba.

La apretó fuerte contra sí y luchó contra la sensación de terror que se apoderó de él. Sabía que, una vez rendía su corazón a alguien, daba todo de sí mismo por esa persona. Todo.

Pero la vida le había enseñado que había muchas, muchísimas cosas, que escapaban a su control.

Lillie estaba profundamente dormida y no se enteró de que él la alzó en sus brazos, subió con ella las escaleras y la depositó en su cama para después cubrirla con la suave manta de terciopelo de color rosa que ella había llevado consigo. Después, se tendió a su espalda, le pasó el brazo por encima de la cintura, y se dijo que solo cerraría los ojos durante unos minutos, lo necesario para sofocar su inquietud.

En algún momento de la noche, ella se removió y sintió un peso inusual sobre su estómago, además de un agradable calor a su espalda. Se giró y, con los ojos semicerrados por el sueño, comprobó que Ian dormía plácidamente con uno de sus brazos rodeándola y el otro debajo de la almohada. Le pareció el hombre más atractivo del mundo, ¿cómo no se había dado cuenta desde la primera vez que le vio? Ni siquiera se preguntó por la manera en que ambos habían acabado en la cama, tan solo se acurrucó contra su pecho desnudo y continuó durmiendo.

Se sentía más a salvo que nunca.

CAPÍTULO 23

Los rayos de sol se colaban por la cortina de tonos apagados y le daban directamente en la cara. Fueron ellos quienes la despertaron, y no el sonido de los pájaros cantando, cosa todavía más extraña por aquellos parajes.

Abrió los ojos y sonrió. Luego la sonrisa se congeló en sus labios al recordar todo lo acontecido el día anterior.

Su vida parecía una montaña rusa: podía pasarse semanas meditando, intentando relajarse, paseando sola y reconciliándose consigo misma y con la persona en que se estaba convirtiendo, y después, en un solo día, ocurrían cientos de cosas, a cada cual más increíble. Necesitaba procesarlo todo, aunque había algo que corría mucha más urgencia: ¿era verdad que había pasado la noche con Ian? La noche anterior se había despertado y estaba a su lado, creía recordar. ¿Acaso lo había soñado?

Se giró entre las sábanas y comprobó que la cama estaba vacía. Puede que, en efecto, hubiera sido solo un sueño o producto de su imaginación somnolienta.

Sacó las piernas de la cama y fue entonces cuando vio la nota cubierta por una rama de lavanda que había encima de su mesita de noche. Esa nota no había estado ahí antes, y de eso estaba segura. El haz de luz hizo que las motas de polvo que flotaban en el aire resplandecieran sobre el morado de la lavanda. Extendió la mano, cogió la flor y la olió, cerrando los ojos al recordar los campos salvajes de aquella flor que habían visto la tarde anterior.

Después, tomó la carta, que no era más que una hoja de papel doblada en dos, y la abrió. La letra era elegante, pulcra... Demasiado para tratarse de la de un médico. Los trazos eran largos e inclinados, masculinos. Eran tan solo unas pocas frases redactadas en línea muy recta y con una separación precisa entre ellas.

«Algo muy de Ian», pensó con una sonrisa.

Decía así:

«Querida Lillie,

Esta mañana no deseé despertarte, pero supongo que sabrás que mis obligaciones apremian y tuve que marcharme sin despedirme como es debido.

Tenemos muchas cosas de las que hablar, y esta vez me esforzaré al máximo por escoger las palabras adecuadas para no ofenderte.

Te invito a pasar una tarde en casa, con nosotros: me gustaría que vieras cómo es mi vida, y por supuesto eso incluye a Hannah. Espero que sepas que, para mí, se trata de un paso muy importante.

Si lo deseas, el viernes a partir de las cuatro de la tarde te esperaremos en nuestro humilde hogar.

Tuyo,

Ian.»

Lillie inhaló con todas sus fuerzas.

Vaya.

Que él hubiera utilizado el término «tuyo» al finalizar la carta, quizá, no dijera demasiado... Terminar con un «sinceramente tuyo» o un simple «tuyo» cualquier tipo de misiva era algo bastante común en la correspondencia, y él era muy recto en temas protocolarios.

Pero invitarla a casa, a pasar la tarde con él y con Hannah era harina de otro costal. Aquello quería decir que él había decidido mirarla, al fin, con otros ojos.

Y el hecho de que la dejara a ella decidir si aceptaba ir o no, también era relevante. Él conocía su situación, la difícil etapa por la que estaba atravesando, y por tanto no era una persona demasiado estable. No entendía por qué él había decidido de repente confiar en ella, cuando la noche anterior, justo después de hacer el amor, no parecía haberlo hecho. O al menos eso había insinuado.

Puede que ella se hubiera precipitado al interpretar sus palabras. Puede que fuera demasiado susceptible, demasiado impulsiva, y que tendiera además a pensar lo peor de los demás. Era una posibilidad a tener en cuenta, porque desde luego aquella carta era toda una rama de olivo. Y sí, ella sabía demasiado bien que su carácter no la ayudaba demasiado y que en muchas ocasiones le hacía meter la pata hasta el fondo.

—Bien, veamos —comenzó a hablar y caminar por la habitación con la carta en la mano—. Supongamos por un momento que él... sí quiere iniciar una especie de relación... o algo así. O que quiere... oh, señor, ¡no sé qué quiere! ¿Y si solo quiere hablar? ¿Por qué me estoy montando este lío? Pero, por otro lado, si solo quisiera hablar no me estaría invitando a casa cuando está Hannah... —Se pasó la mano por la espesa y despeinada cabellera y suspiró—. Está bien. En el supuesto de que quiera comenzar algo conmigo, lo importante aquí es... ¿quiero yo hacerlo?

Se tumbó sobre la cama sin soltar la misiva y miró hacia las vigas del techo. No sabía en absoluto si aquello era una buena idea. En esos momentos vivía allí, en una preciosa casita de Bay Town —la conocida Bahía de Robin Hood—, un lugar mágico y con un encanto sin igual... Era un lugar que ella había empezado a adorar, pero, ¿sería esa su residencia permanente?

No lo sabía. Todavía tenía que averiguar qué era lo que deseaba hacer.

Por tanto, si no sabía cuál era su futuro ni qué haría con su vida de ahí a un mes —porque no podía ni pensar sobre el resto de su vida—, no estaba en absoluto segura de que aquello fuera a ser una buena idea. Ahora, por fin, entendía al médico. Sabía por qué no había querido iniciar ninguna relación estrecha con ella. Era una estúpida por no haberle comprendido desde el principio.

Y sin embargo, ahora era él quien estaba dando el primer paso y ella no se sentía para nada segura. No podía jugar con ellos. No se lo merecían: Hannah era una niña preciosa, con muchas ganas de comerse el mundo y disfrutar, y en cuanto a Ian... él era alguien demasiado especial. Era íntegro, honesto, inteligente y franco. Era además una persona fiel y leal y quería con todo su corazón, aunque le costara dar muestras del profundo cariño que sentía.

Imposible. No podía jugar con él.

Por otra parte, adoraba a la niña. Le encantaría pasar el rato con ella. Y estaba deseando volver a ver al padre, aunque se hubieran separado tan solo unas horas atrás. ¡Lo estaba deseando! Su cambio de actitud hacia él era sorprendente, pero la tarde anterior, entre la forma en que habían hecho el amor y la manera en que la había defendido ante Jason... lo había cambiado todo. Si antes tenía dudas con respecto a él y no sabía por qué motivo le atraía, ahora lo tenía muy claro: él era el tipo de hombre que toda mujer desearía tener a su lado.

Entonces, ¿por qué no pasar un rato con él? ¿Por qué no conocerle de manera más profunda, en su día a día? Tampoco había por qué precipitarse. No tenía por qué pensar que, solo porque aceptara la invitación, iban a terminar comprometidos.

De todas formas, faltaban unos días para el viernes y tenía tiempo para decidirlo. Además, ahora sí tenía amigas, podía incluso comentar sus dudas con ellas...

Ay, no... ¿Cómo le iba ella a contar a Anne que se había acostado con su jefe, con el Doctor Tirano? ¡Qué vergüenza! Ella nunca había hablado de esas cosas, nunca había tenido la oportunidad de salir con grupos de chicas y cotillear sobre lo que habían hecho con este o con el otro... Y aunque se diera esa oportunidad, nunca hablaría de su intimidad con Ian. Jamás. Sentía demasiado respeto hacia él como para ir compartiendo sus intimidades.

En fin, no le quedaba más que solucionar aquel dilema ella sola, como siempre lo había hecho.

Ni siquiera se había dado cuenta de que, durante toda esa mañana, no había pensado más que en Ian Morgan y en su posible futuro o no... Y no dedicó ni un minuto de sus pensamientos a lo ocurrido con Jason. Tan solo lo recordó al salir a la calle y ver el portal, donde había unas pequeñas manchitas rojas de sangre.

Ni un solo segundo le había dedicado al hombre a quien había dado tantas cosas y regalado tanto tiempo de su vida. Observando aquellas diminutas gotas rojas se percató de que él no tenía ya ningún poder sobre ella, y mucho menos de pisotearle. Pasó por encima de ellas y salió a la hermosa luz del día de su nuevo hogar.

—Buenos días, nueva vida —dijo con una enorme sonrisa en los labios.

Pasaban las cuatro de la tarde del viernes y en casa de los Morgan reinaba una tensión casi palpable. Ian no le había dicho nada a su hija sobre la invitación que había extendido a Lillie porque no quería que la niña se llevara una desilusión si decidía no aparecer, pero lo cierto es que él estaba tan tenso como una cuerda de violín.

Desde el día en que se marchó de su casa poco después del amanecer no había vuelto a verla ni hablar con ella, se había hecho el firme propósito de dejarle su espacio para recapacitar. Era necesario, después de las emociones que había experimentado.

Era consciente de que debía dejarle su tiempo para asimilar las cosas, pero él también lo necesitaba. La había invitado a su hogar, con su hija, con todo lo que aquello conllevaba, y en el momento en que lo había hecho estaba muy seguro de ello, su pulso era firme.

Ahora ya no lo era tanto. Estaba con el alma en vilo esperando que la mujer en la que estaba dispuesto a depositar su confianza aceptara su ofrenda, y ella no llegaba. Si no aparecía no tendría más remedio que continuar como si nada hubiera ocurrido y olvidar la noche que había pasado con ella en aquella granja, donde se abrió a sí mismo en canal y le permitió ver cómo era en realidad. Pero todo eso tendría un tremendo coste para él: si volvía a equivocarse, dudaba de que alguna vez se fuera a fiar de ninguna mujer o, ya puestos, de ninguna persona. Podría recuperarse del golpe, lo sabía porque había salido de circunstancias peores, pero nunca más volvería a mostrar su vulnerabilidad, y ello significaba que nunca más se abriría ante nadie.

Era así de simple.

Si Lillie no aparecía, no habría manera de recuperar su amistad. No podría acercarse a ella y hablarle como si no hubiera ocurrido nada, porque él sí sentía algo por ella y era una estupidez negarlo.

Lo único que pretendía al invitarla era que pasara la tarde con ellos, cenara en casa y, en fin... que compartiera cosas con ambos. El objetivo principal era, por tanto, conocerla en su ambiente. Darle la oportunidad de relajarse con ellos, tal y como lo habría hecho en otras ocasiones si él se lo hubiera permitido. Había sido demasiado obtuso con ella, demasiado terco, demasiado protector tanto consigo mismo como con Hannah... Pero sabía que, de volver atrás, repetiría los mismos actos.

Y si ella al fin aparecía, si aceptaba ese guante blanco que él le estaba tendiendo... De tan solo pensarlo, a Ian le faltaba el aire. Era un cambio drástico, un paso enorme que implicaría muchas cosas. Quizá había llegado el momento de hacer cambios drásticos.

De nuevo.

Apoyó las manos en la encimera de la cocina y volvió a suspirar. No le había dicho a la señora Richards que cocinara para una persona más porque quería mantener todo aquello en secreto, así que le había dado la tarde libre y había preparado él mismo un rico —y al mismo tiempo saludable— asado. También había hecho una ensalada y metido una botella de vino blanco a enfriar. Ahora estaba revisando que todo estuviera bien limpio y colocado por enésima vez mientras Hannah seguía en el salón haciendo un puzle. Desvió la mirada hacia la ventana y observó el jardín que se abría frente a ella. Los juguetes que la niña

había dejado olvidados yacían allí tirados todavía.

Colgó el trapo que llevaba al hombro en la barra del horno y salió directo a regañar a la niña para que recogiera todo, pero se quedó parado en mitad del salón.

Eran más de las cuatro y media, pero debido al silencio de la casa escuchó perfectamente que había alguien en el umbral, cuchicheando.

Malditos críos. Como estuvieran de nuevo haciendo de las suyas por el barrio, se iban a enterar.

Se dirigió hacia la puerta con el ceño fruncido y una de sus peores expresiones de enojo en la cara, y la abrió de golpe para quedarse estupefacto.

Era Lillie quien había llegado. Estaba quieta sobre el portal, murmurando para sí misma con la cabeza agachada y retorciéndose la camiseta entre las manos. Se irguió de golpe y se quedó petrificada.

Poco a poco, él fue suavizando su ceño y ella cerrando la boca que tenía abierta de par en par, como si fuera a decir algo pero no se atreviera a hacerlo.

Al fin, lo logró:

—Hola, Ian. Yo... Siento llegar tarde.

Él asintió con la cabeza, incapaz de decir nada. Apretó el pomo de la puerta con todas sus fuerzas: ella estaba allí. Había venido, al fin, y el gran paso estaba dado. La mano le tembló un poco debido a unos repentinos e inusuales nervios.

Lillie iba preciosa: tan solo llevaba unos pantalones vaqueros cortos, una camiseta blanca de tirantes y una chaquetita vaquera, y llevaba sandalias planas. Iba sin maquillar, y se había recogido el pelo en una coleta. No tenía el aspecto desmejorado de cuando la conoció, pero tampoco iba impecable... Era solo ella.

—Ah, perdona —logró él hablar. Se había dado cuenta de que no le había contestado, simplemente se había quedado allí, observándola como un adolescente nervioso—. No, no pasa nada. Quiero decir, pasa, Hannah se alegrará mucho de verte.

¡Estúpido! ¡Estúpido, estúpido y mil veces estúpido! No solo Hannah se alegraba de verla, él también lo hacía pero, por supuesto, su incapacidad mental para relacionarse con el mundo le hacía quedar como un huraño. Se hizo una nota mental: mejorar ese aspecto en el futuro. No podía cometer los mismos errores que había cometido en el pasado, debía mostrar su cariño a las personas que quería mientras todavía tuviera la oportunidad de hacerlo.

Ella sonrió al fin con la boca cerrada. Era una sonrisa tímida, e incluso se sonrojó un poco antes de hablar.

—Yo también estoy deseando verla —comentó mientras pasaba a su lado.

Ian permaneció quieto con la puerta abierta, incapaz de moverse. Ella había dejado un rastro de olor dulce y femenino que le recordaba vagamente a algo... Una esencia conocida pero muy sutil: lavanda. Sonrió. Había captado el mensaje.

Cerró la puerta y la tomó del brazo.

—Ven, te mostraré mi humilde hogar, si es que mi hija me lo permite, claro.

Lillie bajó la mirada hacia la morena mano que le agarraba el brazo con suavidad y volvió a mirarle. Había ido hasta su portal varias veces y se había dado la vuelta por miedo a dar ese paso que estaba a punto de dar... Pero ahora que le tenía delante, y que se estaba mostrando amable con ella, incluso cariñoso a pesar de sus evidentes nervios, se arrepintió de ser tan cobarde.

Él le sonreía, y su sonrisa le transmitía verdadero cariño. Aquellos ojos oscuros la miraban como pocas veces le había visto hacerlo, y todo el miedo que había sentido se esfumó. Ese era su doctor de siempre, no tenía por qué estar asustada... Porque además, su doctor de siempre había demostrado ser, en tan solo unos pocos meses, lo que otros no habían sido en años.

No debía temerle, sabía que él siempre sería sincero con ella.

Mientras él la guió hacia el salón, pensó que ella también debía sincerarse, no ocultarle nada, nunca. Sería algo fácil: con él nunca tenía por qué resultar agradable ni perfecta, podía decir lo que quisiera cuando quisiera. Y él también le diría si le gustaba lo que escuchaba o no.

Cuando entraron en el salón ella ya estaba relajada. Hannah estaba tendida en el suelo uniendo las piezas de un complicado puzle, y levantó la cabeza al escuchar sus pasos.

—¡Papá, ha venido Lil! —puso una carita de alegría tremenda, se levantó de un salto y corrió a su lado para tomarle de las manos, pero antes se giró hacia su padre con gesto acusador—. ¡No me has dicho que iba a venir! ¡Mi papá no me ha dicho que vendrías! —le dijo entonces a ella—. ¿Te vas a quedar a jugar con nosotros?

Lillie apretó las manitas que habían agarrado las suyas y se agachó frente a ella:

—Sí, preciosa, me voy a quedar un rato con vosotros.

—¡Oh, qué bien! ¡Una chica ha venido a mi casa! ¡Qué bien! Vamos a hacer de todo, ya verás. Te voy a enseñar todos mis puzles, y mis muñecas. Aunque papá no quiere que juegue mucho con ellas y con el príncipe porque dice que tengo que ser más *realisita* —le dijo mientras le hacía una mueca a su papá—. Pero yo siempre le digo que el mundo es de los soñadores.

Ian resopló a su lado y se pasó una mano por la cara.

—Está bien, pequeñaja, no te voy a dejar ver más películas de Disney —le regañó, señalándole con el dedo.

—Eh —intervino Lillie—, que yo opino igual que ella, ¿vale?

Ian se enderezó, puso las manos en las caderas como dispuesto a ponerla en su sitio, pero después pareció pensarlo mejor y sonrió.

—Tenía que haberlo pensado mejor antes de invitarte a casa. Si ya no podía con una mujer, no digamos con dos... Y tú, señorita —volvió a señalar a Hannah—, no sé cuántas veces te voy a repetir que es de mala educación acaparar a los invitados.

—Pero si nunca tenemos invitados, papi —lereplicó la niña poniendo a su vez las manos en jarras.

Ian hasta pareció ruborizarse debajo de la pelusa de la barba.

—Claro que sí, Hannah. Es solo que... estamos muy ocupados siempre, ¿verdad? Ejem... —Se volvió hacia Lillie, que se había levantado y le miraba con cara de diversión—. En fin, creo que eres nuestra primera invitada en... bastante tiempo, así que ten por seguro que te agasajaremos como es debido.

—¡Bien dicho, papi! ¡Te *gajasaremos* como una reina!

—Vaya, ¡pues si me tratáis tan bien tendré que venir más veces! —Miró de reojo a Ian, que estaba sonriendo y se rascaba la cabeza, feliz de ver a su hija tan alegre, supuso Lillie—. Pero de momento me conformo con ayudarte a terminar ese puzle. Veamos...

Se sentó en el suelo, junto al lugar que antes ocupaba la niña, y estudió la imagen que tenía frente a sí.

Vaya. Quizá le iba a costar un poquito encajar las piezas... Pero no le importó. Ella no estaba acostumbrada a hacer puzles, así que se dedicó a lo que le salía mejor: hacer el payaso.

Mientras Lillie se equivocaba a propósito con las piezas del puzle para arrancar sonrisas a la niña, Ian —quien en un principio iba a sentarse en un sillón a observarlas y había acabado por tirarse en el suelo junto a ellas dos dado que había prometido a su hija que sería más «guay»— las observó jugar totalmente anonadado.

Adoraba a Hannah, la quería con todo su corazón y era lo mejor y más importante que había en su vida. Pero ahí estaba Lillie, y se sentía incapaz de apartar los ojos de ella.

Era preciosa. Con su melena ondulada recogida en aquella inocente coleta y sin maquillaje, parecía mucho más joven, casi una muchacha inocente. Ya no estaba tan delgada como la primera vez que llegó a Scarborough meses atrás, en que los pómulos de la cara se le marcaban con dureza. Ahora los tenía más redondeados y algo sonrosados, quizá por las risas o porque se le notaba mucho más sana. Más feliz. El flequillo le caía en ondas por la cara al moverse y cubría, en parte, aquellos ojos azules que solía ver maquillados en exceso en la televisión y que, al natural, eran mucho más cándidos.

Ella seguía siendo alguien inocente. Una mujer manipulada, utilizada y traicionada por las personas más cercanas a ella. Fue entonces cuando Ian comprendió algo: Lillie también estaba dando un gran paso. Para ella debió resultar muy difícil aparecer allí e intimar con una familia a la que conocía de mucho menos tiempo que a todas aquellas personas que la habían rodeado con anterioridad. Si Lillie fuera otra persona, ahora se mostraría mucho más reservada y cínica, pero no era así.

Se estaba abriendo a ellos, compartiendo, entregándoles otro trocito de su corazón. Era una mujer hermosa, y generosa, y cariñosa, y...

Ian deslizó la mirada por sus piernas desnudas hasta llegar a las sandalias marrones de tiras. Primero se había sentado de cuclillas, pero después se apoyó en un costado y ahora parecía una sirena recién salida del agua. Tenía la piel suave, algo morena, y le entraron unos deseos casi irrefrenables de acariciarla. Y lo habría hecho, de no ser porque justo entonces la risa estridente de su hija le hizo despertar de aquella ensoñación en la que había caído preso como un idiota.

—Mejor yo os ayudo, que vosotras dos no termináis ni mañana y la cena estará lista en breve —intervino él entonces mientras cogía una de las piezas y la colocaba justo en su lugar, en el centro del complicado dibujo de unicornios.

—Claro, es que papá es tan listo que siempre se las sabe todas, es un *sabidongo* —replicó Hannah con rencor—. Si te pones a hacerlo tú no nos dejarás hacer nada a nosotras, así que vete —le dijo, tirándole de la mano para que se apartara.

—¡Pero bueno! —protestó Ian indignado—. No me lo puedo creer. Mi propia hija echándome.

Hannah volvió a mirarle de reojo y se acercó un poco más a su nueva y mejor amiga, por lo visto: Lillie.

—No te estoy echando, solo quiero hacer cosas con chicas.

La voz de la niña le sonó tan madura, que casi estuvo a punto de reír a carcajadas. Ella tenía razón, necesitaba hacer cosas con chicas y, además, estaba comprobando con sus propios ojos que dejarlas solas no era tan grave. Que Lillie no sería una mala influencia, sino todo lo contrario: le aportaba alegría, y Hannah se sentía a gusto e identificada con ella.

Lillie era la pieza del puzle que faltaba en aquel hogar. Después de comprobar por él mismo que no era otra mujer hueca y con escasos propósitos en la vida, se había dado cuenta de que le recordaba tanto a Evie en su forma de ser que hasta dolía. Tenían el mismo carácter alegre y desprendido, desenfadado, y la misma melancolía en los ojos... pero Lillie había pasado por situaciones muy dolorosas y había conseguido madurar.

Y en el plano físico, le atraía de una manera irracional.

Cuanto más la miraba, más convencido estaba de que podría funcionar... si es que ella también lo deseaba. Pero no la iba a presionar. No iba a hacer nada que la obligara a decidirse por ellos o su carrera. Las cosas tendrían que caer por su propio peso.

—En fin... —dijo al fin mientras se ponía en pie—, supongo que estás dispuesta a quedarte a cenar con nosotros esta noche, ¿verdad, Lil?

Ella se giró hacia él como si no recordara que estaba allí.

—¿Qué? Ah, sí, por supuesto. Si no es demasiada molestia, me quedaré con vosotros a cenar —le dijo volviéndose de nuevo hacia la niña para sonreírle.

—¡Yupiii! —contestó ella—. Pero no te esperes gran cosa, papi solo sabe hacer cosas sanas y saludables para que no se me *ostruyan* de mayor las venas... —le dijo a la vez que ponía los ojos en blanco—. Pero seguro que tú le convences para tomar chocolate de postre, ¿a que sí?

—¡Ah, no, pequeñaja! —terció Ian—. Eso sí que no. Esta noche, la cena no será tan saludable como tú dices, así que no habrá chocolate de postre, pero sí un rico helado de yogur, ¿qué te parece? Ah, y se dice *obstruir*, no *ostruir*.

—Lo que tú digas. —Y se volvió de nuevo hacia el puzle con una mirada y sonrisa pícaras. Ese día, la niña estaba consiguiendo todo lo que quería, y mucho más.

Ojalá su papá fuera así siempre. Ojalá Lil viniera muchas más veces por casa. Era tan

divertida, y tan alegre, y hacía cosas que a ella le gustaba hacer...

Y, sobre todo, él sonreía cada vez que la miraba, y eso despertaba en la pequeña Hannah un calorcito en su corazón que nunca antes había sentido: su papi parecía feliz.

CAPÍTULO 24

Ian preparó la mesa para la cena como si de una invitada de honor se tratase. Todo estaba perfectamente colocado, con sus servilletas, sus copas para el vino y para el agua, sus cubiertos correspondientes en orden... Y Hannah sabía exactamente cuál debía usar en todo momento.

Y con todo, la tarde fue mucho mejor de lo que Lillie había pensado. No surgieron momentos incómodos, y se notaba en todo momento que Ian estaba haciendo esfuerzos por mostrarse más divertido con su hija, menos estricto. Al ser la primera vez que la invitaban a casa la trataron como a una reina, aunque la niña fue quien más acaparó la atención de la cantante.

Cuando terminaron de cenar y se hubieron comido el helado, Lillie y la niña ayudaron a Ian a recoger los platos de la cena y ordenaron la cocina. Ella no podía parar de sonreír en todo momento, era como tener su propia familia... esa que siempre había añorado, y últimamente todavía más. Además, cuanto más tiempo pasaba con Hannah, más la quería.

Para su sorpresa, después de la cena Ian anunció que iban a hacer algo divertido.

—Ya, claro, papi. ¿Divertido como qué? ¿Vamos a ordenar los juguetes, a jugar al ajedrez, a contar hasta trescientos? —respondió la niña mientras se sentaba en el sofá y se ponía los codos sobre las rodillas para acunarse la cara con las manos, enfurruñada.

—No, ¡vamos a jugar al Pictionary!

Lo dijo con tanta emoción, que Lillie comenzó a reír como una loca tan solo de imaginarse a Ian intentando darse a entender y parecer divertido. Aquello sería toda una experiencia. Por lo visto, la pequeña sí estaba muy ilusionada con el reto, así que pasaron lo que quedaba de tarde intentando dibujar cosas absurdas en una pizarra que nadie podía adivinar, aunque lo cierto era que sí fue muy divertido.

Sobre todo Ian, que se rascaba la cabeza cada vez que tenía que dibujar algo y ponía cara de total concentración, como si le fuera la vida en ello... Y después dibujaba tan solo una línea, o un chorrillo, o algo totalmente inteligible para las dos chicas, que le chillaban y abucheaban por su incompetencia. Él gruñía y les decía que si estudiaran ciencias, como él había hecho, seguramente lo encontrarían facilísimo de adivinar, así que el problema en realidad no era suyo. Las dos le abucheaban y tiraban papeles arrugados cada vez que decía algo así, y a Lillie le dolía la barriga de tanto reír.

Cuando su padre mandó a Hannah a dormir, la niña se empeñó en que no quería separarse de Lillie hasta que se marchara, o mejor, quería que se quedara con ella a dormir y hacer una fiesta de pijamas. Al final, el rato que tenían pensado pasar juntos para hablar fue destinado a la niña, cuya energía estaba a tope y era incapaz de dormirse.

Viendo que no había manera de que se calmara y poder hablar a solas con él, Lillie e Ian se miraron a los ojos y comprendieron que, cualquier cosa que quisieran hacer o decir a solas, debería esperar a otro momento. De todas formas, la velada había sido, para ella, más que perfecta.

Los dos integrantes de la familia Morgan acompañaron a Lillie a la calle y le dieron un beso en la mejilla. Ian, además de darle el beso en la mejilla, que demoró más de lo normal, le apretó la cintura y le dijo al oído:

—Te veré pronto, gracias por todo.

Lillie se separó, le miró a los ojos, sonrió y sintió unos deseos enormes de besarle en la boca. Pero no lo hizo.

—Adiós, os veré pronto.

Y se marchó.

A partir de entonces, las citas se sucedieron más o menos de forma similar.

Durante semanas se vieron como amigos... o algo más. En realidad, tan solo como amigos que saben que hay algo más, algo que tiembla debajo de la superficie pero que nunca tiene la posibilidad de fluir con libertad. Quedaban en familia, los tres juntos, y daban paseos campestres, o cenaban en casa, e incluso una vez salieron a cenar a una hamburguesería comida grasienta, y riquísima, claro. Pero después, se despedían con un tímido roce de manos, con una mirada calculada, con una promesa de deseo. Imposible aspirar a más.

De entre todas las tardes que pasaron juntos, hubo una muy especial: habían planeado subir al castillo y sus planes se vieron truncados por una tormenta, con lo que se vieron obligados a volver a casa. Mientras Ian estaba preparando unos sándwiches para cenar, Lillie se había quedado con Hannah en el espacioso salón enmoquetado y habían comenzado a hablar de música... La pequeña todavía no sabía que ella era Lady Lillie McFly, y ella no se lo confesó cuando le dijo que sus canciones preferidas pertenecían en su mayoría a su propia cosecha.

Lillie se había reído y sonrojado al escuchar aquello, pero la niña no parecía haberse percatado de la realidad. Tendría que consultar con su padre cuándo podrían decirle quién era ella... Pero en ese momento decidió algo distinto:

—¿Sabes cuál es mi canción favorita entre las favoritas para bailar en las fiestas y pasarlo bien? —le había preguntado a la niña.

—¡No, cuenta, cuenta, por favor!

—Espera, será mejor que la escuches, e incluso que la bailemos...

Cogió su móvil y buscó el vídeo de las *Spice Girls* en *Youtube*... Entonces, *Wannabe* comenzó a sonar y Lillie saltó como un resorte, imitando todos los movimientos que las chicas hacían y cantando —o más bien chillando— al compás de ellas.

Hannah, que había empezado a mirarla totalmente alucinada, pronto comenzó a reír e imitar a Lillie, cantando con las *Spice Girls* como si de una actuación real se tratara.

Ian había llegado al salón y las había encontrado a las dos dando saltos y haciendo los

movimientos propios de aquellas chicas locas mientras reían a carcajada limpia. Al principio no pudo decir nada, tan solo observó, inmóvil, cómo cantaban y bailaban. En uno de los giros con salto, Lillie le descubrió y también se detuvo, recordando la forma en que él había reaccionado cuando le había dicho, un tiempo atrás, que no quería que su hija fuera una niña superficial y alocada.

Entonces Hannah también se detuvo y miró a su papá como si no pasara nada.

—¿Has visto lo que hemos hecho, papi? ¡Es una coreografía completa de las *Spice Girls*! ¡Es *divertidísimo*! ¿Quieres vernos otra vez? —le había dicho la niña con toda la ilusión del mundo.

El padre se volvió a mirarla, parpadeó, y Lillie creyó ver que los ojos se le humedecían.

—Claro que sí, cariño, claro que sí, no me quiero perder ningún detalle.

Entonces, Ian había dejado la bandeja en la mesita y se había sentado a observar cómo las dos chicas volvían a colocar la canción al inicio, se colocaban de espaldas y con las piernas abiertas, y comenzaban a cantar una tras otra emulando el giro de las famosas artistas.

Lillie no sabía qué era lo que estaba pasando por la cabeza de Ian, pero le daba igual: en esos momentos solo pensaba en la niña y en lo que estaba disfrutando con esa divertida canción. Y ella también. Y cuando se quiso dar cuenta, descubrió a Ian con los codos apoyados en las rodillas y tapándose la nariz para ahogar la risa.

Ella había seguido cantando, pero no apartó la mirada de él porque era incapaz de creerse que él estuviera disfrutando también del momento. Él alzó entonces su mirada sonriente y la clavó en ella, y fue en ese preciso instante en que el corazón de Lillie estalló y pensó: «le quiero. Estoy enamorada de este hombre».

Le amaba por cómo era, por cómo se comportaba, y por cómo amaba a su vez a su hija. Le amaba también por su capacidad para esforzarse y darle lo mejor a la niña. Le amaba porque no tenía por qué amarle, pero lo hacía. Y porque era su amigo más sincero, la persona que mejor la conocía y quien más la comprendía. Y porque estaba dispuesto a discutir con ella cuando no le gustaba algo de lo que ella había hecho o dicho, y no tenía reparos en decir lo que pensaba. Incluso cuando se comportaba como un estirado y casi como un ogro gruñón, le amaba.

En esos momentos se habría lanzado a sus brazos y se lo habría dicho, pero Hannah estaba con ellos y ella era lo más importante, así que tan solo le mantuvo la mirada y le dirigió la misma sonrisa.

Sin embargo, desde aquella precisa tarde, ambos sabían que todo había cambiado de manera definitiva entre ellos, sin posibilidad de dar marcha atrás.

Lillie se había dado cuenta de que le quería, pero las ocasiones de intimar se hacían bastante de rogar. De todas formas, ella tampoco tenía prisa en darle a conocer sus sentimientos... En ninguna de sus relaciones anteriores Lillie había vivido algo así de maduro, nunca había experimentado lo que era querer a una persona por completo, conociendo sus defectos, confiando en ella sin ninguna duda, y no deseaba acelerar las cosas.

Sabía que él también sentía algo profundo por ella, aunque le costara mucho demostrarlo. Podía verlo en la forma en que la miraba, en la manera en que le rozaba la mano en cuanto podía, en el calor que emanaba de su cuerpo cuando se acercaba a ella. Sabía que era precavido por naturaleza, pero también se daba cuenta de que estaba llegando al límite.

De hecho, en la última ocasión en que se habían visto, Ian se había atrevido a darle un beso. Se lo robó sin avisar, porque Hannah esperaba en el coche y no les quitaba el ojo de encima. Ella se había sorprendido por el gesto espontáneo y atrevido de él, que sin previo aviso la acorraló en el portal para cubrir lo máximo posible y le había plantado un beso en los labios que irradiaba calor y desesperación, para después volver a separarse y despedirse con la mirada oscurecida.

Ese beso les había encendido a los dos mucho más de lo que ya estaban. La tensión acumulada había explotado, y Lillie estaba desde entonces como una antorcha en llamas. No hacía más que recordar el momento en que se habían acostado en aquella granja, la forma en que el cuerpo de Ian se unía al suyo, el roce de su vello contra su pecho, sus fuertes brazos acunándola.

Suponía que él estaba en la misma situación, porque no habían pasado más de cinco días desde aquella cita y, al fin, él le había pedido salir a cenar, a solas. Algo extraordinario teniendo en cuenta que nunca quería separarse de Hannah ni dejarla en casa de amigos o conocidos. Aquella noche la niña se iba a quedar en casa de los Adams: resulta que Tanner era conocido de Ian desde que este trabajaba en Londres, y a partir de que se mudara a Scarborough ambos estaban encantados de contar con alguien conocido en la zona con el que charlar de vez en cuando. Su amistad, desde entonces, se había profundizado, de ahí que fuera invitado al cumpleaños y que ahora, Hannah estuviera invitada al primer cumpleaños de Paulie, la hija de Tanner. Se iba a celebrar una fiesta para los peques en casa y Anne cuidaría de la niña y se quedaría a dormir allí con ella.

No podían estar más tranquilos. Y es que con el paso de las semanas, Lillie se había ido sintiendo casi como una parte integrante de aquella familia, como si la niña fuera también algo suyo, como si parte de aquel bebé que perdió y que nunca llegó a tener se hubiera fundido con la esencia de la niña. Sabía que no era cierto, pero es que Hannah se parecía en tantas cosas a ella misma que no podía evitar sentirla como suya.

Y allí estaba ahora, el día de la cita, muriéndose de los nervios e intentando decidir qué vestido llevar.

Llevaba dos horas delante del armario y no se decidía por qué vestido ponerse, si uno de color blanco ajustado a la cintura y con vuelo hasta las rodillas, u otro de color granate que se adaptaba a todo su cuerpo, mucho más sexi y con escote de corazón.

Antes no tenía esos problemas: elegía siempre el más sexi y punto. Pero ahora, Ian le había invitado a cenar a un bonito restaurante en Scarborough, y no se trataba de ninguna megafiesta en donde se viera obligada a destacar. Solo tenía que ir bien vestida, elegante, bonita, pero con un toque sensual, claro, que nunca podía olvidar porque formaba parte de su propia personalidad.

El teléfono sonó e interrumpió sus elucubraciones. Miró el auricular: era su madre.

—Cariño —le dijo en cuanto ella contestó—, ¿cómo estás?

—Muy bien, mamá, aunque tengo un poco de prisa en estos momentos. ¿Qué ocurre?

—Oh, nada en absoluto, no te preocupes. Estaba gestionando las anulaciones de tu agenda para el año que viene...

—¿Estás anulando todas mis cosas?

—Sí, por supuesto. ¿No lo crees necesario? Vamos a ver, Lillie: ¿eres feliz?

Ella tardó unos segundos en responder.

—Mucho, mamá.

—Pues entonces disfruta mientras puedas. Yo ya he hablado con los abogados y me he encargado de todo en tu nombre, así que por eso no tienes por qué preocuparte. Hay cuestiones que tendrás que tratar con ellos en el futuro, pero por el momento ellos y tu manager se las han apañado para darte un largo respiro. El problema es tu padre...

Lillie suspiró, desesperada.

—¿Qué le pasa? —No podía esconder la tensión en su voz.

—Resulta que se acaba de enterar de todo lo que ha pasado con tu exnovio. Dice que Jason fue a verle hace tiempo, y que él le dio tu dirección porque no sabía nada de lo que había ocurrido entre los dos... ¡Nunca se entera de nada! Me pone de los nervios. En fin, que está insistiendo en que quiere ir a verte, y como no le he dado tu nuevo número de teléfono, tengo que avisarte primero. Quiere ir a pasar allí las Navidades contigo. De hecho, quiere que vayamos todos, como si fuéramos una familia feliz. Imagínate. —Maggie resopló, indignada.

Lillie se restregó los ojos y pensó que, como siempre, su padre escogía el mejor momento para aparecer y revolverlo todo. Como si fueran una familia feliz. Ya.

—Escucha, mamá, este no es el momento más adecuado para hablar sobre esto... pero dile que ya lo veremos, ¿de acuerdo? Todavía queda tiempo y...

—Bueno, habría que reservar los billetes ya, cariño. Te recuerdo que, desde que te desvinculaste de los escenarios, tus ingresos no han sido una maravilla y ambos estamos intentando, eh... salir adelante por nuestros propios medios.

—Lo sé, no hace falta que lo repitas mamá, y estoy muy orgullosa de que lo estéis logrando —¡Qué ironía! Deberían ser ellos quienes le dijeran algo así, pero así eran las cosas en casa—, pero en serio, es que ahora tengo que salir...

—¿Tienes que salir? ¿Por qué tanta prisa? ¿Es que tienes una cita? Ay, no me digas que vas a ver a Tanner...

Lillie suspiró.

—No, mamá, ¿cómo voy a ir a ver a Tanner? ¡Pero si está felizmente casado, por Dios! —Entonces recordó que a su madre los matrimonios nunca le habían importado demasiado, y prosiguió—. Voy a ver a otra persona.

Se hizo un silencio, y de repente Maggie se dio cuenta de algo que había dicho ella.

—¿Y quién es esa persona? Nunca me has hablado de él, ¿verdad?

—De hecho, estuvimos en su casa antes de que nos marcháramos a Los Ángeles, cuando viniste a recogerme... Pero ya te contaré más adelante, ¿de acuerdo? Tengo mucha prisa.

—Está bien, pásalo muy bien, ¿me oyes? Y después me lo cuentas. Sobre todo si es jugoso y puedes darle esperanzas a tu buena madre de que todavía existen hombres como Dios manda.

Lillie miró el teléfono con una mueca de horror y después de despidió de Maggie a toda prisa para colocarse el vestido menos sexi de los dos. El hecho era que ella sí le veía un punto seductor mucho más sofisticado que al otro vestido, que era demasiado descarado... Pero antes solía pensar distinto. Antes creía que, cuanto más insinuara, más atractiva estaría. Ahora, con el tiempo, se había dado cuenta de que podía sacarle mucho partido a un vestido sencillo, que sus curvas se realzaban con ciertos cortes y que, en muchas ocasiones, menos era más.

Todavía no había perdido del todo su toque seductor: con ese vestido, al sentarse, podría levantar un poquito la falda para que esta le rozara el muslo y enseñar un poco de piel. Se sentía atrevida, casi erótica, y tenía tantas ganas de estar a solas con Ian que casi ni podía respirar de la emoción.

Se miró al espejo y sonrió. Justo esa tarde había decidido además cortarse un poco el pelo. Estaba harta de su larga e indomable melena y le costaba muchísimo tener que arreglarla ella sola, así que la había degradado y ahora le llegaba tan solo hasta los hombros, con lo cual era mucho más cómoda. Se lo recogió en un sencillo moño bajo que había aprendido a hacerse con el tiempo —sus estilistas le habían aconsejado cómo hacerlo para no salir a la calle hecha un adefesio— y se maquilló solo un poco. Hacía tanto tiempo que no se arreglaba, que ahora se daba cuenta de que estaba guapísima. Era guapa, ¡qué demonios! Qué más daba cómo fueran los demás, ella se quería, y se gustaba frente al espejo. Y estaba orgullosa de haber llegado hasta donde lo había hecho, incluso aunque fuera en una diminuta cabaña de un pueblo perdido al norte de Inglaterra.

Justo en ese momento le llegó un mensaje al móvil. Era de Anne.

«¿Estás nerviosa por tu cita con Doctor Tirano?»

Lillie sonrió. Se había visto obligada a confesarle la verdad cuando, al fin, no había podido negar por más tiempo que estaban viéndose mucho más de lo que era considerado normal para dos amigos.

«No le llares así, no es un tirano, solo es estricto cuando debe serlo, y eso es bueno», le reprendió. «Y no, no estoy nerviosa en absoluto», mintió.

«Ya. Pues entonces es que no te gusta tanto como yo pensaba. No estarás jugando con él, ¿verdad?»

A Lillie le dio un vuelco en el corazón. Le quería, de eso se había dado cuenta hacía poco tiempo, pero que le quisiera no significaba que le pudiera prometer amor eterno. Sobre eso todavía no habían hablado.

«No, te prometo que no estoy jugando con él. Les adoro a los dos, tanto a él como a

Hannah. Cuida de ella, por favor».

«No sé con quién piensas que estás hablando, ¡claro que cuidaré de ella! Me insultas, McFly».

Ella rio, porque no la habían vuelto a llamar así desde que en el instituto se metían con ella y le preguntaban si es que en el futuro, desde el cual había regresado, las personas eran tan grandes como ella. Pero eso era agua pasada, más una anécdota graciosa que otra cosa. Ahora Anne le provocó una sonrisa al recordárselo.

Llamaron a la puerta y ella se apresuró a mirarse al espejo de nuevo y coger el bolsito. Bajó las escaleras a toda prisa, tomó la chaqueta que había preparado y abrió la puerta sin pensar, desesperada por no hacer esperar a Ian.

Se quedó paralizada observándole: estaba guapísimo, aunque distinto a como solía ir vestido siempre. Ian siempre procuraba ir vestido de forma adecuada, dentro de lo que su estilo sobrio le permitía... Pero hoy había aparecido con un traje de chaqueta de color azul oscuro cuyos pantalones, algo ceñidos, se adaptaban a sus piernas a la perfección — marcando un cuerpo que procuraba esconder por lo general— y una camisa blanca que quedaba parcialmente cubierta por la chaqueta, que le colgaba del hombro. Si a eso le sumabas que había vuelto a peinarse como un caballero inglés y volvía a tener la barba más corta, el efecto era, cuanto menos, impactante.

—Vaya, doctor Morgan —le dijo ella sin intentar ocultar un ápice de la admiración que estaba sintiendo—, no sabía que tenías escondido en tu interior a un David Beckham. Guau.

Lillie le sonrió de oreja a oreja, divertida, y se apoyó en la puerta para observarle mejor. Poder hacer aquella broma le había ayudado bastante a quitarse los nervios de encima.

Él le devolvió una sonrisa traviesa con los labios cerrados e inclinó la cabeza, negando avergonzado las palabras que acababa de escuchar, y después levantó la mirada y la recorrió de arriba a abajo.

—Creo que no hace falta que te diga lo preciosa que eres tú, Lillie. Siempre estás perfecta, pero me alegro de que hoy hayas elegido ese vestido para mí.

Sus ojos se encontraron y toda la diversión anterior se esfumó en un segundo. Ambos sabían la oportunidad que tenían ahora que al fin estaban solos, lo que aquello significaba...

Se acercó a ella y le tendió la mano. Ella tendió la suya y la colocó sobre la palma de él, cálida y fuerte. Ian se la estrechó, y entonces la atrajo hacia sí colocándole el otro brazo en la curva de su espalda. Se miraron a los ojos durante un instante, después él los cerró, rozó su nariz con la de ella, y susurró:

—He deseado poder hacer esto contigo desde hace semanas...

—Ajá —solo pudo contestar ella. Lillie se limitó a rozar su nariz con la de él, a cerrar los ojos y entreabrir la boca esperando que él al fin la besara.

Cuando lo hizo, se perdió en él. Se olvidó de todo lo demás, de que estaban en el portal

y alguien podía verles, de que no habían cerrado la puerta y se estaban devorando a besos allí mismo, sin darse siquiera tiempo a buscar un lugar más cómodo e íntimo. Ella gimió de placer al sentir su calidez contra ella, su fuerza envolviéndola, momento en que él aprovechó para separar un poco los labios y susurrar:

—Maldita sea, creo que estoy dispuesto a prescindir de la cena si tú también lo estás.

—Podemos llamar a un restaurante de comida rápida —respondió ella colocando sus manos sobre el pecho de Ian y notando el alocado latir de su corazón, que palpitaba al compás que el de ella.

—No creo que llegue hasta aquí, pero da igual lo que cenemos, no importa —volvió a darle otro beso, suave y rápido—, ya comeremos mañana.

—Tengo tostadas, y fruta, y vino —Lillie se alegró de haber comprado dos botellas para las fiestas con Anne y Nicky.

—Me parece perfecto. Permíteme un minuto para llamar al restaurante y cancelar la reserva.

Lillie se quedó allí de pie con las manos levantadas mientras él se daba la vuelta a toda prisa y sacaba el móvil.

El corazón le martilleaba en el pecho y casi no podía respirar. Ambos estaban allí porque ya no temían nada, de manera consciente y deseada, y no como aquella alocada noche de tormenta en la granja. Hacía tiempo que no había otra cosa que Lillie deseaba más que el cuerpo de Ian, añoraba su recuerdo, necesitaba sentir de nuevo lo que él le había hecho sentir. Habían pasado muchas tardes juntos, e incluso días enteros en fin de semana, y había llegado a conocer de él el más mínimo detalle: cuándo mostraba su sonrisa tímida, cuándo solía mostrarse huraño y retraído, cuánto le importaba la gente a la que trataba... Y cada día que pasaba, descubría nuevas cualidades que la hacían sentirse más segura de su amor por él.

Cuando terminó la llamada, el doctor se dio la vuelta y la miró de nuevo. Se acercó a ella, apartó un mechón de pelo que le caía por la mejilla y la besó con toda la pasión que se había visto obligado a reprimir. La levantó en vilo tomándola por la cintura, dio dos pasos hacia adentro y cerró la puerta de una patada mientras seguía besándola como si no pudiera saciar su ansia.

Subieron los escalones hasta su cama a trompicones, casi resbalando, acunándola él entre sus brazos para no dejarla caer y sin dejar de besarse. Cuando llegaron arriba, él había dejado la chaqueta en la barandilla de la escalera, la camisa sobre una silla y había empezado a ascender por el vestido a Lillie, que se retorció para quitarse los zapatos. Las manos de ambos parecían estar por todas partes, acariciando, tocando zonas que ahora quedaban expuestas. Ian encontró el encaje del ligero que se había colocado Lillie y gruñó.

—Dios, Lillie... ¡Me vuelves loco!

Tiró del vestido para finalmente sacárselo por la cabeza y cayó en la cama bajo el peso de él, que comenzó a depositar húmedos besos en sus pómulos, su barbilla, el cuello... descendiendo poco a poco por las curvas de sus pechos y más abajo, sin cesar, hasta que

superó sus caderas y llegó hasta el ligero que le había fascinado.

Ian se arrodilló en la cama con los pantalones todavía puestos y observó a Lillie, que yacía desmadejada en la cama, con la ropa interior todavía puesta, las piernas separadas y los brazos por encima de la cabeza.

—Es imposible que me canse de observarte. Eres... no sabes lo que provocas en mí, me haces perder la razón.

Ella sabía lo que provocaba en él, porque antes de empezar ya se notaba la evidencia de su excitación en la entrepierna del pantalón. Él también era perfecto para ella: moreno, con su pecho duro, su suave vello, sus brazos fuertes y largos, sus dedos finos destinados a cuidar, a curar, a seducirla. Era todo un hombre.

Su hombre.

Se levantó, le abrió el botón de los vaqueros, y le susurró al oído.

—Doctor Morgan, quiero que me demuestre hasta qué punto le hago perder la razón.

Él sonrió, la dejó hacer mientras le bajaba los pantalones y los calzoncillos al mismo tiempo, y después volvió a tenderla sobre la cama.

—Siempre que usted desee, Lady Lillie —le susurró al oído antes de lamérselo y apresarle contra sus dientes.

Ian presionó su erección contra ella mientras comenzó a acariciarle los pechos. Liberó sus pezones del suave encaje del sujetador y los rozó con la lengua, primero uno, después el otro, con suavidad, mientras no cesaba aquél ritmo que la estaba volviendo loca. Ella le rodeó con las piernas y se apretó más contra él, arqueándose para rozarse justo en el lugar en que más lo deseaba.

Ian acarició su estómago con las manos, rozó el borde del tanga y recorrió la tira con la mano, pasando primero por la cadera para después bajar hacia el triángulo que cubría su pubis. Tiró de dicho triángulo y lo retorció hacia un lado y hacia otro mientras no dejaba de besarla, y sus nudillos, malvados, rozaban sin cesar los labios rosados y sensibles de su sexo.

Lillie gimió. Él se bebió sus gemidos.

Sin previo aviso, abandonó las caricias que ella tanto anhelaba y la giró en la cama para ponerla de espaldas. Le levantó el trasero y le abrió un poco las piernas, y ella quedó expuesta ante él, todavía con la ropa interior puesta. Notó cómo su mano bajaba por su espalda, descendía por la columna hasta llegar a su base y continuaba hasta sus glúteos, que amasó con ambas manos y abrió para observarla mejor. Ella sabía que la estaba devorando con la mirada, que se estaba dedicando a mirar su sexo sin ninguna prisa ni pudor, y le pareció mucho más erótico que cualquier otra caricia que pudiera estar recibiendo.

Ian comenzó a trazar de nuevo la línea del tanga con un dedo y recorrió todo el trayecto que esta hacía en sus glúteos hasta llegar a su vagina. Mientras lo hacía, sus labios descendieron y comenzaron a besar la zona en que la liga se unía al muslo, dándole suaves mordisquitos y subiéndolo hasta llegar su pubis. Metió dos dedos en el interior del tanga y

acarició la tierna carne con suavidad, extendiendo la humedad que emanaba de ella, y posó su boca sobre la fina tela de la prenda, justo en ese lugar en que sus dedos la estaban torturando.

—Hueles tan bien —le escuchó susurrar.

Entonces, él le hizo el tanga hacia un lado y la lamió una y otra vez. Sus manos se posaron en los glúteos y los separaron para permitirle acceder mejor a ella, para que su lengua no dejara esquina alguna sin saborear. Se introdujo en ella, le lamió el clítoris, se lo absorbió, volvió a introducirse en ella y la hizo gritar... Y después se levantó, dejándola casi al borde del abismo.

—No te muevas —le dijo con voz ronca.

Buscó un preservativo en su cartera, se lo colocó y volvió a subir a la cama. De rodillas detrás de ella, le acarició la espalda, descendió sobre ella para besarle el cuello, y, con su respiración en el oído, la penetró desde aquella misma posición.

Al principio comenzó lento, con movimientos suaves y controlados. Ella notaba todo su cuerpo sobre ella, sus muslos rodeando los suyos, sus brazos apresándola. Percibía su fuerza, su temperamento, su dominio en el lecho. Para poder penetrarla despacio le había pasado un brazo en torno al pecho, sujetándola contra él, y el otro rodeando su cintura. La tenía sujeta con toda la firmeza que le era posible para mantenerla inmovilizada y poder así controlar el ritmo, que manejaba con absoluto control.

—Lillie... Oh, Lillie... no te imaginas cuánto...

Sus palabras se perdieron, ella ni siquiera podía escucharle. Estaba demasiado perdida en las sensaciones, en el placer, en la manera en que él movía sus caderas para adentrarse en ella y hacerla enloquecer. Entonces empezó a moverse con mayor rapidez, cada vez más rápido. Se irguió, la tomó por las caderas y se hundió en su interior una y otra vez hasta que Lillie sintió los espasmos del orgasmo. Ella gritó y él, a su vez, se dejó llevar con un gemido ahogado.

Ambos cayeron en la cama fundidos en un fuerte abrazo, sin poder separar sus cuerpos ni un segundo. Ian la envolvió entre sus brazos desde atrás, y ella se dejó cobijar, rozando su mejilla contra la mano de él, que apretaba las suyas.

—Gracias —le dijo él al oído.

Ella abrió los ojos de repente y se tensó.

—¿Por qué?

—Por haber regresado.

Ella sonrió entre sus brazos.

En eso debía darle la razón.

CAPÍTULO 25

Después de varias sesiones de sexo —más desenfrenado al principio, más lento y tierno al final— y de unas cuantas piezas de fruta y copas de vino, la luz del amanecer comenzaba a entrar por la ventana y ninguno de los dos había podido dormir. Después de todo, aquella noche estaba destinada solo a ellos.

—¿Estás dormida? —le preguntó él.

Ella había cerrado los ojos, pero todavía no había caído en las redes del sueño. Estaba disfrutando de sus suaves caricias.

—Todavía no.

—Lillie, quisiera decirte algo...

Ella abrió los ojos y le miró. Estaban acostados de lado, el uno frente al otro, desnudos. Ian había posado una mano en su cintura y hacía círculos con el pulgar una y otra vez, lo cual demostraba que estaba algo nervioso.

—No sé por dónde empezar —le confesó él. Estaba despeinado y el mechón oscuro le caía por la frente. Ella se lo apartó.

—Empieza por lo más importante.

—Ajá —dijo él. Cerró los ojos y besó la mano de ella, y después los abrió y la miró fijamente—. Lillie, estoy que hay entre nosotros... Para mí es importante. No es solo una aventura. Ya no puede serlo. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Temes que para mí sí lo sea?

Él pareció dudar durante unos instantes.

—No lo sé, pero tampoco sé qué harás en un futuro. Ni siquiera sé si quieres pensar en el futuro.

Lillie suspiró. Tenía miedo de equivocarse al hablar.

—Sé que quiero estar contigo. Y con Hannah. Sé que quiero estar aquí, con vosotros... Pero no sé si algún día querré volver a retomar mi carrera. En estos momentos no deseo hacerlo, pero no puedo mentirte tampoco y decirte que nunca querré volver. Me gusta vivir aquí. Me gusta estar con vosotros.

—¿Para ti esto es algo temporal?

Ella se giró y se acostó boca arriba para mirar al techo.

—No, no lo es. Al principio creía que podía serlo, pero no después de compartir tantas cosas contigo. Y con Hannah. No quiero perderlos. Sé que quiero estar con vosotros, y quiero estar aquí. Esto es real. Es lo más real que he tenido nunca. No sé si podrás entenderlo.

Él la observó durante un momento antes de contestar.

—Sí, te entiendo.

Ella se giró y le miró de nuevo.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Ian?

Él se acercó a ella y le rozó la nariz con la suya. Inspiró, y después dejó escapar el aire con lentitud.

—Quiero que seas mi pareja. No necesito esconderme ante nadie Lillie. Una vez que he tomado una decisión, me aferro a ella y ya nada puede hacerme cambiar de opinión, y quiero intentarlo contigo. Me gustaría intentarlo, en serio. Sin miedos —le dio un ligero beso en la boca—, sin temores, sin el peligro de que vayas a desaparecer de nuevo sin decir adiós.

Ella había estado aguantando la respiración, esperando a que él dijera las palabras que ella esperaba escuchar y que no llegaron. Se dio cuenta, entonces, de que él esperaba que ella le respondiera.

—Pensaba que ya sabías que yo también voy en serio, Ian. No sé por qué todavía sigues pensando que puedo desaparecer de un día para otro. Me gusta vivir aquí, es mi vida ahora, y ten por seguro que si no me sintiera feliz no estaría aquí. Y yo... —había estado a punto de decir «os quiero a los dos», pero se refrenó, porque en el fondo de su ser todavía quedaban estragos de lo que otros hombres habían hecho con ella.

Ella le quería, quizá como nunca había querido a nadie, con toda la madurez y la consciencia adulta que necesitaba, y en esa ocasión no estaba dispuesta a ser ella quien cediera. Necesitaba algo más de él, incluso aunque ya le hubiera abierto las puertas de su vida.

Necesitaba más.

—¿Tú qué, Lillie?

—Yo también he sufrido, Ian. También me han decepcionado, al igual que a ti. En realidad, tú y yo no somos tan diferentes en ese aspecto.

Él sonrió.

—Son precisamente nuestras diferencias las que adoro. Es tu forma de ser la que me ha llegado al corazón, Lil —le dijo, para tomarle la mano y llevársela al lado izquierdo del pecho—. Cada día me levanto y lo primero que me viene a la mente es tu sonrisa. Te escucho como si estuvieras ahí, regañándome por ser tan estricto. Y cuando ocurre alguna anécdota en el trabajo, siempre pienso en llamarte y contártelo, pero me contengo porque no deseo abrumarte. Me gustaría que estuvieras conmigo todos los días, ver tu sonrisa cada vez que llego a casa. Y sé que me he portado como un estúpido contigo cada vez que te acercabas a Hannah cuando ni siquiera te conocía, pero ahora reconozco mi error. Ella

también te adora, y es feliz contigo. Y yo soy feliz a tu lado.

Ella le miró y parpadeó varias veces para contener las lágrimas. Era precioso. Todo cuanto le había dicho era muy bonito, pero ¿dónde estaba el «te quiero»? Ella tenía mucha pasión en su interior, sentía deseos de decirle eso y muchas cosas más a él, pero no se las había oído decir.

Sí, todo cuanto le había contado significaba mucho, muchísimo. Pero ella quería escuchar de sus labios que la amaba, y no se conformaría con menos. No se conformaba con escucharle decir que era preciosa y mil halagos más, los halagos ya no le servían. Cerró los ojos, suspiró, y se levantó de la cama. Se tapó con la sábana y se dirigió a la ventana para mirar el paisaje a través de ella. Los tejados de las casas estaban húmedos y la niebla no dejaba ver más allá de la calle de enfrente. No había nada más que el suave gris del amanecer.

—No voy a volver a irme, Ian, no queda nada de mi anterior vida que me apetezca recuperar. Pero ahora espero mucho más de una relación que unas simples palabras. Y no soy yo la que debe darlo todo si es que decidimos iniciar una relación seria, es cosa de dos.

Él estaba de lado en la cama y se había apoyado sobre un codo para observarla. Su expresión había vuelto a tornarse seria.

—¿Crees que me ha resultado sencillo decirte todo cuanto te he dicho? Para mí no es fácil expresar así mis sentimientos, me conoces. Y te estoy ofreciendo todo cuanto puedo ofrecerte. Dime qué más quieres.

Ella sintió un nudo en la garganta.

A lo mejor se estaba precipitando. Sabía que era demasiado impaciente, pero creía que en esta ocasión llevaba toda la razón. No le bastaba con lo que tenían para cerrar los ojos y dejarse llevar como una estúpida, como siempre lo había hecho. Ahora estaba enamorada de Ian, y eso era mucho más de lo que había llegado a sentir ni con Jason ni con Tanner. Ese era el motivo por el que tenía tanto miedo de lo que él le estaba pidiendo. Una relación seria significaba quererse, significaba amor. Ella lo necesitaba. Y no daría su brazo a torcer.

—Si me conoces como dices, también sabrás lo que deseo, lo que necesito.

Él pestañeó varias veces y no pronunció palabra alguna.

Había amanecido, aunque la luz era todavía tan tenue que sus cuerpos tan solo se adivinaban en sombras.

—Lillie, somos adultos, y no me gustan los juegos. Si quieres algo más, o si necesitas algo más, como bien has dicho, lo mejor para evitar malentendidos es que lo digas cuanto antes.

Ella apretó los labios y se movió por la habitación intentando controlar su ímpetu, porque si se dejaba llevar por sus arranques de ira, acabarían ambos a gritos, o mucho peor. Y no era así como quería que acabaran. No quería que acabaran, pero tampoco dependía de ella.

—Está bien. ¿Quieres que te diga qué es lo que le pido ahora a una relación? Todo. Lo quiero todo. Quiero palabras de amor, pero también quiero hechos.

—Quiero que vengas a vivir conmigo. Con Hannah. ¿Es que no hay mayor prueba que esa? Sé que estás resentida, pero me conoces. Yo no te voy a hacer daño, todo lo contrario. Me... me estoy abriendo en canal para ti, Lillie. Te estoy dando todo lo que soy.

Ian se había levantado y ahora tenía las rodillas encogidas y los brazos apoyados en ellas, y la observaba como si no entendiera nada de lo que ella quería decir. Ella no podía decir nada. Si él no entendía que una relación amorosa, para ella, no era solo cuestión de conformidad, entonces ambos deberían replantearse de nuevo si debían continuar o abandonarlo antes de hacerse más daño.

—¡Maldita sea! —se levantó él de la cama, desnudo, y se enfrentó a ella con los brazos abiertos—. ¡He cambiado mi vida por ti! Ya no soy el que era, ¿es que no lo ves? Nada es igual desde que tú llegaste, has vuelto mi mundo patas arriba y ya no sé estar sin ti, pero no sé qué más hacer. Sí, ya sé que fui yo quien no hizo las cosas bien desde el principio, ¡pero no sé qué hacer para demostrarte cuánto me arrepiento! No tengo el don de la palabra, Lillie. Ayúdame, y haré lo que me pidas.

—No te voy a exigir nada, Ian Morgan. Nunca lo he hecho con nadie, y no voy a empezar a hacerlo contigo. Pero ya te he dicho cuál es mi postura —continuó firme, porque sabía que si se ablandaba, terminaría arrojándose en sus brazos y convirtiéndose de nuevo en la mujer blanda y dependiente que había sido antes—. Tú me has visto tal y como soy, en las peores circunstancias y en las mejores. Deberías conocerme.

—Está bien —dijo él, asintiendo—, está bien. —Se giró por la habitación y buscó su ropa, que comenzó a ponerse con rapidez—. Voy a pensar en todo esto, Lillie. Voy a pensar en esta conversación, y te juro que encontraré una solución. Pero ahora mismo permíteme que me despida, porque estoy muy frustrado.

Terminó de abrocharse los botones de la camisa sin mirarla y cuando terminó, se puso las manos en las caderas y suspiró, todavía con la mirada hacia el suelo. Después, movió la cabeza hacia los lados como si estuviera negándose algo a sí mismo y comenzó a caminar hacia la escalera.

Al llegar a su lado se detuvo y, sin girarse hacia ella, le dijo:

—Yo no soy como los demás. Recuérdalo.

Y dicho esto, comenzó a caminar escaleras abajo. Lillie escuchó el portazo y dejó escapar todas las lágrimas que había estado reteniendo. Se tumbó en la cama y dejó que la amargura que le había provocado aquella situación tomara posesión de ella hasta que se agotara. Ella solo necesitaba que él le demostrara que la amaba: amor. Tan solo unas palabras. «Te quiero. Te adoro. No puedo vivir sin ti». Conocía a Ian y sabía cuánto le costaba expresarse, pero en todo cuanto le había dicho no había aparecido esa palabra, y eso era algo que a ella le provocaba un dolor tremendo.

A ella nunca la habían amado. ¿Es que él tampoco lo hacía? ¿Estaba con ella solo porque era alegre, divertida, buena compañía para Hannah? ¿Porque era hermosa? ¿Porque la deseaba?

No. Había hecho bien. No pensaba ceder nunca más ante nadie que no la quisiera de verdad.

Lillie estaba sentada en un banco que miraba hacia los acantilados de la Bahía de Robin Hood.

Estaba pensando en todo lo ocurrido e intentando encontrar excusas para volver junto a Ian y decirle cuánto le quería. Su determinación por escuchar aquellas palabras de su propia boca comenzaba a flaquear porque, en el fondo, creía que sí era posible que la amara de verdad. Había muchas posibilidades. Si no la quisiera, no la hubiera dejado entrar en su vida así como así.

Pero sus pensamientos se revolvían y regresaba de nuevo al punto de partida: no podía estar segura. Tenía miedo. No debía lanzarse a una relación y entregarse cien por cien de nuevo, sin paracaídas. Debía ser cuidadosa, mantenerse firme y no ceder nunca más ante los deseos de ningún hombre —y de ninguna otra persona, ya puestos—, pero sobre todo no cuando sus sentimientos eran tan profundos.

El día había amanecido frío, pero despejado. Le relajaba el sonido del oleaje, el olor a sal, la brisa helada del mar. Sentía una conexión tan especial con aquel lugar que sabía que nunca más lo abandonaría, incluso aunque su relación con Ian no funcionara bien y tuviera que tragarse sus sentimientos y continuar. Ahora mismo, Lillie estaba segura de que aunque le rompieran el corazón, lo superaría. Ya había superado otras muchas cosas peores en la vida, tan solo sería cuestión de tiempo.

Sin embargo, aunque supiera que saldría adelante, no podía evitar ese dolor tan fuerte en el corazón. No quería volverse loca de amor, pero a veces era inevitable hacerlo. Habían transcurrido dos semanas desde la noche que pasó con Ian y no había sabido nada de él en varios días. Después, apareció de repente en su puerta, sin previo aviso, y le preguntó sin saludar siquiera:

—¿Cuáles son tus flores favoritas?

Así, sin más. Se había plantado en su portal y se lo había preguntado sin miramientos. Ella se había quedado quieta manteniéndole la mirada, y le había respondido:

—No lo sé. Me da igual. Pero me gusta mucho el olor a lavanda.

—Lo sabía —le había contestado él mientras asentía.

Después, se había dado media vuelta y marchado de nuevo sin decir nada.

Y tras esa situación se sucedieron otras similares. Acudió a buscarla en varias ocasiones, algunas cuando estaba haciendo la compra —suponía que porque no la había

encontrado en casa—, otras cuando estaba con Anne —e había enviado un mensaje a esta para asegurarse, según le contó ella— o mientras estaba dando un paseo, y en cada ocasión le hacía preguntas aleatorias, algo estúpidas, sobre pequeñeces sin importancia.

Pero no habían vuelto a verse a solas, ni con Hannah. Lillie se sentía perdida, no sabía qué era lo que él estaba pensando ni qué pretendía hacer con ella. ¿Se estaba divirtiendo? No lo creía posible, él no era así. Tramaba algo, pero a veces era tan complicado descifrar al médico que no merecía la pena intentarlo si no quería volverse loca.

Le sonó el teléfono y ella descolgó. Ya sabía quién era.

—¡Cariño! Ya hemos llegado —sonó la alegre voz de su madre—. Bueno —se escuchó entonces un susurro—, hemos llegado pero tu padre está de muy mal humor, te aviso. No está contento con el hotel en que nos hemos alojado, pero ya sabes cómo es, en fin.

—De acuerdo, mamá, ahora mismo estoy en casa, dadme unos minutos.

Se levantó del banco, respiró fuerte rogando por tener algo de paciencia, y retomó el camino de vuelta a casa.

Era justo lo que necesitaba en esos momentos, tener a toda su familia —a los dos únicos integrantes de la misma— haciéndole estallar los oídos.

Cuando llegó a casa estaban los dos en la puerta, apoyados en la pared pero cada uno mirando hacia el lado contrario con tal de no hacerse frente.

—Ya era hora —comenzó su madre—, estos tacones me están matando.

—Eso te pasa por ponerte esas cosas tan altas para andar por aquí —le rebatió Josh.

—Hola, mamá. Papá —interrumpió Lillie con un leve movimiento de la cabeza.

Hacía más de un año que no veía a su padre. Un año desde una discusión tonta por un favor que él le pidió y que ella no podía hacerle.

—Oh, hola, cariño... —él se irguió con gesto tenso y se acercó a abrazarla—. Yo... me alegro de verte.

—Y yo —respondió ella, algo reticente.

Debía necesitar algo con mucha urgencia para haberse pegado un viaje tan largo, no creía que hubiera llegado tan solo para verla.

Maggie le dio otro abrazo y un sonoro beso al tiempo que Lillie sacaba las llaves y abría la puerta de su casita.

—Pero, ¿cómo es que vives aquí, Lillie? Esto no es adecuado para ti, podrías estar viviendo en un palacio si quisieras, rodeada de criados y...

—Para, papá.

La presencia de Josh McFly en aquella pequeña cabaña la hacía parecer más pequeña. Era un hombre alto, de hombros muy anchos desarrollados desde su época de jugador y con unos brazos que podían partir troncos de madera, según bromeaba él de pequeño. Moreno y de ojos claros, todavía era bastante atractivo pasada la cuarentena de largo. Sin embargo, aunque pudiera parecer un hombre atractivo y experimentado, Josh nunca había

salido del pequeño pueblo de Arkansas en donde se había criado. Ante la interrupción seca de su hija, se la quedó mirando como un pasmarote.

—Me gusta vivir aquí, es mi casa y no necesito tener a ninguna «criada».

—Bueno, no me refería a eso, me refería a que podrías disfrutar de...

—Sí, ya lo sé. —Desvió la mirada hacia su madre, que observaba la discusión de lo más divertida—. Pero aquí soy feliz, así que no sigas por ahí. Podéis sentaros donde podáis. Me temo que no tengo mucho para ofreceros, quizá una copa de vino.

—Por mí está bien, yo te ayudaré a descorchar la botella —se ofreció su padre.

Estuvo a punto de rechazarle, pero luego recordó que todavía no había aprendido a hacerlo y que le vendría bien la ayuda, así que se aguantó y le dejó hacer.

—¿Sabes, Lillie? Nunca habría imaginado que terminarías por elegir una vida... así —le dijo él mientras se afanaba con la botella.

Ella sacó tres copas y suspiró.

—Pues ya ves.

Josh se volvió y la miró.

—Y también has cambiado mucho, antes no eras tan contestona.

—Antes era más estúpida —se apresuró ella a replicarle.

Él soltó una carcajada.

—Esa ha sido buena, sí. Pero tengo que reconocer que eres toda una mujer, y que tienes derecho a hacer con tu vida lo que te dé la gana —terminó mientras servía las copas de vino.

—Faltaría más, papá. Veo que al fin te das cuenta.

Su padre entregó una de las copas a Maggie, y ambos progenitores se sentaron en el sofá. Ella eligió una pequeña y mullida butaca y se recostó en ella.

—Escúchame —le dijo él, señalándole con el dedo—, si has llegado hasta donde has llegado ha sido porque tú te lo has propuesto. La música era tu sueño, no querías otra cosa que subirte a los escenarios. Nosotros, tu madre y yo, por muchas discusiones que hayamos tenido, solo hemos dado alas a tus deseos.

—Bueno, y os ha venido muy bien todo eso, ¿no?

Maggie se irguió y se aclaró la garganta.

—Prefiero que no sigamos por ahí. Todos sabemos muy bien hasta dónde ha llegado todo esto y tenemos que respetar que Lillie ahora quiera tomarse un descanso. O dejarlo de manera permanente, si así lo quiere. Yo diría que lo más importante a discutir ahora es el motivo de que estemos aquí los tres, ¿verdad, Josh?

Maggie le lanzó una mirada inquisitiva y mortal. Él se removió inquieto en su asiento.

—Pensé que queríais verme los dos.

—Bueno, yo... quería pedirte perdón por mandarte a Jason aquí. No sabía que lo

vuestro estuviera tan mal.

Lillie asintió.

—Gracias, disculpas aceptadas, papá. Pero supongo que no habréis venido solo a eso, ¿no? —Se les quedó mirando durante un segundo y de repente se irguió en la silla, aterrorizada—. Por Dios, ¡no me diréis que habéis vuelto a estar juntos!

Los dos se miraron con cara de pocos amigos y chillaron al mismo tiempo.

—¿Qué? ¡Nooo! Yo no...

—¡Ni de coña! Antes muerto que volver con Maggie.

—Eh, ¿y a ti qué te pasa? No estoy tan mal, qué más quisieras tú que yo te dejara volver conmigo.

—Vale, vale, dejémoslo estar, ¿de acuerdo? —terció Josh. Lillie ya estaba más tranquila y había vuelto a reclinarsse en su butacón—. Bueno, en realidad le he pedido a tu madre que viniera porque quiero hablar con las dos. En persona.

—Vaya, esto tiene que ser interesante —refunfuñó la hija.

—Yo... Creo que no hay mejor forma de decir esto que de manera directa: voy a tener un hijo. Y me voy a casar.

Se hizo un silencio largo. Demasiado largo. Maggie lo miraba con la boca abierta, y Lillie buscaba signos de que su padre estuviera bromeando, pero no parecía haberlos.

—¿Estás de coña? Venga ya, ¿a tu edad padre otra vez? ¿Con quién? ¿Cómo?

Maggie parecía haberse vuelto loca de repente y Lil buscó alrededor cualquier objeto punzante que pudiera utilizar contra su exmarido.

—Tengo solo cuarenta y siete años, Maggie, no soy tan mayor. Yo también tengo derecho a rehacer mi vida, ¿no?

—¿Y vienes a pedirme dinero para poder hacerlo? —espetó de pronto Lillie.

Los dos progenitores se volvieron hacia ella y Maggie hizo una mueca de asco. Sin embargo, Josh mudó su rostro a uno que hacía mucho que Lillie no veía: la cara de echarle una gran bronca cuando era pequeña.

—Espero que no hayas dicho en serio, porque si lo has hecho, tendrás que retractarte.

—Oh, vaya, perdón si me he equivocado, pero es lo que has venido haciendo siempre desde que yo soy la mayor fuente de ingresos de la familia, ¿no?

Él entrecerró los ojos.

—Mi negocio me va bien. Estoy trabajando duro en ello. Ahora me gano la vida de manera honrada.

—Y ya era hora —interrumpió Maggie.

—Cállate —le dijo él.

—Papá, ¿por qué nos has querido reunir a las dos?

Maggie estaba estupefacta, indignada, y no paraba de resoplar y darle tragos al vino, pero Lillie estaba dolida. Dolida porque ahora su padre quería formar una familia y se estaba convirtiendo en el hombre sobrio que ella hubiera necesitado.

—Porque sé que no os iba a gustar, y prefiero hacerlo de una vez y acabar con esto cuanto antes.

—¿Para eso me haces venir? A mí podrías habérmelo dicho por mensaje. Me habría dado igual. Hace muchos años que ya no somos nada —terció su madre.

—Pero te debo un respeto. Y sobre todo a ti, Lillie, porque sé que he cometido muchos errores contigo... Y ahora la vida me está dando otra oportunidad. No quiero cometer los mismos errores con Nancy.

—¿Qué Nancy? —escupió Maggie.

—Nancy Williams.

Entonces su madre sí se atragantó y estuvo tosiendo durante un gran rato.

—¿Te refieres a Nancy Williams *la foca*? ¿Esa niña hortera que llevó dos coletas hasta que tuvo diecisiete años?

Josh la miró y sus ojos azules parecieron echar chispas.

—Nancy no es ninguna foca. Y sí, es la Nancy Williams de las coletas. Y va a ser mi mujer.

—No me lo puedo creer, no me lo puedo creer... —Maggie comenzó a mecerse hacia adelante y hacia atrás una y otra vez, con la mano colocada en la frente—. ¡Y la has dejado embarazada! ¡Pero si es muy mayor!

—Es más joven que tú, en todo caso. Y se trata de un milagro del que estamos muy orgullosos, así que te sugiero que te comportes. No voy a consentir que te burles de ella, va a ser mi esposa.

Lillie no podía pronunciar palabra. Era incapaz de ello. ¿Qué podía decir? «Vaya, papá, me alegro por ti, espero que seas muy feliz con tu nuevo hijo y tu nueva familia. O al menos, que les hagas más felices de lo que me lo hiciste a mí, a nosotras dos». Debería decirle eso, pero estaba tan estupefacta que no podía ni moverse.

—Con Nancy Williams... No me lo puedo creer. ¿Y para eso me haces venir? ¿En serio? —Maggie se levantó del sofá y comenzó a gritar, descontrolada.

Lillie se vio reflejada en ella cuando solía perder los estribos. Solía hacerlo más a menudo antes, cuando no era en absoluto feliz. Entonces vio lo que nadie de allí era capaz de ver: que Maggie estaba dolida porque papá la abandonaba para siempre. Se casaba con otra e iba a tener un hijo, y si no se equivocaba, aquello era el colmo de las humillaciones para ella. ¿Sería posible que aún le quisiera?

Se levantó, la tomó de los brazos e intentó tranquilizarla.

—Vamos, mamá. Tranquila, vamos. —Trató de tomarla de la mano pero ella se revolvió.

—Eres un sinvergüenza —increpó a Josh—, y siempre lo has sido. Hacerme venir

hasta aquí para decirme eso... ¿Qué es lo que pretendías, mortificarme todavía más? ¡Pues enhorabuena, lo has conseguido!

—Lo siento, siento si te duele, pero ya no debería hacerlo. Tú has tenido muchísimas más relaciones que yo después de que nos separamos, no sé por qué te afecta tanto que yo vaya a casarme.

Se hizo otro silencio, y a Maggie se le llenaron los ojos de lágrimas.

Entonces Josh McFly comprendió.

Se giró, buscando la chaqueta que se había quitado, la tomó entre sus manos y carraspeó. Su antigua mujer y su hija le miraban sin mediar palabra. Todos sabían qué era lo que ocurría, y él no tenía nada más que decir.

—Lo siento. Espero que me perdonéis, de verdad. Pero la quiero. Quiero a Nancy, y tengo que cuidar de ella y de nuestro hijo. —Ellas no dijeron nada. Las lágrimas habían comenzado a caer por las mejillas de Maggie, que se las secó de un manotazo—. Supongo que es mejor que me vaya, que os deje a solas. Espero que... podamos hablar pronto. —Abrió la puerta, se giró de nuevo hacia ellas, y se despidió—: Os pido perdón por mis errores. Adiós, Lillie. Adiós, Maggie.

Y salió de sus vidas dejándolas atrás, como si solo hubieran sido una breve etapa de la suya.

CAPÍTULO 26

A Ian no podía irle peor el día. Le había tocado turno en View Court y, aunque era un trabajo que por lo general le relajaba —pues él solo se encargaba de pasar consulta y remitía los casos más graves al Hospital General de Scarborough—, la señora Dennis había leído una noticia que decía que a un señor se le había metido una mosca dentro de la oreja y ella se había empeñado en que su sodera —que no era tal— se debía exactamente a lo mismo y le tuvo hurgándole en el oído más de una hora.

Pero no se había quedado ahí la cosa, no: la anciana había terminado por decirle que, si no encontraba la mosca en la oreja, era porque ya se estaba paseando por todo su cuerpo... Con lo cual le había hecho examinarla de arriba a abajo, aunque solo fuera para aparentar que buscaba a la dichosa mosca. Ian había tenido que hacer la vista gorda ante la llamativa ropa interior de la mujer —no sabía que las mujeres de edad tan avanzada pudieran soportar las tiras de cuero de la ropa interior de mercadillo que llevaba la anciana—, y había terminado por pensar que su insistencia en que la mosca se hallaba en la zona entre sus pechos y que corría libremente por su estómago no era más que una treta de seducción.

Le había costado alcanzar tan increíble conclusión, pero no podía ser de otra forma... Así que le había tocado armarse de paciencia y atender a los requerimientos de la señora, uno por uno, con gesto inescrutable. Le parecía que los ancianos eran dignos del máximo respeto, mucho más que cualquier otra persona, dado que eran ellos quienes se habían encargado de convertir al resto de personas en lo que ahora eran, y era justo por ese motivo por el que Ian se mostraba un poco más amable con ellos y aguantaba lo que hubiera que aguantar.

De todas formas, cuando terminó con la señora Dennis e hizo la ronda por las habitaciones de aquellos con problemas de movilidad, estaba tan agotado física y mentalmente que se había marchado a recoger a Hannah del colegio casi sin despedirse de nadie. Una vez en casa, la rutina había sido la de siempre: Hannah comenzaba a hacer los deberes mientras él se organizaba para el día siguiente y después ponía la mesa con la cena que les había preparado la señora Richards. Era una vida sencilla, sin pretensiones, radicalmente distinta a la que había llevado años atrás en Londres y con la que se encontraba mucho más a gusto. Él nunca había estado destinado a vivir a lo grande, incluso aunque pudiera hacerlo.

De todas formas, se notaba muy inquieto. Llevaba un par de días así y no terminaba de tranquilizarse. El asunto de Lillie le tenía tan preocupado y perdido que era incapaz de pensar con claridad.

—Papi, ¿por qué estás tan triste?

Ian levantó la vista de su cena, que estaba comiendo sin prestar demasiada atención.

—No estoy triste, cariño, estoy como siempre.

La niña continuó masticando, pero no apartó la mirada de su papá.

—Sí estás triste. Cuando no me regañas por hablar con la boca llena, es que estás muy triste.

Él intentó sonreír, aunque solo consiguió hacer una mueca.

—Anda, termina de cenar. Si quieres cuando terminemos te preparo un chocolate caliente, ¿de acuerdo?

Ella sonrió y enseñó su boca llena de huecos de dientes que habían continuado cayéndose, para después seguir engullendo su cena a toda prisa. Ian pensó que la cosa se había quedado ahí, pero cuando estaban en el sofá degustando su chocolate caliente y leyendo el cuento de un dragón que temía a los hombres de la misma forma en que ellos le temían a él, la niña alzó la mirada y le dijo, sin rodeos:

—Sé que es por Lil, papi. Estás triste por ella. ¿Qué ha pasado? —Levantó sus enormes ojos de las páginas del cuento para observarle, y él, que tenía el brazo sobre los hombros de su niña, no pudo ocultarlo más.

—Sí, es por ella —le contestó mientras asentía con la cabeza—, pero hay cosas que los niños no podéis entender.

—Claro que lo entendemos, papi. Sois como los hombres y el dragón, los dos tenéis miedo siempre. Y no sé por qué, porque cuando dos personas se quieren, no hay que tener miedo de nada. Tú me quieres a mí y no tienes miedo, ¿a que no?

Ian respiró profundamente y apoyó la cabeza sobre el respaldo del sofá.

—No es tan sencillo, cariño. —Aunque en realidad, pensó que tenía bastante razón. Él quería a su hija, y aunque a veces sentía un miedo atroz, lo hacía con valentía.

Y según lo meditaba, más cuenta se daba de que la realidad se asemejaba bastante al cuento del dragón con miedo: Lillie era el gran dragón, herido, lastimado una y otra vez, que lanzaba fuego contra quien menos lo merecía y en el momento más inesperado.

Y él debía ser el caballero que la apaciguara, que consiguiera ganarse su confianza y rompiera las barreras de ese miedo que le impedía ser feliz.

Pero, ¿cómo podía hacerlo? Él no tenía experiencia en el romanticismo. Su única novia formal había sido su exmujer, y la había conocido en la universidad, cuando solo eran unos críos. Después, solo había tenido relaciones consensuadas con mujeres que estaban en su misma situación, pero sin el mínimo interés por iniciar una relación seria. De hecho, si alguien le hubiera dicho meses atrás que se enamoraría de alguien como Lillie McFly, se habría hartado de reír.

Pero así era la vida.

Estaba enamorado de Lillie.

Pero primero, debía vencer a su dragón.

—Ay, papi, me estás apretando mucho el brazo —se quejó la niña.

—Lo siento, no me he dado cuenta, perdona. —Y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—¡Eh! En serio, papi, ¡estás más raro! ¡Si tú nunca me besas así!

Ian observó entre risas cómo la niña se limpiaba la mejilla y ponía cara de asco.

—Tengo que darte las gracias, porque eres muy lista.

—Lo sé. Tengo a quien parecerme, tú también eres muy listo.

Ian se rascó la barba y volvió a suspirar.

—Tengo que contarte algo, Hannah. Algo muy importante.

Ella se volvió hacia él.

—¿Sobre qué? —preguntó, cautelosa.

—Sobre Lil. Sobre Lillie.

—Ya sé qué es lo que me quieres contar. No te olvides que me has dicho que soy muy lista.

—¿Ah, sí? ¿Ya sabes de lo que te quiero hablar?

—Pues claro —replicó ella, encogiéndose de hombros—. Me vas a decir que te quieres casar con ella, pero eso yo ya lo sé. Y también sé una cosa que tú no sabes.

Estaba totalmente petrificado, incapaz de responder.

—¿Y qué es?

—Pues que ella es Lady Lillie McFly, papi. ¿No te habías dado cuenta? Es mi cantante preferida, pero seguro que no quiere que nadie lo sepa, por eso no nos lo ha contado. Pero yo lo sé. La he escuchado cantar y bailar, y es igual de guapa que ella. Es Lady Lillie, y es mi mejor amiga. Y ahora va a ser mi mamá. —Se volvió de nuevo a mirarle con una sonrisa pícaro tras haber tenido la mirada perdida en sus sueños.

Ian continuaba aturdido.

—Yo... No sé si ella querrá casarse conmigo, Hannah. Es... muy difícil. Primero tendremos que conocernos bien, y tener confianza.

—Sí que se querrá casar contigo. Eres un príncipe, papi, mucho mejor que sus otros novios, incluso que Tanner. Tienes que hacer cosas de príncipes, porque ella es súper especial. ¿No lo entiendes?

Entonces, él comprendió que, quizá, la mente infantil era mucho más sencilla y práctica que la de él. Incluso era posible que Hannah supiera mucho más del amor que él mismo.

—¿Qué sugieres que haga? —le preguntó, sonriendo.

Y entonces, la niña se lanzó, entusiasmada, a hablarle de mil y una posibilidades.

Y él comenzó a pensar en todas y cada una de ellas.

Pero para lograr su objetivo, debía conocer aspectos de ella que nunca se había interesado en averiguar, y lo haría incluso aunque le llevara una eternidad conseguirlo.

Lillie estaba tendida en el sofá cuando el sonido de la lluvia en la ventana la despertó.

Su madre estaba arriba, durmiendo en la cama de la que se había apropiado. No había podido volver al hotel después de la discusión con Josh porque había sido presa del peor ataque de nervios y llanto que su hija hubiera presenciado antes, con lo que al final, y después de varios intentos de tranquilizarla, se había dormido en su casa víctima del agotamiento.

Menuda rabieta.

Lillie sabía que, en muchas cosas, su carácter era parecido, pero no había esperado aquella reacción a lo que Josh les había contado. Por supuesto, ella también estaba dolida. Mucho, porque a pesar de ser una adulta, también era hija, y una parte de su ser se sentía profundamente traicionada.

Su padre había sido un irresponsable y egoísta toda la vida, hasta ahora, que decidía formar una nueva familia y entonces, de repente, todo cambiaba. ¿Y dónde estaban aquellos años en que ella le había necesitado? ¿Dónde estaba él cuando llegaba del colegio, llorando, porque todos la llamaban la jirafa montada en el Delorean? ¿Dónde estaba él cuando la abuchearon en el escenario tantas veces, antes de que consiguiera el aplomo necesario para desatar su voz, antes de que se convirtiera en una chica guapa y deseable?

Perdido con alguna camarera, de fiesta, haciendo el idiota con los amigos. O cerrando negocios gracias a ella. Había sido Maggie, la cabeza hueca y presumida, la que nunca se había apartado de su lado.

Bien, ahora a ella todo eso ya no le importaba, no pensaba dejar que continuara haciéndole daño. Él también tenía derecho a hacer con su vida lo que se le antojara, pero... ¿un hermano? ¿A su edad iba a tener un hermano? No podía creerlo.

Eso era lo único que casi le hacía ilusión. Un hermano. Pequeñito, ingenuo, alguien a quien querer sin más. No podía olvidar los fallos de su padre, pero el niño no tendría la culpa de ellos.

Se desperezó, la espalda le dolía horrores por haber dormido en un sofá tan pequeño para su tamaño.

—Buenas tardes.

Su madre estaba apoyada en la encimera y Lillie no la había visto. Llevaba una camiseta y unos pantalones de pijama que le debía de haber tomado prestados, y tenía mejor cara que el día anterior, incluso sin el maquillaje.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

Ella se encogió de hombros.

—Ya sabes, mejor que ayer, pero peor que mañana.

Lillie sonrió.

—Eso espero.

—No te preocupes, ya no me volverá a dar una neura como la de ayer. Eso fue pasajero. Comprenderás que lo de tu padre ha sido todo un shock.

—Fue más que un shock, mamá, pero no te voy a obligar a hablar de ello si no quieres.

Maggie llevaba una humeante taza en las manos, y se quedó mirándola fijamente mientras se mordía el labio.

—No es que todavía le quiera, ni que esté enamorada de él —comenzó—. Los dos hicimos tonterías cuando éramos jóvenes y sabíamos que no estaríamos juntos por siempre. Pero... es humillante, Lillie. Tu padre va a tener un hijo y casarse con Nancy «la foca», una de las niñas con las que más nos metíamos en el colegio, incluido él. Y lo peor de todo es que casi tiene mi edad. No es ninguna más joven, no es ninguna modelo con la que le haya dado alguna locura, no... Es una mujer mayor. Va en serio.

Lillie asintió con la cabeza.

—¿Pensabas que algún día te pediría volver con él?

Maggie resopló.

—Qué va. O sí. No sé. —Volvió a sonarse la nariz y le dio un sorbo a su café—. Yo sí estuve muy enamorada de él, fue mi primer amor y... quizá el único. Pero en cuanto te tuve a ti, él ya no me quiso. Se iba detrás de cualquier falda con un culo bonito. Siempre las buscaba más jóvenes, más guapas. Y yo me hacía mayor. Estoy humillada, sí. Porque no sé qué es lo que tiene ella que nunca tuve yo.

Lillie suspiró y se levantó para colocarse a su lado.

—No deberías en pensar en eso. Siempre habrá alguien más joven y más guapo, mamá, eso lo he aprendido yo a la fuerza. Pero si lo vuestro no funcionó, fue simplemente porque erais unos críos. Y después —se encogió de hombros, como para enfatizar lo que iba a decir—, lo habíais complicado todo tanto que ya no tenía arreglo.

—Lo sé, cariño. Pero aun así es algo que me va a costar asimilar.

—Estaré aquí para lo que pueda ayudarte, mamá.

Se dieron un abrazo y Maggie la apretó contra ella como si fuera una niña pequeña, incluso aunque Lillie era más alta que ella.

—Gracias, eres mi tesoro. Lo mejor que he hecho en la vida. Espero ser mejor madre para ti de ahora en adelante, aunque a veces me equivoque.

Ella sonrió.

—Yo también me voy a equivocar, pero no por eso dejarás de quererme, ¿no?

—Claro que no, idiota.

—¡Eh! Empezamos mal.

—Y que lo digas, estamos en medio de una conversación seria y empiezas a decir tonterías. ¿Dónde tienes la cabeza, eh? Te oigo mucho suspirar, y eso no es bueno. Cuéntame qué pasa con cierta persona a la que todavía no conozco.

Se sentaron en el sofá y Lillie le contó a grandes rasgos su historia con Ian. Cuando terminó, era bien entrada la tarde y la lluvia había cesado. Era un viernes de noviembre, pero para Lillie hacía mucho que el tiempo había dejado de existir y no le apetecía en absoluto sacar a pasear a su madre debido al frío. Maggie se quedó callada, sopesando todo cuanto su hija le había contado, y al final la miró totalmente maravillada.

—Vaya... ¿Y dices que es el doctor que te atendió cuando... perdiste al bebé?

—Ajá.

Habían terminado el café y se estaban comiendo unas galletas ricas en fibra y sin azúcares que sabían a tierra, pero no tenía otra cosa en casa.

—¿Y en qué punto están ahora las cosas con él? —continuó su madre con la boca llena.

—Emm... En punto muerto.

—¿Por qué? ¿Ya ha metido la pata?

Lillie se quedó pensando durante unos instantes.

—Si te digo la verdad, no del todo. Pero tampoco... No sé si me entiendes, mamá, pero hasta ahora, los chicos con los que he tenido relaciones, por lo visto, nunca han estado enamorados de mí, incluso aunque lo pareciera. No estoy segura de que él lo esté, y desde luego tampoco me lo ha dicho.

—¿Me has dicho que te ha metido en casa, con su hija, y que habéis estado saliendo o algo parecido como si fuera una familia feliz?

—Más o menos, pero en ningún momento dijimos que fuera algo oficial.

—Pero él quiere que sea oficial.

—Sí.

—¿Viste alguna vez a tu padre traer a alguna de sus rameritas a casa?

—¡Mamá!

—Es la verdad, eran unas busconas. ¿Le viste o no le viste?

—No —contestó ella al fin, sabiendo lo que aquello significaba.

—Ha esperado hasta ahora, Lillie, para traer a casa a la mujer a la que dice querer y con la que se va a casar. ¿Qué más esperas de tu médico, entonces?

A Lillie comenzaron a humedecerse los ojos. Sabía que podía parecer una tontería, pero estaba harta de salir perdiendo en todas sus relaciones.

—Sé que le importo, pero ¿quién me dice a mí que no será igual que, por ejemplo, lo fue Tanner? Se pasó años detrás de mí, persiguiéndome y diciendo a los cuatro vientos que

él se portaría mucho mejor conmigo que Jason, y cuando me tuvo... me dejó, mamá, me dijo que no me quería. ¿Qué garantía tengo yo ahora con Ian de que él también sea sincero, de que lo nuestro funcione?

—¿Me estás diciendo en serio que, con el primer tipo que te encuentras que parece un hombre de verdad, no te quieres arriesgar? ¿Con un hombre que te ha presentado a su hija? ¿Con un hombre que no tiene nada que ver con tu profesión, y que no busca lo que otros podrían buscar? ¿En serio?

—Lo sé, mamá —en ese momento había empezado a llorar y no podía controlarse—. Sé que a lo mejor no estoy siendo justa con él, que a lo mejor soy una cabezota, pero él es... tan práctico. No se parece en nada a nadie que conozca, y a veces me siento perdida con él.

—No te tenía por una cobarde, Lillie.

—No soy cobarde. Ahora sé lo que quiero, y quiero a ese hombre. Y quiero que ese hombre me quiera a mí tanto o más que yo a él. Quiero estar segura de ello, o no daré un paso más. No pienso ceder, mamá. Esta vez, no seré yo.

Justo en ese momento sonó su móvil. Tenía un modelo básico, uno con el que no podía pasarse horas enganchada a las redes como hacía antes, así que solo recibía mensajes y llamadas. No le hizo caso.

—¿No vas a mirar quién es? —insistió Maggie.

—¿Para qué? Aquí nunca hay ninguna urgencia.

—Por si es él.

—Él no me manda mensajes.

Su madre cogió el teléfono y fue a mirar de qué se trataba.

—¡Eh, mamá! ¿Es que no sabes lo que es la privacidad? —intentó cogerle el móvil, pero ella ya estaba leyendo.

—Ah, es de tu amiga Anne.

—¿Qué dice?

—Que se ha torcido un tobillo cerca de aquí y necesita tu ayuda.

—Vaya por Dios, para una vez que digo que aquí no hay emergencias... ¿Qué le habrá pasado? —dijo mientras alargaba la mano para quitarle el teléfono de las manos a su madre.

Pero en el mensaje no se explicaba nada más, solo que estaba a cierta distancia de allí, por el camino que subía a Bay Ness Farm, una zona de camping no muy lejana, y que necesitaba que subiera a buscarla.

—Bueno, mamá, pues tendremos que ponernos un buen abrigo. Parece que hace bastante fresco.

—No tengo otra cosa mejor que hacer. Eso sí, el abrigo que me prestes tiene que ser bonito, si no, no saldré a la calle.

Lillie puso los ojos en blanco y sonrió. Ahí estaba de nuevo su madre, la de siempre.

CAPÍTULO 27

—No me puedo creer que tu amiga sea tan desconsiderada —gruñía Maggie una y otra vez—. Nos ha hecho dejar el coche allá abajo y ahora caminar por esos lodazales... ¡justo después de la lluvia! Pero, ¿es que no podía haber llamado a nadie más?

—Mamá, si no querías venir, podrías haberte quedado en casa, ya te lo he dicho. Soy quien vive más cerca, y por tanto quien podía ayudarle antes.

—Pero te voy a estropear este abrigo tan... eh... —no supo cómo continuar, porque lo cierto era que el abrigo era una prenda de ocasión que Lillie había conseguido en la única tienda del pueblo, que dicho sea de paso, vendía de todo.

—El abrigo no importa. Me preocupa Anne, ella sola por estos parajes. ¿Qué habrá venido a hacer aquí?

El lugar le sonaba vagamente, pero es que allí el paisaje era siempre similar. Había seguido las instrucciones de Anne hasta llegar al cruce de caminos que le había indicado y, a partir de ahí, no habían podido continuar con el coche porque había demasiado lodo. Tuvieron que seguir caminando, con los pies hundiéndose cada vez más en el barro y las gotas de agua cayéndoles desde las ramas de los árboles.

Y por si fuera poco, se estaba haciendo de noche.

—Tengo mucho miedo.

—Por favor, mamá, que estamos en el culo del mundo, aquí nunca pasa nada.

—Ya, pues Jack el Destripador era inglés.

—No me jo...robes... ¿Con esas me vienes? ¡Ah, mira! Allí está la pobre, sentada sobre una roca.

Señaló hacia donde se veía a una chica pequeña, con el pelo recogido en una coleta y un anorak de color rojo.

—Menos mal que se ha vestido de ese color —susurró Maggie, ya sin aliento por el paso rápido al que iban—, pero si llega a haber un toro por aquí...

—Mamá, los toros están en España, no en los campos de Yorkshire —la reprendió para después girarse hacia la figura solitaria—. ¡Anne! —gritó, y levantó las manos para que la chica les viera mejor.

Ella les miró y se levantó, casi de un salto. Después hizo un gesto extraño con los brazos y empezó a saltar a la pata coja.

Cuando las dos rescatadoras se acercaron, Anne chillaba:

—¡Ay, qué daño me he hecho! ¡Ay, que me he levantado sin darme cuenta! Me duele mucho el pie, me duele mucho...

—¿Quieres que le eche un vistazo? —se ofreció Lillie.

—¡No! —contestó Anne mucho más rápido de lo normal y completamente alarmada. Luego se tranquilizó, carraspeó y bajó el tono—. No, mujer. Ya lo he visto yo, tú no podrías ayudarme. Lo único que necesito es no apoyarlo en el suelo y ya está.

—¿Qué estabas haciendo aquí sola? —le preguntó Lillie, extrañada de que allí no hubiera más que algunos campos de lavanda y prados y prados cubiertos de verde hierba y rebaños de ovejas.

—Buscando setas —respondió un poquito demasiado rápido—. Alguien me dijo que aquí las había muy ricas, así que vine.

—¿Tú sola? ¿Por qué no me has pedido que te acompañara? ¿Dónde está tu... tu novio?

—Yo... esto... ay, déjalo ya, me vine sola porque quería pensar. Ahora, ayúdame. Deje el coche por allí arriba —le indicó, señalando hacia una zona donde no parecía haber más que alisos.

—¿Y por qué has dejado el coche allí si estaba diluviando?

—Pero bueno, Lillie, ¿qué preguntas tienes! Además, tú no eres de aquí, no tienes ni idea de hacer senderismo, así que deja de preguntar.

A Lillie le extrañó demasiado que Anne le respondiera así, casi enfadada, y además también se indignó porque, a fin de cuentas, ella solo la estaba intentando ayudar. De todas formas, prefirió no contestar a su amiga porque sabía que ella no era así de impertinente por lo general, y pensó que debía de dolerle mucho el pie. Dejó que le pasara el brazo por la cintura y fueron a paso lento, con Anne dando saltitos, hasta la zona de los alisos que ella había señalado con anterioridad.

Cuando llegaron allí, no había coche alguno a la vista.

—Joder, Anne, te han robado el coche... —susurró Lillie, presa del pánico.

—Eh... no... A lo mejor no es por aquí donde lo dejé... ¿Y si seguimos un poco más para allá? —Anne señaló hacia la izquierda con el brazo y Lillie desvió la mirada. Había oscurecido casi del todo y, a lo lejos, se veían unas pequeñas lucecitas.

—Desde luego, Anne, que solo a ti se te ocurre venirte sola cuando se va a hacer de noche, eh —le replicó.

—Yo no sé vosotras, pero a mí todo esto me da demasiado miedo. ¿Y si llamamos a alguien para que venga a recogernos? Somos tres mujeres solas, perdidas en medio del campo al anochecer y...

—En serio, señora Mayers...

—Yo no soy la señora Mayers —irguió la nariz y continuó altiva—, soy solo Maggie Sanders.

—Bueno, pues señora Sanders...

—Señorita, por favor.

—¡Vale! Señorita Sanders, no hace falta llamar a nadie, de verdad —insistió Anne, algo nerviosa—. Estoy segura de que dejé allí el coche, ahora lo recuerdo. Sí, segurísima. Vamos —y tironeó de Lillie hasta que comenzaron a andar de nuevo.

—No apoyes el pie, Anne, que te va a doler más.

—Ah, sí, se me olvidaba —contestó, volviendo a cojear.

Conforme se acercaban, Lillie frunció el ceño.

—Parece que alguien ha puesto esas luces allí adrede, hay como un camino...

—A lo mejor ya estaban allí y no las vi —intervino Anne.

—A mí todo esto me huele muy raro...

—Señora Sanders, por favor —refunfuñó Anne—, esto es de lo más normal. Seguro que son las luces de un granjero, no hay de que preocuparse.

—¿Y si volvemos y...?

—¡Que no vamos a volver! —Esta vez Anne había perdido los nervios por completo y se había soltado de Lillie para apoyarse sobre los dos pies y poner los brazos en jarras—. No vamos a volver a ninguna parte. Vamos a seguir hasta allí, que es el camino más seguro, y ya está, ¿de acuerdo?

Maggie estaba perpleja.

—De acuerdo, mujer, no tienes por qué ponerte así.

—Anne, tu pie —le recordó Lillie. Ahora la cosa le estaba empezando a parecer incluso graciosa y todo.

—Ah, sí, mi pie. Gracias. Vamos. —Se agarró a su amiga de nuevo y caminaron, ahora en silencio, en dirección a las pequeñas luces que se divisaban de lejos.

Conforme se acercaban, presintió que algo no iba bien. Aquellas luces no eran normales, eran de un tono lila pálido y estaban colocadas en tramos equidistantes siguiendo un camino serpenteante.

—Qué raro —dijo ella.

—Oh, pero qué bonitas son —añadió Anne.

—Yo sigo sin ver tu coche —intervino Maggie.

—Cállese ya, señora, y disfrute del paisaje.

Anne miró a Lillie y supo, en esos momentos, que algo ocurría. Anne sonreía de oreja a oreja, con una cara de felicidad y arrobamiento absolutos.

—Anne, ¿por qué vamos justo en dirección a ese camino?

—Porque tiene luces.

—Ya, ¿y?

—Pues que son muy bonitas, y quiero verlas.

Comenzó a sentir una inquietud fuera de lo normal, un nerviosismo que le atenazó el pecho, pero de todas formas hizo lo que su amiga le pedía y se acercó a las luces. Eran candelabros de papel en tonos malva que colgaban de las ramas de unos alisos, y al llegar al primero de ellos Lillie se detuvo en seco.

Anne la soltó y ella se acercó a aquello que estaba viendo y que parecía un pergamino colgado del farolillo, aunque debía estar plastificado, porque brillaba con las luces del farol.

—Ahí hay algo escrito —dijo Maggie.

Anne le dio un empujón a Lillie.

—Anda, ve a ver qué pone.

Ella se acercó algo reticente, pero leyó en voz alta:

—«Las cosas que no sabe Lillie». ¡¿Qué?! ¿Quién ha hecho esto? —Se giró hacia Anne con el ceño todavía más fruncido, pero su amiga puso cara de angelito.

—Yo no sabía nada. Estaba haciendo senderismo.

—Estabas recogiendo setas. Sin cesta —replicó Maggie, indignada.

—Lo que sea —Anne no perdió la sonrisa—. Quizá debamos continuar para ver qué es, ¿no?

Lillie no respondió, se limitó a continuar andando hasta el siguiente aliso, del que colgaba otro farolillo con su correspondiente nota.

—«Lillie no sabe que su nombre suena a flor, a una flor con diversos y preciosos matices, como ella misma» —leyó.

Sonrió.

Anne se acercó, sin cojear ni un ápice, y suspiró.

—Qué bonito.

Ella la miró y entrecerró los ojos.

—Tú has tenido algo que ver en esto, ¿verdad?

La interpelada se encogió de hombros.

—No sabía nada, te lo prometo. O al menos —se encogió de hombros de nuevo y sonrió— no de esto.

—Bueno, por lo menos estamos seguras de que no quieren descuartizarnos, ¿no? —irrumpió de repente Maggie.

Anne se dio la vuelta hacia ella y le dijo en un tono bastante severo:

—A ver, señora Sanders, creo que a partir de ahora usted y yo nos vamos a limitar a ver, oír y callar, ¿estamos?

Ella resopló.

—Y luego dicen que los británicos son educados —cuchicheó después de que la

chiquilla se diera la vuelta y pensando que esta no podía oírlo, cosa que sí hizo, aunque decidió no añadir más leña al fuego. Ese era un momento feliz, de lo más romántico, y ella pensaba disfrutar de ello aunque no fuera la protagonista.

Lillie continuó caminando y las dos espectadoras decidieron dejarle un poco de intimidad, o más bien fue la mirada amenazadora de Anne la que hizo a la madre mantenerse un poco por detrás.

Hacía frío, la noche estaba cada vez más oscura y los farolillos iluminaban una escasa circunferencia a su alrededor, pero Lillie no tenía miedo. Continuó con paso firme. Había farolillos a cada lado del camino, colgados de los enormes alisos, pero no todos ellos contenían un mensaje. Su lento caminar la llevó hasta el siguiente, y se detuvo delante de él con el corazón desbocado.

—«Lillie siempre ha estado sola, pero ya nunca lo estará si no lo desea» —leyó—. Ay, señor... —Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero continuó caminando, ahora con mayor rapidez, hasta el siguiente farolillo—. «Lillie no necesita la música, *ella* es música». —Decía e siguiente.

Lágrimas de emoción comenzaron a recorrerle las mejillas, pero se las enjugó para poder seguir leyendo aquellos mensajes prendidos de los farolillos.

Detrás de ella, Anne y Maggie iban recogiendo los farolillos para que nadie pudiera verlos después y siguiendo el ritmo de Lillie desde la distancia. Fue entonces cuando el camino se doblaba en un recodo, y este aparecía lleno de pétalos de lirios de todos los colores... pétalos que brillaban bajo la luz de los farolillos y de pequeñas antorchas de jardín colocadas a ambos lados del camino.

De repente, Lillie se detuvo.

—Conozco este lugar.

Parpadeó varias veces para enfocar mejor la mirada y aclararse las lágrimas, y estuvo segura de ello: era la vieja casona en la que se habían resguardado de la lluvia Ian y ella tiempo atrás, cuando la tormenta les había sorprendido en pleno paseo. La misma en la que habían hecho el amor por primera vez, en la que se habían confesado sus secretos más íntimos... Y que a Lillie le parecía una casita encantada. Esa casa era un lugar muy, muy especial para ella.

Para ambos.

En ese momento, se sintió algo estúpida. Sus miedos la estaban cegando hasta tal punto que era incapaz de avanzar con nadie, ni siquiera con la persona más normal y a la vez más especial que había conocido nunca. Estaba alejando de ella al hombre que más la conocía, el que más la comprendía y, quizá, el único que la quería de verdad. Y no solo a él, sino también a la pequeña Hannah, a quien adoraba y no tenía la culpa de verse envuelta en los miedos e inseguridades de una loca y excéntrica cantante.

Respiró hondo y caminó sobre aquellos pétalos hasta encontrar el siguiente mensaje en una flor. Estaba escrito no con la letra cursiva y pulcra que el resto de mensajes, sino con una irregular e infantil, y decía:

—«Lillie no sabe que es mi cantante favorita, y también mi mejor amiga».

Esa frase provocó que Lillie no pudiera contenerse, y terminó por llorar y gemir sin control. La niña lo sabía. Quizá lo había sabido desde hacía tiempo, pero tampoco importaba. Lo que en verdad sí importaba era que, para la pequeña, ella era su mejor amiga. Y le estaba fallando.

Ya no le fallaría más, incluso aunque lo que le esperara al final del camino no fuese Ian, incluso aunque no terminara con él y le doliera el corazón por tener que verle cada día, no abandonaría a la pequeña.

Unos cuantos pasos más adelante se encontró con otro cartel que decía, de nuevo con letra cursiva y pulcra: «Lillie no sabe que, por mucho que le pregunte las cosas más nimias, sé todo lo que necesito saber de ella». Y dos pasos más, y otro cartel: «Lillie sabe que es capaz de amar, pero no sabe que puede ser amada con la misma intensidad, aunque de forma distinta».

El camino hacia la casa estaba mejor iluminado, y llevaba a la misma desde la parte trasera, esa por la que no habían accedido ellos. No se escuchaba ni un solo sonido, tan solo los pasos de Anne y Maggie, que la seguían a poca distancia.

La imagen era preciosa: el rellano al que daban las ventanas estaba bañado en pétalos, y las antorchas hacían un pequeño giro hacia la izquierda, siguiendo el camino de acceso a la casa. Sin embargo, algo la hizo detenerse y no continuar caminando por el mismo: la puerta de la casa, que quedaba a un lado y podía verse desde donde ella estaba, se había abierto.

Ian apareció, la cerró con cuidado y se giró hacia ella. Caminó hasta donde se hallaba el camino de pétalos y se detuvo, observándola sin decir una palabra. Lillie le miró extrañada, pero expectante. Estaba a punto de preguntarle qué era todo aquello, pero él hizo un ademán a las dos mujeres que estaban a la espalda de Lillie y habló:

—Gracias, señoras. Les ruego nos permitan quedarnos a solas, si no les importa.

—No, no, no, claro que no... —comenzó a farfullar Anne, que agarró a Maggie de inmediato del brazo.

—¿A solas? ¿Quién es usted? Si piensa que voy a dejar aquí a mi hija... ¡Auch! ¿Pero qué...?

Anne había comenzado a llevársela a rastras, con lo cual la pareja no pudo seguir escuchando los quejidos de la madre de Lillie, que en cierto punto entendió qué ocurría de verdad —aunque le había costado lo suyo— y terminó por claudicar a regañadientes.

Ian y Lillie se miraron a los ojos y se quedaron así, quietos, hasta que estuvieron seguros de que nadie podía escucharles. Entonces, él se aclaró la garganta y se acercó a ella con mucha lentitud.

—Gracias por venir. —Su voz sonaba ronca, tímida. Ella sonrió y se encogió de hombros, y él prosiguió—: Hay otra cosa que tú no sabes. Adoras las sorpresas, porque necesitas muestras de amor. Pero no sabes que hay distintas formas de amar, y que ninguna de ellas es mejor que la otra.

Él levantó la mano hacia su mejilla y se la acarició. Ella cerró los ojos y sintió el calor de sus dedos sobre la piel.

—Te prometo una cosa, Lillie. Voy a intentar demostrarte cuánto me importas de la forma en que tú necesitas, porque sé que es fundamental para ti. —Su aliento se había acercado cada vez más, y la punta de su nariz le rozó la suya. Acunó su cara con ambas manos y volvió a decirle algo que ella no sabía, o tenía miedo de reconocer—: Eres la mujer más preciosa, más tierna, más divertida, más romántica y más leal que he conocido en mi vida, y estaría loco si te dejara escapar. —Entonces la besó, pero fue un roce tan ligero, tan sutil, que Lillie extrañó de inmediato su contacto—. Por favor, ven conmigo. Quiero mostrarte algo.

Ella abrió los ojos y le miró. Tenía la mirada empañada, al igual que ella, y la luz dorada de las antorchas provocaba destellos en su pelo y sus ojos oscuros. Se separó de ella, le colocó un mechón detrás de la oreja, y sonrió algo tímido.

—Es mi última sorpresa. Algo que tú no sabes sobre mí.

—Está bien —respondió ella, casi sin aliento.

Siguió el camino de acceso y abrió la puerta.

El interior estaba iluminado con velas, y estaba claro que alguien había limpiado a fondo y decorado de nuevo la vieja casa. Ahora tenía un aire rústico, pero no olía a humedad, y a la luz de las velas parecía una casa de cuento de hadas. En la pared del fondo había un corazón enorme formado con pequeñas lucecitas, y en el centro del mismo había una imagen de ella que no sabía de dónde había salido, pero en la que aparecía con la mirada risueña y una pequeña sonrisa en la cara. Se fijó mejor y se dio cuenta de que estaba en el salón de la casa de los Morgan.

Sintió que Ian entraba detrás de ella, y escuchó un pequeño clic. Fue entonces cuando empezó a sonar una canción que ella misma había compuesto y cantado cuando era poco más que una adolescente, y que se titulaba «He encontrado el verdadero amor».

Superpuestas a su propia imagen aparecieron unas palabras en tonos dorados.

—Te quiero, Lillie McFly, y quiero pasar el resto de mi vida contigo —leyó él al tiempo que las palabras aparecían, se esfumaban y volvían a aparecer proyectadas en la pared.

Lo primero en que pensó fue que podría ganar un Óscar a la mujer más llorona del mundo, pero no podía evitarlo. Lo segundo en que pensó fue que todo aquello debía haberle costado un esfuerzo enorme a Ian, dado su carácter.

Y lo tercero en que pensó fue en lo que en realidad le estaba diciendo con esa frase.

Se dio la vuelta hacia él, se acercó, y le dijo:

—No tenías por qué hacer todo esto.

Él sonrió y le enjugó las lágrimas mientras se acercaba más a ella.

—Sé que tú lo necesitas, y yo haría cualquier cosa por ti.

—¿Cómo has conseguido montar todo esto aquí?

Ahora él rio.

—Hannah me dio la idea, y he contado con su ayuda y la de Anne y Nicky. Y tengo la

suerte de que esta propiedad pertenece a uno de mis pacientes. O más bien pertenecía.

Lillie le había agarrado la camisa y se la estaba retorciendo con las manos. Estaba abrumada, y sentía la estúpida necesidad de conocer hasta el más mínimo detalle, el cómo y el por qué.

—¿Pertenece?

Él suspiró.

—Siempre he querido tener una granja —le respondió él, al tiempo que se encogía de hombros y la estrechaba por la cintura—. Espero que no te asuste la vida en el campo, cada vez disfruto más de la tranquilidad que proporciona el hecho de vivir lejos del mundo. Y esta casa... me recordaba a ti. Te quiero, Lillie, quiero que la compartas conmigo. Quiero que estés en mi día a día, que irrumpas en mis mañanas, en mis tardes y en mis noches con tu sonrisa, que enseñes a cantar a Hannah, por Dios —ambos rieron, pues sabían que la niña no era muy afinada—, y que seas la madre de mis hijos. Como tú quieras. Cuando tú quieras.

Lillie respiró hondo, y al fin le besó. Ella le amaba de la misma manera, y aun así distinta. Como él bien había dicho, hay mil formas de amar, y ella lo hacía de la manera en que sabía hacerlo: apasionada, fiel a su espíritu.

Él tenía una capa de hielo en su exterior, pero era un volcán de fuego por dentro, su complemento perfecto, su conexión con el mundo.

Y la comprendía hasta tal punto que sabía con exactitud lo que ella necesitaba, incluso sin necesidad de expresarlo con palabras.

—Yo también te quiero, Ian Morgan —le susurró contra los labios. Le acarició con los dedos el espeso cabello de su nuca, la rugosa barba, los suaves labios—. ¿Estás seguro de esto, incluso a pesar de que no sé qué hacer con mi vida?

—Estoy más seguro que nunca. Lo que haces no te define, Lillie, y me importa un carajo si te dedicas a plantar tomates o a cantar ópera, siempre seguirás siendo tú. Hagas lo que hagas, te apoyaré.

Ella rio.

—Estoy escribiendo. Escribiendo canciones. Y son muy buenas.

—¿Me las cantarás?

—¿Es eso una oferta indecorosa, mi perfecto caballero inglés?

Él también sonrió, pícaro.

—Es una oferta de lo más indecorosa, *milady*. Y pienso hacértela todos los días de mi vida.

Juntaron las frentes, se miraron a los ojos y se dijeron todo cuanto necesitaban decirse. Sin palabras.

Entonces, el móvil de Ian comenzó a sonar de manera insistente. Al principio él no le prestó atención, continuó mirando a Lillie arrobado, pero después pareció despertar de repente y se lo sacó del bolsillo, alarmado.

—Es Hannah, tengo que contestar, estará preocupada.

—Claro que sí —murmuró ella. También deseaba escuchar la voz de la niña, ver su cara cuando les viera juntos. ¿Se lo tomaría a bien? ¿O no la querría como «mamá postiza»? De repente sintió un terror enorme.

Él pulsó la tecla verde y desde el otro lado sonó su conocida vocecilla.

—¡Hola, papi! ¿Has vencido ya al dragón?

Lillie vio sonreír a Ian antes de contestar:

—Eso parece, pequeña.

—¿De verdad? —se escuchó un chillido agudo que le hizo apartar el oído del teléfono móvil.

—De la buena.

—¿Lo ves? ¡Te lo dije! ¡Te dije que funcionaría! ¡Dile a Lillie que la quiero! ¡Y que la espero para desayunar tortitas en casa mañana!

Y colgó sin darle la oportunidad a su padre de contestar y prohibirle, por tanto, aquel rico desayuno. Lillie reía de felicidad, pero había algo que no entendía.

—¿Qué ha sido eso del dragón?

Él la tomó en sus brazos, la alzó del suelo para besarla, y le susurró entre beso y beso:

—Te lo explicaré en cuanto hayamos estrenado el nuevo dormitorio.

—Estoy de acuerdo —susurró ella casi sin aliento.

Ya nada más le importaba. Ahora tenían algo importante entre manos, algo en lo que los dos estarían implicados en igual medida: una noche dedicada por entero a demostrarse sus formas distintas de amar.

FIN

EPÍLOGO

Scarborough, Reino Unido

Junio de 2017

Lillie escuchó, desde su camerino, cómo comenzaba a sonar la música de la actuación que le precedía. Como siempre, antes de cada función debía seguir el mismo ritual: un poco de meditación —de esa que los monjes le habían enseñado y que tan aburrida encontró al principio—, un beso a las fotos de sus seres queridos, y una plegaria al cielo por el bebé que había perdido.

Después, respiró profundamente y se miró al espejo.

Los años seguían pasando, pero salvo unas diminutas arruguitas en los ojos, ella seguía estando prácticamente igual. Incluso después de un embarazo de mellizos, su cuerpo se había recuperado bastante rápido gracias a la actividad física y a su complexión delgada. Aunque, eso sí, cada vez le costaba más mantenerse en forma y, aunque continuaba delgada, no lo estaba tanto como cuando no tenía hijos y era algo más joven.

De todas formas, no le importaba. Nunca había sido tan feliz.

Se levantó y revisó su vestuario: el vestido era precioso, de un verde esmeralda brillante que se adaptaba a la perfección a su cuerpo. Era como una malla transparente con hojas que se enredaban por sus piernas y caderas y ascendían hasta su abdomen y pechos, y habían tardado en hacérselo una barbaridad. Pero el resultado era espectacular.

Sonrió.

Alguien abrió la puerta e Ian apareció en el umbral.

—Hola, cariño. Estás preciosa —observó, mirándola de arriba a abajo.

—Gracias. Espero que sea adecuado.

—Por supuesto que lo es. Y tus bailarinas se van a emocionar, ya verás. Tienes al público como loco.

Ella se acercó a él y le tomó de las manos antes de suspirar.

—Estoy un poco nerviosa.

—Lo sé, pero no tienes por qué estarlo. Todo el mundo te adora, y lo sabes.

—No seas zalamero...

—Solo lo soy contigo. —Se miraron a los ojos durante un momento—. Cómo me gustaría besarte ahora mismo, maldito maquillaje...

Ella soltó una carcajada de esas que sonaban tan alegres, que todo el que estaba a su alrededor sonreía de manera automática.

—Cuando termine la actuación puede usted ir preparándose, doctor Morgan... —le dijo ella haciendo un camino con su uña por el pecho del médico.

Él suspiró.

—Espero que los niños no estén demasiado excitados y se duerman pronto, porque quiero que actúes para mí, en privado, con ese vestido... —ronroneó en su oído y Lillie volvió a reír.

—Eso está hecho. Espero que estés dispuesto a un par de asaltos —le susurró al oído.

Justo entonces fueron interrumpidos por la auxiliar, que le informaba de que todo estaba ya listo.

Era una actuación muy importante para Lillie, pues nunca lo había hecho en su propia ciudad. Los primeros dos años los había dedicado a escribir y disfrutar de su relación con Ian. Desde un inicio habían intentado que Hannah se acomodara a que ellos dos estuvieran juntos, aunque la niña estaba deseosa de tener a alguien con un carácter similar en casa y se adaptó con mucha rapidez. Con todo, no todo fue tan sencillo.

—¡Vamos, vamos, Lillie, que el público se está impacientando! —interrumpió de nuevo la auxiliar desde el umbral de la puerta.

—Será mejor que salga o me tacharán de diva —le dijo ella a su marido.

Él le dio un suave beso en la nariz, le deseó mucha suerte y se marchó después de guiñarle un ojo.

Ahora estaban bien. Todo iba bien. Más que bien, era perfecto, y Lillie no podía ser más feliz.

Se dirigió al escenario, cuyo telón todavía estaba bajado, y se colocó en su lugar.

Una suave música comenzó a sonar y, poco a poco, el telón fue subiendo hasta que todo el escenario quedó iluminado por unos cegadores focos. Ella tan solo escuchaba la música, estaba completamente concentrada en su trabajo, en algo que adoraba hacer.

Conforme los acordes fueron incrementándose, ella se levantó del suelo con un grácil movimiento y comenzó a cantar:

«Estaba cansada y tenía frío
Pero al fin llegó el sol, para darme su calor
Ahora me siento fuerte, y soy feliz
Porque mis seres amados están aquí, conmigo»

Al terminar la frase, hizo un suave giro y el escenario, decorado como si de un bosque se tratara, comenzó a llenarse de niñas y niños que dieron vueltas alrededor de ella haciendo gráciles movimientos de valet. Las niñas iban vestidas con los tutús decorados con pétalos y flores, y los niños con suaves calzas marrones y sombreros que imitaban las cabecitas de los animales del bosque.

Era una oda a la primavera, y Lillie continuó cantando y moviendo los brazos, a cuyo son los niños se movían en perfecta sincronización.

Una de las niñas destacaba entre las demás: Hannah, con su cuerpo delgado y su altura algo superior a las de las demás, solía sobresalir entre sus compañeros de clase, algo que ella, a sus doce años, todavía odiaba. Sin embargo no aquel día, porque ese era su festival de fin de curso y pronto, muy pronto, sería una más entre los niños mayores. Estaba feliz, radiante y bailaba como una pequeña ninfa entre los animales del bosque.

Desde el patio de butacas, toda una enorme familia asistía a la gala de fin de curso, tan importante evento: estaban todas las mujeres Mayers —Nicky y Anne con su madre, Jeanette—, y también Yellow con Tanner y sus hijos, Leo —que ese año entraba en la universidad—, Paulie —que acababa de actuar con su clase de infantil e iba vestida de sirenita— y el pequeño Sebastian, junto con la hermana de Tanner, Lucy y su madre, Trish. Además, ese año habían acudido los padres de Lillie, aunque Maggie solía acudir bastante a menudo... La novedad, sin embargo, era su padre, Josh, con su mujer y su hijo, que ahora tenía cuatro años y medio.

Y también estaba Ian, sentado en primera fila, acompañado de todos ellos e intentando mantener sentados a sus dos mellizos, Parker y Evie.

Cuando la actuación acabó, Lillie quedó recostada en el suelo, reposando, y todos los niños habían hecho lo propio a su alrededor. La música fue cesando poco a poco, los acordes de un violín murieron despacio hasta que se hizo un enorme silencio en aquel pequeño salón de actos.

Entonces, la gente se levantó y comenzó a aplaudir y gritar como en el más importante de los teatros de Londres, y Lillie sonrió, feliz. Se levantó, los niños hicieron lo mismo y todos ellos se tomaron de la mano para hacer una reverencia a su querido público.

Lillie vio a toda su familia, paseó su mirada por todos ellos y no pudo evitar llorar de felicidad.

Todos esos años había dedicado su vida a los niños. Escribía para ellos, cantaba para ellos, bailaba para ellos. En ocasiones se organizaban festivales especiales, solo para los más pequeños, en los que ella era la principal estrella, y nunca había disfrutado tanto como haciendo aquel tipo de trabajo. Pero hoy, hoy era todavía mejor, porque su público eran los seres a los que más quería en el mundo, y los que nunca le fallaban.

Y era especial por otro motivo más, pero todavía no había llegado el momento de decirlo.

Aquella noche en casa, aquella que Ian había comprado en medio de los campos de lavanda y que habían ampliado tratando de preservar su estilo, Lillie cayó agotada en la cama.

—¿Estás cansada? —le preguntó su marido mientras se quitaba la ropa delante de ella.

—Depende de para qué —le contestó, sonriendo.

Él se quitó los pantalones y se quedó en calzoncillos, y ella dedicó unos segundos a observar el atractivo cuerpo de su marido, alto, delgado, con las formas justas y atractivas allí donde debía haberlas. Entonces se acercó a ella y se sentó a un lado de la cama. Apoyó las manos a ambos lados de la cara de Lillie y comenzó a darle besos.

—Ha sido precioso, Lillie, tú has estado preciosa.

—¿Y te has dado cuenta de cómo ha brillado Hannah?

Él gruñó.

—Ojalá no lo hubiera hecho. Dentro de poco tendremos que estar espantándole a los chicos como moscas.

Ella rio.

—No sé cómo has podido tener a los mellizos controlados, eres un mago. Conmigo nunca se están quietos.

Él seguía dándole suaves besos en los párpados, en las mejillas, en los pómulos.

—Puedo controlarles porque son igualitos que mi hermana y yo cuando éramos pequeños, y sé con exactitud qué es lo que funciona.

Él acomodó la cara en el hueco de Lillie y suspiró. Ella sabía que, cuando aquel tema surgía, Ian se moría de miedo de nuevo. No quería ponerle Evie a la niña, pero Lillie había insistido porque pensaba que era una nueva oportunidad caída del cielo, y se lo debía por Hannah. Ahora, la niña tendría a alguien junto a ella que le recordaría mucho a su madre.

Sin embargo, cuando los observaba, a veces Ian asumía esa expresión contenida que Lillie tan bien conocía: era la expresión que siempre tenía cuando le conoció, cuando estaba sumido en el miedo, cuando le aterraba lo que pudiera pasarle a él o su hija, pues no tenían a nadie más en el mundo.

Ella le abrazó y supo lo que tenía que hacer, justo en ese momento.

—Tengo una sorpresa que darte —anunció. Pasó las manos por la espalda de Ian, arriba y abajo una y otra vez, para tranquilizarle. Era algo que solía relajarle.

—¿De verdad? —Su cuerpo perdió la tensión y continuó entonces con el ritual de besos, pero ahora en el cuello, en la clavícula, bajando hacia los pechos. Se acomodó en la cama para colocarse sobre su mujer y suspiró entre sus pechos, que apresó con ambas manos—. ¿Y cuál es?

—Vamos a tener otro bebé.

Él levantó la cara de golpe y la observó con el ceño fruncido.

—¿Estás totalmente segura?

—Ya lo creo —le contestó, riendo, mientras le acariciaba la espesa mata de cabello oscuro—. No quería decírtelo hasta estar completamente segura.

—¿Y cómo has podido ocultármelo? —él se apoyó sobre un codo y la miró con el ceño todavía más fruncido.

—Querido Doctor Tirano, no es usted omnipotente. Su esposa también puede ocultarle cosas, ¿o es que acaso no lo sabe? —Al ver que él se enfurruñaba todavía más, prosiguió —: Me he hecho varios tests, y Anne me tomó una muestra de sangre para confirmarlo. Hace más de dos meses que no me baja la regla, Ian. Es una realidad: vamos a tener otro hijo.

Ella sonreía de pura felicidad, y el ceño de él se fue suavizando cada vez más hasta desaparecer. Entonces, se abrazó a ella y la estrechó contra su pecho, con fuerza.

—No me ahogues.

—Lo siento, perdona. ¿Te encuentras bien? ¿No has tenido pérdidas? ¿No has notado nada extraño?

Ella negó con la cabeza.

Le había costado mucho quedarse embarazada de los mellizos. Ninguno de ellos utilizó protección desde que comenzaron a vivir juntos, pero según él, el estrés de Lillie no le permitía quedarse encinta. Lo había logrado después de seguir un tratamiento de fertilidad en el que se sintió todavía más sensible de lo que ya de por sí era, pero al fin habían llegado sus dos niños. Y él había sufrido tanto durante el embarazo como ella, y fue una fuerza instigadora casi insoportable para los ginecólogos del hospital cuando llegó la hora de dar a luz. Lillie recordó en momento en que ella creía que iba a morir de dolor por las contracciones del parto y él, que ya llevaba puesto el gorro y la bata, había cogido un gorro y unos guantes dispuesto a ocuparse él mismo del asunto para disgusto de la matrona, que le amenazó con llamar a seguridad.

Después, cuando nacieron los niños, no habían tomado precauciones pero no hubo nada más. Hasta ese momento.

Había sucedido un pequeño milagro cuando menos lo esperaban, y estaba dispuesta a disfrutar de él al máximo, a vivirlo como solo una experiencia así debe vivirse: adorando cada momento en que el bebé creciera en su interior.

—Todo va a salir bien, Lillie —le dijo él al cabo de un rato.

—Lo sé. Te tengo a ti, Ian, y sé que juntos podremos superarlo todo.

—Te quiero, te adoro —comenzó a besarle de nuevo con más fervor, acariciándole la cara al mismo tiempo—, y voy a cuidar de ti aunque me cueste la vida.

—Espero que no tengas que llegar tan lejos... —contestó ella, riendo a carcajadas.

—No bromeo, Lillie —levantó la cara y volvió a mirarla a los ojos con aquella expresión solemne que ella adoraba—. Nunca imaginé que podría ser tan feliz, y fuiste tú, desde que apareciste en mi vida volviéndola del revés, quien ha conseguido crear este hogar. Todo lo que tengo te lo debo a ti, Lillie.

Comenzó a acariciarla con mayor lentitud, moviendo las manos por sus costados hasta llegar a los muslos. Allí, tomó el borde del camisón y comenzó a subirlo poco a poco, acariciando con el pulgar cada milímetro de piel que quedaba expuesto y provocando

escalofríos que le recorrieron todo el cuerpo. Apretó su pelvis contra ella mientras le quitaba el camisón, y Lillie cerró los ojos y suspiró, vencida.

Ahora, en su cabeza sonaba otra melodía: la melodía del deseo, de la pasión.

Porque desde que al fin había conseguido lo que tanto había añorado, sabía sin lugar a dudas que había una melodía perfecta para cada amor, y que ella era capaz de crear infinitas variaciones.

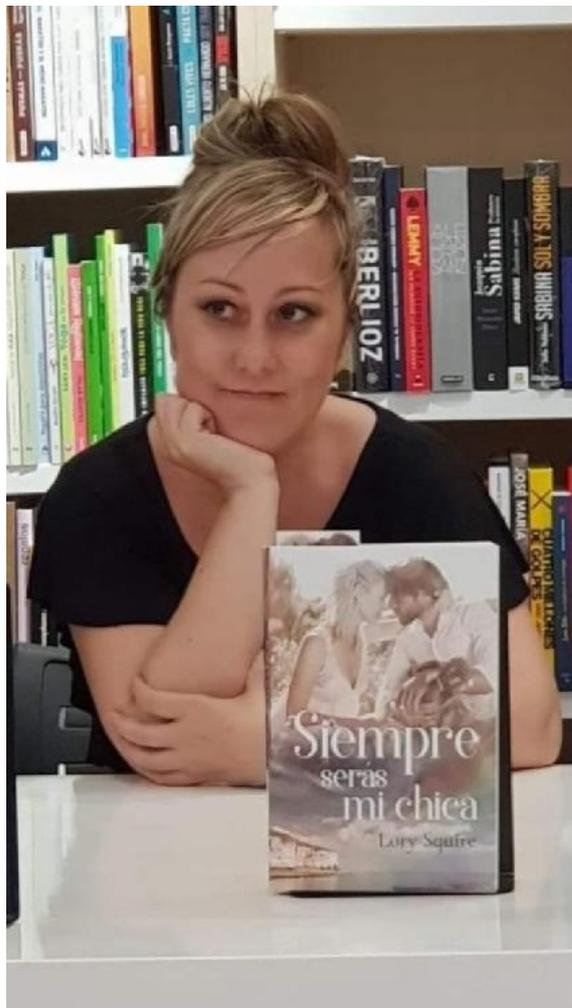
FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis queridas chicas del club de lectura, Eli, Claudia, Mari Carmen, Susana e Iratxe, por haberme apoyado en todos y cada uno de los libros que publico.

Gracias también a compañeras como Aeryn Anders, que me ha estado apoyando en este difícil mundo de las letras, y María Arribas, quien siempre tiene tiempo para echarte una mano.

Y gracias, cómo no, a todos esos lectores que dais la oportunidad a autores desconocidos, y que seguís fieles a nosotros y a nuestro trabajo. Recordad que, sin vuestra ayuda, los autores indie no podríamos dar a conocer nuestras obras.



SOBRE LA AUTORA

Lory Squire es el seudónimo que utiliza Lorena Escudero para la serie de libros ambientada en Reino Unido y cuya primera entrega fue *Siempre serás mi chica*.

La autora nació en Redován, Alicante, en 1979. Estudió Traducción e Interpretación en la Universidad de Alicante y también cursó estudios en la Universidad de West Sussex, Inglaterra, y en la Universidad de Leipzig, Alemania. Se licenció en 2002 y a partir de entonces trabajó como traductora en empresas de diversa naturaleza, tanto en el ámbito técnico como el legal, hasta que en 2008 inició su andadura como traductora autónoma. Sin embargo, no fue hasta el 2014 que decidió al fin emprender el camino de la narrativa. *Castigo Divino*, su primera novela publicada, es un chicklit divertido y sarcástico que utiliza la mitología griega para parodiar la falta de amor y compromiso en las relaciones actuales. Tras una pausa dedicada a la maternidad, reemprendió la escritura para acabar la *Saga Salvaje* —compuesta por *Rebelde*, *La encrucijada* y *Bandidos*—, relato histórico que nos adentra en el antiguo oeste y nos muestra, a través de los ojos de su protagonista, las dificultades a las que debía enfrentarse una mujer en aquellos desesperados tiempos.

Después de la exitosa saga también ha publicado *Divina Condena*, la historia del personaje secundario de *Castigo Divino*, y ahora se ha adentrado en el terreno de la narrativa romántica contemporánea con la serie Bay Town, cuya segunda entrega es *Una melodía para cada amor*. Se trata de novelas completamente independientes cuyo nexo de unión es el lugar en donde se hallan ambientadas, la Bahía de Robin Hood, también

conocida como Bay Town.

Si deseas apoyar a esta autora indie, puedes seguirla en sus redes sociales:

Facebook: @lorena.escudero.autora o también @novelasdelorenaescudero

Twitter: @lorena_autora

O también enviarle un correo a mler21@gmail.com.

ENLACES A SUS OTRAS NOVELAS:

CASTIGO DIVINO

rx.me/AYA7TB

DIVINA CONDENA

rx.me/M96SN4

SAGA SALVAJE:

REBELDE

rx.me/SVFDI3

LA ENCRUCIJADA

rx.me/370UFJ

BANDIDOS

rx.me/VMYSF4

COMO LORY SQUIRE:

SERIE BAY TOWN:

Siempre serás mi chica: rx.me/5JHRVT

[1] Traducción: Eres tan sexy, nena... Eres tan sexy, sexy... Dámelo, dámelo, dámelo, nena... Duro y sexy, ¡sí!

[2] Personaje malvado de Juego de Tronos, escrita por George R.R. Martin, posiblemente uno de los más odiados de la saga.